

BARBARA W. TUCHMAN

# Cómo se escribe la historia

Las claves  
para entender la historia  
y otros ensayos

TRADUCCIÓN DE BEATRIZ IGLESIAS LAMAS



EDITORIAL GREDOS, S. A.

MADRID

Título original:

*Practicing History. Selected Essays.*

© 1935, 1937, © 1959, 1962, 1964, 1965, 1966, 1967, 1968, 1971, 1972, 1973, 1974, 1976, 1977, 1979, 1980, 1981 by Alma Tuchman, Lucy T. Eisenberg, and Jessica Tuchman Matthews.

© de la introducción: Barbara Tuchman, 1981.

© de la traducción: Beatriz Iglesias Lamas, 2009.

© EDITORIAL GREDOS, S. A., 2009.

López de Hoyos, 141, 28002 Madrid.

[www.rbalibros.com](http://www.rbalibros.com)

VÍCTOR IGUAL • FOTOCOMPOSICIÓN

TOP PRINTER PLUS • IMPRESIÓN

DEPÓSITO LEGAL: M. 2.372-2009.

ISBN: 978-84-249-3591-7.

*Impreso en España. Printed in Spain.*

# CONTENIDO

*Prefacio*, 9

## I EL OFICIO

EN BUSCA DE HISTORIA, 19  
¿CUÁNDO SUCEDE LA HISTORIA?, 33  
HISTORIA AL DETALLE, 43  
EL HISTORIADOR COMO ARTISTA, 57  
LA OPORTUNIDAD DEL HISTORIADOR, 65  
PROBLEMAS CON LA BIOGRAFÍA DEL GENERAL STILWELL, 81  
LOS CENTROS DE INVESTIGACIÓN, 95  
LA BIOGRAFÍA COMO PRISMA DE LA HISTORIA, 99

## II EL PRODUCTO

JAPÓN: UNA NOTA CLÍNICA, 113  
TREN ELECTORAL, 119  
LAS LECTURAS DE MADRID, 123  
«PERDICARIS VIVO O EL RAISULI MUERTO», 127  
LA SOLUCIÓN FINAL, 143  
ISRAEL: TIERRA DE INFINITAS IMPOSIBILIDADES, 149  
WOODROW WILSON EN EL DIVÁN DE FREUD, 175

CÓMO ENTRAMOS EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL, 189  
LA ESPADA RÁPIDA DE ISRAEL, 207  
SI MAO HUBIERA VENIDO A WASHINGTON, 225  
DILEMA ASIMILACIONISTA: LA HISTORIA DEL EMBAJADOR MORGENTHAU, 249  
KISSINGER: AUTORRETRATO, 261  
LOS MEJORES MOMENTOS DE LA HUMANIDAD, 271

## III

## LECCIONES DE LA HISTORIA

¿ES LA HISTORIA UN MANUAL PARA EL FUTURO?, 293  
VIETNAM, 305  
*Cuándo, por qué y cómo salir de la guerra*, 305  
*Coalición en Vietnam: Ni una vida más*, 309  
*Los civiles contra el ejército*, 311  
CLAVES HISTÓRICAS DE ACTUALES DESCONTENTOS, 317  
DON DE MANDO MILITAR, 327  
POR QUÉ LOS POLÍTICOS NO ESCUCHAN, 339  
WATERGATE Y LA PRESIDENCIA, 347  
*¿Debemos abolir la presidencia?*, 347  
*Miedo al remedio*, 350  
*Carta a la Cámara de Representantes*, 352  
*Desactivar la presidencia*, 354  
NUESTRO ANIVERSARIO: ESTADOS UNIDOS COMO IDEA, 357

## PREFACIO

Al volver sobre el trabajo realizado, sorprende descubrir cuáles son los ensayos que parecen destacar y cuáles los que han pasado inadvertidos. La única regla que observo como determinante —y es una regla plagada de excepciones— es que, en conjunto, artículos o crónicas de tema «duro», es decir, objetivo, o historias de testimonio personal son hoy más legibles que los ensayos «de reflexión» destinados a sátira o defensa, o escritos desde la polémica política del momento. Éstos tienden a resultar incómodos con el paso del tiempo y, sin contar un par de excepciones, no han sobrevivido.

Las excepciones perseguían cada principio de inclusión o exclusión que intentaba formular. Dos testimonios de episodios históricos que a primera vista encajaban en esta colección no tenían, una vez releídos, calidad suficiente para ser recuperados. Uno, escrito para el *St. Louis Post-Dispatch*, era sobre el funeral del presidente Kennedy; y el otro, para *The Washington Post*, sobre la reunificación de Israel en junio de 1967, después de la guerra de los Seis Días. En el primer caso, presumiblemente debido a los párrafos iniciales acerca del funeral de Eduardo VII que incluí en *Los cañones de agosto*, me pidieron que cubriera la ceremonia de Kennedy y acepté más por curiosidad que por compromiso. Equipada con un pase de prensa, presencié el velatorio en la rotonda del Capitolio, circulé por entre la multitud de la plaza Lafayette a la mañana siguiente, observé el desfile improvisado de los jefes de Estado, con De Gaulle más destacado que el resto, asistí al funeral que tuvo lugar en Arlington y luego me retiré a la habitación de un hotel con la intención de redactar mi comentario a medianoche para el periódico de la mañana siguiente. Pero ¿qué iba a escribir cuando todo el país llevaba las últimas treinta y seis horas siguiendo cada instante del acontecimiento a través de la televisión? Una no se podía limi-

tar a exponer lo que ya todo el mundo había visto; tenía que ofrecer algo de más trascendencia. Para mí era demasiado pronto: no compartía la mística de Camelot; en aquel momento, no era consciente del lugar que Kennedy ocupaba ni de su importancia en la historia, si es que la tenía, y además me ponía nerviosa tener que entregar antes de medianoche. Mi artículo, de perspectiva bastante fresca, decepcionó a los lectores que esperaban solemnidad.

También estuve en Jerusalén, cuando el alcalde Kollek ordenó sin consultar a nadie que se retiraran el alambre de espino y las fronteras en tierra de nadie, y acompañé a una familia israelí en su visita a amigos árabes a los que hacía diecinueve años que no veían. Observé cómo los vendedores callejeros entraban cautelosamente con sus cabras en la Ciudad Nueva, mirando boquiabiertos lo que tenían delante y eligiendo ya las esquinas en las que vender lápices y refrescos. Fue un día de tensión y tragedia y enorme interés; pero al artículo que escribí, igual que al de Kennedy, le faltaba garra. Aunque no haya incluido aquí estos dos ejemplos para que el lector los pueda juzgar, ilustran lo difícil que es establecer un principio de selección: compartí la emoción del momento en un caso, pero no en el otro, y ambos resultados fueron fallidos.

Por extraño que parezca, un artículo sobre Israel escrito para *The Saturday Evening Post* (pág. 149) el año anterior, en mi primera visita, tuvo buena acogida y pienso que todavía se lee bien. Tal vez fue la novedad de la experiencia, o quizás el hecho de escribir para lectores que parecían saber muy poco o nada sobre el país y no se sentían emocionalmente vinculados a él. Quise transmitirles las sensaciones, los hechos y la naturaleza histórica y el significado de la nueva nación, todo en un solo artículo. Uno no siempre consigue lo que se propone al primer intento; pero, en este caso, creo que así fue. En consecuencia, Fodor lo usó durante varios años como introducción a su *Guide to Israel*.

Algunos de los ensayos que aparecen en las siguientes páginas, como el pequeño artículo japonés al principio de la Segunda Parte, requieren una explicación de las circunstancias determinantes. Tras licenciarme en 1933 —el fatídico año que vio la investidura de Franklin Roosevelt como presidente y de Adolf Hitler como canciller—, me puse a trabajar (como voluntaria; los trabajos remunerados no colgaban de los árboles en 1933) para

el Consejo norteamericano del Institute of Pacific Relations (IPR), una organización internacional cuyos países miembros limitan con el Pacífico: Gran Bretaña, Francia, Holanda, Estados Unidos, Canadá, China y Japón. Por aquel entonces, la directiva tenía la sensación de que el Consejo japonés del IPR, representante de los liberales en apuros del país, necesitaba todo el apoyo y prestigio que el organismo principal le pudiera dar, así que se estableció en Tokio la oficina central para compilar el proyecto del IPR más importante de la época, *The Economic Handbook of the Pacific*. En consecuencia, el secretario internacional del IPR, William L. Holland, fue asignado al Consejo japonés de Tokio para supervisar el trabajo sobre el *Handbook*, y en octubre de 1934 tuve que seguir sus pasos como ayudante. Permanecí un año en Tokio y, tras una estancia de un mes en Pekín, regresé a mi país a finales de 1935 vía el ferrocarril transiberiano, Moscú y París.

Durante el año que pasé en Japón escribí varios artículos para las publicaciones *Far Eastern Survey* y *Pacific Affairs* del IPR, en general sobre cuestiones sin demasiado interés público, como la polémica de la pesca ruso-japonesa. Sin embargo, al reseñar un libro sobre Japón de un historiador francés, me hizo mucha ilusión recibir del autor una carta que empezaba: «Chère consoeur» (el femenino de *confrère*, o como diríamos nosotros, «colega»). Me sentí parte de un círculo internacional de profesionales. Debido a esto, y a los 40 dólares que me pagaron por mi primer artículo en *Pacific Affairs*, con los que compré un gramófono y un disco del «Un bel di» de *Madame Butterfly*, tuve la sensación de que me empezaba a abrir camino como historiadora.

Cuando regresé a Estados Unidos, intenté expresar algo de lo que había aprendido y reflexioné sobre los japoneses en el breve artículo allí reimpresso. No recuerdo cuándo ni cómo se remitió a una revista tan respetada como *Foreign Affairs*, pero el caso es que ahí estaba yo impresa, una novata de veinticuatro años, entre ministros de Asuntos Exteriores y analistas y, lo que es más importante, conocí a un hombre distinguido y competente, el editor Hamilton Fish Armstrong.

Mientras tanto, en 1936, fui a trabajar para *The Nation*, que mi padre, Maurice Wertheim, un banquero de intereses más bien eclécticos, había comprado a Oswald Garrison Villard para salvarlo de la bancarrota. Fre-

da Kirchwey, sucesora de Villard como editora y amiga de mis padres, quedó al frente junto con un nuevo colega, Max Lerner. Al principio, mi trabajo consistía en recortar y archivar gran variedad de periódicos y publicaciones; luego empecé a redactar algunos de los párrafos de doscientas palabras sobre sucesos de actualidad que aparecían cada semana en las primeras páginas de *The Nation*. Al escribir sobre temas impuestos de los que uno no sabía nada —reincidencia, trabajo migratorio, la muerte de Georges Chicherin, TVA, AAA, la Comisión de Municiones Nye, la Convención de Montreux sobre el régimen de los estrechos, el Congreso del Partido Nazi—, había que recopilar los hechos relevantes, condensar el tema en doscientas palabras que incorporaran el punto de vista de *The Nation* y tenerlo listo a tiempo. La experiencia fue única, aun cuando los artículos fueran efímeros.

Acreditada por *The Nation*, fui a Valencia y Madrid durante la Guerra Civil española en 1937, y después me quedé en Europa, atrapada en la febril actividad contra la no intervención y la contemporización y en lo que el otro bando llamaba «antifascismo prematuro». Era una época sombría, emocionante, de creencia y de traición, con héroes, esperanzas e ilusiones. Siempre he sentido que el año y la década en que uno alcanza la mayoría de edad marcan más que su nacimiento. Yo me considero hija de los años treinta. Entonces era una creyente, como supongo que debían de serlo los veinteañeros (o lo eran, en mi generación). Creía que la justicia y la razón ganaban al final. En Londres, preparé un librito titulado *The Lost British Policy*, concebido para demostrar que siempre había existido una figura clave en la política exterior británica capaz de liberar a España (y las puertas del Mediterráneo) del poder dominante en el continente (por aquel entonces, Hitler). Era un respetable trabajo de investigación aunque, como un crítico bien dijo, «tendencioso». También colaboré con el boletín semanal de información *The War in Spain*, subvencionado por el gobierno español; pero no tengo archivadas mis contribuciones.

En la época de Múnich volví a mi país y seguí involucrada en asuntos españoles y confeccioné una tabla cronológica de los orígenes de la guerra en colaboración con Jay Allen, el más entendido de los corresponsales norteamericanos en España. Con el fracaso de la República en 1939, conocí el acontecimiento que me rompió el corazón, políticamente hablando, y



cambió mis ilusiones por el reconocimiento de la *realpolitik*; era el principio de la madurez. Escribí un treno sobre el papel de las naciones occidentales en el resultado español, titulado «We Saw Democracy Fail» («Vimos fracasar la democracia»), para *The New Republic*; pero, por ser uno de esos artículos de los que me avergüenzo treinta y pico años después, no está incluido.

El 18 de junio de 1940, el día en que Hitler invadió París, me casé con el doctor Lester R. Tuchman, un médico de Nueva York que con razón pensaba que entonces el mundo era demasiado poco prometedor como para traer niños a él. Por una vez con tino, insinué que si esperábamos a que las cosas cambiaran, tal vez esperaríamos para siempre, y que si queríamos tener hijos deberíamos hacerlo ya, independientemente de Hitler. Puesto que la tiranía de los hombres no era absoluta como las feministas de hoy nos harían creer, nuestra primera hija nació nueve meses después. Después de Pearl Harbor y de que mi esposo pasara a formar parte del cuerpo médico, el bebé y yo lo seguimos al Campamento Rucker (Alabama); y cuando se desplazó al extranjero con su hospital a principios de 1943, volvimos a casa y yo me puse a trabajar para la Oficina de Información de Guerra (OWI, según sus siglas inglesas), en Nueva York.

Mientras que la OWI de San Francisco retransmitía noticias norteamericanas al Lejano Oriente, nuestro centro de operaciones de Nueva York emitía para Europa. Por mi experiencia de primera mano en Japón, si se le puede llamar así, me asignaron a la sección del Lejano Oriente, cuya tarea era explicar a nuestros oyentes europeos la guerra del Pacífico y el alcance de la campaña norteamericana en Asia. En el curso de esta tarea, cubrí a través de terceros la campaña del general Stilwell en Burma, que durante los siguientes veintipocos años quedó relegado a un rincón de mi mente hasta emerger como un libro con Stilwell como protagonista de la experiencia norteamericana en China.

Sin embargo, no recuerdo haber escrito nada de gran interés estando en la OWI, salvo dos «informes oficiales», como se les llamaba, en previsión de esperados acontecimientos. Uno era sobre la historia y geografía de la costa china como parte de los preparativos para un desembarco norteamericano; y el otro, sobre el Lejano Oriente soviético, para usarlo siempre y cuando Rusia tomara parte en la guerra contra Japón. El corrector, periodista de formación, se impacientó mucho con mis informes. «No bus-

ques tanto material —decía—. Cuanto menos sepas, más rápido acabarás el trabajo». Aunque esta afirmación era bien cierta para un periodista que trabajaba con plazos de entrega estrictos, no era el consejo más idóneo por mi forma de ser. En cualquier caso, para entonces la guerra había llegado repentinamente a su fin, y yo no sé qué fue de mis «informes». Me gustaría releerlos, pero cualquier documento de mis días en la OWI parece haber desaparecido.

No hay nada en esta colección desde la década de 1940 hasta el último año de la siguiente, por la sencilla razón de que, después de la guerra, cuando mi marido volvió a casa, tuvimos dos hijos más y durante una temporada reinó la domesticidad, combinada con algo que siempre había querido hacer: escribir un libro. En 1948, empecé a trabajar en mi primer libro, titulado *Bible and Sword*, que me llevó seis o siete años de esfuerzo ininterrumpido y bastante más tiempo de búsqueda para su publicación. Le siguió *El telegrama Zimmermann* y luego «Perdicaris» que, al quedarse corto para un libro, fue reducido a la extensión de relato breve que aquí aparece.

A partir de la década de 1960, las selecciones hablan más o menos por sí mismas. «Los civiles contra el ejército» representa una aberración como mi único discurso de graduación (si exceptuamos el que di en 1967, cuando mi hija se licenció por la Universidad de Radcliffe, y que no incluyo aquí). Por lo general, me declaro firmemente contraria a los discursos de graduación, porque no se me ocurre qué decir a la gente joven y tampoco quiero llenar una ocasión única de generalidades. Sin embargo, en 1972, al recibir la invitación para hablar en Williams, tuve la sensación de que quería decir algo concreto sobre lo que me parecían ciegas y absurdas manifestaciones de los jóvenes contra el ROTC (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva) y el servicio militar. Yo consideraba la guerra de Vietnam injustificable, infame y además fallida, pero el hecho de que los ciudadanos civiles dejaran el trabajo sucio a los militares y se vieran distintos y superiores a ellos me parecía irresponsable, y la estrategia menos indicada para que la siguiente generación asumiera el control de nuestras políticas militares. Si querían controlar el cuerpo de oficiales, sugerí, tenían que adherirse al ROTC y luego actuar. Este discurso, divulgado por un sindicato periodístico, fue muy leído y, como más tarde pude saber, hizo

que un airado ex alumno de Williams interpusiera una denuncia contra mi persona ante el FBI.

Tras la publicación de *Stilwell* en 1971, escribí una serie de artículos sobre la relación entre China y Estados Unidos y sus repercusiones en Vietnam; pero, expuesto ya el tema principal en el libro, no tiene sentido revivir las efemérides. La excepción es el artículo sobre Mao (pág. 225), que, como revelación y primicia de este incidente, constituye un artículo de investigación histórica fundamental del que me siento bastante orgullosa. Fue gratamente publicado por *Foreign Affairs* en el número conmemorativo de su décimo quinto aniversario (y para mí supuso el increíble paso de treinta y seis años desde mi primera tímida incursión en sus páginas).

Dos ausencias que lamento bastante son la de «The Book», discurso redactado para la conferencia Sillcox ofrecida el año 1979 en la Biblioteca del Congreso, y la de un ensayo del mismo año titulado «An Inquiry into the Persistence of Unwisdom in Government». Lo primero no lo consideré historia para esta colección. Lo segundo, que ahora es el germen de un futuro libro, permanece en cuarentena hasta salir de la crisálida.

Los textos que aparecen en este libro han sido reimpresos como originariamente se publicaron (o pronunciaron), con sólo un par de correcciones (Jacob, no José, como apareció la primera vez, luchó con el ángel —error que nadie advirtió hasta el momento de esta publicación—), unos cuantos cortes y eliminaciones de frases repetidas, algunos cambios en el título inicialmente publicado cuando los editores habían cambiado mi elección por otras suyas (por supuesto, siempre lamentables). Ahora aparecen, también, con los títulos originales.

No sé decir si esta recopilación ofrece alguna filosofía de la historia, porque las filosofías me dan miedo. Existe cierto riesgo de que el historiador se vea tentado de manipular sus hechos en beneficio de su sistema, lo cual da como resultado historias ideológicamente más poderosas de lo que «en realidad fueron». Sin embargo, no creo que alguien pueda escribir la historia durante un largo período de tiempo sin llegar a adquirir ciertas pautas y principios. Considero que, de estos ensayos, emerge un sentido de la historia accidental y tal vez cíclico aplicado a la conducta humana, como una corriente perpetua que atraviesa infinitos campos de circunstancias cambiantes, de bien y mal siempre coexistentes y mezclados tanto en pe-

ríodos como en personas, de contracorrientes normalmente surgidas para contradecir generalizaciones hechas demasiado a la ligera. En cuanto al tratamiento, opino que el material debe preceder a la tesis, que la narración cronológica es la columna vertebral y el torrente sanguíneo que acercan más la historia a «lo que en realidad fue» y a una adecuada comprensión de causa y efecto; que, sea cual sea el tema, debe ser escrito en función de lo que se sabía y se creía en la época, no en retrospectiva, porque, de lo contrario, el resultado no sería válido. Sin reivindicar originalidad, éstos son principios que descubrí por mí misma mientras aprendía el oficio y seguía la práctica de mi profesión.

I

EL OFICIO

## EN BUSCA DE HISTORIA\*

La historia empezó a fascinarme a los seis años de edad, gracias a «Los gemelos» de Lucy Fitch Perkins. Me atraían las peripecias de los gemelos holandeses; los gemelos de la Revolución americana, que se atrevieron a pintar el nombre *Modeerf*, o «libertad» en inglés escrito al revés, en su propio bote de remos; y, en especial, las de los gemelos belgas, que tanto sufrieron bajo la ocupación alemana de Bruselas en 1914.

Después de los gemelos, pasé por un periodo G. A. Henty y sangré con Wolfe en Canadá. Luego vino una prolongada época Dumas, durante la cual intimé de tal manera con los reyes y reinas Valois, concubinas y varios duques de Guisa que, cuando visitábamos los *châteaux* franceses, era capaz de señalar a mi familia quién había apuñalado a quién y en qué estancia. *La compañía blanca* de Conan Doyle y, sobre todo, *The Scottish Chiefs* fueron la definitiva influencia. Fui a mi primera fiesta de disfraces como el noble Wallace, con falda y gorra escocesas, y me paseé en trágico silencio entre Florence Nightingales y Julietas de doce años. En el libro, la traición de la condesa de Mar a Wallace llevaba una nota a pie de página que me marcó. «Los crímenes de esta malvada mujer —decía misteriosamente— son hechos contrastados por la historia».

Cuando llegué a Radcliffe, no me costó elegir un campo de estudio, aunque resultó ser Historia y Literatura más que Historia pura. En la universidad no experimenté ni un momento de revelación que me condicionara a escribir narrativa histórica. No sé decir cuándo fue exactamente; simplemente pasó y transcurrió un considerable lapso de tiempo. Sin em-

\* Phi Beta Kappa Address, Universidad de Radcliffe, abril de 1936. *Radcliffe Quarterly*, mayo de 1963.

bargo, lo que Radcliffe me dio fue «ímpetu» (y no digamos educación, aunque supongo que ya se sobreentiende). Parte de ese ímpetu me lo dieron grandes cursos y grandes profesores. De los tres a los que más debo, curiosamente dos eran de Literatura y no de Historia. Me refiero a Irving Babbitt de Literatura comparada <sup>11</sup> y John Livingston Lowes de Inglés <sup>72</sup>, que incluía su espectacular descubrimiento sobre los orígenes de «La balada del viejo marinero» y «Kubla Khan». Éste saludó a Wordsworth con la mano, se inclinó ante Keats y Shelley y se dejó llevar durante doce semanas de clase, analizando las fuentes de la imaginería de Coleridge y dedicando al menos una semana a la fatídica aparición del hombre de Porlock. Lo que nos mantenía, al menos a mí, en vilo durante aquellas clases era el entusiasmo de Lowes por su asignatura.

Esta cualidad era también la esencia del profesor C. H. McIlwain, de Historia constitucional inglesa, cuyo programa llegaba hasta la Carta Magna. A McIlwain, conocido estudioso e historiador, le traía sin cuidado que sólo cuatro alumnos nos hubiéramos matriculado en su asignatura, o que ya la hubiera impartido en Harvard y tuviera que venir a repetírnosla a nosotros (sí, era una extraña costumbre de la época). Y le traía sin cuidado porque mantenía un apasionado romance con las leyes de los anglos y los artículos de la Carta, en especial, que yo recuerde, el Artículo 39. Como cualquier persona enamorada, quería hacerle saber a todo el mundo lo hermoso que era el objeto de su cariño. Tenía cabello cano y mejillas rosadas y los ojos azules más brillantes que he visto jamás, y aunque no recuerdo ni una palabra del Artículo 39, sí recuerdo cómo le relampagueaban los ojos al analizarlo y también que me tenía en vilo y que, para demostrarle mi aprecio, yo habría dado lo que fuera por hacer un examen brillante; pero olvidó advertirnos que la mitad de las preguntas estaba en anglosajón. Eso tampoco importaba, porque nos puso a todos un sobresaliente, tal vez en señal de agradecimiento por haberle dado la oportunidad de hablar sobre su querida Carta.

Por otro lado, el profesor Babbitt, como clasicista y antirromántico, no abogaba por el entusiasmo. Pero su desprecio por el fervor era tan fervoroso, tan enérgico y estudiado, revelaba tal fuga de erudición, que al final venía a ser entusiasmo y nos dejaba embelesados, no sólo a mí, sino a todos sus oyentes.

Aunque entonces no supe formularlo de manera consciente, es esta cualidad de enamoramiento con tu materia lo indispensable para escribir buena historia —o buen lo que sea—. Hace unos años, cuando di una conferencia en una universidad, me invitaron a una cena para conocer al profesorado y otros invitados. Un joven miembro del Departamento de Historia que envidiaba mi tema en *Los cañones de agosto* confesó haberse quedado empantado y haber llegado a un punto muerto en plena tesis doctoral. Según me contó, tenía que ver con un misionero pionero que nunca antes había sido «estudiado». Le pregunté cuál era el problema. Con un aburrido gesto, cóctel en mano, dijo: «Es que no me cae bien». Me sentí consternada y deprimida, tanto por él como por las condiciones de erudición. No sé cuántos de vosotros hacéis, o haréis, un curso de posgrado, pero cuando lleguéis a escribir esa tesis, pongamos por caso sobre «La imaginiería submarina derivada de la Batalla de Lepanto en los últimos dramas poéticos de Lope de Vega», espero que sea porque os apasiona esta imaginiería más que porque vuestro departamento lo haya sugerido como tema original.

Cuando yo redacté mi propia tesis —no para un doctorado, porque nunca lo cursé, sino simplemente para licenciarme—, viví la experiencia más formativa de mi carrera. No fue con un tutor o un profesor o un compañero o un gran libro o con el deslumbrante ejemplo de algún famoso ponente invitado, como sir Charles Webster, por brillante que fuera. Fue en mi bañera de Arquímedes, en mi zarza ardiente, en mi placa de Petri donde descubrí mi penicilina personal. Tuve a mi disposición una de esas pequeñas cabinas con una mesa bajo una ventana, curiosamente llamadas, según supe entonces, «cubículos», palabra que desconocía la primera vez que me senté en uno. El mío estaba en las profundidades de la sección 942S (esto es, Historia británica), y podía campar a mis anchas por entre las abundantes estanterías y coger lo que me placiera. La experiencia fue maravillosa, palabra que uso en el sentido literal, «llena de maravillas». Los días más felices de mi vida intelectual, hasta que me puse a escribir historia unos quince años después, los pasé entre las estanterías de Widener. Mi hija Lucy, promoción del 61, me dijo una vez que no podía internarse en el laberinto de estanterías de Widener sin sentir la necesidad de llevar una brújula, un sándwich y un silbato. Yo tampoco estaba nunca muy segura de encontrar la salida, pero era feliz como una vaca puesta a pastar en un



campo de clavo fresco y no me habría importado quedarme allí encerrada una noche.

En cierta ocasión me quedé hasta tan tarde que salí después del anochecer, mucho después de que hubieran cenado en la residencia de estudiantes, y descubrí horrorizada que sólo me quedaban cinco centavos en el bolsillo. Hacía mucho frío y tenía hambre. No sabía si gastármelos en una chocolatina y volver a casa caminando con el frío o coger el tranvía en la avenida Massachusetts y volver a casa hambrienta. Esta historia termina como «La dama o el tigre», porque aunque recuerdo la agonía de tener que elegir, no recuerdo el final.

Mi tesis, el fruto de aquellas horas entre estanterías, fue mi primer intento prolongado de escribir historia. Se tituló «*The Moral Justification for the British Empire*», un título poco atractivo y, además, inexacto, porque me refería a la justificación moral del Imperio por parte de los imperialistas. Para mí fue una experiencia tan maravillosa como terrible. Maravillosa porque encontrar el material y seguirlo hasta donde me llevaba no dejaba de ser emocionante, y porque me fascinaba el tema, que yo misma había elegido —muy a pesar de mi tutor que, como profesor de Literatura inglesa y no de Historia, sólo estaba interesado en Walter Pater... ¿o era en Walter Savage Landor?—. En cualquier caso, no le atraía el Imperio británico, y como nuestras tutorías eran por ello más bien poco comunicativas, creo que sintió un gran alivio cuando empecé a dejar de frecuentar su despacho.

La experiencia fue también terrible porque no lograba hacer que el texto sonara, o mejor dicho se leyera, como yo quería. Lo que llevaba escrito era parco en ideas. Los caracteres, tan vívidos en mi mente, parecían rebuscados cuando los plasmaba en el papel. Lo acabé, descontenta. Éste fue el comentario del Departamento: «Estilo mediocre». Hace unos años, cuando desenterré la tesis para buscar una referencia, se confirmó aquella impresión. Me recordó a *La importancia de llamarse Ernesto*, la parte en que Cecily dice que las cartas que se escribió a sí misma en nombre de su novio imaginario cuando rompió el compromiso imaginario eran tan bellas y estaban tan mal redactadas que no podía releerlas sin echarse a llorar. Me sentí del mismo modo con mi tesis: tan bella —en su intención— y a la vez tan mal escrita. No había bastado con el entusiasmo; uno también debe saber usar el lenguaje.

Desde entonces, he descubierto que uno aprende a escribir con la práctica. Tras siete años de formación periodística comprobé que para escribir bien es esencial tener buen oído. Uno debe «escuchar» el sonido de su propia prosa. Éste, creo yo, es uno de los defectos de mucha literatura norteamericana. Son demasiados los escritores que no escuchan el sonido de sus palabras. Por ejemplo, escucha esta frase del órgano de mi propia disciplina, *The American Historical Review*: «Su presentación no se ha visto históricamente viciada por esfuerzos de simplicidad en la exposición». En una breve oración, cinco palabras latinas de cuatro o cinco sílabas cada una. Hay que leerla tres veces y pararse a pensar qué quiere decir.

En mi opinión, siempre es preferible usar palabras cortas; cuantas menos sílabas tengan, mejor; de hecho, los monosílabos bellos y puros, como «pan» y «sol» y «mar», son los mejores. Emerson, que casi sólo usa monosílabos, escribió los que para mí son los versos ingleses más bellos:

By the rude bridge that arched the flood,  
Their flag to April's breeze unfurled,  
Here once the embattled farmers stood,  
And fired the shot heard round the world.\*

De veintiocho palabras, veinticuatro son monosílabas. Es inglés en su estado más puro, aunque poco característico del autor.

O echemos un vistazo a esto:

On desperate seas long wont to roam,  
Thy hyacinth, thy classic face,  
Thy Naiad airs have brought me home  
To the glory that was Greece,  
And the grandeur that was Rome.\*\*

\* «Al pie del tosco puente arqueado por la riada, / con su bandera ondeando a la brisa de abril, / permanecieron una vez los granjeros en combate, / y dispararon un tiro oído en todo el mundo». (N. de la t.)

\*\* «Tras mucho surcar mares de desesperación, / tu jacinto, tu rostro clásico, / tu aire de náyade me han traído a casa / a la gloria de Grecia, / y la grandiosidad de Roma». (N. de la t.)

¡Imaginad qué se sentiría al componer estas líneas! Aunque vienen de un escritor familiarizado con las rimas sencillas de «El cuervo» y «Annabel Lee», me temo que son fruto de la casualidad. Citar poesía, me diréis, no es una buena comparación. Cierto, pero ¡qué lección nos dan esas estrofas en el sonido de las palabras! Qué uso magistral de ese magnífico instrumento que todos tenemos a nuestro alcance: el lenguaje. También es bastante casual que los autores de ambos ejemplos sean norteamericanos, y que ambos escriban sobre historia.

Escribir historia de manera que cautive al lector y éste encuentre el tema tan interesante como yo ha sido mi objetivo desde aquel fracaso inicial con mi tesis. Un prerrequisito, como ya he dicho, es sentir lo que escribes y tener el impulso de comunicar esa magia. ¿Comunicársela a quién? Ahora llegamos al lector, una persona a la que siempre tengo en mente. Catherine Drinker Bowen dice que escribe sus libros con un letrero clavado en su escritorio que dice: «¿Pasaré el lector la página?».

Quien escribe historia, creo yo, tiene muchas obligaciones de cara al lector, si quiere que éste la siga leyendo. La primera es destilar. Debe hacer el trabajo preliminar por el lector, recabar la información, darle forma, seleccionar lo esencial, descartar lo irrelevante —sobre todo, descartar lo irrelevante— y articular el resto de manera que acabe conformando una narración dramática. Dicen que la narración es el alma de la historia. Ofrecer una masa de hechos no asimilados, de nombres sin identificar y lugares sin localizar no sirve de nada al lector y denota simple pereza por parte del autor, o pedantería por mostrar lo mucho que ha leído. Descartar lo innecesario requiere coraje y también trabajo extra, como ejemplifica el esfuerzo de Pascal por explicar una idea a un amigo en una carta que divagaba durante páginas y acababa: «Siento haberte aburrido con esta carta tan larga, pero no tenía tiempo de hacerla más corta». El historiador siempre se ve tentado de explorar vericuetos y desvíos. Pero el arte de escribir —la prueba de fuego del artista— es resistirse a la tentación y ceñirse al tema.

¿El historiador debe ser también un artista? Desde luego, el arte consciente debería formar parte de su equipamiento. Macaulay lo describe como medio poeta, medio filósofo. Yo no aspiro a ninguna de esas cotas. Me considero una escritora, una narradora, que se dedica a relatar historias verídicas, no ficción. La distinción no se basa en valores relativos, sino sim-

plemente que la historia me interesa más que la ficción. Estoy de acuerdo con Leopold von Ranke, el gran historiador alemán del siglo XIX, que dijo que al comparar el retrato de Luis XI en el *Quintin Durward* de Scott con el retrato del mismo monarca en las memorias de Philippe de Comines, ministro de Luis, halló «la verdad más interesante y bella que la novela».

También fue Ranke quien estableció la tarea del historiador: descubrir *wie es eigentlich gewesen ist*, lo que en realidad pasó, o, literalmente, cómo pasó. Su objetivo permanecerá para siempre fuera de nuestro alcance por razones que ya expliqué en una «Nota sobre las fuentes» de *Los cañones de agosto* (un párrafo que nadie lee pero que yo considero lo mejor del libro). En resumen, las razones son que quienes escribimos sobre el pasado no estuvimos ahí. Nunca podemos estar seguros de que lo hemos reconstruido fielmente. Pero lo menos que podemos hacer es ceñirnos a las pruebas.

Yo no me invento nada, ni siquiera el tiempo que hace. Uno de mis lectores dijo haberse quedado especialmente prendado de un fragmento en *Los cañones* que cuenta cómo el ejército británico desembarcó en Francia y cómo aquella misma tarde retumbó en el aire una tormenta de verano y el sol se puso con un resplandor sanguinolento. Le pareció producto de la inspiración artística, cuando aquella escena era real. La encontré en las memorias de un oficial británico que había desembarcado aquel día y había oído el trueno y visto la sanguinolenta puesta de sol. El arte, si es que lo hay, sólo consistió en seleccionar los colores de la paleta y aplicarlos luego en el lugar oportuno.

La selección es lo que determina el producto final, por ello uso sólo material de fuentes primarias. Mi opinión sobre las fuentes secundarias es que son útiles pero perniciosas. Al principio, echo mano de ellas como guías para descubrir el esquema general de lo ocurrido; pero no tomo notas de ellas porque no quiero acabar simplemente reescribiendo el libro de otro. Además, los hechos de una fuente secundaria ya han sido preseleccionados, y al adoptarlos uno pierde la oportunidad de llevar a cabo su propia selección.

En cuanto puedo me sumerjo en las fuentes primarias: las memorias y las cartas, los testimonios de generales sobre sus propias campañas, pese a lo tendenciosos, por no decir falsos, que puedan ser. Hasta una fuente poco fiable resulta valiosa por lo que revela en cuanto a la personalidad del

autor, especialmente si es protagonista de los hechos, como en el caso de sir John French, por ejemplo. Se espera que una fuente primaria sea parcial. Uno lo tiene en cuenta y lo corrige leyendo otra versión. Yo siempre intento leer dos o más para cada episodio. Aunque un hecho no sea polémico, habrá sido concebido y recordado desde diferentes puntos de vista por diferentes observadores. Si el hecho es un debate, uno tiene la obligación adicional de revisar los argumentos de ambas partes. Como el León de Esopo respondió al Hombre: «Si entre nosotros se hallasen escultores, como los hay entre vosotros, verías muchos más Hombres despedazados por los Leones que Leones muertos por los Hombres».

La fuente más primaria de todas es el material inédito: cartas privadas y diarios, o los informes, las órdenes y los mensajes que hay en los archivos del gobierno. En ellos hay cierta inmediatez e intimidad que pone de manifiesto su carácter y revive las circunstancias. Recuerdo la agenda del despacho del secretario de Estado Robert Lansing, que usé cuando trabajaba en *El telegrama Zimmermann*. El hombre parecía emerger de su diminuta caligrafía y sus precisas anotaciones de cada visita y cada tema tratado. El registro de cada día empezaba y terminaba con la hora de llegada y salida del secretario. Incluso introducía la hora de la comida, que siempre duraba sesenta minutos: «Salida a la 1:10; regreso a las 2:10». Una vez, cuando se vio obligado a hacer constar como hora de entrada las 10:15 de la mañana, añadió, preocupado por la posteridad: «Avería de coche».

En los Archivos Nacionales palidecía incluso el recuerdo de Widener. Nada es comparable a la fascinación de examinar material en el papel y la tinta originales. El informe de un agente de campo con comentarios al margen escritos por el secretario de Defensa, sus indicaciones sobre Estado y Comercio, y las iniciales de posteriores lectores garabateadas, puede encerrar en sí mismo una pequeña historia. En los Archivos encontré el código original del telegrama Zimmermann, que logré desclasificar y fotocopiar para la cubierta de mi libro.

Más inmediata es aún la investigación *in situ*. Antes de escribir *Los cañones*, alquilé un Renault pequeño y durante el mes de agosto recorrí en coche las zonas de guerra en agosto de 1914, siguiendo las huellas de la invasión germana por Luxemburgo, Bélgica y el norte de Francia. Además de obtener cierto sentido de la geografía, las distancias y el terreno implicados

en desplazamientos militares, contemplé los campos de cereal que la caballería habría pisoteado, calculé la anchura del Mosa a su paso por Lieja y vi cómo recibía el territorio perdido de Alsacia a los soldados franceses que lo miraban desde lo alto de los Vosgos. Comprobé la incomodidad del adquinado belga y descubrí, mientras me perdía casi de manera definitiva por una maraña de carreteras rurales en busca de la casa que había sido cuartel general británico, por qué en 1914 un mensajero motorizado británico había tardado tres horas en cubrir un trayecto de cuarenta kilómetros. Sin duda, debido a la debilidad que los oficiales británicos tenían por las casas de campo, tampoco había conseguido encontrar el cuartel general. En cambio, me fijé en que los comandantes del ejército francés se ubicaban en ciudades, con estaciones de ferrocarril y oficinas de telégrafos.

Respecto a la mecánica de la investigación, tomo notas en fichas de 10 x 15, lo cual me recuerda a cada momento una norma que leí hace tiempo en un manual de investigación: «Nunca escribas en el dorso de nada». Como copiar es un aburrimiento y una lata, uso las fichas, cuanto más pequeñas mejor; eso me obliga a extraer lo estrictamente relevante, y a hacerlo desde el principio, a pasar el material por el cedazo de mi propia mente, por así decirlo. Luego, cuando las fichas se van agrupando en función del tema, de la persona o de la secuencia cronológica, emerge la estructura de mi historia. Además, son prácticas, porque se pueden archivar en una caja de zapatos y llevar metidas en un libro de bolsillo. Cuando estoy lista para redactar, sólo necesito coger un taco, lo que representa un capítulo, y ya estoy preparada para trabajar donde sea; mientras que si uno escribe rodeado de pilas de libros se ve atado a un lugar y, lo que es peor, posiblemente demasiado influido por otros autores.

Lo más importante de la investigación es saber cuándo parar. ¿Cómo identificamos el momento? Cuando yo tenía unos dieciocho años, mi madre me dijo que siempre que saliera con un chico dejara media hora de margen. Aunque no estaba segura de poder hacerlo, el consejo me pareció sensato, y exactamente la misma regla se aplica a la investigación. Uno debe parar antes de haber terminado; de lo contrario, nunca parará y nunca terminará. La perfecta demostración la tuve una vez en los Archivos de Washington. Buscaba documentos sobre el caso Perdicaris, un norteamericano —o supuestamente norteamericano— secuestrado por bandidos

marroquíes en 1904.\* Los encargados del Archivo me presentaron a una profesora que se había pasado la vida investigando las relaciones de Estados Unidos y Marruecos. Había escrito su tesis de doctorado sobre el tema en 1936, creo, y seguía viniendo seis meses al año para trabajar en los Archivos. Según me dijeron, rondaba los setenta, y recientemente había sufrido un infarto. Cuando le pregunté qué año se ponía como límite para dar el tema por zanjado, me miró sorprendida y dijo que conservaba una carpeta con recortes de periódico sobre lo publicado hasta el momento. Estoy segura de que sabía más que ningún ser viviente sobre las relaciones entre Estados Unidos y Marruecos, pero ¿abandonaría su investigación a tiempo de escribir esa historia definitiva y decirle al mundo lo que sabía? Me daba miedo la respuesta. Aunque la entendía. Yo también me sentía obligada a seguir cada pista y dominar un tema; pero, afortunadamente, me motiva más ver mi trabajo impreso. Eso es lo que me salva.

La investigación es algo infinitamente tentador; trabajar, una tarea ardua. Uno tiene que sentarse en esa silla y pensar y transformar el pensamiento en oraciones legibles, atinadas, interesantes y con sentido que inviten al lector a pasar la página. Es lento, laborioso, a menudo pesado y, a veces, agónico. Implica reorganización, revisión, ampliación, edición y reescritura. Pero también produce cierta sensación de embriaguez, casi éxtasis; un momento en el Olimpo. Resumiendo, es un acto de creación.

Sin duda, mi gran ventaja fue haber tratado en *Los cañones de agosto* un tema espectacular. El primer mes de la Primera Guerra Mundial, como bien dijo Winston Churchill, fue «un drama nunca superado». Tiene esa cualidad heroica que eleva el tema por encima de lo insignificante y que es inherente a la gran tragedia. El mes de agosto de 1914, todos nosotros nos vimos envueltos en algo amenazador, inexorable y universal. Algo en ese terrible abismo entre los planes perfectos y los hombres falibles que hace que uno se estremezca con la sensación de «Allá vamos, sólo por la gracia de Dios».

Hasta el final, hasta escribir el Epílogo, no alcancé a ver las repercusiones de la historia que llevaba dos años escribiendo. Luego empecé a intuir

\* Véase «"Perdicaris vivo o El Raisuli muerto"», pág. 127.

que no había estado a la altura. Pero ya era demasiado tarde para volver atrás y dotarla de significado, como la chica del curso de escritura cuyo profesor decía que repasarían su novela y le incorporarían el simbolismo.

Uno de los problemas con los que nos podemos encontrar al escribir historia es cómo mantener el suspense en una narración cuyo resultado ya se conoce. Al principio, esto me preocupaba sobremanera; pero, al cabo de un tiempo, como suele ocurrir, el propio proceso de escritura me dio la solución. Descubrí que, si uno escribe como testigo de la época, sin usar el beneficio de la retrospectiva, resistiéndose siempre a la tentación de referirse a hechos venideros, el suspense surgirá de manera espontánea. A veces, la tentación de señalar al lector la importancia de un acto o un hecho en función de lo que luego pasaría es casi irresistible. Pero intenté ser fuerte. Repasé lo que llevaba hecho y en los capítulos que precedieron a la batalla del Marne suprimí todas las referencias al conflicto menos una. Por absurdo que parezca, incluso suprimí las referencias a la derrota final de Alemania. Escribí como si no supiera quién ganaría, y sólo puedo decir que el método funcionó. Yo misma me angustiaba cuando se acercaban los momentos de crisis. Allí estaba Joffre, por ejemplo, sentado a la sombra del árbol que había fuera del cuartel general, toda aquella calurosa tarde sopesando si seguir la retirada de las tropas francesas hasta el Sena o, como Gallieni sugería, dar media vuelta y contraatacar en el Marne. El ala derecha de Alemania se sitúa sigilosamente frente a París, exponiendo su flanco. El momento se les escapa de las manos. Joffre sigue cavilando ahí sentado. Aunque uno conozca el desenlace, el suspense le resulta casi insoportable porque sabe que si él hubiera tomado la decisión equivocada ninguno de nosotros estaría hoy aquí y, si lo estuviéramos, la historia habría sido escrita por otros.

Esto me lleva a una cuestión bastante discutible: la naturaleza de la historia. Como sabréis, en la actualidad existe una encarnizada controversia entre los grandes pensadores o Toynbees o sistematizadores y los humanistas, si es que se les puede llamar así —uso esta palabra en relación con la naturaleza humana, no con las humanidades—. El género Toynbee está obsesionado y presionado por la necesidad de encontrar una explicación a la historia. Conciben ciclos y sistemas en los que la historia pueda tener cabida para que luego ésta aflore de manera regular con un patrón y un significado. Pero cuando la historia surge en los lugares menos indicados los



sistematizadores se apresuran a justificar estos comportamientos aberrantes con el clima. No hay que llegar tan lejos; es cosa de la gente. Como sir Charles Oman, el gran historiador del arte de la guerra, dijo hace algún tiempo: «La trayectoria humana es ilógica [...] y la historia es una serie de sucesos no inevitable».

Los sistemas prefabricados no me inspiran confianza, y la ciencia aplicada a la historia me da escalofríos. Quien más cerca ha estado de explicar la historia es, creo yo, León Trotsky, que hizo historia y la escribió. La causa en la historia, dijo, «se refracta a través de una selección natural de accidentes». Cuantas más vueltas se le da a esta afirmación, más cierta parece. No hace tanto, un crítico anónimo del suplemento literario de la revista *Times* prescindió rotundamente de los sistematizadores. «El historiador —decía— que antepone su sistema apenas se puede librar de la herejía de quedarse con los hechos que más le convienen». Y concluyó: «He aquí el razonamiento que debe imperar en la mente de cualquier lector de historia». Ésa es la máxima que llevo por bandera.

Al principio, basta con descubrir lo que ocurrió en la historia sin tratar de adelantarse al porqué. Personalmente, creo que es más seguro dejar el «porqué» en paz hasta cuando se hayan recopilado y ordenado los hechos; para ser exactos, en oraciones, párrafos y capítulos. El proceso de transformar una colección de personalidades, fechas, calibres de bala, cartas y discursos en narración hace que el porqué acabe aflorando. Emergerá de la historia de lo ocurrido. De pronto, aparecerá y nos dará un golpecito en el hombro; pero no si uno sale primero en su busca, «antes» de conocer lo ocurrido. Entonces nos eludirá por siempre jamás.

Si el historiador se somete a su propio material en lugar de intentar imponérsele, el material acabará hablándole y proporcionándole las respuestas. Esto me ha ocurrido en más de una ocasión. En las memorias de alguien leí que, en 1914, el gran duque Nicolás había llorado durante su nombramiento como comandante en jefe del ejército ruso porque, según el cronista, se sentía incompetente para el cargo. Me pareció uno de los comentarios malintencionados a los que hay que estar atentos con los observadores contemporáneos; olía a chamusquina. Se decía que el gran duque era el único «hombre» de la familia real; era famoso por sus modales excesivamente bruscos, admirado por el soldado raso y temido en la corte. Yo

no creo que se sintiera incompetente; pero entonces, ¿por qué iba a llorar si no? Podía haber omitido este detalle, pero no lo hice. Quería hallar una explicación que encajara. (Omitir detalles porque no encajan es escribir ficción, no historia.) Llevé encima la anotación sobre el gran duque durante días, pensando en ello. Luego recordé otras lágrimas. Repasé mis notas y encontré una explicación de por qué Churchill había llorado y también Messimy, el ministro de Defensa francés. De repente, comprendí que las lágrimas no tenían que ver con los individuos, sino con los tiempos en que eran derramadas. Mi siguiente oración casi se escribió sola: «El aura de 1914 hacía que quienes la sentían se estremecieran por la humanidad». Después me percaté de que esta sola frase expresaba por qué, para empezar, había querido escribir el libro. Como podéis ver, el «porqué» ha salido solo a la superficie.

Lo mismo ocurrió con la orden de batalla de Joffre la víspera del Marne. Yo tenía intención de convertirla en mi clímax, un toque final de clarín, por así decirlo. Pero, curiosamente, la orden en sí era monótona y apagada y no se mostraba a la altura de las circunstancias. Intenté traducirla de una docena de maneras diferentes, pero de nada sirvió. Me enfadé con esa orden de batalla. Luego, un buen día, cuando la releía por vigésima vez, me habló. Descubrí que su importancia radicaba en la monotonía. La cité al final del último capítulo y añadí: «No gritó “¡Adelante!” o llamó a los hombres a la gloria. Tras los treinta primeros días de guerra en 1914, éstos presintieron que poca gloria les esperaba».

De la misma manera que esta explicación se le ocurre al escritor, a la mente del lector acuden repercusiones o la importancia que puede tener en nuestra época. Pero dichas lecciones, aunque válidas y actuales, deben surgir del material, no del escritor. Yo no escribo para enseñar, sino para contar una historia. Las consecuencias están en lo que el lector serio concluya del libro. Así debería ser, creo yo, porque el mejor libro obedece a una estrecha colaboración entre autor y lector.

## ¿CUÁNDO SUCEDE LA HISTORIA?\*

En tres meses de crisis del Partido Conservador británico —declarada el pasado octubre—, se escribió y publicó un libro de Randolph Churchill sobre el día a día del asunto. Abalanzarse sobre un hecho antes de que su trascendencia haya tenido tiempo para separarse de las circunstancias del momento puede demostrar iniciativa, pero ¿de qué sirve? Un autor arrepentido puede descubrir, cuando la euforia ha pasado, que su tema tenía muy poca trascendencia. El número cada vez mayor de estas historias de gran aceptación en los listados editoriales plantea la pregunta ¿debe —o mejor, puede— la historia ser escrita cuando todavía está humeando?

Antes de llegar más lejos, habría que responder a la pregunta ¿qué es la historia? Durante algún tiempo, los propios historiadores profesionales se emplearon a fondo para hallar la respuesta. Un distinguido exponente, E. H. Carr, de la Universidad de Cambridge, lo convirtió en el tema del que poco después tratarían sus conferencias Trevelyan y un libro publicado en 1962.

¿Historia —preguntó— es la revisión de hechos pasados o son los hechos pasados en sí? Por suerte, no leí el libro hasta después de haber terminado una narración histórica; de lo contrario, jamás me habría atrevido a empezar. Con toda la inocencia del mundo, no había caído en que la pregunta planteada por el señor Carr era recurrente. Para mí, la historia era un cúmulo de hechos pasados existentes, los revisáramos o no.

Pensaba que quienes comentamos el pasado éramos ajenos a él; esto tal vez ayudara a su comprensión, pero no era algo esencial. Suponía que la victoria griega sobre los persas habría llevado la historia occidental en la

\* *New York Times Book Review*, 8 de marzo de 1964.

misma dirección tanto si Heródoto la hubiera descrito como si no. Pero ésa no es la postura que el señor Carr adoptaba. «La creencia en un cúmulo de hechos históricos que existen independientemente de la interpretación del historiador —dice— es una absurda falacia, aunque difícil de erradicar».

Tras la primera lectura, tuve la sensación de que aquello era una tontería sin sentido. ¿Acaso era una especie de chiste abstruso? Pero un pensador tan eminente debe ser tomado en serio; así que, después de prolongadas discusiones en silencio con el señor Carr, de las cuales él no tenía conocimiento, empecé a ver adónde quería llegar. Lo que quiere decir, supongo, es que los hechos pasados no pueden existir independientemente del historiador porque, sin el historiador, no sabríamos nada sobre ellos; resumiendo, que el pasado del que no ha quedado constancia no es otro que el de nuestro viejo amigo, el árbol en el bosque primaveral que cayó donde no había nadie que oyera el ruido de la caída. Y si no había oídos, ¿había sonido?

Me niego a temer a ese interrogante, porque plantea la pregunta equivocada. Lo que importa no es si el árbol hizo ruido al caer, sino si dejó alguna marca en el bosque. Si dejó un agujero que filtraba los rayos del sol a una especie habituada a la oscuridad, o si acabó con la vida de un animal dominante y el control de la manada pasó a otro individuo de diferentes características, o si cayó en el camino de un grupo de animales y provocó algún pequeño cambio en su recorrido habitual del que luego se derivarían cambios importantes; entonces la caída hizo historia la hubiera oído alguien o no.

Por lo tanto, me declaro firme creyente en la «absurda falacia» de hechos históricos que existen independientemente del historiador. Creo que si el *Domesday Book* y todos los demás documentos de la época hubieran sido quemados, el traspaso de tierras que los sajones hicieron a los normandos seguiría siendo un hecho de la historia británica. Claro que el *Domesday Book* era un registro, no una interpretación, y lo que el señor Carr dice es que los hechos históricos no existen independientemente de la «interpretación» del historiador. Esto me parece insostenible. También podría decir que «Oda a una urna griega» no existiría sin Keats.

En mi opinión, las pruebas son más importantes que la interpretación, y los hechos son historia se interpreten o no. Creo que la influencia de la

frontera en retroceso sobre la expansión norteamericana fue un fenómeno independiente de Frederick Jackson Turner, que lo advirtió; y el papel de la clase ociosa, independiente de Thorstein Veblen; y la influencia del poder naval en la historia, independiente del almirante Mahan. En el último caso, acecha un posible argumento en contra, ya que el libro del almirante Mahan *La influencia del poder naval en la historia* impulsó de tal manera la política naval en la Alemania imperial y Gran Bretaña los años anteriores a 1914 que, al aislar y describir un gran hecho histórico, hizo historia. El señor Carr podría usar esto a su favor.

Mientras tanto, considero su tema principal innecesariamente metafísico. Me conformo con definir la historia como los hechos pasados de los que tenemos conocimiento y evito preocuparme por los demás (hasta que algún arqueólogo los desentierre).

Pasemos ahora a los historiadores. ¿Qué son: contemporáneos o herederos de la historia que relatan? Obviamente, la respuesta es lo uno y lo otro. Entre los contemporáneos, ante todo y sobre todo están las fuentes más o menos conscientes: cartas, diarios, memorias, autobiografías, periódicos y publicaciones, documentos comerciales y gubernamentales. Material histórico, no historia. Puede que sus autores escriban con un ojo puesto en la posteridad, o los dos, pero eso no los convierte en historiadores. Desempeñar dicha función requiere adoptar una visión objetiva y escribir con intencionalidad.

En un nivel ligeramente distinto están los testimonios, generalmente de periodistas, cuyas versiones encierran datos muy valiosos en un mar de documentales sobre viajes que el paso del tiempo ha reducido a banalidades. Algunos de los detalles más vívidos que aparecen en mi libro *Los cañones de agosto* vienen de la prensa diaria: la muñeca de trapo aplastada bajo la rueda de una cureña alemana, de Irvin Cobb; el olor de medio millón de cuerpos sin lavar que flotaba en los pueblos belgas, de Will Irwin; el incidente del coronel Max Hoffmann que profería insultos al general japonés, de Frederick Palmer, reportero de la guerra ruso-japonesa. Sin embargo, el periodismo cotidiano, aun recopilado en forma de libro, es, como las cartas y el resto, esencialmente material más que historia.

También contemporáneos, pero indispensables, son los compiladores que se apresuran a montar un libro a partir de recortes y entrevistas para

sacar partido del interés público cuando el tema está al alza. Una forma preferida de estos postres rápidos es la de la biografía improvisada de la noche a la mañana, como *The Lyndon Johnson Story*, aparecida en los escaparates de las librerías unas semanas después del incidente al que hace referencia. Los compiladores, en su tratamiento de la historia, no proporcionan interpretaciones adicionales y, como historiadores, son intrascendentes.

Descartadas todas estas variedades, queda una vena pura de historiadores propiamente dichos de los cuales, entre nuestros contemporáneos, existen dos tipos. Primero están los «espectadores», que describen expresamente un episodio de su época —una guerra o una depresión o una huelga o una revolución social o lo que sea— y lo convierten en una narración histórica con carácter y validez propios. Ejemplos de ello son *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides, en gran escala, y *The Making of a President*, de Theodore White, acometido con el mismo espíritu aunque a menor escala en comparación.

Luego tenemos a los «participantes activos» o «egoístas», que intentan escribir una historia genuina de hechos por ellos conocidos, pero cuyas interpretaciones están inevitablemente sesgadas, unas veces de manera sutil e imperceptible y otras de manera abierta, por el rol que quieren desempeñar. *La guerra de los judíos* de Josefo, *Historia de la Rebelión* del conde de Clarendon y *La crisis mundial* y *La Segunda Guerra Mundial* de Winston Churchill son clásicos de esta categoría.

Para el historiador posterior, éstos también pasan a ser fuentes. ¿Estamos en posesión de la historia cuando tenemos estas interpretaciones a nuestra disposición? Sí, igual que estamos en posesión del vino cuando tenemos la primera prensada de las uvas a nuestra disposición. Pero no ha fermentado, y no está añejado. La gran ventaja del historiador posterior es la distancia concedida por el paso del tiempo. Escribe distanciado de los hechos y con un campo más amplio de visión, puede ver mejor lo que pasa en la época y distinguir lo que era importante de lo que no.

El contemporáneo no tiene perspectiva; todo está en primer plano y aparenta el mismo tamaño. Los detalles ocupan un lugar preponderante, y a veces las grandes cuestiones se le pasan porque cuesta verlas condensadas. Hoy en día, a Vietnam y Panamá se les dedican titulares de cuatro columnas; sin embargo, el historiador de dentro de cincuenta o cien años les

dedicará un capítulo entero con un título general que a nosotros aún no se nos ha ocurrido.

El contemporáneo, especialmente si es «participante», está empapado de sus hechos, lo cual no es del todo ventajoso. Lo que gana en familiaridad gracias al conocimiento personal —algo que nosotros nunca lograremos— lo pierde en imparcialidad. No puede ver o juzgar imparcialmente dos posturas encontradas, por ejemplo sobre quién merece llevarse los laureles por la victoria francesa en la batalla del Marne de 1914. Todos los cronistas contemporáneos eran acérrimos partidarios o de Joffre o de Gallieni. Tan intenso era el partidismo que nadie (salvo el presidente Poincaré) se daba cuenta de lo claro que quedaba al distanciarse: ambos generales habían desempeñado un importante papel. Gallieni vio la oportunidad y tuvo el arrojo, y Joffre llevó al ejército y a los refuerzos a combatir; pero se tardó cincuenta años en llegar a esta simple y justa conclusión.

La distancia no siempre confiere objetividad; difícilmente se puede decir que Gibbon escribiera con objetividad sobre el Imperio romano, o Carlyle sobre la Revolución francesa. La objetividad es una cuestión de grado. Es posible que el historiador no contemporáneo de los hechos sea al menos «relativamente» objetivo, lo cual no es lo mismo que ser neutral o tomar partido. El historiador neutral o puramente objetivo no existe. Sin opinión, un historiador sería sólo un reloj, y además ilegible.

No obstante, lo que sí confiere la distancia es una especie de supresión que enfría la mente y permite realizar una valoración más justa que la de cualquier contemporáneo. Hace mucho tiempo, como periodista principiante, cubrí un recorrido en la campaña de Franklin D. Roosevelt durante la que éste tenía programado dar un gran discurso en Pittsburg o Harrisburg, he olvidado cuál de los dos.\* Cuando nos bajábamos del tren, uno de los periodistas veteranos se quedó sentado cómodamente en el vagón club con los pies en alto alegando que, como partidario del New Deal que escribe para un periódico republicano, tenía que mostrarse «objetivo» y podía «ser mucho más objetivo allí sentado que a un palmo de ese tipo». Usaba la distancia, espacial más que temporal, para ganar objetividad.

\* Véase «Tren electoral», pág. 119.

Por experiencia sé que no podría escribir historia contemporánea aunque quisiera. Algunas personas pueden: William Shirer, por ejemplo; no les afecta verse implicados. Pero a mí sí, como descubrí mientras trabajaba en mi primer libro, *Bible and Sword*. Trataba las relaciones históricas entre Gran Bretaña y Palestina desde tiempos de los fenicios hasta el presente. La intención era adoptar el punto de vista del mandato británico hacia la guerra árabe-israelí y el restablecimiento del Estado de Israel en 1948.

Me pasé seis meses investigando la amarga historia de aquellos últimos treinta años: los ataques y alzamientos árabes, las mesas redondas, los Libros blancos, el freno de la inmigración judía, las comisiones investigadoras, la ironía final de cuando los británicos, que habían emitido la Declaración Balfour, interceptaron el barco *Exodus*; toda la ignominiosa historia de uno o más capítulos contemporizadores.

Cuando me dispuse a escribirlo como historia, no pude. Ira, disgusto y cierto sentido de la injusticia harán que algunos escritores ganen en elocuencia y susciten una brillante polémica, pero estas emociones atrofiaban y manipulaban mi pluma. El tono de mi capítulo final me pareció totalmente distinto del de los diecisiete capítulos anteriores. De pronto, había entrado en la historia contemporánea; me había implicado, y eso se dejaba notar. Aunque el editor quería una narración actual, yo sabía que mi último capítulo pondría en entredicho la credibilidad de todo lo anterior tal como estaba escrito; pero no podía cambiarlo. Lo rompí, deseché seis meses de trabajo y terminé el libro en 1918.

No digo que el sentimiento no debería tener cabida en la historia. Al contrario, lo considero un elemento esencial tanto en la historia como en la poesía, cuyo origen Wordsworth definió como «sentimiento recordado con serenidad». Podría decirse que la historia es sentimiento más acción recordado o, en el caso de los historiadores contemporáneos, meditado con serenidad tras un examen sincero y meticuloso de los documentos. La principal obligación del historiador es ceñirse a las pruebas. No deja de resultar curioso el hecho de que a los poetas, no limitados por esta regla, les ha ido muy bien con la historia, tanto de su tiempo como de un pasado remoto.

Tennyson escribió «La carga de la brigada ligera» tres meses después del suceso ocurrido en Balaclava (Crimea). «Cannon in front of them vol-



leyed and thundered [...] Flashed all their sabres bare [...] Plunged in the battery-smoke [...] Stormed at with shot and shell [...] When can their glory fade? O the wild charge they made!» («Cañones ante sí [...] descargaron y tronaron [...] Brillaron sus sables desnudos [...] Zambulléndose en el humo de las baterías [...] Azotados por balas y metralla [...] ¿Cuándo se va a marchitar su gloria? / ¡Oh, valiente carga la suya!»). Esta versión, que incluye el pareado victoriano «Theirs not to reason why / Theirs but to do and die» («No estaban allí para razonar, / no estaban sino para vencer y morir»), como poesía puede carecer de la moderna virtud de la incomprendibilidad, pero como historia capta esa combinación de lo glorioso y lo ridículo que era la carga de una caballería contra la artillería pesada. Como dijo un espectador: «C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre» («¡Es magnífico, pero no es la guerra!»), que es exactamente lo que Tennyson sabía expresar mejor que ningún historiador.

Yo, que llegué a adulta antes de que Bruce Catton empezara a escribir, siempre veré la Guerra Civil en función de:

Up from the meadows rich with corn,  
Clear in the cool September morn,  
The clustered spires of Frederick stand.\*

Whittier también hizo incursión en la historia contemporánea. Macaulay, en cambio, escribió «Horatius at the Bridge» unos 2.500 años después del suceso. Aunque era un importante historiador y poeta sólo en segundo término, ¿recordaría alguien algo sobre Tarquino el Tirano o sobre la historia romana anterior a César si no fuera por «Lars Porsena of Clusium / By the Nine Gods he swore» («Lars Porsena de Clusio / ante los Nueve dioses juró») y el resto de las diecisiete estrofas? Sabemos que la Revolución americana empezó con las señales luminosas de la vieja North Church.

\* «Desde los prados rebosantes de grano, / nítidas en la fresca alborada de septiembre, / se alzan las agujas de Frederick». (*N. de la t.*)

One, if by land, and two, if by sea,  
 And I on the opposite shore will be,  
 Ready to ride and spread the alarm  
 Through every Middlesex village and farm.\*

Los poetas han familiarizado a más gente con la historia que los propios historiadores, y alguna vez han dado un empujón a la historia. Kipling lo hizo en 1899 con su declaración «La carga del hombre blanco», dirigida a los norteamericanos, que, sumidos en el imperialismo involuntario por la aventura del almirante Dewey en Manila, no sabían qué hacer con las Filipinas. «Enviad vuestras crías mejores», les dijo Kipling firmemente,

To wait in heavy harness,  
 On fluttered folk and wild—  
 Your new-caught, sullen peoples,  
 Half-devil and half-child.

...

Take up the White Man's burden,  
 The savage wars of peace—  
 Fill full the mouth of Famine  
 And bid the sickness cease;

...

Take up the White Man's burden—  
 Ye dare not stoop to less.\*\*

Estos consejos, publicados a doble página por la *McClure's Magazine*, llegaron a todos los rincones del país en cuestión de una semana y consiguieron que la mayoría de norteamericanos se rindiera a la compra de balas, a

\* «Uno, si por tierra, y dos, si por mar, / y en la orilla opuesta estaré, / dispuesto a cabalgar y dar la voz de alarma / en cada pueblo y granja de Middlesex». (N. de la t.)

\*\* «Y, para obedecerles, como un pesado yugo, / a unas tribus hostiles y salvajes, / a esos pueblos ariscos, apenas capturados, / medio demonios y medio niños. // Tomad esta carga del hombre blanco, / sus guerras ensañadas por la paz, / saciad las bocas hambrientas, / anhelad el fin de las enfermedades; // Tomad esta carga del hombre blanco, / no oséis rebajaros». (N. de la t.)

la brutalidad y las artimañas que pronto demostraron ser necesarias para ponerlos en práctica.

Kipling tenía un don especial para reconocer la historia cuando la veía de cerca. Escribió «Recessional» en 1897 cuando, con motivo del sexagésimo aniversario de la reina, notó cierta vanagloria u orgullo desmesurado en el sentir nacional que lo asustó. En el *Times* de la mañana siguiente, a los lectores les impactó su recordatorio:

Lo, all our pomp of yesterday  
Is one with Nineveh and Tyre!  
Judge of the Nations, spare us yet,  
Lest we forget —lest we forget!\*

Sir Edward Clark, el distinguido abogado que defendió a Oscar Wilde, quedó tan impresionado por el mensaje que presentó «Recessional» como «el mejor poema escrito por un hombre vivo».

Lo que estos poetas hicieron fue transmitir el «sentimiento» de un episodio o un momento de la historia como ellos lo experimentaban. La tarea del historiador es más bien contar lo ocurrido en la disciplina de los hechos.

La imaginación es al poeta lo que los hechos al historiador. Su ejercicio de criterio arranca de la selección de los hechos; su arte, de la disposición de éstos. Su método es narrativo. Su tema es la historia del pasado humano. Y su misión, darla a conocer.

\* «¡Mirad: toda nuestra pompa y solemnidad de ayer / se conjuga con Nínive y Tiro! / Juez de las Naciones, perdónanos una vez más, / para que no olvidemos... ¡para que no olvidemos!». (*N. de la t.*).

## HISTORIA AL DETALLE\*

En una fiesta para celebrar su reapertura el año pasado, el Museo de Arte Contemporáneo de Nueva York sirvió champán a cinco mil invitados. Una atenta periodista del *Times*, Charlotte Curtis, se fijó en que había ochenta cajas, según luego informaría a sus lectores, el equivalente a 960 botellas o 7.680 copas de 8,5 centilitros. De alguna manera, gracias a este detalle la fiesta del museo cobra vida, pasa a ser todo un acontecimiento en Nueva York. Uno ve la aglomeración, las mujeres que se miran los vestidos, el intercambio de saludos, y percibe la gratificante sensación de elegancia e importancia conferida por el champán —cuya cantidad, a copa y media por persona, no era precisamente exagerada—. Todo esto lo transmite el detalle de la señorita Curtis. A mi entender, es la manera en que *historia* y *periodismo* deberían ser escritos. Es a lo que Pooh-Bah se refiere en *El Mikado*, cuando, al contar que la cabeza de la víctima permaneció sobre su cuello y se inclinó tres veces ante él en la ejecución de Nanki-Poo, añadió que éste era un «detalle corroborante pensado para dotar de verosimilitud artística a una narración por lo demás sencilla y poco convincente»; al contrario, era precisa, objetiva y un modelo en todos los sentidos. Pero lo que la hizo destacar, lo que la hizo vívida y memorable, fue su uso del detalle corroborante.

La afirmación de Pooh-Bah me lleva a considerarlo un gran historiador o, al menos, el formulador de un principio fundamental de historiografía. Ciertamente, se inventó el detalle corroborante: un fraude, si eres historiador, y ficción si no. Pero lo que cuenta es que reconoce su importancia.

\* *Harper's Magazine*, julio de 1965.

Sabe que aporta verosimilitud, que sin él una narración es sencilla y poco convincente. Por supuesto, ni él ni yo descubrimos el principio; los historiadores siempre han hecho uso de él, empezando por Tucídides, que insistía en dar detalles topográficos, «el aspecto de ciudades y localidades, la descripción de ríos y puertos, las características particulares de mares y países y sus distancias relativas».

El detalle corroborante es el gran correctivo. Sin él, tanto la narración como la interpretación histórica pueden caer fácilmente en lo inválido. Impone cierta disciplina. Obliga al historiador que lo usa y lo respeta a ceñirse a la verdad, o a todo lo que descubra de verdadero. Evita que alce el vuelo hacia teorías de su propia invención. En esas alturas toynbeanas el aire es estimulante, y las vistas, inmensas; pero la gente y las casas de abajo son tan pequeñas que no se aprecian. Por convencido que el historiador esté de la validez de las teorías que concibe, si no las sustenta y las ilustra el detalle corroborante no tienen más valor como historia que el relato de Pooh-Bah sobre la ejecución imaginada.

Es más sensato, creo yo, llegar a la teoría por medio de las pruebas y no al contrario, como hacen tantos revisionistas actuales. En cualquier caso, resulta más gratificante recopilar primero los hechos y, al darles forma de narración, descubrir una teoría o una generalización histórica que emerja por sí sola. Para mí ésta es la emoción de lanzarse en busca del tesoro, de escribir historia. En el libro en que ahora trabajo, que trata sobre el período de veinte años anterior a 1914 (y el lector me perdonará si todos los ejemplos proceden de mi propia obra; pero, en el fondo, es lo que mejor conozco), hablo sobre un momento concreto del Caso Dreyfus en Francia: cuando, el día de la reapertura parlamentaria, todo el mundo esperaba que el ejército intentara dar un golpe de Estado. Los observadores ingleses lo auguraban, las tropas entraron en la capital, el candidato monárquico fue llamado a la frontera, la muchedumbre abucheaba y causaba disturbios en las calles... pero ese día terminó sin novedad; la República seguía en pie. Para entonces, ya había recopilado tantos detalles corroborantes sobre un posible intento golpista que tuve que explicar por qué no se materializó. De pronto, me tuve que parar a pensar. Pasado un rato, me vi escribiendo: «La derecha carecía de la química necesaria para un golpe: un líder. Tenía a sus pequeños, aunque es-

candalosos, fanáticos; pero desestabilizar el gobierno de un país democrático requiere ayuda exterior o el discurso de un dictador». En mi opinión, esto es una generalización histórica; modesta, sin duda, pero a mi medida. Había llegado a ella movida por la necesidad de material, y me sentí profundamente orgullosa y realizada. Momentos como éste no se viven cada día; y, aunque a veces sólo se dé uno en un capítulo, eso te llena de satisfacción.

Soy discípula del detalle, porque desconfío de la historia a granel cuyos proveedores se preocupan más de determinar el significado y el propósito de la historia que los hechos. ¿Es necesario insistir en un propósito? Nadie pregunta al novelista por qué escribe novelas o al poeta cuál es su propósito al escribir poemas. Según creo recordar, a los lirios del prado no se les exigía que tuvieran un propósito demostrable. ¿Por qué la historia no puede ser estudiada y escrita y leída porque sí, como documento del comportamiento humano, el tema más fascinante de todos? La insistencia en un propósito convierte al historiador en profeta, y ésa es otra profesión.

Volviendo a lo que nos ocupa: el detalle corroborante no siempre llevará a una generalización, pero muchas veces revelará una verdad histórica, además de proporcionarnos buenos conocimientos de realidad histórica. Cuando investigaba al general Mercier, el ministro de Defensa responsable de la condena inicial de Dreyfus que en el transcurso del caso llegó a héroe de la derecha, descubrí que en las fiestas «de altos vuelos» las damas se ponían en pie al verlo entrar. Ésa es la clase de detalle que para mí bien vale una semana de investigación. Ilustra la sociedad, la gente, el sentir de una época más gráficamente que nada de lo que yo pudiera escribir y, además, en menos espacio, lo cual es una ventaja adicional. Tipifica, cristaliza, visualiza. El lector puede verlo; por otra parte, permanece en la memoria, es memorable.

Lo mismo se puede decir, verbal pero no visualmente, de una declaración del presidente Eliot de Harvard en 1896, en un discurso sobre arbitraje internacional, gran tema de aquellos tiempos. En este capítulo, yo escribía sobre la tradición fundadora de Estados Unidos como nación antimilitarista y antiimperialista, segura en sus propias fronteras, que no tiene nada que ver con el siniestro armamento y el ejército permanente de Europa, que da ejemplo de fuerza desarmada y rectitud. Buscando mate-

rial para ilustrar la tradición, encontré en un reportaje de un periódico estas palabras de Eliot, que no he visto citadas por nadie más: «La creación de una armada —decía— y la presencia de un ejército ya establecido implica [...] el abandono de lo que es típicamente norteamericano [...] La creación de una armada, y en concreto de buques de guerra, es política británica y francesa. Nunca será la nuestra».

¡Magnífico! Su seguridad, su convicción, su autoridad olímpica, ¿qué no dice del hombre, de la época, de la idea? En esas palabras vi claramente por primera vez el carácter y la naturaleza de la tradición antimilitarista norteamericana, de lo que ha dado en llamarse «el sueño americano»: era cuestión de detalle; no sólo de corroborar, sino también de revelar un aspecto de la historia.

Si uno no conoce estos detalles, se puede perder. En 1890, el Congreso autorizó la construcción de los tres primeros buques de guerra norteamericanos y, dos años después, de un cuarto. Poco después, en 1895, esta nación se vio precipitada a un gran conflicto con Gran Bretaña, conocido como la Crisis venezolana, en la que hubo mucho blandir de puños y grito patrioterico en favor de la guerra. Al cabo de tres años, estábamos en guerra con España. Desde luego, ésta ya no era una potencia naval equiparable a Gran Bretaña; pero tampoco era desdeñable. Ya le gustaría a uno saber cuál era exactamente la fuerza naval norteamericana en tiempos de ambas crisis. ¿Cuántos de los acorazados autorizados en 1890, si es que había alguno, se habían hecho a la mar cinco años después? ¿En qué momento de 1895 dieron el toque de guerra y qué barcos teníamos para proteger nuestras costas, muchos menos que para llevar a cabo la ofensiva? Me parece que esto valía la pena saberlo.

Para sorpresa mía, cuando busqué la respuesta en libros de texto sobre el período en cuestión, no la encontré. Los historiadores de la ascensión de Estados Unidos al poder, de la era de la expansión, de la política exterior norteamericana, o incluso de la Armada, no se preocuparon de lo que obviamente les parece un detalle irrelevante. Era poco relevante para los políticos de la época que tenían la responsabilidad de tomar decisiones bélicas o pacificadoras. Cada año se publica texto tras texto de la historia norteamericana, y cada texto repite a este respecto más o menos lo que su predecesor ha dicho antes, sin más explicaciones. Para dar con los hechos, acabé

teniendo que escribir al director de Historia Naval, en el Departamento Naval de Washington.

Lo que me importa ahora no es cuántos acorazados teníamos a mano en 1895 y 1898 (cifra que ya conozco), sino por qué este hecho físico y delicado no figuraba en el trabajo de los historiadores profesionales. «Simple y poco convincente», dijo Pooh-Bah de una narración sin hechos, opinión que comparto.

Cuando en historia me topo con una generalización o una afirmación general sin ejemplos que la corroboren, me pongo automáticamente en guardia; mi reacción es: «Demuéstramelo». Si un historiador escribe que llovía mucho el día en que la guerra fue declarada, ese detalle está corroborando la afirmación, pongamos por caso, de que el día era sombrío. En cambio, si sólo escribe que era un día sombrío sin mencionar la lluvia, quiero saber en qué se basa para hacerlo, qué lo hacía sombrío. O si escribe: «La población adoptaba una actitud beligerante» o «Era un período de gran ansiedad», se está permitiendo hacer afirmaciones generales que no me convencen si no van acompañadas de pruebas. Por ejemplo, escribo que la sociedad francesa en la década de 1890 imitaba a la inglesa en costumbres y modales. Si me imagino que soy mi propio lector —complicada fuga que suena sin parar en mi escritorio—, mi reacción es, por supuesto: «Demuéstramelo». Lo hago en las dos frases siguientes. Escribo: «Los Greffulhe y los Breteuil eran íntimos del príncipe de Gales, las apuestas eran costumbre en Longchamps, el *Derby* se disputaba en Chantilly, la carrera de obstáculos en Auteuil y un indeseado miembro era segregado en el Club de jinetes. Charles Haas, el original de Swann, llevaba un “Mr.” grabado en sus tarjetas de visita».

Aunque el detalle corroborante no sirviera a un propósito histórico válido, usarlo hace que una narración resulte más gráfica e inteligible, más agradable y, en definitiva, más legible. Contribuye a la comunicación, y la comunicación es, después de todo, el principal propósito. La historia escrita de forma abstracta no me dice nada. Yo no entiendo lo abstracto y, como un escritor tiende a crear al lector a su propia imagen, doy por sentado que mi lector tampoco. Seguramente lo subestimo. De hecho, muchos pensadores serios escriben en abstracto y mucha gente los lee con interés y provecho e incluso imagino que con placer. Respeto esta habilidad, pero soy incapaz de emularla.



Por alguna inexplicable razón, mi detalle palpable favorito en *Los cañones de agosto* es el que doy sobre el gran duque Nicolás, tan alto (dos metros) que cuando estableció el cuartel general en el vagón de un ferrocarril su asesor colocó un fleco de papel blanco sobre la entrada, para recordarle que agachara la cabeza. No sabría explicar por qué, tras años de trabajo y un libro de 450 páginas en el que se recoge todo el material, habría de ser éste el detalle que recuerdo con más claridad; pero así es. El papel blanco me llamó tanto la atención que redacté todo un párrafo donde describía el cuartel general ruso en Baranovici, para darle lógica.

En otro caso, el procedimiento fracasó. Había leído que el regalo de cumpleaños que el káiser hizo a su esposa era el mismo cada año: doce sombreros seleccionados por él que ella estaba obligada a ponerse. Aquí se demuestra el valor del detalle corroborante a la hora de revelar personalidad; éste en concreto merece un libro entero sobre el káiser, o incluso sobre Alemania. No obstante, representa una tragedia menor de *Los cañones*, porque nunca logré desarrollarlo. Tomo notas en tarjetas, y la tarjeta acerca de los sombreros se encontraba con las del primer capítulo. Al no haberla usado, la pasé a un posible lugar del capítulo 2, volví a perderla de vista y seguí escribiendo el resto de capítulos, hasta que reapareció en un último lugar, en un mazo que rezaba: «Sin usar».

Un detalle sobre el general sir Douglas Haig, igualmente revelador de personalidad o al menos de las costumbres y las condiciones de los oficiales del ejército británico, encontró su lugar. El caso es que, durante la campaña en el Sudán en la década de 1890, llevaba «un camello cargado de clarete» en el vagón personal de mercancías que lo seguía por el desierto. Además de ser un vívido fragmento de historia social, la frase misma, «un camello cargado de clarete», es de por sí bella, una maravilla de doble aliteración interna [«a camel laden with claret»]. Sin embargo, eso trae otro tema a colación, el tema del lenguaje, que merece un artículo aparte para ser tratado de manera adecuada.

Habiendo llegado aquí sin darme cuenta, sólo comentaré que la manera en que afecta el poder independiente de las palabras a la historia escrita es algo a lo que debemos estar atentos. Tienen un poder casi terriblemente autónomo para evocar en la mente del lector una imagen o idea que no figuraba en la mente del escritor. Sin duda, operan así en todas las formas de

escritura; pero la historia es especialmente sensible porque uno tiene el deber de ser preciso, y un uso descuidado de las palabras puede crear una falsa impresión no deseada. Al menos el cincuenta por ciento de los críticos de *Los cañones* comentaron lo que ellos consideraban mi exposición sobre la estupidez de los generales. En mi mente no había nada por el estilo cuando escribía. Lo que yo intentaba expresar era que los generales habían caído en las redes de las circunstancias, instrucción, ideas e impulsos nacionales de su tiempo y sus países individuales. Yo no intentaba reflejar la estupidez, sino la tragedia, la fatalidad. Muchos críticos lo entendieron, personas perspicaces y claramente inteligentes (las que te entienden siempre lo son), pero eran demasiados los que salían con esa palabra, «estupidez», para mi creciente desgracia.

Este poder de las palabras para escapar al control de un escritor es un problema fascinante que, por no ser el que empecé tratando, sólo puedo esbozar aquí. Una cosa más antes de cambiar de tercio: para mí, el problema reside en el hecho de que el arte de escribir me interesa tanto como el arte de la historia (y espero que no se considere provocación decir que concibo la historia como un arte, no como una ciencia). Al escribir me seduce el sonido de las palabras y la interacción de sonido y sentido. Recientemente, para abrir un párrafo escribí: «Entonces tuvo lugar la intervención que curvó la ramita de los acontecimientos». Aquello estaba pensado como una especie de señal para el lector. (De vez en cuando, en una narración histórica, cuando uno ya ha explicado un trasfondo lo bastante complicado, siente la necesidad de agitar una banderola roja que dice: «Levántate, Lector; algo va a ocurrir».) Desafortunadamente, terminado el párrafo, me vi obligada a admitir que el incidente en cuestión no había curvado irremediablemente la ramita de los acontecimientos. Pero odiaba tener que deshacerme de una frase tan bien construida. ¿Debía conservarla porque era una frase buena o suprimirla porque no era buena historia? Imperaba la historia, así que no pasó a la posteridad (aunque, como podéis comprobar, aquí la he rescatado). Las palabras son un material seductor y a la vez peligroso, y hay que usarlo con cautela. ¿Qué soy antes, escritora o historiadora? El viejo dilema empieza a dar vueltas en mi cabeza. Aunque no todo va a ser dicotomía o disputa. Las dos funciones no tienen por qué estar, y de hecho no deben estarlo, enfrentadas. El objetivo es la fusión. A la larga, el mejor escritor es el mejor historiador.

En busca de ese objetivo vuelvo al detalle. El detalle visual más eficaz es el que indica algo sobre carácter o circunstancia además de sobre aspecto. El atuendo descuidado culminado en caídos calcetines blancos corrobora una descripción de Jean Jaurès como la imagen esperada de un líder laborista. Para conciliar tanto el aspecto y el carácter colérico como el esnobismo de oficial de caballería de sir John French, ayuda escribir que prefería la reputación de caballero a vestir camisa y corbata, las cuales parecían siempre a punto de asfixiarlo.

El mejor detalle corroborante que he visto jamás hacía referencia a lord Shaftesbury, el eminente reformista social victoriano autor de la Factory Act y de leyes de trabajo infantil, que apareció en mi primer libro, *Bible and Sword*. Según escribió un contemporáneo, era un hombre con el aspecto más puro, pálido y victoriano de Westminster, sobre cuya cabeza clásica «cada mechón de cabello oscuro parecía rizarse por el sentido del deber». Para conciliar el aspecto y el carácter de un hombre con el aura de su época, esa línea no tiene parangón.

Los novelistas tienen la ventaja de que pueden inventar detalles corroborantes. Con el deseo de retratar, digamos, una melancólica personalidad introspectiva, inventan cualidades físicas acordes. El historiador se las debe arreglar con lo que encuentra, aunque a veces puede referirse a lo que encuentra evocando una imagen familiar en el bagaje mental del lector. Decir que el general Joffre parecía Santa Claus recrea al instante una imagen que me pareció particularmente apta cuando lo escribí. Estaba pensando en la inmensa barriga de Joffre, en su rostro rubicundo, su bigote blanco y su aspecto sencillo y benevolente, y olvidé que Santa Claus lleva barba y Joffre salta a la vista que no. Sin embargo, la esencia estaba ahí. Uno debe procurar elegir una imagen reconocible para este propósito. En el libro en el que estoy trabajando aparece un personaje melancólico e introspectivo, lord Salisbury, primer ministro en 1895; máximo exponente de la aristocracia británica, un hombre fornido de barba rizada y entradas de quien escribí que le llamaban el Hamlet de la política inglesa y se parecía a Karl Marx. Debo decir que estoy bastante orgullosa de esa frase, aunque a mi editor simplemente lo desconcierta. Resulta que él ignoraba qué aspecto tenía Karl Marx, así que la comparación no le decía nada. Si esto no pasaba la primera prueba, tampoco funcionaría con el lector medio, así que prescindí de ella.

Por supuesto, las fuentes de detalle corroborante deben ser contemporáneas al sujeto. Además de los habituales diarios, las cartas y las autobiografías, no olvidemos a novelistas y periódicos. El inspirado fragmento sobre las mujeres que se ponen en pie ante el general Mercier procede de Proust, como tantos otros brillantes detalles; por ejemplo, que durante el Caso Dreyfus, las mujeres llevaban un «A bas les juifs» [«Abajo los judíos»] estampado en sus sombrillas. Proust es una fuente inestimable de detalles no sólo porque hay mucho suyo escrito, sino porque además todo se reduce a un pequeño sector de la sociedad que conocía personal e íntimamente; es como si una mujer describiera su propio salón. En cambio, otra novela ambientada en el mismo período, *Jean Barois* de Roger Martin du Gard, considerada una obra maestra de ficción sobre el Caso, no me aportó nada que pudiera usar, tal vez por la falta de detalle visual —al menos, detalles sorprendentes y memorables—. Todo eran ideas y palabras, sin duda interesantes, pero como fuente material busco algo que pueda «ver». Cuando lees a Proust, ves el París de la década de 1890, con carrozas y faroles, al hombre de club que hace sus llamadas con guantes blancos cosidos en negro y un sombrero gris forrado de cuero verde.

Es posible que esto ilustre la distinción entre un gran novelista y un novelista con menos talento, a mi entender también aplicable a los historiadores. Las ideas por sí solas no son de carne y hueso. Demasiado a menudo, la historia académica está escrita atendiendo a ideas más que a actos; habla de lo que la gente escribió y no de lo que hizo. Escribir, pongamos por caso, una historia del progresismo en Estados Unidos o del socialismo en la era de la Segunda Internacional citando los editoriales, libros, artículos, discursos y demás de las principales figuras resulta muy fácil. Eran las personas más verbosas de la historia. No obstante, si uno revisa lo que dijeron y escribieron contra lo que estaba ocurriendo, la cosa cambia. Mientras redacto un capítulo sobre los socialistas, me siento como en un pequeño bote a remo bajo el Niágara. Encontrar algo consistente y objetivo bajo su torrente de palabras y aferrarse a ello es una lucha épica. Sospecho que la razón es que quienes están en la oposición siempre hablan más que quienes ostentan el poder. El historiador debe procurar estar en guardia contra este fenómeno —sopesarlo, como dicen los estadistas— para que el resultado no sea partidista.

Volviendo a las novelas como fuente de detalles, debería mencionar *Los eduardianos* de V. Sackville-West, que me proporcionó la información precisa y fidedigna respecto a cuestiones sobre las que los cronistas deben guardar discreción. Al igual que Proust, esta autora escribía sobre un mundo que conocía. En las grandes fiestas de sociedad, al parecer, la anfitriona de la casa tenía en consideración las relaciones oficiales al asignar las habitaciones y cada invitado tenía su nombre escrito en una tarjeta, metida en un pequeño marco de hojalata que encontraba en su puerta. Los poetas también sirven. En ese capítulo sobre la Inglaterra eduardiana donde aludo al papel central que el caballo desempeña en la vida de la aristocracia británica y describo la euforia de la caza, uso un verso de un soneto de Wilfrid Scawen Blunt: «Mi caballo un ente alado, / yo un dios». Anatole France puso en boca de un personaje de *M. Bergeret* palabras que plasmaban las impresiones de un francés sobre el ejército en tiempos del Caso, y que decían: «Es todo lo que queda de nuestro glorioso pasado. Nos sirve de consuelo en el presente y nos da esperanzas para el futuro». Zola expresó el miedo que la clase trabajadora despertaba en la burguesía a través de la esposa del director en *Germinal*, quien, al ver la marcha de los manifestantes mineros vio también «la visión roja de la revolución [...] cuando una sombría noche del fin de siglo la gente, entonces desenfrenada, hizo correr la sangre de la clase media». En *Los cañones* hay una descripción del ejército francés en retirada tras la Batalla de las Fronteras con su pantalones rojos gastados hasta quedar del color del ladrillo, los abrigos rotos y harapientos, ojos cavernosos hundidos en rostros sin afeitar, cureñas de pintura gris otrora nueva y ahora desconchadas y cubiertas de moho. Esto salió de la novela de Blasco Ibáñez titulada *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. De *Mr. Britling Sees It Through*, de H. G. Wells, tomé la impresión de «enorme esperanza» que los ingleses, ante el estallido de la guerra, tenían puesta en que algo mejor sucedería, una oportunidad de frenar la tragedia, una «tremenda oportunidad» de rehacer el mundo.

No sé si los profesores permitirían el uso de semejantes fuentes en una tesis doctoral, pero no veo por qué un novelista no puede proporcionar material tan verosímil como un periodista o un general. Para determinar lo que se puede usar justificadamente de una novela, uno aplica el mismo criterio que para cualquier relato de no ficción: si un detalle concreto encaja

en lo que uno sabe sobre el tiempo, el lugar, las circunstancias y las personas, es aceptable. Yo preferiría citar a Proust o Sackville-West o Zola antes que a un colega de profesión, como es lo habitual en el ámbito académico. No veo lógico remitirme a un miembro de la universidad vecina como fuente. No lo considero fuente; lo que quiero saber es de dónde arrancó un hecho determinado y no quién lo usó por última vez. Respecto a referirse a un libro de cosecha propia ya publicado como fuente, me parece el *súmmum* de lo absurdo. Tengo entendido que los estudiantes licenciados deben citar a historiadores secundarios para demostrar que conocen la bibliografía; pero si yo diera títulos a licenciados sólo exigiría conocer de primera mano las fuentes primarias. Las historias secundarias son necesarias cuando uno empieza de cero con un tema, y yo estoy en deuda con ellas porque en su día me sirvieron de guía, sugerencia, bibliografía y bosquejo de los hechos; pero, una vez que me han encarrilado, prefiero seguir caminando por mi propio pie. Si fuera profesora, suspendería a quien se contentara con citar una fuente secundaria como referencia a un hecho. Remontarse a sus orígenes sin ayuda implica descubrir todo tipo de material nuevo que seleccionar, en lugar de conformarse con reutilizar algo previamente seleccionado por otros.

Aunque nada tiene que ver con las novelas, quisiera dedicar atención especial al *Quién es quién*. Por un lado, seguramente es fiable porque las entradas que contiene están escritas por los propios sujetos. Por otro lado, los retrata como ellos quieren salir retratados y, por lo tanto, acostumbra a revelar su personalidad e incluso datos sobre la época. H. H. Rogers, socio de la Standard Oil y magnate de la década de 1890, se incluyó simplemente como «capitalista», que obviamente él consideraba algo digno y deseable. La historia social de un período se contiene en esa autodescripción. ¿Quién se denominaría así hoy en día?

Respecto a los periódicos, tal vez me gusten más por el sabor de época que por la información objetiva. Uno debe ser prudente a la hora de usarlos por esta última, porque un hecho sobre el que un día se informa en un periódico suele ser modificado o desmentido o resulta ser rumor en el siguiente. Es tremendamente esencial no sacar nada de un periódico sin seguir la historia durante varios días o hasta que deja de ser noticia. No obstante, nadie supera a un periódico a la hora de ambientar una época. En el

*New York Times* del 10 de agosto de 1914, leí una versión del intento de secuestro del general Leman en Lieja por parte de oficiales alemanes disfrazados con uniformes británicos. El periodista en cuestión escribió que el Estado Mayor del general, «enfurecido ante la ruin violación de las reglas de la guerra civilizada, no perdonó sino que asesinó».

Esta frase me chocó. En ella, vi toda la diferencia entre el mundo de antes y después de 1914. Ningún periodista podría escribir así hoy en día, no podría usar la palabra «ruin», como tampoco podría hacer alusión al concepto de «guerra civilizada», ni escribir sin reparo «no perdonó sino que asesinó». Hoy la frase resulta bochornosa; en 1914 reflejaba la manera de pensar de la gente y los valores en los que creían. Fue esta frase la que me llevó a escribir un libro sobre el mundo antes de la guerra.

Las mujeres son una fuente especialmente buena para los detalles físicos. Parecen fijarse más que los hombres o al menos considerarlos más dignos de inmortalizar. El contenido de la mochila del soldado alemán en 1914, que incluía hilo, agujas, vendas, cerillas, chocolate y tabaco, lo encontré en los diarios de una norteamericana con residencia en Alemania. El alce ruso que deambulaba por la frontera y que el káiser mató a tiros en Rominten salió de un libro escrito por una criada de la hija del káiser. Lady Warwick, amante del príncipe de Gales hasta su lamentable apología del socialismo, es indispensable para la sociedad eduardiana, más por los hábitos y el comportamiento que por las habladuras de aquel entonces. La princesa Daisy de Pless cotorrea sin cesar sobre las incesantes fiestas en sociedad, pero de vez en cuando aporta un dato sorprendentemente valioso. Uno, que yo usé en *El telegrama Zimmermann*, es su descripción de cómo el káiser se le quejó durante la cena del trato vejatorio que había recibido a raíz del asunto del *Daily Telegraph* y de cómo, dejándose llevar por la emoción, «se le cayó una lágrima en el puro». En las memorias de Edith O'Shaughnessy, esposa del primer secretario de la embajada norteamericana en México, es la descripción del embajador alemán Von Hintze, un perfecto inglés por la manera de vestir y de comportarse, de no ser por el enorme anillo de zafiro que lo delataba. Ningún hombre se habría fijado en eso.

Por último, sin duda, el mejor lugar para encontrar detalles corroborantes es el lugar de los hechos; si no se puede visitar, como Heródoto hizo

con Asia Menor o Parkman con el Camino de Oregón. Tomemos el caso de las atrocidades alemanas en 1914. Nada requiere ser manejado con más cuidado porque, debido a desilusiones de posguerra, la «atrocidad» llegó a ser una palabra en la que nadie creía. Esto se suponía porque, después de todo, los alemanes no habían cortado las manos de bebés belgas, ni habían fusilado a rehenes ni quemado Lovaina. Los resultados de esta incredulidad eran peligrosos porque, cuando los alemanes se hicieron nazis, la gente se resistía a creer que fueran tan malos como aparentaban y la política de contemporización pasó a la orden del día. (Me sorprende que haya aquí un lugar donde hacer uso de la historia y que, sin embargo, hoy en día pueda existir cierto recelo al respecto.) Al escribir sobre el terrorismo alemán en la Bélgica de 1914, me esforcé mucho en echar mano sólo de versiones procedentes de los propios alemanes o, en algunos casos, de norteamericanos, entonces neutrales. El testimonio más revelador, no obstante, fue el que vi cuarenta y cinco años más tarde: las hileras de tumbas en el cementerio de un pueblecito belga en Mosa, cada una de ellas con un nombre y una fecha grabados junto a la leyenda *«fusillé par les Allemands»* [«fusilado por los alemanes»]. O el indicador de piedra que hay en la carretera a las afueras de Senlis, a treinta y dos kilómetros de París, con el 2 de septiembre de 1914 grabado, y los nombres de los cabecillas y los otros seis rehenes civiles tiroteados por los alemanes. De alguna manera, las profesiones grabadas junto a los nombres —aprendiz de panadero, cantero, camarero— tenían condena adicional. Ésta es la verosimilitud que Pooh-Bah y yo andábamos buscando.

El deseo de encontrar el detalle significativo más la buena disposición para abrir su mente a ello y dejar que lo ilumine son la mitad de los recursos con los que cuenta el historiador. La otra mitad, relacionada con la idea, el punto de vista, la razón de escribir, el «porqué» de la historia, han quedado fuera de este apartado, aunque soy consciente de que se mueve en segundo plano. El arte de escribir es la tercera parte. Si esa lista no cuadra, es porque la historia la conforma el comportamiento humano, no la aritmética.



## EL HISTORIADOR COMO ARTISTA\*

Me gustaría hacer partícipe al lector de una buena noticia. Recientemente, volví de esquiar en Aspen, donde en cierta ocasión compartí telesilla con un publicista de Chicago. Me contó que él se encargaba en su empresa de la redacción de todo lo destinado a los medios de comunicación: televisión, radio y prensa escrita. Basándose en esto, me aseguró —y cito— que: «Escribir es regresar. Los libros son regresos». No sé expresar lo mucho que me alegré al oír aquello, pero sé que usted también lo haría.

Ahora que soy consciente de que el futuro es un lugar seguro para la escritura, quiero hablar de una clase especial de escritor —el historiador—, no sólo como historiador sino ya como artista; esto es, como un escritor creador equiparable al poeta o el novelista. Lo que sigue sonará menos presuntuoso si se toma la palabra «artista» como yo la pienso, no como un cumplido sino como una categoría, como la de administrativo o peón o actor.

¿Por qué se suele asumir que, en la escritura, el proceso creativo es propiedad exclusiva de poetas y novelistas? Me gustaría señalar que el pensamiento aplicado por el historiador a su tema no es menos creativo que la imaginación aplicada por el novelista al suyo. Y, cuando se trata de escribir como una forma de arte, ¿es Gibbon necesariamente menos artista con las palabras que, pongamos por caso, Dickens? ¿O Winston Churchill menos que William Faulkner o Sinclair Lewis?

George Macaulay Trevelyan, difunto profesor de Historia moderna de Cambridge y gran campeón de literatura en contraposición a la ciencia histórica, dijo en un famoso ensayo sobre su musa que la historia ideal debería ser la exposición de hechos sobre el pasado «con su completo valor emo-

\* *New York Herald Tribune Book Week*, 6 de marzo de 1966.

cional e intelectual para un amplio público por parte del difícil arte literario». Un «amplio público». Trevelyan siempre distinguió entre escribir para el lector en general y escribir sólo para colegas académicos porque sabía que, cuando escribes para el público, tienes que ser «claro» y tienes que ser «interesante» y éstos son los dos criterios que cuentan para escribir bien. No tenía paciencia con la idea de que sólo la escritura imaginativa es literatura. Las novelas, señaló, si son lo bastante malas, no son literatura; mientras que incluso los panfletos lo son si son lo bastante buenos, y cita los de Milton, Swift y Burke.

El «difícil arte de la literatura» está bien dicho. Trevelyan era un agricultor que trabajaba su propia tierra y él lo sabía. Ahora también reconozco que siempre me he sentido como una artista cuando trabajo en un libro, pero no creí que debiera hacerlo público hasta que alguien lo dijera antes (es como esperar a que alguien te proponga matrimonio). Ahora que algún crítico ha hecho la observación, creo que puedo hablar de ello. No veo por qué la palabra deba siempre limitarse a escritores de ficción y poesía mientras al resto de nosotros nos encasillan en el despreciable término de «no ficción», como si fuéramos algún tipo de resto. Yo no me siento como una «no algo», me siento bastante específica. Ojalá se me ocurriera otra denominación en lugar de «no ficción». Con la esperanza de dar con un antónimo, busqué «ficción» en el Webster y lo encontré definido como opuesto a «hecho, verdad y realidad». Por un momento, pensé en adoptar las siglas HVR de Hechos, Verdad y Realidad como nuevo término, pero su uso resulta poco práctico. *Writers of Reality* [«Escritores de realidad»] es lo siguiente que más se acerca a lo que busco, y no puedo usar el término *realtors* [«agentes de propiedad»] porque alguien se me ha adelantado —aunque lo cierto es que me gustaría—. Si os paráis a pensarlo, «propiedad» es una palabra muy sutil y abarca precisamente el ámbito en que se mueven los escritores de no ficción: la propiedad de un hombre, de la conducta humana. Ojalá se la pudiéramos arrebatat a quienes comercian con ella y así recuperarla. Entonces las categorías podrían ser poetas, novelistas y *realtors*.

Debo añadir que no comulgo totalmente con la definición del Webster de que ficción es lo contrario de hechos, verdad y realidad porque la buena ficción (en oposición a la mala), aunque no tenga nada que ver con los hechos, suele «basarse» en una realidad y «contemplar» la verdad (a menu-

do de manera más fiel que algunos historiadores). Es precisamente esta cualidad de contemplar la verdad, extraerla de un entorno irrelevante y transmitirla al lector o al observador de una fotografía lo que distingue al artista. Y lo que el artista tiene es una visión «exterior» y una visión «interior» más la habilidad de expresarla. Suscita una opinión o una interpretación que el espectador o lector no habría tenido sin ayuda de la visión creativa del artista. Esto es lo que hace Monet en uno de esos brillantes ríos que reflejan álamos, o El Greco en el cielo tormentoso sobre Toledo, o Jane Austen, que comprime toda una sociedad en el señor y la señora Bennet, lady Catherine y el señor Darcy. Nosotros, los *realtors*, al menos los que aspiramos a escribir literatura, hacemos lo mismo. Lytton Strachey percibía una verdad sobre la reina Victoria y los victorianos eminentes, y el estilo y la forma que creó para retratar lo que veía han cambiado todo el acercamiento a la biografía desde entonces. Rachel Carson percibía también una verdad sobre la orilla del mar y la silenciosa primavera; Thoreau, sobre Walden Pond; De Tocqueville y James Bryce, sobre Norteamérica; Gibbon, sobre Roma; Karl Marx, sobre el capital; Carlyle, sobre la Revolución francesa. Su trabajo está basado en el estudio, la observación y la acumulación de hechos, pero ¿a alguien le parece que estos *realtors* no hacían uso de su imaginación? Claro que lo hacían; y eso es precisamente lo que les daba una visión extra.

Trevelyan escribió que el mejor historiador era el que combinaba conocimientos de los hechos y «el mayor intelecto, la más cálida empatía humana y los más elevados poderes imaginativos». Las dos últimas cualidades no difieren de las que necesita un gran novelista. Son parte esencial del equipo del historiador, porque eso le permite «entender» los hechos que ha ido acumulando. La imaginación amplía los hechos disponibles, hace una extrapolación de éstos, por así decirlo, a menudo proporcionando una respuesta al «por qué» sobre lo ocurrido que de otro modo hubiera sido inexistente. La empatía es esencial para entender los motivos. Sin empatía e imaginación, el historiador puede estar copiando los números de una lista de tributos —o contabilizarlos por ordenador como hacen hoy en día—, pero nunca sabrá o será capaz de retratar a la gente que pagaba los impuestos.

Cuando digo que me sentía como una artista, quiero decir que me veía

a mí misma percibiendo continuamente una verdad histórica (o, al menos, lo que yo considero una verdad) a partir de un indicio; luego, tras recabar las pruebas, y transmitírselas al lector, no confeccionando una lista con todos los hechos recopilados, que es el procedimiento del erudito, sino ejerciendo el privilegio artístico de la selección.

En realidad, la idea para *La torre del orgullo* se desarrolló así desde tales percepciones. El impulso inicial fue una línea que cité en *Los cañones de agosto* atribuida al poeta socialista belga Émile Verhaeren. Tras dedicar toda una vida de pacifista a las ideas sociales y humanitarias que entonces se creía que borraban las fronteras nacionales, se vio a sí mismo lleno de odio por parte del invasor alemán y desilusionado de todo aquello en lo que inicialmente había creído. Y aun así, como él escribió: «Me parece que en este estado de odio mi conciencia se ve mermada; por ello dedico estas páginas, con emoción, al hombre que solía ser».

Esto me conmovió profundamente. Su confesión me parecía tan emotiva, tan evocadora de un tiempo y un estado anímico, que me empujó a intentar recuperar aquella era perdida. Esto llevó al último capítulo de *La torre del orgullo* sobre los socialistas, a Jaurès como el verdadero socialista, a sus proféticas líneas: «Invoco a los vivos, lloro a los muertos», y a su asesinato como el final perfecto y dramáticamente apropiado para el libro, tanto cronológica como simbólicamente.

Luego estaba lord Ribblesdale. Debo esto a *American Heritage*, que en octubre de 1961 publicó un artículo sobre Sargent y Whistler con una bonita reproducción del retrato de Ribblesdale. En la pintura de Sargent, Ribblesdale miraba el mundo, como más tarde escribí en *La torre del orgullo*, «en una actitud de semejante arrogancia natural, elegancia y autoconfianza como la que nadie podría adoptar». Aquí también había toda una era desaparecida que me vino a la mente con la línea de Verhaeren: «el hombre que solía ser», como dos glóbulos de mercurio que conformaban una única masa. De ahí salió la idea para el libro. Sin duda, Ribblesdale fue el indicio que se acabó convirtiendo en el capítulo inicial sobre los patricios. Ésta es la recompensa a la perspectiva del artista: siempre te lleva a la verdad.

Tal como lo veo yo, hay tres partes en el proceso creativo: primero, la visión extra con que el artista percibe una verdad para llegar luego a ella

gracias a un indicio. Segundo, medio de expresión: el lenguaje para los escritores, la pintura para los pintores, la arcilla para los escultores, el sonido expresado en notas musicales para los compositores. Tercero, diseño o estructura.

En lo que al lenguaje se refiere, no hay nada más satisfactorio que escribir una buena frase. No divierte escribir con torpeza, de manera aburrida, en una prosa por la que el lector deba caminar farragosamente como si de arena mojada se tratara. En cambio, es un placer lograr, si se puede, una *prosa clara y fluida que resulte sencilla y esté a la vez llena de sorpresas*. Pero lograrlo no es tan fácil. Requiere habilidad, trabajo duro, buen oído y *continua práctica, como lo que Heifetz necesita para tocar el violín*. Los objetivos, como he dicho, son claridad, interés y placer estético. Respecto al primero, me gustaría citar a Macaulay, gran autor e historiador que una vez escribió a un amigo: «¡Qué poco se estudia ahora el importante arte de hacer diáfano el significado! Pocos escritores conocidos aparte de mí se lo plantean».

En cuanto a la estructura, la forma por mí elegida es la narración, y me atrevo a decir que no por todos los historiadores —de hecho, está bastante mal visto por parte de los académicos superiores, pero no me importa porque nadie me puede convencer de que contar una historia no sea lo más deseable que un escritor puede hacer—. La historia narrativa no es ni tan sencilla ni tan directa como podría parecer. Requiere organización, composición, planificación, igual que un cuadro; por ejemplo, *Ronda nocturna*, de Rembrandt. No encajó todas esas figuras con unas en primer plano y otras de fondo y la luz que las iluminaba porque sí, sin mucho ensayo y error e innumerables esbozos preliminares. Lo mismo ocurre al escribir historia. Aunque el resultado final pueda parecerle al lector natural e inevitable, como si el autor sólo tuviera que seguir la secuencia de hechos, no es tan fácil. A veces, para llamar la atención, el hecho crucial y la circunstancia causante tienen que ser invertidos en orden: el hecho primero y la causa después, como en *El telegrama Zimmermann*. Uno debe reorganizar el tiempo.

En *La torre del orgullo*, por ejemplo, los dos capítulos ingleses fueron inicialmente concebidos como uno solo. Los dividí y los coloqué bien separados para dar al libro una sensación de progresión, de avance cronológico.

La historia de los anarquistas con sus hechos y sus ideas contrapuestos respondía a un problema de disposición. En un principio, la mitad del capítulo de La Haya sobre la Exposición de París de 1900 la concebí como un eje central separado que marcará el fin de siglo, hasta que la vi como un puente entre las dos Conferencias de La Haya, donde parece haberse quedado.

La estructura es principalmente un problema de selección, una cuestión agónica porque siempre hay más material del que uno puede usar para incluir en una historia. El problema es cómo y con qué quedarse de todo lo ocurrido sin darle, mediante el proceso mismo de selección, un énfasis por exceso o por defecto que falte a la verdad. Uno no puede usarlo todo. El resultado sería una masa informe. La misión es conseguir una línea narrativa que no se desvíe de los hechos esenciales o deje fuera cualquier hecho esencial y que no manipule el material a conveniencia. Hacer tales cosas es tentador; pero, si se procede así con la historia, los hechos posteriores nos echarán la zancadilla. Yo misma he tenido esa tentación un par de veces y lo sé.

La tarea más ardua de selección que yo tuve que llevar a cabo está en el capítulo sobre Dreyfus. Tratar de obviar los hechos sobre el *bordereau* y la letra y las falsificaciones —todos los elementos del Caso, concebido como algo distinto del Asunto— para centrarse en qué le ocurrió a Francia y al mismo tiempo proporcionar al lector suficiente información de fondo para permitirle entender lo que estaba pasando, casi me llevó a la desesperación. Mi escritura se redujo a un goteo de información hasta el día en que me fui a mi estudio a las nueve para quedarme allí en coma todo el día hasta las cinco, cuando salía sin haber escrito una sola palabra. Cualquier escritor sabrá lo aterrador que eso es. Sientes que has llegado al final de tus poderes, no terminarás el libro, y puede que nunca más lo vuelvas a escribir.

Existen otros problemas de estructura que se desprenden de escribir historia: ¿cómo explicar el fondo sin que la historia deje de conmover?, ¿cómo crear suspense y mantener el interés en una narración cuyo resultado (como quién ganó la guerra) es, por así decirlo, conocido? Si a alguien le parece que esto no implica el uso de escritura creativa, sólo os puedo decir que lo probéis.

Por ejemplo, *A sangre fría*, de Capote, que trata sobre la vida real como la mía, destaca por su diseño consciente. Uno puede verlo planeando, or-

ganizando y componiendo su material hasta que logra su estructura perfectamente equilibrada. Eso es arte, aunque la mano sea demasiado entrometida, y el diseño, demasiado artificioso para considerarse historia. Además, su método de investigación no es tan nuevo como él cree. Simplemente está aplicando a material contemporáneo lo que los historiadores han estado haciendo durante años. Heródoto se puso a ello hace más de dos mil años, recorriendo toda Asia Menor haciendo preguntas. Francis Parkman se fue a vivir con los indios: cazó, viajó y comió con ellos para que sus páginas rebosaran saber; E. A. Freeman, antes de escribir *The Norman Conquest*, visitó cada rincón donde el conquistador había puesto los pies. Neófito en estas técnicas, tal vez el señor Capote se deje impresionar ingenuamente por ellas. Las usa en un deliberado esfuerzo por elevar lo que podría denominarse periodismo «creativo» al nivel de la literatura. Una gran cofradía desde Heródoto hasta Trevelyan lleva bastante tiempo haciendo lo mismo con la historia.

## LA OPORTUNIDAD DEL HISTORIADOR\*

Dado el actual declive de la novela, la poesía y el drama, el interés público se ha vuelto hacia la literatura de actualidad. Puede que en tiempos de creciente incertidumbre y estrés crónico la voz del historiador sea la más necesitada, en la misma medida en que otras parecen inadecuadas, a menudo absurdas. Aunque el porqué es discutible, creo que el historiador tiene así la oportunidad de convertirse en el principal intérprete literario del papel del hombre en la sociedad. Tiene la misión de proporcionar material con el que satisfacer el interés público y esas visiones de la condición humana sin las cuales cualquier materia de lectura resulta insípida.

Los historiadores han desempeñado antes este papel. Aunque no disponemos de cifras sobre lectores en la Grecia y la Roma clásicas, salta a la vista gracias a continuadores e imitadores y posteriores referencias que Heródoto, Tucídides y Jenofonte, Tácito, Polibio, Josefo, Plutarco, Livio y demás fueron voces importantes para sus contemporáneos. Desde el estallido de la Segunda Guerra Mundial, las estadísticas del mercado editorial reflejan un mayor apetito del público por la biografía, la autobiografía, la ciencia, la sociología y la historia, en especial, la historia contemporánea.

La última categoría, como se nos ha insistido ya hasta la saciedad, presenta sus problemas, aunque en la larga tradición de la biografía autorizada la familia de un sujeto suele encontrar maneras más sosegadas que el recurso legal para no perder el control sobre cuestiones personales. La manera más sencilla de mantener en privado las cuestiones privadas es no hablar sobre ellas al escritor autorizado, ni siquiera al «contratado».

\* Discurso en la American Historical Association, diciembre de 1966. *Saturday Review*, 25 de febrero de 1967.



No cito como prueba del interés público en la literatura de actualidad el hecho de que, desde 1964, la denominada no ficción se vendió más que la ficción en una proporción de dos a uno, porque eso simplemente refleja la compra masiva de libros de cocina y paz interior (los dos favoritos), más libros de *voyeur* —esto es, la vida sexual de los demás—, tebeos y manuales sobre el cuidado del bebé, decoración de interiores, cómo curar la artritis, evadir el impuesto de sucesión, calcular las calorías consumidas, cursos de golf y protocolo. Dejando a un lado todo lo que no sean libros, y aplicando cualquier criterio —número de títulos publicados y elecciones de club, rústica y cartoné, nuevos títulos y reimpressiones—, las categorías relacionadas con la realidad superan las de ficción.

La gente vuelve a los libros de la realidad en busca de una imagen más auténtica del hombre y de la sociedad que la que ofrecen las novelas contemporáneas. Descubrir por qué la realidad ficticia se ha torcido forma parte de la misión histórica. El fracaso de los novelistas es una consecuencia, creo yo, de la experiencia histórica del siglo xx, que desde la Primera Guerra Mundial ha constituido una de las desilusiones acumulativas del hombre consigo mismo. La de la idea de progreso fue la baja más importante de aquella guerra; y su secuela, el cinismo, confirmado por una segunda ronda de conflictos mundiales y por las repercusiones que tuvieron las cámaras de gas nazis. Luego, la llegada a las manos del hombre de un poder letal e ilimitado ha topado con la alarmante presión de la superpoblación, así que ahora vivimos bajo el peso de una extraña paradoja que al mismo tiempo nos amenaza con demasiadas personas en el mundo y demasiado poder para destruirlas. Finalmente, nos enfrentamos a la creciente evidencia —la polución del aire y del agua, la destrucción del equilibrio natural, la llegada del terrible *boom* del vuelo supersónico— de que no podemos evitar destruir nuestro entorno.

La experiencia ha bastado para destruir en muchos de nuestra generación su heredada creencia en la bondad humana. Gilbert Murray topó con la misma desesperación en el mundo que tomaba la delantera a los griegos después de que éstos hubieran superado su propio período de prolongada guerra intestina y la hubieran atribuido a «una presión de fuerzas que el hombre no puede controlar o entender».

El hombre del siglo xx no es una criatura que deba ser envidiada. An-

tiguamente, se lo consideraba creado por la divina chispa. Ahora, desprovisto de esa orgullosa confianza, y considerando su reciente pasado y sus problemas presentes, no puede, como el salmista, respetarse a sí mismo como «algo inferior a los ángeles». Hoy no se puede ver a sí mismo reflejado, como Miguel Ángel hizo con la Capilla Sixtina, en la imagen noble y tranquila de Adán recibiendo la chispa del dedo de Dios. Asaltado por la duda del propósito humano y el divino, duda de su capacidad para ser bondadoso o incluso para sobrevivir. Ha perdido certeza, incluso la certeza ética y moral, y se ha quedado con una sensación de sinsentido y repugnancia que la literatura sin duda recoge. El resultado es lo que el suplemento literario del *Times* ha denominado «escuela de ficción "Ugh"».

Escritores desencantados de sus coetáneos han tomado el mundo literario. La corriente dominante de su trabajo la personifica la reciente novela anunciada como el «fascinante» tratamiento de «aventuras más o menos conmovedoras de robo, homosexualidad, proxenetismo, sadismo, voyeurismo, violación». Inexplicablemente, faltaba la adicción a las drogas. Como sabemos, no era algo excepcional, sino muy corriente, y la tragedia, en los deprimentes ejemplos que hoy en día salen a escena, hace lo que puede por mantenerse. Los personajes preferidos por la actual ficción son los calaveras y amargados de la vida cuyos asuntos o destino final es imposible que sostengan el interés. No necesitan la pregunta de la narración —«¿Y luego qué?»— porque uno no puede preocuparse de lo que les ocurra.

Tal vez el fallo no se encuentre en los novelistas, sino en una época en que sus personajes son subordinados. Tal vez el novelista de hoy no puede crear honradamente a un protagonista que es dueño de su propio destino y capitán de su alma porque el hombre a imagen de Henley parece obsoleto. Ese hombre pertenecía a un siglo XIX seguro de sí mismo, mientras que el XX halla sus máximos exponentes en los perdedores, «hermosos perdedores» de acuerdo con el título de una reciente novela; aunque pocos merecen llevar el adjetivo. Edipo era un perdedor igual que el rey Lear, pero su derrota era universal y profunda, no inútil.

Puesto que la ficción y el drama ya no presentan un equilibrio sincero entre actividad humana y motivo, no sorprende que pierdan su público. Según un reciente informe de la capital: «El Washington oficial no lee novelas contemporáneas» por la razón que aduce un subalterno del gabinete

ministerial con estas palabras: «Yo procuro no leerlas y arrojó la toalla. ¿Para qué derrochar mi tiempo en [libros] [...] donde el protagonista se pasa 350 páginas dudando de si cruzar la calle o ir al lavabo?».

Tiene un argumento. Leer, o lo que es lo mismo, escribir, constituye el mayor don que el hombre posee, y gracias a ello podemos emprender viajes infinitos. ¿Vamos a pasarnos la vida removiendo entre la escoria de la humanidad? Sin duda, lo miserable y lo inútil, lo mezquino y lo depravado forman parte de la historia de la humanidad igual que los posos forman parte del vino; pero el vino es lo que cuenta. La perversión sexual y las drogas alucinógenas, como Eliot Fremont-Smith dijo de una reciente novela, «no son lo que nos mueve, no conforman la historia de la humanidad».

Después corresponde a los historiadores contar de qué trata la historia de la humanidad y cuáles son las fuerzas que nos mueven. Ni que decir tiene que esa historia excluye a los miserables y depravados, pero que, al tener que ver con la realidad y al estar sujeta como está a ciertas disciplinas, los trata con respecto al conjunto.

Los historiadores empezamos con una gran ventaja sobre la ficción, puesto que nuestros personajes, al ser públicos, están dotados de poder para alterar su destino. Son los monarcas y capitanes, santos y fanáticos, traidores, pícaros y villanos, pioneros y exploradores, pensadores y creadores; incluso héroes en contadas ocasiones. Son importantes, aunque no necesariamente admirables. Pueden ser malvados o corruptos o estúpidos o estirados y hasta estar locos; pero, al menos, en virtud de las circunstancias o la oportunidad, la función y la personalidad, «importan». Ellos son los actores, nada de representaciones, y resultan mucho más interesantes.

Los lectores quieren ver cómo el hombre labra su propio destino o, al menos, lucha con él, y ésta es la materia de la historia. Quieren saber cómo ocurrieron las cosas, por qué ocurrieron, y muy especialmente por qué cosas pasaron ellos mismos; de la misma manera que, después de un registro de temperatura elevada o una buena capa de nieve, se lee en el periódico qué tiempo hizo ayer. Y, ahora más que nunca, cuando el lugar de un hombre en el mundo nunca ha sido tan puesto en entredicho, cuando «alienación» es la palabra reinante, el público también espera encontrar instrucciones para llegar al destino, alguna pauta que dé sentido a nuestra presencia en este caótico globo. En cualquier caso, como individuos, los

historiadores creemos en una pauta u otra, y algunos de nosotros incluso en ninguna, la prueba que tenemos que aportar nos confirma que el hombre ha pasado antes por la prehistoria.

Cuando yo era joven, apareció una serie de libros sobre el comportamiento infantil, escrito por el doctor Arnold Gesell y sus colegas de la Clínica de Yale, donde uno descubría que el comportamiento más aberrante, perturbador o aparentemente psicótico de nuestro hijo resultaba ser el patrón común correspondiente a la edad del grupo que inocentemente retozaba tras la oculta pantalla de observación del doctor Gesell. Nada había tan reconfortante. Los historiadores proporcionan una pantalla de observación del pasado a través de la cual uno puede ver cómo el hombre, en cualquier momento, comete todo tipo de horrores indecentes, o las idioteces de las que hoy es capaz. Ya queda en su expediente, el hecho si no el alcance del mismo. No sugiero que la historia sea tan reconfortante como Gesell, porque la diferencia en cuanto a alcance de lo que hoy afrontamos es tan grande —por la velocidad y el impacto de los mecanismos creados— que los problemas y peligros se multiplican más rápido que las soluciones que podamos aportar. La ley de aceleración de Henry Adams demuestra ser peligrosamente cierta. No obstante, la ley de Adams es una de esas pautas que los historiadores tienen que ofrecer. La historia y el estudio del pasado, tanto reciente como remoto, no revelarán el futuro, pero iluminan el camino y es una útil panacea contra la desesperación.

Los historiadores no pueden esperar asumir el papel principal en la literatura sin que le salgan competidores. El pasado verano Albert Rosenfeld, editor científico de *Life*, escribió en un editorial que los escritores creativos deben pasarse a la ciencia para revivir la literatura porque: «Ahí es donde está la acción». Tras esta afirmación se esconde una desafiante y gran verdad. La ciencia es enormemente relevante y dinámica. «La gran escritura de cualquier época —prosiguió Rosenfeld— arroja luz sobre los principales dilemas contemporáneos». Eso también es contundente. Si la ciencia puede evocar a grandes escritores que harán por la aeronáutica espacial o la genética o la energía nuclear lo que Rachel Carson, por ejemplo, hizo por el mar que nos rodea, es evidente que acapararán buena parte del interés público. El primordial obstáculo se encuentra en el lenguaje. En la ciencia, la gran escritura debe salir de la propia disciplina, y todo depende-

rá del talento singular capaz de romper el entramado del vocabulario técnico y expresarse con palabras de uso corriente.

También en esto tenemos ventaja. Los historiadores —aunque no todos— pueden hacerse escuchar en el inglés de toda la vida, el lenguaje empleado desde Chaucer hasta Churchill. Tengamos presente la difícil situación de nuestros colegas, los científicos de la conducta, quienes al usar una jerga que prolifera se han relegado a un rincón —o sala de aislamiento— de ininteligibilidad. «Ellos», y nadie más que ellos, saben lo que quieren decir. Psicólogos y sociólogos son los que más lejos han llegado en la enfermedad, y seguramente no tienen cura. Su condición se podría lamentar si uno no sospechara que es deliberada. Su retirada a lo críptico tiene por objeto apartarlos del profano, marcar la posesión de cierta destreza no compartida y no compatible. No importa lo mucho que nos iluminen con sus descubrimientos, si los científicos de la conducta escriben sólo para entenderse entre ellos, actúan como los mandarines.

Después de todo, el lenguaje se ha inventado para comunicar. Y si la historia sirve para compartir sus revelaciones con un público que las necesita, debe practicar la comunicación como un arte, como hicieron Gibbon o Parkman. Sin duda, la historia consta de otras partes; al igual que esa otra famosa propiedad, es divisible entre tres: la investigadora o investigación, la didáctica o teoría y la narrada o comunicación. Es de los elementos que intervienen en la comunicación de lo que quiero hablar, porque la historia, me parece, no es nada si no se comunica. La investigación proporciona el material, y la teoría, una pauta de entendimiento; pero esa historia sólo se hace escuchar y entender a través de la comunicación.

A riesgo de afirmar lo obvio, vale la pena destacar que el éxito de la comunicación depende del encanto (uso la palabra en su sentido más serio) de la narración. «Los escritos de nada sirven —declaró Theodore Roosevelt, dirigiéndose al presidente de la American Historical Association en 1912— a no ser que se lean, y no se pueden leer a menos que sean legibles».

La historia mejor comunicada, en lo que al público concierne, puede en un sentido venir determinada por las listas anuales de los diez libros más vendidos. Hasta 1960, el libro de historia más vendido fue *Esquema de la historia*, de H. G. Wells, publicado por primera vez en 1921, que permaneció tres años seguidos en la lista de los diez primeros, donde reapareció

en 1930 en edición de bolsillo. Hasta 1960, fue el único libro de historia que vendió más de dos millones de copias —por extraño que parezca, más que *El informe Kinsey*—. Desde entonces, la principal obra histórica ha sido *Auge y caída del Tercer Reich*, de William L. Shirer, que según las últimas informaciones ha vendido casi tres millones de copias sólo en Estados Unidos.

Estos nombres sugieren lo que las pruebas demuestran. Durante las décadas de 1920 y 1930, cuando los libros serios tenían más opciones de llegar a la lista de los diez más vendidos, los superventas de biografía histórica e historia a secas (nada que ver con la historia personal y los sucesos de actualidad) incluían a cuatro académicos: James Harvey Robinson, Charles Beard, Carl Van Doren y James Truslow Adams más de tres veces; y doce no académicos: Emil Ludwig, con cuatro libros, Hendrik van Loon, con tres, Lytton Strachey, Claude Bowers, Van Wyck Brooks, André Maurois, Francis Hackett y Stefan Zweig, con dos cada uno, Will Durant, Frederick Lewis Allen, Margaret Leech y Douglas Southall Freeman con uno cada uno. En la década de 1940, cuando los libros bélicos irrumpieron en la escena, un escritor académico, Arnold Toynbee (con su condensación en un solo volumen), y una no académica, Catherine Drinker Bowen, llegaron a estar entre los diez más vendidos. Después, salvo por Shirer y *Los Rothschild* de Frederic Morton, empieza el agobiante efecto de los no libros y uno tiene que mirar por debajo de los diez primeros a los que han sido superventas a lo largo del año sin llegar a la lista final. Sólo en la década de 1960, éstos incluían a tres académicos: Garret Mattingly, Samuel Eliot Morison, Arthur Schlesinger Junior y nueve escritores independientes: Winston Churchill, Bruce Catton, Alan Moorehead, Thomas Costain, Walter Lord, Cecil Woodham-Smith y yo, con dos o más libros cada uno, Stewart Holbrook y George Kennan, cada uno con uno.

Ser un superventas no es necesariamente una medida de calidad, pero «sí» una medida de comunicación. El hecho de que a los escritores independientes les haya ido mejor no sorprende, ya que comunicar es su trabajo; y saben cómo hacerlo. Captar y mantener el interés de un público es su objetivo, como lo ha sido el de cada narrador desde Homero. Tal vez el historiador académico sufra por tener a un público obligado, primero en el director de su tesis y luego en la sala de conferencias. Que el lector siga pasando páginas no ha sido su principal preocupación.

Mi intención aquí no es exacerbar la distinción entre el historiador profesional y el llamado aficionado, sino aclarar los términos. «Profesional» —alguien con una formación académica que le ha llevado a obtener un título oficial y que practica en una universidad— es un término válido, pero «aficionado» —usado para designar a alguien ajeno a la universidad sin un título académico— es poco apropiado. Sin duda, la formación académica establece una diferencia de la cual yo, que no la tuve, soy plenamente consciente, unas veces por desgracia y otras por suerte. Pero preferiría reconocer la diferencia estableciendo una distinción entre académicos e independientes, o entre académicos y escritores, más que entre profesionales y aficionados; porque la cuestión no está en el grado de profesionalidad sino en la profesión. El cuerpo docente lo integran historiadores profesionales, y los demás somos escritores profesionales. En la medida en que ellos toman prestada nuestra función y nosotros su tema, tenemos mucho que aprender los unos de los otros.

Una objeción que tantas veces se ha hecho a los independientes es que están insuficientemente familiarizados o al corriente de los hechos. Un caso extremo es el del Cortés de Keats, que contempla el Pacífico con ojos de águila, mudo en lo alto de un pico del Darién. Por supuesto, Keats se equivocó de nombre pero no de idea. Mediante el poder de una maravillosa redacción y el ejercicio de imaginación de un poeta, inmortalizó un momento histórico. Puede que su visión del hombre en lo alto de un pico sea más importante para comunicar la historia que el nombre del hombre. Poetas aparte, los historiadores deberían ofrecer ambas cosas. No hay por qué elegir entre precisión y belleza; lo uno debería ir vestido con lo otro.

En los bolsillos de la supervivencia podría haber algunos historiadores que aún retienen la vieja noción impuesta por la historia científica de que, como dijo otro presidente de la American Historical Association, Walter Prescott Webb: «Hay algo históricamente malo en la buena escritura. Existe un gran abismo entre la realidad y la verdad, y el erudito que intenta salvarlo merece caer y morir ahogado; el auténtico erudito debe elegir la verdad, y en cierto modo es preferible que la refleje de manera tan poco atractiva que nadie pueda poner en duda su virginidad». Si alguien sigue creyendo estas palabras, la comunicación no está hecha para ellos.

Como primer elemento en la comunicación, Webb dio el triple criterio

perfecto: la creencia por parte de un escritor de que tiene algo que decir, de que ese algo vale la pena decirlo y de que puede decirlo mejor que nadie, y añadió: «No a una minoría sino a la mayoría». La compulsión de escribir debe ir unida al deseo de ser leídos. Ningún escrito cobra vida si el escritor no tiene presente al lector y busca sin tregua la palabra o la frase que transmite la imagen que quiere que el lector vea y que despierte en él la emoción que quiere que sienta. Sin ser consciente de la existencia del lector, lo que un hombre escribe muere en sus páginas. Macaulay era un experto en establecer este contacto con el lector. Su hermana Hannah lloró cuando él le leyó la *History of England* en voz alta. ¿Qué más podía pedir un escritor?

En lo que a contenido e inspiración se refiere, no cabe duda de que lo que Webb llama el momento de síntesis —el revelador destello de una idea sintetizadora— es una ayuda. Webb describe su propio momento de iluminación cuando se le ocurrió que el hecho de que los norteamericanos cambiaran los bosques por las llanuras tenía una importante carga dramática. El almirante Mahan tuvo también su momento cuando, a raíz del estudio del fracaso de Aníbal de controlar la comunicación marítima con Cartago, se le ocurrió cómo influía el poderío naval en la historia. El momento es emocionante, pero no esencial. Un tema puede funcionar igual de bien para empezar que una tesis, y eso no implica, como en la teoría preponderante, la creciente tentación de ajustar los hechos. Luego la idea o la perspectiva integradora evolucionan desde la lógica interna del material, al ponerlas de manifiesto. A partir de hechos particulares uno llega a lo general, a ese reluciente Santo Grial que todos buscamos, la generalización histórica. No creo necesario manifestarlo desde el principio. El proceso es más persuasivo, y la idea integradora, más convincente si el lector la descubre por sí mismo a partir de las pruebas que se le presentan.

Todas las tesis corren el riesgo de caer en el olvido. Los caminos de la historia, como dijo el gran historiador de la frontera, Frederick Jackson Turner, «están llenos de restos» de verdades otrora conocidas y reconocidas y descartadas por una generación posterior. La revisión y la contrarrevisión llegan a las costas de la historia tan rítmicamente como las olas. Aun así, una verdadera inspiración o idea integradora como la de Mahan o Turner será válida y esclarecedora para su tiempo, independientemente del posterior destino.



Aunque algunos digan lo contrario, la intuición también ayuda. El historiador intuitivo puede llegar a entender una circunstancia remota de la misma manera que Demócrito, el predecesor de Aristóteles, llegó a la idea del átomo. Su mente, que meditaba sobre fenómenos observados, desarrolló una teoría de la materia como compuesta por un número infinito de partículas móviles. El proceso puede haber sido cerebral, pero su impulso era intuitivo. Los estrictos discípulos de la historia como ciencia pueden menospreciar el proceso intuitivo, pero esa actitud viene de ser más papista que el Papa. Los verdaderos científicos conocen su valor. Es una flecha lanzada al aire que muchas veces dará en la presa que al historiador científico tantos meses le costó alcanzar con los pies en la tierra.

De todos los instrumentos del historiador, creer en la grandeza de su tema es el más convincente. En su prólogo de *Montcalm and Wolfe*, Parkman describe el tema, la guerra de los Siete Años en el teatro norteamericano, como «la cuestión más trascendental jamás tratada en este continente». Su resultado determinaba que habría una Revolución americana. «Con esto comenzaba un nuevo capítulo en los anales del mundo». Así es como se debería sentir un autor respecto a su tema. Garantiza que ningún lector cierre el libro.

El entusiasmo, que es bastante distinto, tiene un efecto no menos catalizador. Fue reconocido por el almirante Mahan, que cuando estudiaba la lucha británica contra Napoleón desarrolló una especial admiración por Pitt. «Su carácter firme —escribió Mahan— despertó en mí un entusiasmo que no quería controlar; porque creo que el entusiasmo es algo benigno con lo que hacer la historia tuya y de los demás».

La fórmula de Mahan prescinde del mito de «pura objetividad» cuando éste se usa para significar «sin prejuicios». Como John Gunther dijo una vez sobre el periodismo: «Un periodista sin ningún prejuicio sería un vegetal». Si existiera algo así como un historiador «puramente objetivo», su trabajo sería ilegible; como comer serrín. El prejuicio sólo es malinterpretado cuando se disimula. Tras leer *La torre del orgullo*, un antiguo miembro del gobierno de Asquith me reprendió en una carta, según él por dar una falsa impresión de su partido. «Su prejuicio contra los liberales salta a la vista», escribió. Le contesté que mejor que saltara a la vista y no que quedara escondido. Así se puede tener en cuenta. No niego que tuviera

cierta aversión al señor Asquith, como, por otras razones, se la tenía a Henry Adams. Hay personajes en la historia que a uno simplemente le desagradan, y mientras no se tengan delante para no herir sus sentimientos, no veo razón alguna para ocultarlo. No tomar partido en la historia sería tan falso como no hacerlo en la vida.

Un historiador intenta ser objetivo, en el sentido de descubrir cuanto pueda y exponer con tanta sensibilidad como le sea posible los motivos y las condiciones de ambas partes, porque con ello hace que la tragedia sea más intensa —y más creíble—. Pero no finjamos que esto es no tener prejuicios, como si los historiadores fueran meros jueces instructores que han abandonado el ejercicio de su profesión. El prejuicio supone un «aprendizaje» que es el ejercicio del juicio y una fuente de entendimiento. Hay que reconocer que se suele ver respaldado por el condicionamiento emocional, pero eso es lo que contribuye al compromiso. Los grandes historiadores se han comprometido apasionadamente con una causa o un protagonista, como Mommsen a Julio César o Michelet al glorioso poder del pueblo.

En ningún sitio se refleja mejor que en *Garibaldi and the Thousand* de G. M. Trevelyan la manera en que el compromiso puede generar perspectiva y realzar la comunicación; para mí, uno de los mejores libros de la historia, tanto en investigación y narrativa, producidos en el siglo xx. El compromiso de Trevelyan para con su héroe es explícito. Al describir el camino que lleva de Villa Spinola al lugar de embarque en Génova, señala en una nota a pie de página: «Tuve el honor de bajar por allí» con un veterano de los Mil. No cabe duda de cuál es su postura. Su sentido del compromiso personal llevó a Trevelyan a visitar cada lugar vinculado con los garibaldinos, a seguir sus pasos, a entrevistar a los que seguían vivos, hasta conocer personas, terreno, puntos de vista, sonidos, olores, vistas, distancias, tiempo —en resumen, el sentir— de cada escena de acción sobre la que iba a escribir.

Cuando los Mil marcharon a la batalla de Calatafimi, escribe Trevelyan: «Llevaban el corazón contento, con la sensación de que todos los italianos los envidiaban, de que su única campaña era la poesía hecha realidad». La cualidad de la emoción a este respecto no ha salido, como tantas veces se ha señalado, de los sentimientos del historiador, como tampoco se les ha endilgado a sus personajes, se ha extraído de la evidencia. Una nota a

pie de página aporta el original de la carta de un garibaldino a su madre, en la que éste le dice: «Questa spedizione è così poetica» [«Esta expedición es algo poético»]. Cuando se acerca el momento de la batalla, pasan por un valle verde a primera hora de la mañana. «En pleno florecimiento del verano siciliano —escribe Trevelyan—, el valle fresco por la lluvia caída la noche anterior y musicado al amanecer por el ruiseñor estaba preparado para exhalar sus olores bajo el sol naciente. La naturaleza parecía en sintonía con los corazones de Garibaldi y sus hombres». Aquí también trabajó desde la evidencia existente en cartas y diarios de que había llovido la noche anterior y de que el ruiseñor había cantado. En estos dos pasajes ha transmitido la sensación de milagroso frescor y noble empresa que la expedición significó para el espíritu liberal del siglo XIX. Esto lo pudo lograr, primero, gracias a su aguda sensibilidad para documentarse, y segundo, porque él mismo estaba en sintonía con los corazones de Garibaldi y sus hombres.

Una vez más, cuando el corneta de Garibaldi tocó diana, «la inesperada música sonó en la quietud de mediodía como llamando al alma de Italia». Con el verbo «sonar», el lector oye la corneta; y en la frase «como llamando al alma de Italia», siente la emoción del que oye la música. Sin saber lo que le están diciendo, ha captado lo que aquella expedición significó para la historia.

Visitar la escena de los hechos antes de escribir, incluso la escena de remotas aventuras es, por así decirlo, abrir un negocio sin dinero en el banco. Se dijo de Arthur Waley, gran orientalista ya fallecido, que nunca había visitado Asia, aduciendo que se conformaba con la imagen ideal de Oriente que tenía en su mente. Para un historiador, ésa habría sido una postura arriesgada. Los motivos se clarifican sobre el terreno; salen a relucir razones y explicaciones y los orígenes de las cosas que de otro modo habrían quedado relegadas a la penumbra. Como fuente de saber, y no digamos como rectificación de ideas y conceptos erróneos, nada es más valioso que conocer la escena en primera persona y, lo que es más, vivirla. Sin esa intimidad, Francis Parkman no habría sido el maestro que fue.

El héroe de Parkman fue el bosque. La experiencia le permitió sentir pasión por él, y miedo, y comprendió tanto su ferocidad como su hermosura. Aquellos largos días de ceguera intermitente en que no le estaba permitido escribir, su mente debió de haber trabajado sobre visiones re-

cordadas del bosque para que éstas quedaran reflejadas en el papel con tanta claridad. De la misma manera que un escolta chapotea en el lago en otoño, «las rocas cubiertas de musgo se duplican en el espejo acuoso» y los zumaques de la orilla resplandecen como rubíes en contraste con los falsos abetos verde oscuro. O igual que un colono de la frontera, de regreso entrada la tarde, ve «cómo una columna de humo azul se eleva poco a poco en la quietud de la noche» y echa a correr para encontrar los humeantes troncos de su cabaña y los cadáveres despellegados de su esposa y sus hijos.

Visión, conocimiento y experiencia no hacen a un gran escritor sin ese dominio extra del lenguaje que se convierte en su voz. Esto también era propio de Parkman. Cuando los ingleses están a punto de bajar por los rápidos que había en la parte alta de St. Lawrence, miran el río cuyas «peligrasas olas rompían y saltaban bajo el sol, hermosas y terribles como retonzonas crías de tigre». Una obra de arte en cuanto a la elección de verbos y nombres e imágenes. Sin duda, tan sólo se trata de una descripción física, no de una gran idea; pero expresar grandes ideas requiere un perfecto dominio de la palabra, si uno la tiene.

Empapado como estaba de los documentos que pasó la vida recopilando y del bosque, Parkman alcanzó a comprender la penuria y la fortaleza, la determinación y la implacable lucha que constituan la base de la nación norteamericana. Conocía los diferentes grupos de combatientes como si hubiera vivido con cada uno de ellos, y podía escribir con igual simpatía sobre franceses e indios, ingleses y colonos. Consideremos sus cortesanos franceses del siglo xvii: «Las mariposas de Versalles [...] que se enfrentaban a la muerte con despreocupada gallardía, tocados con sombreritos de tres picos, pelucas empolvadas, abrigos bordados y volantes de encaje. Los *valets* les servían con hielo en las trincheras, bajo los cañones de ciudades asediadas». En este caso, el hielo de las trincheras es una clase de agudeza selectiva por parte del historiador, que ha elegido un detalle vívido para representar un todo. De esto se desprende una era y una cultura al detalle.

La síntesis es selección y la selección, como soy casi la primera en afirmar, es lo esencial a la hora de escribir historia. Es el proceso cardinal de composición, el más difícil y delicado, el más lleno de errores y de arte. La habilidad para distinguir lo relevante de lo irrelevante es un *sine qua non*.

No conseguirlo implica que la razón de ser de la historia, sin mencionar el interés del lector, se pierde en una masa informe. Lo único que requiere es coraje y seguridad para tomar decisiones y, sobre todo, descartar cosas.

Según escribió el gran estilista Macaulay, incluyéndolo todo se consigue, en la historia como en la pintura, un resultado menos veraz que el deseado. La mejor pintura y la mejor historia, dijo, son aquellas «que exponen partes de la verdad, mientras la mayoría reproduce casi la totalidad». Ésta es una regla tan obvia que extraña por qué hoy en día tantos historiadores parecen practicar una tendencia contraria, que se inclina hacia la inclusión total. Tal vez sea por timidez: el miedo a ser criticado por haberse dejado algo en el tintero o por haber realizado una selección imprudente, miedo a no avenirse a la tesis entonces dominante. Aquí el escritor independiente tiene ventaja sobre el historiador profesional: no tiene por qué temer la colleja.

Finalmente, el historiador no puede prescindir de la imaginación. Parkman, intenso como siempre en su esfuerzo por hacer que el lector «sienta la situación», decidió retratar la tierra que separa Hudson y Montreal como la vería una oca salvaje que vuela hacia el norte en primavera. La línea azul del río, la oscura masa de los bosques y el resplandor de los lagos, las geométricas líneas y los montículos de fortines creados por la mano del hombre, «con la bandera de los Borbones como una titilante mota blanca» marcando el Fuerte Ticonderoga, y las «agrestes montañas de los Adirondack cual tempestuoso mar congelado». Al leer este pasaje, siento la emoción del conde de Montecristo al abrir el arca del tesoro. Pensar en la perspectiva a vista de pájaro no sorprende a nadie que haya viajado en avión como nosotros, pero Parkman nunca había levantado el vuelo. Requería todo un esfuerzo de imaginación adoptar la vista de una oca, ver la bandera como una titilante mota blanca y las agrestes montañas, en esa frase perfecta, como un «tempestuoso mar congelado».

Cuanto más grande es la descripción, más necesario se hace el uso de la imaginación aplicado al comportamiento humano y a las circunstancias. Se convierte en un deliberado esfuerzo por alcanzar la empatía, esencial si uno quiere comprender e interpretar las acciones de figuras históricas. Con personajes antipáticos es aún más necesario, si cabe. El historiador debe ponerse en su piel, igual que Parkman se puso en la piel de la oca e in-

tentó hacer lo mismo con sir John French, en un esfuerzo por entender que perdiera las ganas de combatir. Hecho el esfuerzo, la explicación saltaba a la vista. Pude sentir la opresión, el peso de la responsabilidad, la conciencia de que no existían reservas instruidas para ocupar el lugar de la Fuerza Expedicionaria Británica si ésta se perdía. El esfuerzo para ponerse en la piel de otro es, obviamente, un camino introspectivo. Es la *Einfühlung* que Herder pedía a los historiadores: el esfuerzo para «sentirse en todo». El intérprete de las Sagradas Escrituras, como éste dijo, debe ser «un pastor de pastores, un campesino en un pueblo agrícola, un oriental con los primitivos pobladores de Oriente».

Describir hoy la tarea del historiador desde el punto de vista de la historia narrativa y de dos practicantes románticos, Parkman y Trevelyan, parecerá anticuado en una época en que las técnicas interdisciplinarias y temas horizontales como la demografía y la mecánica computerizada de cuantificación son las áreas del nuevo esfuerzo. Éstos son métodos de investigación, no de comunicación, por un motivo: porque quien los usa tiende a perder contacto con el lenguaje habitual; han contraído la enfermedad de la jerga. Sus esfuerzos van dirigidos, interpreto yo, a descubrir pautas subyacentes en la historia y en el comportamiento humano que presumiblemente puedan ayudar a entender el pasado y manejar el futuro, o incluso el presente. Aún no queda claro si la cuantificación revela algo que no haya sido percibido mediante deducción. Lo que parece faltar en los estudios que yo he visto es cierto elemento de sentido común.

Estoy segura de que las nuevas técnicas pondrán al descubierto material sugerente y espacios abiertos de pensamiento; pero no creo que vayan a transformar la historia en una ciencia, igual que nunca podrán convertirla en literatura. Los hechos ocurren; sin embargo, para llegar a ser historia deben ser comunicados y entendidos. Por eso la historia necesita escritores —preferiblemente, grandes escritores—, un Trevelyan que encuentre y entienda el *così poetica* en la carta de un soldado y haga buen uso de ello, un Parkman que vea y sienta y narre con el don shakespeariano de las palabras; ambos, huelga decir, ensambladores de su propio material primario. Ser un gran historiador, dijo Macaulay, «es la más excepcional de las distinciones intelectuales». Todo aquel que lo intente ahora tiene la oportunidad, el público espera.

## PROBLEMAS CON LA BIOGRAFÍA DEL GENERAL STILWELL\*

Tengo que empezar con una renuncia. En realidad, mi libro sobre Stilwell no es una biografía militar aunque el protagonista sea un soldado. El libro es un dos en uno, como un huevo con dos yemas: Stilwell «y» la experiencia norteamericana en China, que puede servir —como señalo en el prólogo— de vehículo a un tema que no es militar. El tema de fondo es la experiencia sino-norteamericana. Para hacerlo comprensible al lector y narrarlo, requería un vehículo humano. Elegí a Stilwell con ese fin, y cuanto más investigaba, más válida parecía la elección. Lo consideré el más indicado, pero el hecho de que resultara ser un soldado parecía algo más o menos secundario para mis propósitos. No era esencial; simplemente era la forma que había adoptado su carrera.

Respecto a las fuentes en lo militar, sólo me topé con dos problemas: para el período de la Segunda Guerra Mundial hay demasiada información, un problema al que volveré más tarde; el segundo era menor: ¿qué ocurrió durante las maniobras de 1940-1941? Aquí fue cuando Stilwell se ganó la gran reputación como estratega y comandante de campo que lo llevaría a convertirse en el comandante de cuerpo número uno en el ejército de Estados Unidos y a ser seleccionado después de Pearl Harbor para el primer mando exterior de la guerra. Las maniobras no parecen ser un tema muy bien documentado; de hecho, según la opinión pública de la época tienen la única distinción de estar «infradocumentadas». Pero, como biógrafo de Stilwell, me correspondía averiguar qué demostraban las maniobras. No basta con conocer el resultado; hay que mostrar también los hechos.

\* Discurso en la National Archives Conference on Research in the Second World War, junio de 1971. *Maryland Historian*, otoño de 1971.

Éste es un problema habitual en la historia militar: uno siempre conoce el resultado de una batalla; lo difícil es reconstruir el curso de los acontecimientos «durante» la misma. Sólo cuando llega el momento de redactar la narración descubres que en realidad no sabes lo que ocurrió. Tuve ese problema con la pérdida de Alsacia en agosto de 1914. En ese caso, nunca averigüé lo suficiente para tenerlo claro. Nadie se percató de que aparentaba lo contrario.

Esta vez pasé horas y horas buscando. Leí todas las críticas publicadas en el *Infantry Journal*. El OCMH (Departamento de Historia militar) apareció con una historia del Tercer Ejército, en donde Stilwell estuvo al mando de una división durante las primeras maniobras; pero eso no me aportó nada. Por extraño que parezca, la mejor fuente demostró ser la prensa, de la que difícilmente se puede decir lo mismo después, cuando la guerra se hizo realidad en China y Birmania.

Llegados a ese punto, el público norteamericano leía cuentos de hadas basados en comunicados chinos, que podrían enseñarle a Munchausen un par de cosas. Durante un tiempo, presumiblemente basándose en la teoría de que distanciarse de Asia era acercarse a la verdad, el *New York Times* cubrió la campaña ¡desde Londres! Todo el cuento de hadas del esfuerzo bélico chino se convirtió en un factor histórico, porque las actitudes y los mitos que creó influyeron en nuestra política, pero ésa es otra historia.

Esto me ha llevado a la propuesta de que la prensa haría bien en no publicar nada que sus periodistas no hubieran presenciado en persona. Pero la medida en cuestión descartaría todos los comunicados oficiales, los comunicados de prensa, discursos grabados. ¡Imaginaos! ¡Las noticias sin comunicados de prensa! Estaríamos leyendo lo que ocurrió, no lo que alguien quiere que pensemos que ocurrió—que algún día agradable incluso podría ser nada de nada—. Hice esta propuesta una vez a Turner Catledge, cuando el *Times* publicó un informe sobre un presunto ataque aéreo israelí que El Cairo dijo que había costado la vida a cincuenta civiles mientras Tel Aviv negaba que hubiera despegado ningún avión. ¿Por qué no enviar un periodista al lugar de los hechos—pregunté al señor Catledge—, por qué molestarse en imprimir el comunicado oficial y el desmentido? Éste me contestó algo sobre que era un periódico de archivo, pero no le veo mucho sentido a archivar algo que tal vez nunca hubiera tenido lugar, sólo



porque algún departamento de propaganda lo haya puesto en un comunicado oficial. Eso es ser ingenuos. Los comunicados oficiales guardan tanta relación con lo que realmente ocurre como la astrología con la verdadera ciencia de las estrellas.

Pero, volviendo a las maniobras, la mejor versión la encontré en un recorte de prensa custodiado por la familia Stilwell, una mina de cosas maravillosas que jamás contendría un periódico de archivo; el fallo estaba en que ninguno de los recortes conservaba la fecha ni el nombre del periódico de procedencia. Huelga decir que el álbum de recortes era, por así decirlo, una pesadilla para cualquier investigador.

Desde el punto de vista de los historiadores de la Segunda Guerra Mundial, mi investigación se caracterizaba por dos cuestiones poco ortodoxas: la falta de autorización y la ausencia de grabaciones. Respecto a la primera, puedo decir que cuando por primera vez entablé relación con el Pentágono solicité autorización tal como se me dijo, se me tomaron las huellas digitales y rellené un cuestionario largo como un pergamino chino; mejor dicho, dos: uno para el Departamento de Defensa y otro para el Departamento de Estado, aunque no puedo decir que me hiciera gracia la idea de tener que incluir anotaciones sobre material confidencial, y el manuscrito final para ser sometido a examen oficial. Cuantas más vueltas le daba al asunto, menos gracia me hacía. Mientras las cosas de palacio iban despacio, yo trabajaba en los documentos que Stilwell había dejado en su casa de Carmel y en la Biblioteca Hoover, donde los documentos de Stilwell de la Segunda Guerra Mundial se hallaban depositados. Después de que Hoover los hubiera adquirido, el Ejército se lo pensó mejor y fue al depósito y retiró los más «sensibles» (si así se los puede calificar) de los informes catalogados, dejando un hoja en blanco en su lugar como mudo recuerdo de su existencia. Esto no fue tan frustrante como podría parecer, pues descubrí que en los archivos de Carmel quedaban duplicados del material retirado. Con acceso al archivo de Stilwell y otras colecciones privadas, y con el impresionante y meticuloso trabajo de investigación y documentación realizado por mis predecesores, Riley Sunderland y Charles F. Romanus en el campo militar y Herbert Feis en el diplomático, y con la publicación de los volúmenes de Relaciones Exteriores con China pertenecientes al año 1944, ¿para qué necesitaba autorización?

Un abogado al que había consultado sobre otra cuestión relacionada con el libro se oponía abiertamente a que usara autorización alguna que requiriera mi entrega del manuscrito. Para entonces, seis meses después de la solicitud, ya fuera debido a mi oscuro pasado o al letargo burocrático (no sé decir a qué), aún no había recibido la autorización. La cuestión era: ¿cómo se frena un proceso aun cuando éste no produzca nada? El abogado me aconsejó que simplemente escribiera al ayudante de campo del general y le pidiera que mi solicitud fuera cancelada porque ya no la necesitaba, y así se hizo, con lo que me pude sacar un buen peso de encima. Posteriormente, cada vez que me topaba con una referencia a un documento que quería ver por mí misma, escribía a la amable gente del Departamento Militar aquí en los Archivos o en el OCMH, y preguntaba si tal y cual documento se podía desclasificar. Si mal no recuerdo, se pudo en todos los casos menos uno. En algunos, por ejemplo el episodio sobre la intervención del coronel McHugh a través del secretario Knox para llamar a filas a Stilwell que tanto enfureció al general Marshall, logré establecer los hechos mediante el simple recurso de acudir a la fuente privada, en este caso los documentos de McHugh que había en Cornell, donde se halla discreta e inocentemente —y abiertamente— la carta secreta dirigida a Knox. Eso en lo que a la autorización respecta, una cuestión sobrevalorada.

En cuanto al hecho de que no existen grabaciones de mis conversaciones con los entrevistados, sólo puedo decir que las máquinas me dan pavor. Tal vez tenga algo que ver con que soy una mujer. Las mujeres estamos acostumbradas a mantener conversaciones como algo personal, incluso con extraños —puede que más con extraños—, así que no me hago a la idea de plantarle a alguien delante una máquina y decir: «Adelante, hable». Además, estoy bastante segura de que no sabría cómo usarla. Así que siempre llevaba a mano una libreta, una que me cupiera en el bolso, por si la necesitaba. Como las hojas sueltas eran del tamaño de mis fichas, las podía archivar junto con el restante material de investigación.

Sin duda, las entrevistas demostraron ser algunas de mis fuentes más valiosas, pero lo dije todo al respecto en una ponencia de un congreso sobre la Historia Oral hace un par de años y, como me dan fobia los discursos antiguos, no quiero repetirlo aquí. Sin embargo, hay un aspecto del que me fui dando cuenta poco a poco y muy especialmente desde la publicación:

todos los socios de Stilwell con los que no hablé. Me han ido llegando innumerables cartas de veteranos de CBI (China-Birmania-India) o solamente de China, algunas con anécdotas o frases o datos que podría haber usado en su día; pero ninguno, creo yo, que me hubiera hecho cambiar de opinión.

Una fuente incomparable y diría que también imprescindible para los historiadores de la Segunda Guerra Mundial es el cine. No lo digo sólo por las imágenes, sino también por la descripción física, por las realidades de gente y lugar a las que uno no puede llegar de otra manera, y por momentos de lucidez y comprensión que proporciona el medio visual. Yo creo que he aprendido más sobre la propaganda China gracias a una película del desfile militar organizado en Chungking para Wendell Willkie, y más que de ninguna otra manera sobre Stilwell gracias a una película en la que salía tumbado en el suelo junto a un soldado chino en el campo de instrucción de Ramgarh y enseñando el manejo de un rifle. En la planta de arriba de esta institución hay una sala en la que uno puede pasar días alegremente entre rollos de películas, aprendiendo y aprendiendo.

Asimismo, no hay nada como la investigación *in situ*; aunque eso, por supuesto, me fue negado en los días previos a la dinastía Ping-Pong. Lo mejor que pude hacer después fue ir a Hong Kong y Taiwan para empaquarme de lo chino y entrevistar a un grupo de chinos veteranos de la 38.<sup>a</sup> División que combatieron a las órdenes de Stilwell. Aunque no fueron realizadas a la China continental, estas visitas dieron sus frutos: por ejemplo, ayudaron a profundizar en el problema creado por los chinos que consideraban descortés decir «No». Esto a Stilwell le causaba toda clase de tormentos, pero yo nunca supe en qué medida hasta que la esposa de un oficial norteamericano en Taiwan me habló de su dificultad para celebrar cenas oficiales porque los chinos siempre aceptaban, tuvieran o no la intención de asistir. Nunca tenía claro cuánta comida pedir o cuántos asientos poner. Resulta igual de difícil conducir una batalla si tus comandantes de División dicen: «Sí, los hombres estarán listos para pasar a la acción en cualquier momento y lugar», y eso no se cumple.

Lo mismo se aplica a la investigación. Yo preferiría hablar sobre los problemas de la escritura, no sólo porque me interesen más, sino porque el lector medio subestima la escritura y se deja impresionar por la investiga-

ción. La gente siempre me dice en tono sobrecogido: «¡Piensa en toda la investigación que has tenido que hacer!», como si ésta fuera la parte más complicada. No lo es; escribir, llevar a cabo un proceso creativo, es mucho más complicado y requiere el doble de tiempo.

La forma que uso es la narración, porque es la que me viene de forma natural. Por supuesto, existe otra forma de historia igualmente válida e importante escrita con el propósito de dejar constancia del material y las conclusiones del autor. A un autor así le preocupa menos comunicarse que determinar los hechos; éste es en primer lugar historiador y, en segundo, escritor, mientras que yo soy ante todo una escritora de historia y mi propósito es la comunicación. Considero al lector un oyente cuya atención hay que captar para evitar que se distraiga. En mi mente hay una imagen de Kipling, narrador itinerante de India, con su tazón de arroz; a la luz de la lumbre cuenta historias y leyendas a un círculo de vecinos. Si ve figuras que se alejan del centro del círculo en la oscuridad, y que su público mengua, sabe que su tazón de arroz se llenará poco. Debe mantener la atención de sus oyentes para comer. Pues bien, yo siento una conexión igual de apremiante con el lector.

Como forma, la narración tiene una validez inherente porque es la clave para solucionar el problema de la causalidad. Los hechos no ocurren en categorías —económica, intelectual, militar— sino en secuencia; y, cuando se disponen en una secuencia todo lo rigurosa posible, incluyendo semana y día, a veces incluso la hora del día, causas y efectos que antes pueden haber resultado oscuros se aclaran. Sin embargo, no siempre resulta posible narrarlo todo en una secuencia lineal, porque siempre hay ocasiones en que los hechos tienen lugar simultáneamente en lugares diferentes. En agosto de 1914 los acontecimientos que precipitaron la batalla de las Fronteras en el frente occidental y la batalla de Tannenberg en el frente oriental ocurrieron al mismo tiempo y le plantearon un dilema al narrador. Lo mismo sucedió con Stilwell, cuando el creciente deterioro y el lanzamiento de la última ofensiva japonesa se dieron en China mientras él guiaba la campaña de regreso a través de Birmania. Interrumpir los hechos en un lugar para centrarse en lo que ocurre en otro echa a perder la tensión dramática y sólo crea total confusión en la mente del lector, aunque así son las cosas en realidad. Uno tiene que manipular un poco la realidad y llevar los

acontecimientos a un clímax natural en una escena antes de pasar a la siguiente.

Sin embargo, la cronología desempeña un papel fundamental en la organización, que no siempre en el producto final. Cuando empecé a escribir *Los cañones de agosto*, tenía pensado empezar con los cañones abriendo fuego para que la gente no pensara que ése era un libro más sobre los orígenes de la diplomacia —Sarajevo y todo eso—. Había estado trabajando en cuatro capítulos donde la guerra era declarada en cada país y a continuación un *flashback* interno explicaba los antecedentes. Tenía el bonito diseño de una fuga de Bach, pero cuando terminé estos capítulos mi editor no supo qué hacer con ellos. Yo tampoco, al releerlos. Entonces él me sugirió que intentara redactarlos cronológicamente. Era algo tan simple que lo consideré carente de arte; pero, cuando cambié los *flashbacks* de sitio y los puse donde correspondía, comprobé que el resultado se leía de manera sencilla y natural, como si hubiera sido ordenado. Desde entonces, he evitado las composiciones caóticas.

En cada libro, uno se topa con nuevos problemas de organización y presentación. Obviamente, el doble tema de Stilwell —la biografía de un hombre y la relación de dos países— era un gran escollo que había que superar, pero así lo quise yo con este libro en concreto, así que no puedo generalizar —salvo para decir «nunca más»—. Cada vez que empezaba un nuevo capítulo me sentía como Jacob luchando toda la noche con el ángel. Pese a tratarse de una ardua tarea, el doble tema quedaba justificado, creo yo, porque la figura de Stilwell como centro de atención aporta interés humano y cierta dimensión trágica, mientras que la relación sino-norteamericana realza el tema.

La ambientación china del libro planteaba otro problema. Me refiero a que era perfectamente consciente de que el lector no tenía un marco de referencia conocido. Si escribes un libro ambientado en Europa o Norteamérica, puedes contar con que el lector se habrá hecho una idea de la localización relativa de Francia y Alemania, o de Texas y Alaska, o de dónde están las Rocosas o los Grandes Lagos. Lo mismo ocurre con las personas. Una vez que le han sido presentados, pongamos por caso, Francis Drake y Walter Raleigh o Robert Oppenheimer y Edward Teller, no tendrá mayores dificultades a la hora de identificarlos; pero qué va a hacer con Sun Li-Jen

y Li Tsung-jen, dos personajes importantes en mi libro, o con Yen Hsi-shan y Wang Ching-wei y Wei Li-huang y Chang Tso-lin y Chang Tsung-chang y todos esos nombres compuestos de tres elementos monosílabos —y no digamos las provincias: las contiguas Kwangtung y Kwangsi, Kiangsu y Kiangsi, que están separadas, Honan y Hunan, Shensi y Shansi y todas las demás—. Al principio intenté evitar usar estos nombres y localizar los lugares respecto a los ríos y las ciudades más conocidos, pero esto pronto resultó imposible. Las provincias de China ya no se pueden obviar más que los estados norteamericanos.

Sobre todo en un escenario tan lejano como el de China —aunque la regla se debería aplicar a todo escrito histórico—, procuro no introducir el nombre de un lugar sin localizarlo respecto a algún otro lugar antes mencionado, ni introducir un personaje sin describir alguna cualidad suya que lo fije en la mente del lector. A las personas y los lugares se les deben proporcionar identidades reconocibles; de lo contrario, el lector acaba flotando en un mar de desconocidos; pierde el hilo de esto y aquello y, tarde o temprano, aburrido por la incomprensión, abandona.

El mero acopio de nombres sin tomarse la molestia de localizarlos o personificarlos es o bien simple pereza por parte del escritor o bien fanfarronería, en cuyo caso no sirve; cualquiera puede hacerlo, igual que cualquiera puede doblar la extensión de su bibliografía si se lo propone. Nunca logro entender por qué los historiadores que apuestan por soñar esta retahíla de nombres se granjean grandes reputaciones. En *France Under the Republic*, de D. W. Brogan, por ejemplo, uno puede contar treinta nombres en una página, todos ellos sin rostro. Michael Howard se estableció recientemente como un importante historiador militar con un libro sobre la guerra franco-prusiana que se puede abrir al azar en cualquier página para encontrar frases como la siguiente: «El emperador puso el Quinto Cuerpo de Faily a sus órdenes y el 5 de agosto, mientras las divisiones del Primer Cuerpo se centraban en Froeschwiller y Felix Douay despachaba por tren la División Conseil Dumesnil del Séptimo Cuerpo desde Belfort, Macmahon se sumó a Faily para traer su cuerpo al sur a través de los Vosgos». En la frase posterior descubrimos que las unidades de Faily estaban repartidas entre Sarreguemines y Bitche y que no se podían desplazar hasta ser relevadas por las tropas de Rohrbach. En la misma página hay un

mapa que no muestra ninguno de estos nombres de lugar. Estoy segura de que el señor Howard sabe todo lo que hay que saber sobre la guerra franco-prusiana y su libro fue muy aclamado, pero dejó al lector mareado. De él no me quedé con una imagen de la batalla de Froeschwiller, sino simplemente con cómo no describir una batalla.

Otro problema que planteaba el libro de Stilwell, especialmente en la segunda parte, tenía que ver con el exceso de documentación. Además de los diarios y las cartas de Stilwell que reducían la magnitud de los acontecimientos a hechos cotidianos, lo cual yo no deseaba, había una ingente masa de documentos diplomáticos: mensajes, informes, memorandos, actas de congresos, más todo el material de la polémica china —los Libros Blancos, las series de Relaciones exteriores, el interminable testimonio previo a las comisiones investigadoras del congreso en volúmenes de mil páginas—. Desde la llegada de medios mecánicos de copia, ha habido una proliferación de material que sólo puede ser abarcado por equipos de investigación. El siglo xx está condenado a ser la maldición del historiador individual. (Ahora mismo, no lo creo. Aunque la maldición parece lógica, creo que este tipo de historiador sobrevivirá como sea.) Hoy tenemos el problema contrario al del investigador en la historia antigua, que sufría la carencia de material y tenía que trabajar con monedas, tumbas y artefactos. A partir de Gutenberg, aumentaron las fuentes. El siglo xix es el gran período, con mucha información de todo tipo pero sin las excesivas aportaciones de hoy en día.

Con la aparición de la grabadora, un monstruo con el apetito de una solitaria, existe el problema añadido de lo que yo llamo supervivencia artificial. El esfuerzo requerido para escribir un libro, incluso de memorias, exige una disciplina y una perseverancia que hasta ahora impuso cierta selección natural en lo que ha sobrevivido impreso. Pero, con toda clase de gente animada a divagar sin fin y sin esfuerzo en una grabadora, diariamente azuzada por un acólito de la Historia oral, se conservan algunas vetas de oro e ingentes masas de banalidades que de lo contrario se habrían visto reducidas a ceniza. Debo añadir a este respecto que, entre las vetas de oro, dos de las fuentes más ricas que encontré fueron las dos entrevistas con el general Marshall grabadas por los historiadores del ejército en 1949. Marshall, no obstante, constituyó una figura cumbre digna de ser recordada.

Como resultado del exceso de documentación, tuve que enfrentarme continuamente a problemas de magnitud en el libro de Stilwell. Me sentía como un cartógrafo intentando dibujar un mapa a escala de 50 kilómetros el centímetro trabajando al mismo tiempo sobre documentos a una escala de 50 metros el centímetro. Siguiendo el rastro del diario y de los documentos oficiales, me vi atrapada en una cuestión que entonces me resultó absorbente y pasé días redactando los avances de martes a viernes cuando lo que debería haber estado haciendo era el seguimiento global de, digamos, mayo a noviembre. Tenía que abreviar y preguntarme: ¿a la larga esto importará?

A raíz de esto, muchas páginas cayeron en el olvido, por ejemplo, la misión de Henry Wallace. Porque era vicepresidente, la visita de Wallace y las conversaciones con Chiang Kai-shek adoptaron enorme importancia por aquel entonces y desataron un remolino de pasiones, intrigas y, por supuesto, prolíficos informes de todos en kilómetros a la redonda. El camino de la investigación se ensanchaba como la boca del Yangtse, y a su paso también la narración. Sin embargo, tenía la desagradable sensación de que algo iba mal. Entonces, un día, alguien me preguntó qué había significado la misión Wallace y me oí a mí misma responder: «Nada». En cualquier caso, no había surtido efecto alguno sobre el curso de los acontecimientos.

Debido a todos los informes citables que generó, este caso fue un buen ejemplo del cautivador efecto ejercido por los documentos diplomáticos. Un episodio como el de la misión Wallace ejerce el mismo efecto que el Everest sobre Mallory. Lo escribes porque está ahí. Luego resulta que no quiere decir nada. Por otra parte, habría sido una falacia para la historia dejar a un lado la misión Wallace, así que la condensé cuanto pude, aun a costa de recortar una maravillosa caracterización de Wallace de boca de un hombre que dijo: «Henry se cortaría la mano derecha por una idea, y te cortaría también la tuya por ese mismo motivo». Detestaba hacer aquello, pero como Wallace ya no aparecería como personaje, me pareció lo más acertado.

No se llega lejos saltándose alegremente episodios enteros o fragmentos de tiempo; requiere condensación, el trabajo más duro que conozco, y selección, el más delicado. La selección lo es todo; es la prueba del historia-



dor. Después de todo, el producto final consiste en lo que el historiador haya elegido plasmar, y en lo que haya descartado. Quedarse con todo es fácil —y seguro—, y da como resultado una de esas obras de 900 páginas en las que el escritor ha abdicado y ha dejado todo el trabajo al lector.

La selección es la tarea de distinguir lo relevante de lo irrelevante. Debe ser una tarea honesta, esto es, fiel a las circunstancias, y justa, o lo que es lo mismo, verdaderamente representativa de la totalidad, nunca tendenciosa. Se puede usar para decir mucho en poco espacio. Como dijo Robert Frost: «El artista sólo necesita una muestra». En la residencia de Chiang Kai-shek, la visión de unas botas del servicio secreto asomando tras las cortinas rojas, que tomé de alguien allí presente, fue una diminuta selección que denotaba toda una atmósfera. Asimismo, las cartas que el coronel Carlson dirigió al presidente Roosevelt (casualmente, inéditas) materializaron, creo yo, la idealizada visión norteamericana de China en aquel momento.

Uno debe resistirse a la selección entrometida. Con esto me refiero a un dato o incidente que, por el hecho de pasar a formar parte de la narración, parezca representativo y deje al lector con una impresión que puede resultar justificada sólo en parte. De esta manera, el autor ejerce una tremenda influencia que sólo su propia conciencia supervisa.

Recuerdo haberme enfrentado a una opción como ésta en el punto culminante del descalabro en Birmania, cuando Stilwell todavía intentaba desesperadamente organizar el transporte y la comida para la retirada antes de que aquello tuviera un final caótico. El general chino que era oficial de enlace personal de Chiang Kai-shek estaba en paradero desconocido porque estaba en algún otro lugar organizando la retirada a China de un Rolls-Royce que él había comprado encantado al gobernador general británico a cambio de dos todoterrenos. Procuré rematar este incidente con un aforismo que había tomado de los años del caudillo en la década de 1920: «En la guerra china, los oficiales de mando nunca se han jubilado pobres que se sepa». Mientras que eso podía haber sido cierto, habría dejado al lector norteamericano con la impresión de que todos los generales chinos eran corruptos —lo cual sólo es cierto desde el punto de vista norteamericano—. Yo no soy una autoridad en China, pero sé lo bastante para tener constancia de que sería bastante falso escribir sobre China en el marco

de los valores occidentales. Por eso usé el aforismo, amén del Rolls-Royce. Esto ilustra el razonamiento que se esconde tras una selección negativa.

Parece que sólo os proporcione ejemplos de lo que dejo a un lado, lo cual refleja una lucha constante. Cuando empecé, hice la promesa de que el libro terminado no llegaría a las 500 páginas y, al realizar dicho esfuerzo, descarté o corté radicalmente todo aquello que me parecía prescindible o que no tenía que ver con mi tema principal. Falté a mi promesa por 51 páginas, y no es que no intentara cumplirla.

Cuestión esta que me lleva a otro principio operativo: no argumentes la narración. Los procesos mentales del autor no tienen cabida frente al lector. Uno debería resolver sus dudas, examinar las pruebas contradictorias, y manifestar su desacuerdo con las fuentes en las notas al pie, no en el cuerpo de texto. Por un lado, esto mantiene invisible al autor y, cuanto menos se sienta su presencia, mayor será la sensación de inmediatez que el lector tendrá respecto a los hechos. Por otro lado, al eliminar el debate, uno establece un tono de «así ocurrió» que el lector enseguida acepta. No quiere verse abrumado por un montón de quizás y tal vez; y, además, quiere seguir adelante con la acción, con la confianza de que así fue como ocurrieron realmente las cosas.

Para identificarse con el período, resulta igual de esencial prescindir de la retrospectiva. Yo procuro no referirme a nada de lo no conocido en la época. Según la regla de Emerson, cada escritura debe ser leída a la luz de las circunstancias que la hayan generado. Para entender las elecciones abiertas a personas de otro tiempo, uno debe limitarse a lo que sabe; ver el pasado con sus propios ojos, y no a través de los nuestros. Para mí esto es algo rotundo, aunque estoy convencida de que muchos historiadores lo discutirán ferozmente. A su parecer, la historia es en sí misma la interpretación de hechos pasados de acuerdo con sus consecuencias, y a la luz que el conocimiento y los valores del presente arrojan sobre ellos. La historia de la China Kuomintang, según esta escuela, se narra a la luz del último triunfo comunista; aunque, de hecho, ningún político de la década de 1930 pensó seriamente que en cuestión de diez o quince años China llegara a ser gobernada por los comunistas. Personalmente, creo que una narración hecha a la luz del ahora puede llegar a falsear el pasado, mientras que la otra escuela sostiene que la perspectiva desde el pasado da como resultado un

falso juicio para el presente. La diferencia es de corte filosófico y seguramente no se resuelva.

Para acabar, diré que, pese a no considerarme una historiadora militar, estoy de acuerdo con la necesidad de una historia militar, aunque sólo sea para mostrar al público que el conflicto ha sido un tema central en la historia de la humanidad desde la prehistoria hasta el presente. Salvo en el caso de los estudios especializados, la historia militar debería ser tratada, a mi entender, no como una categoría separada, sino junto con la historia política, económica e intelectual, como parte de un todo cuyo objeto sea exponer cómo fue una sociedad en una época determinada. Dicho objeto, me parece a mí, debería ser el propósito del historiador. Y eso es precisamente lo que intento llevar a término en *La torre del orgullo*, razón por la cual lo considero mi mejor libro.

## LOS CENTROS DE INVESTIGACIÓN\*

Para un historiador, las bibliotecas son alimento, cobijo e incluso inspiración. Las hay de dos clases: la biblioteca de material publicado —libros, panfletos, revistas, etc.— y el archivo de artículos y documentos inéditos. Dentro de la primera categoría, una de las más grandes se encuentra en mi ciudad natal: la Biblioteca Pública de Nueva York. En lo que a recursos se refiere (y también problemas), la BPNY lo tiene todo: cualquier obra que necesites consultar sobre casi cualquier tema, y mucho más que no sepas que necesitas porque no sabes que existe hasta que lo encuentras por casualidad. Durante la investigación que abarcaba más de veinte años sobre temas desde los fenicios de la Edad del Bronce hasta la música de Richard Strauss, pasando por los norteamericanos en China, que yo recuerde sólo hubo dos libros que pedí que la biblioteca no tenía. Uno figuraba en su catálogo pero estaba ilocalizable, y ambos los podía sacar en préstamo.

Puesto que buena parte del trabajo sobre Stilwell fue realizado con datos tomados de artículos inéditos y entrevistas, no pasé tanto tiempo en la BPNY con este libro como con los otros; sin embargo, en la calle Cuarenta y dos hice un inesperado descubrimiento, de esos que tan poco se dan en el campo de la investigación. En este caso, se trataba de un microfilm del *Sentinel*, la publicación semanal del XV de Infantería destacado en Tientsin, cuerpo al que Stilwell estuvo vinculado entre 1926 y 1929. Éstos fueron los años cruciales en que el Kuomitang, bajo Chiang Kai-shek, intentó hacerse con el control de China; pero hasta entonces no había encontrado casi nada sobre las opiniones y actitudes del ejército norteamericano respecto a lo que ocurría a su alrededor. Para gran decepción mía, tras repasar con-

\* *Authors Guild Bulletin*, marzo de 1972.

cienzudamente el primer rollo de película y examinar cada página, no descubrí nada de interés; el *Sentinel* bien podría haber sido publicado en algún regimiento ubicado en el corazón de Kansas por su visión de China. Me disponía a devolver la caja a su sitio, pero la voz de mi conciencia me dijo que echara un vistazo al segundo microfilm. Allí, en la primera página del primer número, había un artículo redactado por el comandante Stilwell, reconocido experto en asuntos chinos, el cual abría ¡ni más ni menos que una serie sobre los personajes y las cuestiones de la guerra civil! Sus artículos fueron publicados cada semana en el *Sentinel* durante más de un año, y eso me reveló las opiniones del protagonista en primera persona sobre hechos que tuvieron lugar en su época.

Lo que más me aterraba era lo cerca que había estado de perder aquella oportunidad. Ningún miembro de su familia o del XV de Infantería había mencionado la existencia de aquellos artículos; los originales no se hallaban entre sus documentos; y, claro, el *Sentinel* no estaba indexado en la *Guía de publicaciones periódicas*. Sin rastro de su existencia, puede que jamás hubiera dado con ellos, lo cual habría representado una grave omisión en la biografía de Stilwell. Me estremece pensar qué más podría ser obviado.

¿Cómo llegó la publicación del XV de Infantería a la calle Cuarenta y dos? Parece ser que un miembro de la biblioteca era aficionado a las historias de regimiento y había adquirido un archivo del *Sentinel*, que la BPNY, con un admirable sentido de tiempo, lugar e historia, había conservado. Investigadores de todos los campos deben de estar en deuda con los bibliotecarios por cuestiones como la mía.

A diferencia del Museo Británico (MB) y la Biblioteca Nacional (BN), en que uno no puede indagar en los misterios del catálogo (que está escrito en libros y cambia caprichosamente de sistema; por ejemplo, se halla en la letra H de 1792 a 1920 y, de repente, pasa a la Q en 1898) sin la ayuda del bibliotecario, en la BPNY es posible hacerlo de forma independiente gracias a su fichero único.<sup>1</sup> Para mí, este fichero tiene la suprema ventaja de ser norteamericano; si existen otros, son secundarios. No obstante, uno

1. Este artículo lo escribí en 1972, y las adquisiciones fechadas a partir de entonces están actualmente catalogadas en libros impresos, así que con el tiempo el fichero al que hago referencia se reproducirá fotográficamente en volúmenes encuadernados.

puede encontrar ciertos inconvenientes en la calle Cuarenta y dos: no tiene la Sala de Lectura circular maravillosamente insonorizada del MB o su réplica bajo la cúpula de la Biblioteca del Congreso, ni da la placentera sensación de hallarse en una comunidad de eruditos. Aunque el acceso a la Biblioteca del Congreso es libre, los curiosos no pasan por allí, sin duda por su ubicación en la colina y no en una zona comercial cercana al centro de la ciudad como en la que se encuentra la BPNY. En Europa, el acceso a las grandes bibliotecas lo controla el requisito de mostrar un carnet de socio previa entrega de una solicitud con declaración de principios. Esto es poco más que una formalidad en Londres, pero en París hay que prepararse para una semana de tira y afloja con la burocracia francesa, que considera a cada solicitante un objeto natural de sospecha. Lleva encima tu pasaporte, el certificado de nacimiento, el título universitario, el certificado de matrimonio de tu madre y una carta de tu embajador. Mostrar tu billete de regreso a casa te facilitará las cosas.

Aparte de las heterogéneas clases de personas que comparten contigo la Sala de Lectura de la BPNY —algunas van a resguardarse del frío exterior, otras con intenciones a menudo de lo más curioso (una vez una mujer se sentó frente a mí con una enorme bolsa de tela de la que sacó muchas servilletas de papel estampadas, lápices de colores con los que decoraba las servilletas, sobres en los que las metía, una agenda que hojeaba ansiosamente en busca de nombres para escribirlos en los sobres, sellos y una esponja para culminar el proceso)—, aparte de estas distracciones, el principal inconveniente de la BPNY es que uno no puede acceder a las estanterías como lo hace, con autorización, en la del Congreso, o en Widener de Harvard (que, debido a la presión presupuestaria generalizada, ahora cobra a los intrusos por este privilegio). Deambular por entre las estanterías es, sin duda, la más deliciosa, si no la más disciplinada, forma de investigación, y la más productiva en cuanto a hallazgos. Ante ti se encuentra toda la riqueza que se ha recopilado en torno a tu tema de estudio. Puedes examinar, comparar, explorar y elegir.

Los archivos son un recurso cuya utilidad depende de los conocimientos y el entusiasmo de sus custodios. El investigador está perdido sin ellos. Afortunadamente, los archivistas son un género que parece deleitarse localizando todo lo que uno busca. En el prototipo de todos ellos, los Archi-

vos Nacionales Británicos, que albergan los documentos de diez siglos, pregunté una vez por los documentos de la delegación inglesa en el Congreso de La Haya de 1899 y recibí los originales en quince minutos. Es otro ejemplo de casualidad, porque estaban junto con todas las cartas del público a miembros del gobierno sobre la Conferencia de Paz, y las cartas proporcionaron una extraordinaria visión de la opinión pública de aquel entonces; eran algo que jamás sabría buscar.

La principal desventaja de los ANB es gastronómica: no hay un lugar donde comer algo rápido en Chancery Lane (o no lo había cuando estuve allí por última vez), y cuando uno está absorto en una pila de documentos originales, odia tener que perder el tiempo buscando algo para comer en otra parte. En estas circunstancias, mi solución es llevar un paquete de frutos secos que quepa en el bolso y se pueda comer disimuladamente mientras se trabaja. Nuestros Archivos Nacionales de Washington, equivalente norteamericano de los ANB, presentan el mismo inconveniente, sólo que tiene una cafetería en la planta baja; y, en todas las cafeterías ubicadas en las plantas bajas del gobierno norteamericano el único comentario de cortesía es el silencio. A lo mejor es que bibliotecas y gastronomía no congenian; salvo, como es lógico, en París, donde uno puede comprar un bocadillo francés superlativo y acompañarlo con ciruelas en algún banco de piedra bajo un árbol del bonito parque de la Plaza Louvois, en el exterior de la BN; eso siempre y cuando uno haya decidido llevar a cabo su trabajo de investigación en verano.

Los Archivos Nacionales y el Departamento de Manuscritos de la Biblioteca del Congreso son nuestras mayores colecciones archivísticas, ambos lugares tan seductores que, pese a los inconvenientes nutricionales, han entrado multitud de historiadores que nunca más han salido, o al menos nunca han publicado porque no soportan poner fin a sus investigaciones.

## LA BIOGRAFÍA COMO PRISMA DE LA HISTORIA\*

Si bien he usado la biografía en mi obra, ha sido menos como individualización que como vehículo para presentar una época, como en el caso de Coucy en *Un espejo lejano*; o un país y su estado de ánimo, como en el caso de Speaker Reed y Richard Strauss en *La torre del orgullo*; o una situación histórica, como en el caso de *Stilwell and the American Experience in China*. Cabría pensar que este acercamiento un tanto indirecto no me concede el título de biógrafa y, por supuesto, sería cierto. Yo no me considero biógrafa; la biografía es sólo una forma que he usado una o dos veces para encapsular mi historia.

Me parece un método válido por numerosas razones, la menos importante de las cuales es que tiene distinguidos precedentes. La Galería Nacional del Retrato usa el retrato para presentar la historia. Plutarco, el padre de la biografía, lo usaba para las moralejas: para ilustrar la recompensa por haber actuado bien, las trampas de la ambición, la caída de la arrogancia. Sus hechos y anécdotas biográficos, artísticamente recogidos en *Vidas paralelas*, tenían la intención de deleitar y edificar al lector y, al mismo tiempo, inculcarle principios éticos. Cada artista creativo —entre los que incluyo a Plutarco y, si no resulta muy pedante, a mí misma— busca las dos mismas metas: expresar su propia visión y comunicarla al lector, telespectador, oyente y demás. (Debería añadir que, en lo que a la práctica de historia y biografía se refiere, lo «creativo» no significa, como algunos piensan, inventar; implica dar forma al producto artístico.)

\* Discurso en el Symposium on the Art of Biography, National Portrait Gallery, 14 de noviembre de 1978. *Telling Lives: The Biographer's Art* (Washington, D. C., New Republic Books, 1979).



Lo normal es que un escritor desee comunicarse de forma que deleite e interese, sin necesariamente edificar, al lector. Yo no pienso en edificar, porque en nuestra época tendemos a huir de trasfondos morales; sin embargo, si me lo preguntaran, creo que el placer estético que produce la buena escritura o cualquiera de las artes, y el conocimiento cada vez mayor de la conducta humana, o lo que es lo mismo de la historia, tienen ambos el poder de edificar.

Como prisma de la historia, la biografía atrae el interés del lector en el tema de fondo y lo mantiene despierto. La gente se interesa en gente, en el sino del individuo. Si parezco destacar el interés del lector por encima del impulso del escritor es porque, para mí, el lector es la otra mitad esencial del escritor. Entre ellos existe una conexión indisoluble. De la misma manera que dos hacen el amor, la guerra y el tenis, dos completan la función de la palabra escrita. Yo nunca siento que mi escritura nace o tiene una existencia independiente hasta que es leída. Es como un pastel cuya única «razón de ser» es ser comido. Ergo, para empezar capta la atención de tu lector.

En segundo lugar, la biografía es útil porque engloba lo universal en lo particular. Esto es algo que permite al escritor reducir su campo a dimensiones manejables, y al lector, comprender más fácilmente el tema. Si el campo de investigación es demasiado amplio, el tema central divaga, se vuelve difuso y pierde forma. Uno no se queda con todo, sino con lo que es realmente «representativo».

Cuando empecé a fijarme en Coucy en mi primera investigación sobre el siglo xiv, éste me ofreció más y más facetas del prisma que necesitaba. Desde el momento en que su madre murió por la Peste Negra hasta su propia muerte durante el culminante fiasco de la caballería que cerró el siglo, su vida parecía pensada para el historiador. Aplacó la revuelta del campesinado conocida como la Jacquerie; se casó con la hija mayor del rey de Inglaterra, contrayendo así un doble compromiso de gran interés histórico; liberó a sus siervos a cambio de dinero (lo cual se recoge en una escritura que aún perdura); luchó tres veces en Italia, por conveniencia en Milán, Florencia y Génova; estuvo al mando de un ejército de mercenarios forajidos, la peor lacra de la época, durante una vana incursión en Suiza, su único fracaso; eligió el año más indicado para volver a visitar Inglaterra, 1376: el proceso de John Wycliffe, el Buen Parlamento y el lecho de muerte del Príncipe Negro, en el

que estuvo presente; fue escolta del emperador en todas las representaciones teatrales, los faustos y las festividades durante la visita imperial a París; lo eligieron por su elocuencia y su tacto para negociar con los rebeldes urbanos de París en 1382 y pactar una tregua con los ingleses, equipo al que casualmente representaba Geoffrey Chaucer; fue agente o enviado del Papa, del duque de Bretaña y de otros complicados personajes en delicadas situaciones; hizo de mecenas y amigo de Froissart y estuvo en su poder la copia más antigua conocida de la *Crónica*; su castillo aparecía en un famoso poema de Deschamps; asistió al certamen literario en el que participaba *Cent Ballades*, libro del cual era coautor su primo, el Bastardo de Coucy; a la muerte de su suegro, el rey Eduardo III, devolvió su esposa y la Orden de la Jarretera a Inglaterra; su hija se «divorció en Roma con falsos testigos» de su esposo disoluto; estuvo al mando de una expedición extranjera a Túnez; fundó un monasterio en Soissons; testificó en el proceso de canonización de Pedro de Luxemburgo; a los cincuenta años de edad fue retado a duelo (en una carta que todavía se conserva) por el conde de Nottingham, el conde mariscal de Inglaterra, de veintitrés años, como la persona idónea para conferir «honor, valor, caballería y gran renombre» a un joven caballero (aunque, por lo que sé, Coucy estaba demasiado ocupado para perder el tiempo con él); por supuesto, formó parte de la compañía del rey durante la sensacional escena en que Carlos VI enloqueció, y durante el posterior macabro *Bal des Ardents* («Baile de los salvajes»); fue su médico el que atendió al rey y quien tiempo después encargó que su propia efigie mortuoria fuera un esqueleto, la primera de esta clase en el culto a los muertos; finalmente, como «el más experimentado y diestro de todos los caballeros de Francia», fue líder de la última Cruzada, y a las puertas de la muerte vivió la única experiencia medieval desconocida para él: un milagro. En resumidas cuentas, proporciona material sobre todos los temas —matrimonio y divorcio, religión, insurrección, literatura, Italia, Inglaterra, guerra, política, y una increíble variedad de personalidades de su tiempo, desde el Papa hasta el campesino. Entre ellos, puede que echara en falta a Catalina de Siena, pero en algún momento casi todos los demás se cruzaron con Coucy.

Nada más decidirme por él, cuantos más detalles descubría yo al seguir sus huellas a través de crónicas y genealogías, más me ofrecía él. El estudio de su tempestuosa dinastía, que se remontaba al siglo x, con incursiones en

la ley, la guerra y el amor de sus indómitos, por no decir despiadados, antepasados, lo hacían el perfecto prisma de la Baja Edad Media, cosa que yo necesitaba como trasfondo. Cuando me topé con que cada año se celebraba la extraña y maravillosa ceremonia de los *Rissoles* en el patio de Coucy-le-château, arraigada en un nudo de fuentes paganas, bárbaras, feudales y cristianas, supe que tenía delante un microcosmos de la sociedad medieval y, como escribí en el libro, los elementos estratificados del hombre occidental.

De la misma manera que Coucy fue un hallazgo para mí, también a final del siglo lo fue para Norteamérica Speaker Reed, o el zar Reed, como muchos lo conocían. En cuanto descubrí este monumento independiente e intransigente de un hombre, supe lo que buscaba para el capítulo norteamericano en *La torre del orgullo*, un libro sobre los factores sociales de los años inmediatamente anteriores a 1914. Era un personaje tan «escribible» —si permitís que me invente una palabra en contra de mis principios— que no podía creer que, salvo por una rutinaria biografía política de 1914 y un estudio académico poco inspirado en 1930, no se hubiera escrito nada sobre él desde su muerte, en 1902. Tenía la sensación de que me pertenecía y me asaltó el temor de que otra persona pudiera ver sus posibilidades y publicara algo antes que mi libro —del que él formaba sólo una octava parte— viera la luz. Supongo que los novelistas no tienen este tipo de preocupaciones que nos acechan al resto desde el momento en que encontramos un tema interesante e inédito hasta la fecha. Me parecía increíble que Reed fuera invisible para otros, y en cuanto hube escrito el capítulo tomé la precaución de acordar con *American Heritage* su publicación por separado un año antes de que el libro estuviera terminado.

Reed era el blanco ideal, ni más ni menos, porque como antiimperialista representaba a los perdedores de aquella era de nuestra historia. Por lo general, son los ganadores quienes acaparan los libros de historia. Todos conocemos el Destino manifiesto y a McKinley y Teddy Roosevelt y al almirante Mahan, pero resulta sorprendente lo dramática que se vuelve una cuestión si el punto de vista de los opositores —en este caso, los antiimperialistas— recibe igual atención y el conflicto se cuenta como si el resultado siguiera siendo equilibrado.

Aunque los hechos del capítulo se reducen a menos de una década, yo aprendí más sobre las ideas que conformaron nuestro país que en todos mis años de carrera. Reed me llevó, por medio de la causa antiimperialista, a Samuel Gompers, E. L. Godkin, Charles Eliot Norton, William James, Charles William Eliot (¡y menudo personaje novelable!), Carl Schurz, Andrew Carnegie, Moorfield Storey, y a sus respectivas actitudes y creencias sobre Norteamérica. Todas las tradiciones norteamericanas se reflejaban aquí. Nuestro desarrollo hasta ese momento, y desde entonces, quedó atrapado en el prisma de la lucha por la expansión.

En cuanto a la forma, el fragmento sobre Reed constituye un esbozo biográfico, lo cual es en sí una forma distinta con una dilatada historia literaria. Por norma, todos los esbozos se agrupan en un volumen colectivo, a menudo por docenas, como los huevos: *Los doce césares*, *Twelve Against the Gods*, *Twelve Bad Men* y otros. La ventaja de la forma es que uno puede extraer la esencia —el encanto del drama, lo histórico o filosófico, o cualquier otro significado— de la vida del sujeto en cuestión sin tener que hacerle un seguimiento a lo largo de sus primeros pasos, de sus equivocaciones y de períodos carentes de particular interés. Reed fue una excelente elección por muchas razones: por su tamaño y su aspecto memorable —físicamente, era un gigante de metro noventa y dos que pesaba ciento treinta y cinco kilos y vestía siempre de riguroso negro, con un enorme rostro bien afeitado como un melón casaba—, y por un ingenio que se presta a ser citado, por su pasión moral y la trágica ironía que conecta sus dos grandes luchas vitales: una en torno al Quórum silencioso y la otra en torno al tratado que da por sentada la soberanía sobre las Filipinas. La primera era el sueño de todo escritor con su disparatada acción, y la segunda ponía en el punto de mira el conflicto de ideas a finales de siglo que marcaba la renovación de la vieja Norteamérica.

El Quórum silencioso era una costumbre en virtud de la cual los miembros minoritarios de la Cámara de Representantes podían rechazar cualquier legislación que no fuera de su agrado negándose a contestar «presente» cuando fueran llamados a lista y verificación del quórum. Como portavoz republicano de la Cámara de Representantes, Reed había decidido poner fin de una vez por todas a todas las estratagemas que ridiculizaran el proceso del Congreso. Y lo logró en escenas, como escribió un periodista, «de desenfundada emoción, ardiente indignación, cáustica denuncia y peli-

grosas condiciones» sin precedentes en la asamblea. Reinó el caos, los demócratas estaban que rabiaban y cientos de ellos se pusieron en pie pidiendo reconocimiento a gritos. Un diputado, un diminuto ex general de la caballería confederada, incapaz de llegar al frente por la aglomeración que había en los pasillos, fue bajando desde las últimas hileras «saltando de mesa en mesa como una cabra de peñasco en peñasco». El único demócrata que no se levantó, llegado el momento, fue un enorme diputado de Texas que permaneció sentado en su escaño afilándose un cuchillo *bowie* en la bota.

Recordar aquí aquella escena es, para mí, simple indulgencia: me divertí mucho describiéndola. Al final, tras cinco días de encarnizada batalla, Reed salió victorioso y logró imponer una nueva serie de normas de votación que garantizaba que, a partir de entonces, gobernaría la voluntad de la mayoría. Supuso un gran paso, como él mismo dijo, hacia un gobierno responsable. Cinco años después, cuando se llevó a cabo la votación correspondiente a la anexión de Hawai y, por lo tanto, al tratado de la toma de Filipinas (al que Reed, como antiimperialista que era, se oponía rotundamente), la finalidad de la lucha del quórum fue puesta a prueba con un inexorable destino moral. Speaker podía —haciendo acopio de toda su autoridad y manipulando cada treta parlamentaria de las que era un experto— haberse abstenido de votar, pero si lo hacía invalidaría la reforma que antes había conseguido. Tenía que elegir entre su odio hacia la conquista extranjera y sus propias reglas. Demasiado consciente del valor de lo que había conseguido, sólo podía hacer una elección. Su victoria sobre el quórum silencioso supuso la victoria del sentimiento expansionista que él despreciaba tan profundamente.

Aquello me pareció un drama de dimensiones clásicas y siempre he pensado que podría dar una buena obra de teatro si algún dramaturgo perceptivo se atreviera a escribirla. Ninguno lo ha hecho, sospecho que porque los dramaturgos de nuestra era prefieren buscar la tragedia en las vidas de personas mediocres, en la pálida Laura y su zoológico de cristal, en la muerte de un viajante, en la soledad que grita a la pequeña Sheba que vuelva. Hay algo en nuestro tiempo que rehuye lo grandioso, aunque indudablemente el patetismo y la frustración están tan presentes en la humanidad como en el tema de *Las troyanas*.

Otro hallazgo para *La torre del orgullo* fue Richard Strauss, que sirvió de prisma para una visión de la Alemania imperial la víspera de 1914. Yo no quise hacer el típico retrato de la Alemania guillermina en función de Guillermo II y los militaristas y la Crisis de Agadir y cosas por el estilo. No me atrae volver a escribir lo que ya es de sobra conocido. Escribir no me estimula si no es para aprender algo nuevo y contárselo al lector, ya sea en forma o contenido. Jamás he llegado a entender cómo los ingleses consiguen interesarse en todas esas biografías de la reina Victoria, Wellington, Cromwell, María, reina de Escocia, trilladas y conocidas. Para el escritor, abrirse camino entre el material de documentación para un libro así debe de ser como sentarse cada día a comer crema de trigo: sin sorpresas.

La elección de Strauss, que implicaba escribir con familiaridad sobre música, de la cual no poseo conocimientos especiales, parecía casi demasiado desafiante. La razón de ello era que, puesto que me consideraba abiertamente predispuesta en contra de los alemanes, pensaba que tanto para mí como para el lector sería fresco e interesante abordarlos desde lo mejor que nos podían ofrecer más que desde lo peor; a través de las artes, más que del militarismo, y a través de un arte en el que destacaron: la música. El resultado fue que disfruté escribiendo. Strauss demostró de manera satisfactoria su condición de teutón; y su esposa, con su fanático gobierno de la casa y sus gritos de ira, aún más. Al igual que Coucy, Strauss llevaba a todas partes: a través de *Zaratustra*, a Nietzsche, personaje clave del período; a través de su *Salomé*, a la decadencia de final de siglo; a través de la dirección de la Ópera de Berlín, a Berlín y los jardines de cerveza y la sociedad alemana y la Sieges Allee con sus fastuosas hileras marmóreas de Hohenzollern encasquetados en actitudes triunfales; a Guillermo II en su fantasía de «príncipe amante del arte»; a Viena, a través de Von Hofmannsthal, colaborador de Strauss; a la brillante explosión, cuando el albor de un nuevo siglo, del Ballet ruso de Diaghilev, del fauvismo encabezado por Matisse, la danza de Isadora Duncan, la escultura de Rodin, *La consagración de la primavera* de Stravinsky, el escándalo de la actuación de Nijinsky como el Fauno de Debussy, y a todo el frenesí y la fecundidad de esa febril hora once que buscaba expresarse en términos de arte y emoción. No tuve que extenderme farragosamente sobre Strauss para llegar al tema de fondo; estaba todo en la asombrosa profecía de Romain Rolland después de oír a

Strauss dirigiendo *Zaratustra*: «¡Ajá! Alemania como la fuerza todopoderosa no mantendrá por mucho tiempo el equilibrio. Nietzsche, Strauss, el káiser, ¡el neronismo está en el aire!» Igual de perceptivo, el crítico austriaco Hermann Bahr oyó en la *Electra* de Strauss «un orgullo nacido del poder ilimitado», un desafío al orden «vuelto hacia el caos». La biografía es, por tanto, indisociable de la historia.

Escribir sobre la vida de Joe «Vinagre» Stilwell fue lo más cerca que he llegado a estar de una biografía formal, aunque la concebí desde el principio como el vehículo del tema más general de la experiencia norteamericana en China. Stilwell no fue un golpe de suerte como Coucy, sino la opción obvia y natural. Su carrera había estado vinculada a China durante la moderna relación sino-norteamericana: desde 1911, el año de la Revolución china, hasta el penúltimo año de la Segunda Guerra Mundial, en que pasó a ser la autoridad norteamericana en China. Stilwell representó, a mi parecer, lo mejor que Norteamérica ha intentado hacer en Asia, y él mismo era un representante norteamericano, aunque no lo suficiente atípico para constituir un individuo inconfundible y memorable. Lo curioso es que haya causado una impresión diferente en diferentes lectores; unos acabaron el libro con admiración, y otros más bien con desprecio, lo cual viene a demostrar lo que todo escritor sabe ya: que cierto número de lectores encontrarán en un libro no lo que se ha escrito, sino lo que ellos mismos aportan.

Posiblemente yo tampoco haya logrado hacer una buena caracterización de Stilwell, que puede reflejar cierta ambivalencia. Por lo que a mí respecta, admiro su persona; es más, los críticos dicen que soy una enérgica defensora suya. Sin embargo, nunca he tenido la certeza de haberle tenido simpatía en la vida real, o de que él, dicho de alguna manera, congeniara conmigo. Tal vez tuvimos la suerte de no coincidir en mi viaje a Pekín el año 1935, cuando él se encontraba allí destinado como agregado militar.

Esto plantea la pregunta: ¿quién es el biógrafo ideal? ¿El que conoce su tema o el que lo ignora? Supongo que a Boswell se le atribuye de manera general la biografía más perfecta jamás escrita (o, más bien, las memorias personales, porque no fue una auténtica biografía), y el resto de biografías que han destacado todos estos años son mayoritariamente autoría

de amigos, familiares o colegas de profesión: *Memoirs of St. Louis*, de Joinville; *Memoirs of Louis XI*, de Comines; los tres monumentos de sus yernos —*Vida de Julio Agrícola*, de Tácito, *La vida de sir Tomas Moro*, de William Roper y *Life of Sir Walter Scott*, de John Lockhart—; Lincoln retratado por sus dos secretarios, John Nicolay y John Hay; Gladstone perfilado por su colega lord Morley...

Biógrafos como éstos escriben desde una intimidad única; y si, además, son razonablemente honrados y perceptivos, pueden construir una vida que la mayoría de nosotros desconoce o de la que no es contemporánea de manera sin igual. Si el biógrafo contemporáneo goza del genio de Boswell como periodista y escritor, el resultado puede ser supremo. Por otro lado, podría distorsionar consciente o inconscientemente la realidad, debido al acceso a demasiada información, y producir un almacén de datos en vez de un retrato. La obra de Lockhart ocupa 4.000 páginas repartidas en nueve volúmenes; la de Nicolay y Hay aproximadamente lo mismo en diez. Desafortunadamente, en cuestión de superabundancia, el biógrafo secundario de hoy día no se queda muy atrás.

La vida más inmediata está, sin duda, en autobiografías y diarios, cartas y memorias autobiográficas. Son la fuente primaria de historia: las *Confesiones* de San Agustín y de Jean Jacques Rousseau; los *Diarios* de Pepys; la *Autobiografía* de Ben Franklin; las *Memorias* de Saint-Simon; las cartas de la marquesa de Sévigné; los diarios de John Evelyn, Charles Greville y los hermanos Goncourt; la *Apología* del cardenal Newman; y supongo que debería añadir el sùmmum de la autorreflexión: la *Educación de Henry Adams*. Aun cuando tendenciosas o falaces, estas obras tienen un valor incalculable, pero pertenecen a una categoría distinta de la biografía en el sentido que aquí nos ocupa.

Cuando uno trata de dilucidar quiénes son los grandes biógrafos secundarios, nadie destaca como los primarios. Sin duda, están los cuatro Evangelios según San Mateo, Marcos, Lucas y Juan, que seguían pero desconocían al personaje sobre el que escribían. Si bien nos cuentan lo que sabemos de la vida de Jesús, su motivo no era tan biográfico como propagandístico: divulgar el Evangelio (que significa «la buena nueva») de la llegada del Mesías. Desde entonces, cualquiera puede haber hecho su propia elección: tal vez *Cromwell*, de Carlyle; *Leonor de Aquitania*, de Amy



Kelly; *Cristóbal Colón*, de Sam Morison; *Florencia Nightingale*, de Cecil Woodham-Smith; *Henry James*, de Leon Edel; *Mark Twain y Lincoln Steffens*, de Justin Kaplan. Sin embargo, con todos mis respetos, creo que los biógrafos primarios todavía se llevan la palma.

Yo nunca estaré entre ellos, porque pienso que el historiador —sea o no biógrafo—, necesita distanciarse. En un par de ocasiones me propusieron escribir una biografía de mi abuelo, Henry Morgenthau, Senior, un hombre encantador y comprometido; pero, por mucho que lo apreciara y lo venerara, me acobardaba la sola idea de hacerlo. El aprecio y la veneración no son la actitud más indicada para un historiador. He escrito un breve artículo sobre un aspecto concreto de su vida,\* pero no podría volver a hacerlo.

Con los personajes que he usado, no estoy personalmente vinculada. Lo más cerca que he llegado a estarlo fue trabajando sobre los documentos de Stilwell, entonces guardados en casa de la señora Stilwell en Carmel, cuando trabé amistad con miembros de la familia que eran, y son, unas personas estupendas, y me alegra decir que han seguido siendo mis amigas incluso después de publicado mi libro. Debo reconocer que estas relaciones amistosas ejercerían sobre mí la tácita represión de escribir sobre algo desagradable relacionado con el general, si me sintiera inclinada a hacerlo. Pero tampoco puedo pensar en nada que hiciera falta moderar, salvo posiblemente el lenguaje ordinario que aparece en el diario de Stilwell. En ese caso, no obstante, la represión tenía más que ver con la susceptibilidad de la familia que con la mía propia. Sin sacar a relucir palabrotas y explícitas imágenes escatológicas, me parecía imposible repetir las; y, por otro lado, omitir lo que yo entonces consideraba un rasgo de carácter violaba mi conciencia de historiadora. Finalmente, solucioné el problema con una referencia general, si no concreta, al vocabulario de Stilwell. Expuestos como todos hemos estado al lenguaje correcto y delicado de la última década, ahora creo que me tomé el problema demasiado en serio. Entonces no tenía idea de lo corrientes y banales que eran estas palabras en las conversaciones de hombres.

\* Véase «Dilema asimilacionista: la historia del embajador Morgenthau», pág. 249.

Más complicada fue la horrible referencia a Roosevelt como «Rubber-legs» (en inglés, «Piernas de goma»), que tanto me chocó. Sabía que era un detractor de Roosevelt de la clase que Peter Arno inmortalizó en su tira cómica «Vamos al Trans-Lux a abuchear a Roosevelt» y que tenía talento para inventarse nombres perversos, pero reírse de una dolencia física me parecía imperdonable. En un auténtico calvario sobre si incluir o no este uso, investigué entre coetáneos suyos el fenómeno de odio hacia Roosevelt y llegué a encontrar un libro entero sobre el tema. Eso me demostró que, en comparación con las muchas cosas que se decían en esos círculos, el uso de Stilwell era normal y corriente; así que lo plasmé en mi libro, aunque no sin tener la desagradable sensación de pisar una cucaracha. Pese a tratarse de un episodio de poca importancia, muestra lo mucho que un biógrafo se puede vincular emocionalmente con su protagonista.

Ya sea en biografía o historia, el objetivo del escritor es —o debería ser— mantener la atención del lector. Scheherezade sobrevivió porque logró que el sultán estuviera absorto en sus cuentos y se preguntara qué pasaría luego. Aunque yo no tengo semejante presión, sí quiero que el lector pase las páginas de mi libro y siga haciéndolo hasta el final. Esto sólo se consigue cuando la narración avanza ininterrumpidamente y no cuando llega a un aburrido punto muerto, recargada de cada detalle descubierto en la investigación, sea o no importante.

Desafortunadamente, la biografía se ha visto superada por una escuela que ha abandonado lo selectivo en pro de lo inclusivo. Creo que esto forma parte del espíritu «anticalidad» de nuestro tiempo, que insiste en la igualdad de todas las cosas y se reduce así a la teoría de que todos los hechos tienen idéntico valor y de que el biógrafo o el historiador no deberían atreverse a juzgar. Ante dicha teoría sólo puedo comentar que, si éste no puede emitir juicio alguno, tampoco debería poder ejercer. Un retratista no hace un buen retrato confiriendo a los botones de los puños y los cordones de los zapatos igual valor que a la boca y los ojos.

En la biografía actual, se nos presenta la vida del protagonista reconstruida día a día desde el nacimiento hasta la muerte, incluidos cada nuevo vestido o par de pantalones, cada poema juvenil, cada viaje, cada carta, cada préstamo, cada invitación aceptada o rechazada, cada mensaje telefónico, cada bebida y cada bar. A Lytton Strachey, padre de la biografía mo-

derna en su forma más legible, por no decir la más fiable, y artista de pro, le habría horrorizado ser hoy el protagonista de una de estas biografías comerciales en dos grandes volúmenes. Su propia máxima era «La exclusión de todo lo redundante y nada importante». Si bien ahora se hace caso omiso de su consejo, Strachey sigue teniendo una excesiva influencia en la interpretación psicológica. La vida interior en biografías anteriores a Strachey, al igual que los dos tercios sumergidos de un iceberg, quedaba sepultada y sin investigar. Desde Strachey y, por supuesto, desde Freud, los secretos ocultos, sobre todo los más turbios, son el objetivo del biógrafo y hacen las delicias del lector. Se alega —aunque no estoy segura de con qué excusa— que el público tiene derecho a conocer los entresijos, y el biógrafo se afana en internarse hasta en el último recoveco y descubrir los fracasos y las faltas que su protagonista se esforzó en ocultar. Donde una vez la biografía se dedicó a esculpir estatuas de mármol, hoy, en palabras de André Maurois, «tira de la barba al león muerto».

Como yo tengo un fuerte instinto de privacidad, no me siento obligada a entrometerme en la vida privada de un personaje y poner al descubierto —a no ser que sea relevante— lo que éste hubiera querido ocultar. «¿Qué le importan al público los secretos de Byron? —preguntó Tennyson—. Nos ha regalado buenas obras y deberíamos darnos por satisfechos». Tennyson tenía razón. ¿En verdad nos interesa de una persona famosa si se hacía pis a los seis años o practicaba el sexo oral a los sesenta? Supongo que es más que probable que Shakespeare hubiera tenido ambos hábitos. Si hoy en día lo pudiéramos demostrar, ¿qué sería lo importante de Shakespeare: el nuevo hallazgo o *El rey Lear*? ¿Nos interesarían más sus obras de teatro al conocer las digresiones excretoras o amoratorias del autor?

Seguramente, muchos no dudarían en contestar que sí. Sin embargo, a mí me parece que, desde el momento en que una biografía se usa para arrojar luz sobre la historia, el voyeurismo no tiene razón de ser. Por suerte, en el caso del más grande escritor inglés, no sabemos o se supone que no sabemos casi nada sobre su vida privada. Me gusta ese vacío, ese milagro, ese gran monumento a una obra flotante sin aparente explicación.

## II

### EL PRODUCTO

## JAPÓN: UNA NOTA CLÍNICA\*

Desde la cuestión de Manchuria, la política exterior japonesa ha ido cosechando la condena mundial. A diferencia de un individuo, una nación no puede reconocer su error; así que la única respuesta de Japón ha sido decirse a sí misma que sus jueces se equivocan y ella está en lo cierto. Para reforzar esta idea ha forjado la creencia de que actúa movida por los motivos más puros que las naciones vecinas estarán dispuestas a malinterpretar... Cuanto más rechazo profesen a Japón, más firme se mantendrá ésta en su convicción de que hace lo correcto.

Esta convicción de rectitud, y su corolario, la sensación de verse incomprendida, hallan un vehículo diario de expresión en el discurso y la prensa del país. Un ejemplo es el siguiente fragmento de un editorial sobre el conflicto etíope: «Tiene que haber algún motivo para que Italia intente solucionar la situación etíope por la fuerza, pero el premier Mussolini parece haber sido malinterpretado por las demás potencias [...] Nuestro país vivió un calvario como resultado de dicha incompreensión durante la cuestión de Manchuria [...] El mundo entero atribuyó la cuestión al ejército japonés y lo denunció duramente. Esto se debió al desconocimiento de la situación por parte de las demás potencias».<sup>1</sup>

Las demás naciones no sólo cometen actos delictivos contra el entendimiento. El siguiente cargo más frecuente del que las acusan los japoneses

\* *Foreign Affairs*, abril de 1936.

1. Del *Jiji*, 10 de julio de 1935. (Esta cita y las siguientes forman parte de las traducciones diarias de editoriales publicadas en el *Japan Advertiser* que aparecían en la prensa local. Las fuentes, no obstante, se remiten al periódico japonés en que vio originariamente la luz el fragmento en cuestión.)

es de falsedad. Un ejemplo es la postura que Japón adopta al negarse a firmar un pacto de no agresión con la Unión Soviética. Justifica su postura llevando el ataque al campo enemigo: «La Unión Soviética tiene un concepto equivocado de Japón —dice un portavoz del ejército—. Si en verdad buscan la paz en el Lejano Oriente, deberían demostrarnos la sinceridad de sus intenciones [...] antes de intentar cerrar un pacto de no agresión con este país».<sup>2</sup>

La inocencia herida es una actitud que Japón asume con frecuencia en respuesta a la desaprobación internacional. El verano pasado, cuando el Consejo de la Sociedad de Naciones adoptó una resolución que condenaba la denuncia alemana del Tratado de Versalles, el delegado soviético sugirió que se podría aplicar una resolución similar al Lejano Oriente. Un editorial japonés decía al respecto: «Está claro que el representante soviético piensa en Japón» y luego preguntaba sin gracia: «¿Acaso Japón ha obrado en contravención de los tratados internacionales?».<sup>3</sup> Huelga decir que el editorial no mencionaba el Tratado de las Nueve Potencias. Una vez más, Japón señala con sutil indignación a uno de sus críticos extranjeros que, durante la cuestión de Manchuria, «fue tan lejos que acusó a Japón de ocupar territorio chino».<sup>4</sup>

Con el escándalo desatado por la acusación de haber ocupado territorio chino, como si fuera un acto que Japón nunca habría soñado cometer, una afirmación como la anterior le parece increíble al lector extranjero. Perplejo, éste se pregunta con qué propósito llegaría a cometerlo Japón dado el caso. La única respuesta es que, para los japoneses, no existe el pretexto. El proceso mental japonés es tan diferente del occidental, carece tanto de lo que los occidentales llamamos lógica, que los japoneses son capaces de realizar afirmaciones, aun sabiendo que no son ciertas, y creérselas con total sinceridad. Esto es algo que un occidental nunca llegará a entender, y mucho menos intentará explicar. La única pista que el escritor puede proporcionar es que la mente japonesa concede más importancia a las apa-

2. Comandante general Itagaki, segundo jefe del Ejército de Kwantung, citado por la Rengo News Agency en el *Japan Advertiser*, 24 de abril de 1935.

3. *Miyako*, 20 de abril de 1935.

4. *Gaiko Jihō (Revue Diplomatique)*, agosto de 1935.

riencias que a la propia realidad. Un hecho así significa bien poco para un japonés; en caso de verse obligado a afrontar hechos inaceptables, procura evitarlo, como haría con un desagradable conocido al que se encuentra en la calle.

El responsable de esta actitud es el concepto de «rostro». Todo el mundo ha oído hablar de la importancia que la cara tiene para el oriental; sin embargo, a no ser que uno haya vivido en Oriente, le resulta prácticamente imposible saber lo crucial que es su papel, lo mucho que influye en cada palabra, pensamiento y acto de existencia. La apariencia asociada a un acto, y no el acto en sí, da o conlleva la pérdida de rostro. Para muestra, un botón de la vida corriente: un taxista japonés nunca preguntará el camino a una dirección que no conoce, aunque él sepa que se ha perdido y tú sepas que se ha perdido. Prefiere conducir a la deriva durante horas, quedarse sin gasolina y perder el tiempo a su propia costa (porque, en Japón, la tarifa es fija), simplemente para conservar la apariencia de conocimiento y salvar así el rostro.

Es la habilidad para ignorar los hechos sin sentir ningún tipo de incoherencia que les permita hacer afirmaciones como la siguiente, a propósito de la inminente retirada de Japón de la Liga de las Naciones: «Japón siempre ha sido partidario de la Liga de las Naciones y el hecho de que perteneciera a la misma ha sido un factor decisivo para mantener la paz en el Lejano Oriente y el Pacífico».<sup>5</sup> No es la hipocresía, al menos no la deliberada hipocresía, la responsable de tan extraño comentario, como tampoco es la hipocresía lo que permite a una mente devota creer en los milagros o a un niño creer en los cuentos de hadas.

Puesto que sus procesos mentales son distintos, Japón y Occidente ven difíciles las relaciones diplomáticas; y lo que argumenta esa dificultad es el hecho de que, desde el punto de vista exterior, los japoneses no entienden la palabra «negociar». La negociación entre dos Estados occidentales es el intento mutuo de abordar un terreno común. Su esencia es el compromiso. Pero los japoneses también consideran bastante extraño el concepto de compromiso. Para ellos, la negociación diplomática implica el esfuerzo por parte de cada representante nacional de imponer su plan intacto, con la

5. *Jiji*, 5 de enero de 1935.

idea en mente de que uno gana y los demás pierden. Este año el Congreso Naval ha sido fiel reflejo de la actitud japonesa. Los nipones, que llegaron a Londres con la determinación de obtener paridad o nada, no estaban dispuestos a ceder ni una tonelada, independientemente de lo que se les proponía. Sus mentes eran tan inflexibles que al final se retiraron, sin haber contribuido nada al Congreso y sin haber ganado nada para sí. El siguiente pasaje de un panfleto publicado por la Marina demuestra que los japoneses no entienden el propósito de la negociación internacional. «La victoria —dice— depende de la fuerza relativa, y no hay mejor manera de asegurarse la fuerza relativa que obteniendo una superioridad absoluta».<sup>6</sup> Esta afirmación es tan irrefutable que no admite comentarios, pero sí pone de manifiesto lo poco que entiende la mente japonesa del principio de compromiso.

Más problemática para las relaciones exteriores de Japón que la incapacidad o la falta de predisposición para usar la táctica occidental en la práctica de la diplomacia es la combinación de un complejo de inferioridad y una manía persecutoria que siente respecto a Occidente. La causa primera radica en el hecho de que, cuando el hombre blanco puso el pie en Oriente por vez primera, fue capaz de asumir y mantener una actitud superior; la actitud del profesor hacia su alumno, del gobernador hacia su súbdito. Aunque en Japón ya no existe esta injustificada relación, los indicios de su influencia no permanecerán mucho tiempo en el olvido. Hace sesenta años, los japoneses decidieron que la única manera de poner fin a una asociación desigual era no adaptarse a la civilización occidental. Lo han logrado, pero sacrificando parte de su propia integridad. Porque ahora los japoneses viven bajo un sistema que no es el suyo, sino una copia de otro. Se han convertido en imitadores, y un imitador nunca se puede sentir como un creador.

Aunque bien oculto tras una fachada agresiva, el sentido de la desigualdad está siempre presente para hacer que Japón sospeche que existe un desaire o una amenaza en cada acto de sus vecinos. Por ejemplo, es muy sensible a cualquier posible afrenta a su posición como gran potencia. Con esa mentalidad, uno se percata de que su petición de paridad naval se debe

6. Traducción del panfleto impreso por *Japan Advertiser*, 28 de marzo de 1935.



menos a razones estratégicas que al deseo de confirmar su estatus de gran potencia ante todo el mundo.

Donde su sensibilidad aflora de manera aun más intensa es en el terreno del prejuicio racial. Respecto a las actividades antiniponas en Estados Unidos, un periódico de Tokio dice: «Un factor que contribuye a esta agitación es racial. Nosotros, que estamos orgullosos de ser una de las tres mayores potencias del mundo, y comparable en cualquier sentido a cualquier nación extranjera, no podemos tolerar el desprecio de los norteamericanos».<sup>7</sup>

Si bien la sensibilidad racial de Japón se ha visto indudablemente provocada desde fuera, especialmente por parte de Estados Unidos, su rapidez para ver una amenaza en cada acto de sus naciones vecinas nace de un sentimiento inherente de inseguridad. Esto, a su vez, genera una manía persecutoria que halla expresión en los estridentes gritos japoneses de «¡Peligro!» cada vez que uno de sus vecinos realiza un movimiento. Por ejemplo, las maniobras navales norteamericanas en el Pacífico occidental del pasado verano se consideraron motivadas por el deseo de «dominar»<sup>8</sup> Japón, y de una propuesta de ruta aérea transpacífica se dijo «que exponía a todo el mundo los planes ofensivos de Estados Unidos contra el Lejano Oriente».<sup>9</sup> Y esa molestia perenne, el sistema de ratio naval, suscita este típico comentario: «A los nipones les parece que la propuesta de igualdad, tan justa y e imparcial, debería haber recibido el apoyo de Gran Bretaña y Estados Unidos, salvo en el supuesto de que las razas anglosajonas se inclinen por detener el avance de la raza yamato».<sup>10</sup>

En estas condiciones, las relaciones entre Japón y Occidente seguirán presentando los más complicados problemas diplomáticos.

7. *Miyako*, 19 de febrero de 1935.

8. *Ibid.*, 1 de mayo de 1935.

9. *Nichi Nichi*, 26 de abril de 1935.

10. *Kokumin Domei*, 13 de febrero de 1935.

## TREN ELECTORAL\*

«Aquí viene el jefe», dijo con indiferencia uno de los periodistas. El andén de la estación estaba a oscuras, con sólo algunas luces que brillaban a través de la lluvia. Periodistas y fotógrafos que seguían la campaña electoral estaban allí de pie con sus gabardinas, hablando en pequeños grupos. El presidente se subió al tren en silencio. Ni siquiera hubo saludos; nadie dijo nada. Solamente un hombre del Servicio Secreto que se encontraba en la plataforma trasera, con todos sus músculos en alerta, moviendo la cabeza a un lado y a otro, fijando su mirada en los grupos de hombres de más allá como para protegerse contra cualquier hostilidad, le daba a uno cierta sensación de entusiasmo.

Nuestra primera parada a la mañana siguiente fue Thomas, un pueblecito minero del estado de Virginia Occidental. Debido a la lluvia ninguno de nosotros sabía si el presidente recorrería las montañas en coche como tenía programado. El doctor Ross McIntire, su médico, salió a la plataforma, miró el cielo con aire de preocupación, meneó la cabeza cuando extendió la mano bajo la lluvia y volvió a entrar. «Al viejo *doc* Mac no le gusta —dijo uno de los periodistas—. Se muere de preocupación si al presidente se le mojan los pies». Pero Roosevelt salió de todas formas, y al subirse al vagón abierto le llegaron estridentes ovaciones de la ladera, donde gente venida de muchos kilómetros a la redonda había estado esperando estoicamente bajo la lluvia para ver al presidente. Cuando el tren pasó ante ellos, sus rostros medio boquiabiertos lucían una mirada de delicioso asombro porque los visitaba el famoso número uno de la nación.

\* *The Nation*, 10 de octubre de 1936.

Hicimos cinco paradas en pueblos mineros, a cual más grande y mugriento. La muchedumbre también fue creciendo, tanto en número como en entusiasmo, hasta que llegamos a la ciudad de Fairmont, donde había más de quince mil personas concentradas en la estación, las calles, el puente y los tejados de las casas. En una de las paradas me metí a empujones entre la multitud, esperando escuchar declaraciones reveladoras; sin embargo, todo lo que escuché fue: «¡Ahí está! No, ése no es él. Sí, sí que lo es». Lo cual no ayudó a pronosticar cómo irían las octavas votaciones de Virginia occidental. En nuestro grupo no había invitados distinguidos; pero, justo antes de cada estación, cuando el tren hacía un pequeño alto y nosotros aprovechábamos para fumar varios cigarrillos, se subían unos caballeros bien alimentados y vestidos con gruesos abrigos. Éstos, en palabras de la prensa irreverente, eran los «gorgojos del algodón»; entonces aparecían en la plataforma trasera, sonriendo y saludando gentilmente con la mano a la multitud, tan orgullosa de ver a los líderes de su estado viajando con el presidente.

En estas paradas, los periodistas se apresuraban a la parte de atrás para oír cómo el presidente expresaba su alegría al ver que el humo volvía a salir de las chimeneas y cómo les hablaba del telegrama que «acababa de recibir» en el que se anunciaba un primer año en cincuenta y cinco sin el banco nacional en números rojos. Cuando éste terminó, todo el mundo se volvió a subir al tren, desapareció en compartimientos separados y enseguida llenó el tren con los chasquidos de las máquinas de escribir. Cerca de la ciudad de Pittsburgh, nos preguntamos por qué no se había preparado todavía ningún discurso; según algunos, el retraso en cuestión era para protegerse contra posibles espías de Landon que telegrafiarían el contenido a Al Smith, en Nueva York. De hecho, aunque había muchos periódicos partidarios de Landon allí representados, los periodistas pro Landon eran bien pocos. Un reportero me dijo que, mientras que el 80% de los propietarios de periódicos era republicano, el 80% de los periodistas era pro Roosevelt. Y también está la historia de la encuesta todavía inédita realizada por el *Herald Tribune* a cincuenta empleados editoriales, que daba como resultado un 44% a favor del presidente. Cuando uno de los corresponsales dijo que se iba a quedar en el tren y escuchar el discurso de Pittsburgh por la radio para que el entusiasmo de la multitud no empañara su histo-

ria, le pregunté por qué quería ser tan objetivo. «Cuando eres partidario del New Deal y escribes para un periódico republicano —dijo—, tienes que ser de lo más objetivo».

A juzgar por el recibimiento que Pittsburgh dio a Roosevelt, Pensilvania, que se ha declarado republicana incondicional en cada elección desde Lincoln, tiene una buena oportunidad para hacerse demócrata por primera vez este mes de noviembre. La multitud, que apenas escuchaba lo que el presidente decía, gritaba a voz en cuello, silbaba y hacía sonar cencerros cada vez que hacía una pausa para respirar. Una vez que dijo: «Y durante la última guerra contraímos una deuda nacional de veinticinco mil millones», le respondieron con un «¡Hurra!». Y, cuando el gobernador Earle reveló su lista negra de Pensilvania —los Mellon, Pew y Ware—, la multitud coreó cada nombre a gritos con un «¡Buuu!» y terminó con el «¡Buuu!» más generoso y sonoro de todos cuando el gobernador, convirtiendo la «s» final en un largo silbido, gritó: «¡Los Du Ponts!». Mientras la banda de música tocaba *The Star-Spangled Banner* al final y el presidente permanecía con la cabeza bien erguida, el perfil serio e inmóvil, parecía (¿de manera consciente, quizá?) una de esas cabezas de Washington esculpidas en una montaña. Justo entonces un asesor lo codeó y, sin bajar la mirada, el presidente se quitó el sombrero y se lo colocó en el pecho con el gesto propio de una reverencia patriótica. Un movimiento casi imperceptible, pero una vez más lo hizo mortal. Adondequiera que iba, con aquella voz suntuosa y presencia dominante, siempre era el mejor orador del programa.

A la mañana siguiente, en la ciudad de Jersey sonó la versión íntegra de la música de los reporteros, «¡Eh, Bill!, ¿cuánta gente calculas que hay?», mientras atravesábamos la increíble manifestación organizada por el alcalde Hague, que hacía gala de su lealtad al hombre que él mismo había llamado «pelele» cuando dirigía el movimiento «Stop Roosevelt» en Chicago el año 1932. Cuando nos arrastrábamos por entre los casi cinco kilómetros de escolares (la mayoría de los allí presentes no alcanzaban la mayoría de edad requerida para votar) que gritaban, bandera en mano, nos incordiaban con comentarios como: «¡Oh!, son del periódico... fueron muy blandos... ¡levánteme el ánimo, jefe!... ¡eh, jefe!, hágame una foto... ¡Oh, mirad!, una mujer periodista, ¡hola, cariño!».

De regreso en Nueva York, ningún aparato del partido hizo entrar en acción a la multitud que aclamaba de manera espontánea al presidente. Salvo en Park Avenue. Allí, las aceras no estaban más transitadas de lo habitual, y las únicas cabezas que se asomaban a las ventanas eran las de los criados. Recordaba a la historia, que nadie juraría cierta, de Knox en San Francisco. Mientras recorría las calles de la ciudad en coche, alguien gritó un «¡Hurra por Roosevelt!» entre la multitud. El grito se repitió y Knox empezó a ponerse colorado, hasta que una mujer del comité republicano que iba en el coche se inclinó hacia él y le dijo: «No se preocupe, coronel, sólo son obreros».

## LAS LECTURAS DE MADRID\*

«Y así el Gato con botas hizo marqués al hijo del molinero, quien se casó con la princesa Tintavioleta, hija a su vez del rey de aquel país al que llamaban Saxofón XIII. Al poco tiempo el rey murió porque se había comido un budín de arroz hecho con perlas y no con arroz, y el hijo del molinero heredó la corona. Pero cumplió la promesa que le había hecho al Gato con botas y publicó un real decreto mediante el cual transfería el gobierno del país a los trabajadores. Entonces, trabajadores de todas las clases y condiciones formaron un consejo y eligieron a un presidente de la República. Y dieron la corona a los dentistas para que hicieran empastes de oro para los pobres que habían perdido los dientes».

Así era el Madrid de 1937, versión del antiguo cuento de hadas. También Caperucita roja ha sufrido un cambio con la guerra. Se ha puesto a trabajar en una fábrica de chocolate. Después de su trágico final, sus compañeros se unen y asesinan al lobo y echan para siempre del país a todos sus ricos y poderosos secuaces. Pero la lectura de Madrid se ha vuelto marxista sólo en algunos aspectos. El ejército, que gracias a los esfuerzos de la milicia cultural está aprendiendo a leer tan rápido como a luchar, tiene un gusto literario extraordinariamente ecléctico. En El Escorial, donde se instruye la 3.<sup>a</sup> División, la biblioteca de los soldados contiene una colección de obras que van desde Homero hasta Elinor Glyn; esta última, dicho sea de paso, representada por *La filosofía del amor*. Otros autores son Platón, Sófocles, San Agustín, Spinoza, Francis Bacon, Descartes, Maquiavelo, Shakespeare, Rousseau, Kant, Victor Hugo, Dostoiévski, Marx, Henry George, Freud, Julio Verne, Lenin, Galsworthy, Ortega y Gasset, Dos Passos, García Lorca y Sinclair Lewis.

\* *The Nation*, 6 de noviembre de 1937.

Al final, los efectos de la guerra sobre el mundo impreso se dejan notar en cada rincón. El interior de la gran librería de Gran Vía está en penumbra porque todas las ventanas han sido bloqueadas con sacos de arena. Pero no está tan oscuro como para no ver la cantidad de literatura acerca de la Guerra Civil que hay expuesta en las mesas de la entrada. Como los precios deben ser acordes a los tiempos difíciles, buena parte de ella se publica en rústica y en forma de panfletos con cubiertas vividas y sorprendentes: puños alzados, cadenas rotas y bombas que explotan. Guernica en llamas proclama «la antorcha del fascismo»; la barba de Karl Marx se extiende sobre innumerables volúmenes; la sandalia del obrero español aplasta la esvástica; el perfil de Josef Stalin es elevado a una flota de aviones victoriosos; el puño de Lenin golpea la mesa; Durruti, el héroe anarquista caído, llama a los camaradas españoles a la victoria. Muchos de los soldados compran estos libros, porque las trincheras han sido suelo fértil para el cultivo de la curiosidad política.

Sin embargo, tras las mesas de novedades siguen estando los títulos de siempre, que todavía se venden. Uno puede encontrar *El mundo de Guermantes*, de Marcel Proust; *La montaña mágica*, de Thomas Mann; *Contrapunto*, de Aldous Huxley; y las obras completas de Herbert George Wells, Pierre Loti, Oscar Wilde y Jack London, este último uno de los grandes favoritos.

En las calles, tenderetes y carretillas venden libros de segunda mano. Como la literatura bélica no ha tenido tiempo de llegar al mercado de segunda mano, la guerra civil es una gran desconocida; como si los tenderetes estuvieran en la Cuarta Avenida o en la calle Cincuenta y nueve. Es posible encontrar noveluchas, relatos de detectives y *westerns* mexicanos. Las obras traducidas de Edgar Wallace, E. Phillips Openheim, S. S. Van Dine y James Oliver Curwood encabezan los respectivos géneros. Yo vi dos libros sobre Rusia, pero difícilmente se podía decir que respondieran a una tendencia. Uno, con una fotografía de Lenin en la portada, era *Santa Rusia*, de Jacinto Benavente. El otro era *Esplendor y ocaso de los Romanof*, de Anna Wyrubova, «la favorita de la zarina».

A los tenderos de los quioscos les parece tan necesario cambiar de lugar debido a los bombardeos que dejan de tener puestos fijos. Periódicos y revistas inundan las aceras o tarimas improvisadas. Al principio, sorprende

ver aún expuestas las revistas de cine, moda, teatro y arte en papel satinado. Si nos fijamos bien, veremos que se trata de números anteriores a la guerra, y el quiosquero dice que todo el papel satinado era importado y que ya no es posible obtenerlo. El retrato de Katharine Hepburn adorna el número de julio de 1936 de *Cinelandia*, la última revista de cine publicada en España.

Han pasado a ocupar el lugar de las revistas de lujo cierta cantidad de semanarios escasos pero interesantes, cada uno de los cuales trata a su manera algún aspecto de la guerra. Unos son políticos; otros, satíricos; otros, ilustrados; y otros, literarios. El papel es de mala calidad, la tinta huele mal, la letra sale impresa en el lado equivocado; pero lo escrito es rotundo. Un tema predilecto de los caricaturistas es Queipo de Llano con su bigote de káiser Guillermo y su botella. Conocido como el «León del metro» debido a su predilección por la retaguardia, se lo suele mostrar balanceándose de manera incierta ante el micrófono. Parodias de sus emisiones nocturnas desde Sevilla acompañan las caricaturas.

Para los fotógrafos, la guerra supone una excelente oportunidad. *Life* envidiaría las imágenes publicadas cada semana en el rotograbado *Crónica* de «Sangre y fuego en el Mediterráneo», relacionadas con el torpedeo del petrolero británico *Woodford*. Incluso las tiras cómicas tratan sobre la guerra. Cada semana se relata la terrible historia de «Don Tadeo Bergante, Un fascista repugnante» en pareados rimados y color.

Pero, si bien la guerra está presente en un 90 % del papel de prensa, aún quedan páginas a las que no ha llegado. En uno de los nuevos semanarios, entre dos artículos sobre «La magnífica disciplina del ejército republicano» y «El instituto para nuevos obreros en Valencia», aparece una obra por entregas titulada «Mariona: ni doncella, ni esposa, ni viuda». Mariona es un puro anacronismo. Pide taxis y lleva trajes de noche, dos cosas que de tan desaparecidas del Madrid actual podrían pertenecer a la Edad de Piedra. Incluso los diarios dejan un resquicio a cuestiones ajenas a la guerra. El sitio de Gijón, los discursos del doctor Negrín en Ginebra, los problemas de evacuación y abastecimiento, las intrigas de la «Quinta columna», las disputas de CNT y UGT ocupan las noticias y las columnas de los editoriales. Pero aún es posible ir a la contraportada de *El Liberal* y encontrar una columna agónica que rebose de pasión. «Mujer seria y soltera busca



caballero de categoría y educación». «Caballero de treinta y ocho, culto y estable, busca matrimonio con mujer de treinta a treinta y cinco, baja y de buen carácter». Así es Madrid. Un año de asedio y bombardeos ha destrozado la superficie vital, pero las viejas ruedas siguen girando en sus entrañas. La vida se adapta a la guerra civil en lo que debe y se aferra a las viejas costumbres en lo que puede.

## «PERDICARIS VIVO O EL RAISULI MUERTO»\*

Una fragante noche del mayo mediterráneo de 1904, el señor Ion Perdicaris, un rico anciano norteamericano, cenaba con su familia en la terraza emparrada de la Plaza de los Ruiseñores, su residencia de verano en las colinas de Tánger. Además de una grulla mansa y dos monos que comían flores de azahar, formaban parte de la familia la señora Perdicaris; su hijo de un matrimonio anterior, Cromwell Oliver Varley, que pese a llevar un gran nombre leído al revés tenía nacionalidad británica; y la señora Varley. De repente, una algarabía de chillidos, órdenes y ladridos de perros salió de las dependencias de servicio que había en la parte de atrás. Pensando que se trataba de un episodio más de la enemistad crónica entre su ama de llaves alemana y su chef zuavo-francés, la familia se dirigió al comedor de los criados para disipar el caos. Se tropezaron con el mayordomo que pasó corriendo como loco, perseguido por un grupo de moros armados que al principio confundieron con guardias de su propia casa. Por asombroso que parezca, estas personas se abalanzaron sobre los dos caballeros, los atacaron, golpearon a dos de los criados con sus culatas, tiraron a la señora Varley al suelo, a Oliver Varley le pusieron un cuchillo en el cuello cuando forcejeó para defender a su esposa, arrastraron al ama de llaves que gritaba «¡Ladrones! ¡Ayuda!» al teléfono, cortaron la línea y sacaron a sus prisioneros de la casa empujándolos a punta de pistola.

Esperando a la entrada de la villa había un moro atractivo de barba negra, ojos centelleantes y perfil griego que, levantando el brazo con gesto histriónico, anunció con el tono de Henry Irving interpretando al rey Lear: «¡Yo soy El Raisuli!». Sobrecogidos, Perdicaris y Varley supieron que se

\* *American Heritage*, agosto de 1959.

hallaban ante el famoso jefe bereber, señor de los bereberes del Rif y último de los piratas bárbaros, cuya lucha personal por el poder contra su cacique nominal, el sultán de Marruecos, se desataba periódicamente en Tánger en forma de asaltos, rapiña e interesantes variedades de saqueo. Ahora daba órdenes a los prisioneros montados en sus caballos y, tras apoderarse de la mejor montura de Perdicaris, un semental negro, dio el pistoletazo de salida. La cabalgata de bandidos, en un alocado caos de gritos, disparos, caballos que se encabritan y cuerpos pisoteados, bajó la colina rocosa, evitando como pudo la carretera, y desapareció en la noche rumbo a las montañas del Atlas.

Poco después, Samuel R. Gummere, cónsul general de Estados Unidos, era interrumpido durante la cena por el telefonista, que le hizo llegar la voz de alarma desde la villa. Tras una apresurada visita a la escena de la atrocidad, donde determinó los hechos, calmó a las histéricas y apostó guardias, Gummere regresó para consultar aquello con su colega sir Arthur Nicolson, el ministro británico. Ambos enviados vieron alarmantes perspectivas de peligro para todos los extranjeros de Marruecos como resultado del último ataque de El Raisuli.

La entente anglofrancesa, con sólo un mes de existencia, sumió los asuntos ya anárquicos de Marruecos en un caos aún mayor. Bajo este acuerdo, y para disgusto de los marroquíes, Inglaterra había ayudado a Francia en Marruecos a cambio de ayuda en Egipto. El sultán Abdul-Aziz era un joven con buenas intenciones pero sin recursos que hacía equilibrios en el agitado trono del último país musulmán independiente al oeste de Constantinopla. Era la marioneta de una camarilla corrupta encabezada por el viejo Ben Sliman, el pérfido y hábil gran visir. Para mantener a su joven señor ocupado mientras él tomaba las riendas del gobierno, y no digamos ya de los fondos, Ben Sliman dio al sultán un anticipo de extravagantes lujos fabricados en el extranjero, que luego le permitió disfrutar. Pero los gustos de Abdul-Aziz sobrepasaron ciertos límites. No conforme con innumerables bicicletas, seiscientas cámaras, veinticinco pianos de cola y un automóvil de oro (pese a la inexistencia de carreteras), quería que aquello fuera acompañado de reformas occidentales. Éstas, que requerían préstamos extranjeros ofrecidos con gusto por los franceses, abrían la anti-quísima avenida de la penetración extranjera. Los gustos occidentales del

sultán y las deudas externas despertaron el resentimiento entre sus tribus fanáticas. Rebeliones y levantamientos habían mantenido al país en conflicto durante algunos años en el pasado, y las rivalidades europeas venían a complicar el caos. Francia, ya en las entrañas de Argelia, ejercía presión en las fronteras de Marruecos. España tenía intereses especiales a lo largo de la costa mediterránea. Alemania veía a Marruecos como un país con grandes posibilidades comerciales y un emplazamiento adecuado para bases navales y carboneras. Inglaterra, sin sacar el ojo de encima a Alemania, decidió limar viejas asperezas con Francia y acababa de firmar la entente en abril. El gobierno marroquí, desazonado por lo que consideraba la traición de Inglaterra y con odio hacia Francia, abrumado por la rebelión y al borde de la bancarrota, tenía un escollo más que superar. Se trataba del jefe mulá Ahmed ibn Mohamed El Raisuli, quien ahora aprovechaba el momento. Para poner en evidencia la debilidad del sultán, incrementar proporcionalmente su propio prestigio y obtener concesiones políticas como rescate, secuestró al destacado residente norteamericano Perdicaris.

«Situación grave», decía el telegrama que Gummere había enviado al Departamento de Estado el 19 de mayo. «Petición buques de guerra para responder a exigencias». Ninguna petición podía haber sido mejor recibida por el presidente Theodore Roosevelt. Sin haber cumplido los cuarenta y seis y rebosante de vigor, estaba encantado de convertir a la armada en el vehículo de su exuberante visión de la política nacional. Cuando secuestraron a Perdicaris tendría que hacer frente, en cuestión de un mes, a una convención de nominación que le podría proporcionar lo más codiciado: la oportunidad de ser elegido presidente «por derecho propio». Aunque no cabía la posibilidad de que la convención nombrara a nadie más, Roosevelt sabía que predominarían los políticos profesionales y conservadores unánimes en su aversión al «maldito cowboy», como su reverenciado difunto líder, Mark Hanna, lo había llamado. Esa idea no intimidaba a Roosevelt. «El presidente —dijo su gran amigo el embajador Jean Jules Jusserand de Francia— está de muy buen humor. Siempre está de muy buen humor». El presidente envió rápidamente a Marruecos no un buque de guerra, sino cuatro, todo el Escuadrón del Atlántico Sur —que en breve cargaría carbón en Tenerife (Canarias), donde recibiría órdenes para poner rumbo a Tánger de inmediato—. Roosevelt sabía que estaba al mando el hombre

más indicado para aquellas circunstancias, el almirante francés Ensor Chadwick, un veterano condecorado de la batalla de Santiago y, al igual que Roosevelt, un ferviente discípulo de las elaboradas teorías de instrumentalismo naval del almirante Alfred Thayer Mahan.

El número dos de Roosevelt en política exterior era aquel caballero melancólico, culto y ocurrente, John Hay, que había sido secretario particular de Lincoln, solamente quería ser poeta y había acabado siendo, para desgracia suya, secretario de Estado. El día del secuestro él estaba ausente, dando una conferencia en la Feria de Saint Louis. No obstante, sus subordinados reconocieron en Gummere, que era funcionario diplomático de alto rango en Tánger en ausencia de cualquier ministro norteamericano y tenía seis años de experiencia en aquel puesto, un hombre al que escuchar. La víctima, Perdicaris, también era un hombre que disfrutaba de cierta reputación, cuyo nombre se dio a conocer en el Departamento de Estado gracias a una cruzada pública que había librado en los años 1886-1887 contra determinados abusos diplomáticos practicados en Tánger. Su colega en aquella lucha había sido el propio Gummere, entonces miembro subalterno del servicio diplomático, amigo de Perdicaris y vecino de Trenton, Nueva Jersey.

«Los buques de guerra serán enviados a Tánger lo antes posible», comunicó el Departamento a Gummere. «Tres o cuatro días para que llegue el primero». «Buques» en plural era algo gratificante; pero el retraso prometido, no. Gummere temía que las posibilidades de rescatar a Perdicaris y Varley fueran escasas. Nicolson enseguida se mostró de acuerdo no sin pesar. Coincidían en que la única esperanza radicaba en insistir en que el gobierno del sultán cediera a todas las peticiones que El Raisuli pudiera hacer como moneda de canje por los prisioneros. Desafortunadamente, el gobierno estaba dividido: su ministro de Exterior, Mohamed Torres, residía en Tánger, donde se encontraban las legaciones extranjeras; mientras que el sultán, el gran visir y la corte estaban en Fez, a tres días en camello o mula hacia el interior. Gummere y Nicolson explicaron a Mohamed Torres que esperaban el inmediato cumplimiento de las exigencias de El Raisuli, cualesquiera que éstas pudieran ser, y enviaron vicecónsules a Fez para hacer saber eso mismo al sultán cuanto antes.

El ministro francés, René Taillandier, hizo lo propio; pero, como la en-

tente anglofrancesa aún era demasiado reciente para haber limado viejas asperezas, intervino en el asunto de forma independiente. Francia tenía sus razones para querer ver a Perdicaris y Varley en libertad con la mayor rapidez posible. Su secuestro había sembrado en la colonia extranjera un caos que pronto se convertiría en pánico si no eran puestos en libertad. El acercamiento de la flota norteamericana parecía requerir lo mismo de Francia, como la principal potencia de la zona; pero Francia estaba deseosa de evitar un despliegue de fuerzas. Estaba «muy nerviosa», escribió más tarde el almirante Chadwick, ante la idea de hacerse cargo de «los ocho o diez millones más fanáticos y conflictivos del mundo»; esperaba infiltrarse con discreción sin incitar más a Marruecos en su contra. René Taillandier envió rápidamente dos nobles mediadores a El Raisuli: eran los jóvenes hermanos jerifes de la familia Wazan, que ocupaban una especie de primacía religiosa entre los jerifes y a los que Francia consideró oportuno subvencionar como protegidos suyos.

Mientras se esperaban noticias de los mediadores, Gummere y Nicolson consultaron con preocupación a un veterano marroquí, Walter B. Harris, corresponsal del *Times* de Londres, que había sido secuestrado por El Raisuli el año anterior. El Raisuli había aprovechado aquella ocasión para obligar al *bashaw*, o gobernador local, de Tánger a suspender una expedición punitiva promovida contra él. Este *bashaw*, que interpretaba el papel de sheriff de Nottingham para el Robin Hood El Raisuli, era hermanastro de El Raisuli y a quien éste más detestaba en el mundo; los dos se habían tenido ojeriza desde que el *bashaw* había metido a El Raisuli entre rejas ocho años atrás valiéndose de un engaño. El *bashaw* envió tropas para que hostigaran y pusieran a prueba a las tribus de El Raisuli y quemaran sus poblados; también envió de manera espaciada a emisarios instruidos para sentarse a negociar con el enemigo. El Raisuli tendió una emboscada y masacró a las tropas y devolvió a los emisarios —o partes de ellos—. La cabeza de uno de ellos fue entregada en una cesta de melones. Otro llegó de una sola pieza, empapado en aceite y chamuscado. Los ojos de otro habían sido abrasados con monedas de cobre candentes.

Pese a esta espeluznante táctica, según Harris comunicó a Gummere y Nicolson, su antiguo captor era un estimulante conversador que disertaba sobre filosofía con el acento de la aristocracia mora y negaba tener interés

en el rescate. «La gente piensa que me importa el dinero —le había dicho a Harris—, pero yo os digo que eso sólo es útil en política». Había liberado a Harris a cambio de la puesta en libertad de sus propios partidarios, pero desde entonces se habían capturado más de éstos. En esta ocasión las peticiones de El Raisuli eran más importantes, y el sultán estaba menos inclinado a concederlas. Sir Arthur recordaba que la última vez Mohamed Torres se había «comportado como una vieja bestia» y había restado importancia al hecho porque el destino de Harris estaba en manos del Señor, cuando en realidad, como Nicolson le había señalado, Harris estaba «en manos del demonio». Sir Arthur había sufrido lo indecible. «Me hierve la sangre —confesó— de tener que rebajarme y negociar con estos miserables bandidos a tres horas de Gibraltar». Gummere pensó con pesar en Perdicaris. «No puedo ocultarme a mí mismo y ocultar al Departamento —escribió aquella noche— que sólo mediante negociaciones extremadamente delicadas se pueden evitar las más terribles consecuencias».

En Norteamérica, el caso Perdicaris provocó una bienvenida sensación que compitió en los titulares con las remotas fortunas de la guerra ruso-japonesa. Un rico y anciano caballero secuestrado por un bandido cruel pero romántico, la Armada norteamericana que acudía a toda prisa a su rescate —aquí había una tragedia personal más inmediata que la retahíla de impronunciables generales que libraban batalla sobre terreno ininteligible—, La acción enérgica e instantánea que el presidente emprendió por un solo ciudadano caído entre ladrones en tierra extranjera hizo de Perdicaris un símbolo del nuevo papel de Norteamérica en el mundo.

Resulta curioso que este hombre fuera elegido para interpretar el personaje en cuestión. Cuando se aireó toda la información disponible, la prensa descubrió que se trataba del hijo de Gregory Perdicaris, nativo de Grecia con nacionalidad norteamericana que impartía clases de griego en Harvard, se había casado con una dama acaudalada de Carolina del Sur, había hecho una fortuna con la iluminación a gas, se había instalado en Trenton (Nueva Jersey) y había servido durante un tiempo al cónsul de Estados Unidos en su tierra natal. El hijo había entrado en Harvard con la clase de 1860, pero en el segundo curso se marchó a estudiar al extranjero. Para ser un veinteañero cuando estalló la Guerra civil, su historia durante los años que siguieron resultaba extrañamente misteriosa, hecho que la

prensa achacó a un conflicto entre su padre, simpatizante del partido unionista, y su madre, ferviente confederada. En consecuencia, el hijo vivió de manera peripatética en Inglaterra, Marruecos y Trenton como diletante de la literatura y las artes, escribiendo artículos para revistas, una obra de teatro en verso y una pintura titulada *Tent Life*. En 1877 había construido la ahora famosa Villa Aidonia (en la Plaza de los Ruisiñores), y se había instalado en Tánger de manera permanente en 1884. Allí recibió magníficamente a amigos norteamericanos entre alfombras orientales, damascos, porcelanas raras y criados moros con pantalones escarlatas que les llegaban hasta la rodilla y chaquetas bordadas en oro. Era conocido como benefactor de los moros y partidario de una filantropía privada que dotara a Tánger de un moderno sistema de saneamiento. Montaba un espléndido corcel árabe —seguido de su esposa, a lomos de una mula blanca—, realizaba un ocasional ejercicio literario o pintura alegórica y disfrutaba de la vida de caballero eduardiano entre elegantes baratijas.

Un nuevo telegrama del Departamento de Estado deseaba que Gummere instara a las autoridades a que hicieran «enérgicos» esfuerzos por rescatar a Perdicaris y castigar a su captor —«si eso fuera viable», añadía, resignándose ante la realidad—. Gummere respondió que eso era lo difícil: El Raisuli era inmune a las represalias entre los peñascos de su tierra. El sultán, que tenía a su servicio un andrajoso ejército de unos dos mil hombres, había intentado en vano capturarlo durante años. Gummere se puso bastante nervioso. Urgía que las potencias actuaran unidas para evitar más secuestros de cristianos; Marruecos «se estaba convirtiendo rápidamente en un Estado de completa anarquía», el sultán y sus consejeros eran unos incompetentes o, peor aún, los gobernadores eran corruptos, y muy pronto «ni la vida ni la propiedad estarían seguras».

El 22 de mayo, el más joven de los Wazan regresó con las condiciones de El Raisuli. Éste lo quería todo: retirada inmediata de las tropas gubernamentales del Rif; destitución del *bashaw* de Tánger; arresto y encarcelamiento de ciertos funcionarios que en el pasado habían perjudicado a El Raisuli; puesta en libertad de los partidarios de El Raisuli; pago de una indemnización de 70.000 dólares por parte del *bashaw*, cuya propiedad tendría que ser vendida para reunir dicha cantidad; nombramiento de El Raisuli como gobernador de dos distritos en torno a Tánger que debían



quedar exentos de impuestos y serle cedidos por completo; y, finalmente, salvoconductos para que toda la tribu de El Raisuli pudiera entrar y salir con libertad de ciudades y mercados.

Gummere estaba aterrado. Mohamed Torres manifestó que su gobierno jamás aceptaría esas condiciones. Mientras tanto, los residentes europeos, cada vez más alarmados, venían en masa de lugares lejanos y daban voz a indignadas protestas, pedían un cuerpo de seguridad, guardias y cañoneras. Los moros de la zona, alentados por la audacia de El Raisuli, ponían de manifiesto su agresividad. Gummere, que escrutaba el horizonte en busca de las señales de humo del almirante Chadwick, esperaba que cada hora se produjera un levantamiento. «Situación nada segura», decía su telegrama; progreso de las conversaciones «insatisfactorio»; buque de guerra «esperado con ansia. ¿Se puede hacer que llegue antes?».

Los norteamericanos esperaban la llegada de Chadwick tanto como Gummere. La emoción tocó techo cuando la prensa informó que el almirante Jewel, al mando de la escuadra europea y a tres días en barco de Chadwick, recibiría órdenes de apoyarlo si la situación de emergencia persistía.

Tánger recibió más noticias por parte de los jefes de Wazan, según las cuales El Raisuli no sólo había rechazado de manera rotunda ceder en sus peticiones, sino que además había añadido una condición si cabe más imposible: la garantía anglonorteamericana de que el gobierno marroquí cumpliría las condiciones.

Consciente de que su propio gobierno no se podía hacer responsable del cumplimiento o incumplimiento de promesas por parte de otros, Gummere telegrafió desesperadamente las condiciones a Washington. En cuanto Roosevelt vio aquello, enseguida mandó que se lo notificaran al secretario Hay (que entonces estaba en la capital). «Yo le dije —escribió Hay aquella noche en su diario— que consideraba imposible atender las peticiones del bandido El Raisuli y garantizar su cumplimiento tanto por nuestra parte como por la de Inglaterra». Roosevelt se mostró de acuerdo. Se decidió adoptar dos medidas, que se llevaron a cabo en una hora: la escuadra del almirante Jewell recibió órdenes de enviar refuerzos a Chadwick en Tánger, y a Francia se le exigió oficialmente que hiciera de mediadora. (Al reconocer el estatus especial que Francia tenía en Marruecos, este paso deliberadamente tomado tuvo relevancia internacional

en las crisis que afectarían a Algeciras y Agadir hasta 1914.) Roosevelt y Hay tenían la impresión de haber hecho todo lo posible. «Espero que no asesinen al señor Perdicaris —dijo Hay poco esperanzado—, pero una nación no se puede autodegradar para evitar el maltrato de un solo ciudadano».

Una prensa desinhibida contó al público que, en respuesta al «insultante» ultimátum de El Raisuli, «todas las fuerzas navales disponibles» en aguas europeas habían sido enviadas al lugar de los hechos. Inspirada en el recuerdo de las tropas norteamericanas que habían perseguido a Aguinaldo en las Filipinas, la prensa sugirió que, «si fallan otros medios», los marines podrían hacer una marcha obligada al interior para «castigar al bandido por sus delitos». Estas palabras aterraron a Gummere, el cual sabía que los marines tendrían tantas posibilidades contra los bereberes en el Rif como los casacas rojas del general Braddock contra los indios en los Alleghenies; además, el primer marino que pusiera pie en tierra firme simplemente incitaría a El Raisuli a acabar con sus prisioneros.

El 29 de mayo, el mayor de los Wazan trajo noticias de que El Raisuli amenazaba con hacer precisamente eso si no se cumplían todas sus exigencias en dos días. ¡Dos días! Estábamos en el siglo xx, pero en lo que a comunicaciones con Fez se refería bien podríamos estar en la época de las Cruzadas. Pese a ello, Gummere y Nicolson enviaron mensajeros a su vicecónsul en Fez (o los interceptaron, si éstos ya habían salido antes) con órdenes de solicitar una nueva audiencia con el sultán para obtener la aceptación de las condiciones de El Raisuli.

A las cinco y media de la mañana siguiente, una silueta gris entró sigilosamente en el puerto. Gummere, sobresaltado por una pesadilla, oyó las buenas noticias de que Chadwick había llegado a bordo de su buque insignia, el *Brooklyn*. Aliviado, aunque preocupado por que la mente militar pudiera demostrar más valor que discreción, corrió a reunirse con el almirante. En él encontró a un oficial incisivo y resuelto cuya perspicacia enseguida se hizo cargo de la situación. Chadwick estuvo de acuerdo en que el punto sobre el cual debían ejercer presión era Mohamed Torres. Aunque tal vez el bandido empezara a perder la paciencia en las montañas, las sutilezas del protocolo diplomático, más las florituras adicionales de las costumbres musulmanas, requerían intercambiar visitas de cortesía antes de

zanjar el asunto. Almirante y cónsul presentaron sus respetos al ministro de Exterior, que aquella misma tarde tenía prioridad en el buque insignia. Por lo que Chadwick escribió a Hay, había que ver su avance regio por las calles, «una masa de bonitos ropajes de lana blanca, con las pantorrillas al descubierto y los pies enfundados en unas zapatillas amarillas», mientras «estos salvajes se inclinan y le besan el hombro al pasar».

Mohamed Torres fue recibido con una salva de cañones del buque insignia y la revista de los otros tres barcos del escuadrón, que acababan de llegar. Nada impresionado por estas atenciones, se empeñó en rechazar las condiciones de El Raisuli. «Situación crítica», informó Chadwick.

La situación era aún más crítica en Washington. El 1 de junio, una extraordinaria carta llegó al Departamento de Estado. Su autor, un tal A. H. Slocumb, algodonero de Fayetteville, Carolina del Norte, decía haber leído con interés el caso *Perdicaris* y así, de improviso, formulaba una asombrosa pregunta: «Pero ¿*Perdicaris* es norteamericano?». En el invierno de 1863, proseguía el señor Slocumb, había estado en Atenas, y *Perdicaris* había ido allí «con el expreso propósito, como él mismo manifestaba, de obtener la nacionalidad griega». Su objetivo era, según le había contado, evitar que la Confederación le confiscara valiosas propiedades heredadas de su madre en Carolina del Sur. El señor Slocumb no estaba seguro de si *Perdicaris* había vuelto a asumir la nacionalidad norteamericana, pero estaba «segurísimo» de que *Perdicaris* se había hecho ciudadano griego cuarenta años atrás, y sugería que así constaría en los registros de Atenas.

Sólo podemos imaginar el bochorno que pasaron los funcionarios. La entrada del 1 de junio en el diario de Hay relata que el presidente los convocó a él y al secretario de la armada Moody «para hablar sobre *Perdicaris*»; pero Hay, que era tremendamente discreto, no escribió nada más. Se mantuvo un silencio elocuente de tres días entre la carta de Slocumb y el siguiente documento del caso. El 4 de junio, el Departamento de Estado pidió explicaciones a nuestro ministro en Atenas, John B. Jackson, y le pidió que investigara la acusación —«importante de ser cierta», añadió el Departamento, plantando cara al viento con valor—. Aunque Slocumb sólo había mencionado 1863, el telegrama a Jackson le pedía a éste que revisara también los documentos correspondientes a los dos años anteriores; al parecer, el Departamento había estado llevando a cabo febriles investigacio-

nes por su cuenta durante el tiempo intermedio. El 7 de junio, Jackson telegrafió en respuesta que alguien llamado Ion Perdicaris, descrito como artista soltero de veintidós años de edad, había sido nacionalizado griego el 19 de marzo de 1862.

La posteridad jamás sabrá lo que Roosevelt y Hay pensaron o dijeron en aquel momento, no consta en los archivos. Pero ni el tenaz presidente ni el impecable secretario de Estado eran hombres que perdieran fácilmente la calma. Había que terminar la partida. La escuadra de Jewell, compuesta por tres cruceros, había llegado para reforzar a Chadwick, con lo que en Tánger había ya un total de siete buques de guerra norteamericanos. Se habían comprometido la flota, la bandera y el honor de Norteamérica. Los engranajes se habían puesto en marcha en capitales extranjeras. Hay había solicitado la mediación de Francia. El propio ministro francés de Asuntos Exteriores, Théophile Delcassé, ejercía presión. Un buque de guerra británico, el *Prince of Wales*, también había acudido a Tánger. España quería saber si Estados Unidos iba a entrar en Marruecos.

En ese preciso momento, el gobierno del sultán sucumbió a la presión francesa y ordenó a Mohamed Torres que accediera a todas las exigencias de El Raisuli. Cuatro días después, el 12 de junio, Francia firmó en Fez un préstamo de 62,5 millones de francos al gobierno de Marruecos, garantizado por las aduanas de todos los puertos marroquíes. No parecía muy buen momento para revelar la condición fraudulenta del señor Perdicaris.

Aún no estaba fuera de peligro, porque El Raisuli se había negado a ponerlo en libertad antes de que todas sus exigencias se hubieran cumplido, y las autoridades se mostraban evasivas. Washington estaba entre la espada y la pared. Ahora era imposible revelar el estatus de Perdicaris; igual de imposible que retirar la flota y dejar al que todo el mundo consideraba norteamericano en manos de un bandido.

Durante los días siguientes, mantuvo la incertidumbre un torrente de telegramas en los que Gummere notificaba a Chadwick un *impasse* tras otro en las negociaciones con El Raisuli. Cuando el sultán se mostró reacio a cumplir todas las condiciones antes de la liberación, El Raisuli subió la apuesta inicial y pidió que le fueran cedidos cuatro distritos en lugar de dos y volver a la idea de una garantía anglo-norteamericana. «Ya veis que la insolencia de este canalla no tiene fin», escribió Hay en una nota al presi-

dente el 15 de junio; Roosevelt, que respondió ese mismo día, se mostró de acuerdo en que habíamos llegado «todo lo lejos que nos ha sido posible por Perdicaris» y sólo podíamos «desear la muerte a quienes le hicieran daño si eso ocurría». Escribió de prisa una alarmante posdata: «Creo que estaría bien entablar negociaciones con Francia e Inglaterra con vistas a organizar una expedición para castigar a los bandidos si la afirmación de Gummere sobre la impotencia del sultán resulta ser cierta».

No se llevó a cabo ninguna acción con este propósito, porque los telegramas de Gummere fueron recobrando cautelosamente la esperanza; el día 19 envió uno donde decía que todo estaba a punto para que la liberación tuviera lugar el 21. Pero el día 20 todo se acabó. El Raisuli sospechaba de las buenas intenciones de las autoridades, sentimiento que Gummere y Chadwick sin duda compartían, porque culparon del retraso a «la intriga de las autoridades». Finalmente, el día 21, el desesperado Gummere hizo saber a través de un telegrama que la posición de Estados Unidos «se estaba volviendo humillante». Solicitó autorización para presentar un ultimátum al gobierno marroquí y pedir una indemnización por cada día de retraso adicional, respaldado por la amenaza de desembarco de marines y el decomiso de aranceles como garantía. El almirante Chadwick se mostró de acuerdo en otro telegrama.

El 21 de junio fue cuando se celebró la Convención Nacional Republicana en Chicago. «Hay muchas muestras de resentimiento —escribió Roosevelt aquel día a su hijo Kermit—, pero no se atreven a enfrentarse a mí en las elecciones para la nominación [...] Nadie sabe cuál será el resultado final». Si se hubiera llevado a cabo una encuesta sobre líderes del Partido republicano en algún momento del pasado año, según decía un periódico, habría demostrado que una mayoría se oponía a la nominación de Roosevelt. Pero el país compartía la opinión del vizconde Bryce, para quien Roosevelt era el mejor presidente desde Washington (lo cual hizo que un amigo de Roosevelt recordara el comentario de Whistler cuando le dijeron que era el mejor pintor desde Velázquez: «¿Por qué Velázquez?»). El país quería a Teddy y, por desagradable que aquello resultara, los políticos vieron su nombre escrito en el partido triunfador. Con el fallecimiento de Mark Hanna cuatro años antes, la oposición activa se había venido abajo, y los líderes descontentos llegaban ahora a

Chicago dispuestos a encajar lo inevitable de tan mala gana como les fuera posible.

Estaban muy resentidos porque Roosevelt y sus estrategas, que se preparaban para no cometer ningún error, habían trillado y orquestado tanto el acto antes de tiempo que a los delegados no les quedaba nada por hacer. Ni correteos, ni negociaciones entre bastidores, ni discusiones, ni cambalaches, ni tratos llenos de humo. El *Harper's Weekly* reprodujo las palabras de un delegado de Alabama: «No es una Convención Republicana, no es ninguna clase de convención; es Roosevelt».

La apatía resultante y el tedio predominante fueron algo lamentable. Aunque Elihu Root, Henry Cabot Lodge y otros candidatos cuidadosamente seleccionados por Roosevelt pasaron a ocupar los puestos clave, la mayoría de los delegados y profesionales del partido ni siquiera fingió entusiasmo. La frialdad de la que hizo gala la delegación de Nueva York, el estado natal de Roosevelt, fue tal que un periodista pronosticó que volverían todos a casa con neumonía. No hubo bandas de música ni desfiles y, por primera vez en cuarenta años, se vieron cientos de escaños vacíos.

Roosevelt sabía que tenía la nominación en el bolsillo, pero toda su vida, al igual que Lincoln, lo asaltó el miedo a perder las elecciones. Le preocupaba que el descontento y la desconfianza mostrados de manera tan abierta en Chicago se hicieran notar y hallaran expresión en las urnas. Había que hacer algo para disipar el enfado y el pesimismo de la convención antes de que dejara una impresión perdurable en el público.

En aquel momento llegó la petición de Gummere para el ultimátum. Una vez más, no tenemos constancia de la reacción que eso provocó en los altos cargos, pero presidente y secretario seguramente habían preparado la histórica respuesta en cuestión de horas. La única prueba relevante es una concesión verbal hecha al biógrafo de Hay, el difunto Tyle Dennett, por Gaillard Hunt, jefe de la Oficina de Ciudadanía del Departamento de Estado durante el caso Perdicaris. Hunt dijo haber mostrado la correspondencia sobre la ciudadanía de Perdicaris a Hay, quien a su vez le recomendó que la enseñara al presidente; cuando éste la vio, decidió obviar las dificultades y dio órdenes a Hunt de que Hay enviara igualmente el telegrama, de inmediato. No consta ninguna fecha concreta, así que a uno le queda la duda de que Roosevelt pudiera no haber sido informado sobre

los hechos hasta el último momento, suposición que esta autora considera poco probable.

Cuando Roosevelt se proponía alcanzar un objetivo, no le preocupaba la legalidad del método. Ante cualquier procedimiento anómalo, pedía opinión a su ministro de Justicia, Philander Knox; pero se podría decir que Knox admiraba cómo Roosevelt hacía caso omiso de sus consejos. Una vez que éste le pidió su opinión, Knox respondió: «¡Ah!, señor presidente, ¿por qué estropear una acción tan bella con tintes de legalidad?». Otro consejero de su círculo, el almirante Mahan, contestó cuando Roosevelt le preguntó cómo resolvería él la anexión de las islas hawaianas: «No cometa ninguna injusticia, pero [...] tome primero las islas y resuelva luego». Puede que el caso Perdicaris le pareciera susceptible de recibir el mismo trato.

La oportunidad era irresistible. Todos los periodistas que lo habían conocido hablaban del extraordinario sentido que Roosevelt tenía de la noticia, de su habilidad para crear noticias, para actuar ante el público. Tenía talento para eso. «De manera consciente o inconsciente —decía el periodista Isaac Marcossou—, fue el mejor experto encargado de prensa de todos los tiempos». Claro que el riesgo era enorme, porque sería bochornoso que los hechos se filtraran durante la próxima campaña. Puede que el riesgo fuera precisamente lo que tentaba a Roosevelt, porque le gustaban las bromas y el peligro en sí; de hecho, si pudiera combinar el peligro con lo que William Allen White llamaba «intriga retozona», sería feliz.

Al día siguiente, 22 de junio, el memorable telegrama «Este gobierno quiere a Perdicaris vivo o El Raisuli muerto» cruzó el Atlántico de manera instantánea tras la firma de Hay y así le fue entregado a la prensa. No se trataba de un ultimátum, porque Hay le había restado importancia al añadir a Gummere: «No haga desembarcar a los marines ni decomise los aranceles sin autorización expresa del Departamento». Pero estas palabras no pudieron echar a perder el efecto: la prensa no las dio a conocer.

En Chicago, el tío Joe Cannon, el eterno y mordaz portavoz del Parlamento, que presidía la convención, dio unos golpes con el martillo para que se hiciera el silencio y leyó el telegrama. La convención quedó electrizada. Los delegados se levantaron de sus asientos y lo aclamaron. Ondearon banderas y pañuelos. Pese a la firma de Hay, todo el mundo vio detrás la sonrisa de Roosevelt, cliché de cientos de tiras cómicas, blanca y radian-

te. «¡Magnífico, magnífico!», exclamó el senador Depew. «La gente quiere una administración que no abandone a sus ciudadanos, aunque para ello haya que echar mano de la armada», dijo Dwight, el representante de Nueva York, expresando con ello la esencia del sentimiento popular. «Roosevelt y Hay saben lo que están haciendo», manifestó un delegado de Kansas. Su genial sentido de la oportunidad y de la expresión, escribió un periodista, «dio al candidato el máximo beneficio de la ilusión que necesitaba». Aunque el público se inclinaba a señalar a Roosevelt como artífice de aquello, el *Sun* de Baltimore destacaba que el señor Hay también sabía cómo hacer chillar al águila cuando se lo proponía. El diario de Hay lo corroboró. «Mi telegrama a Gummere — anotó cómodamente el día siguiente — estaba fuera de lugar. Es curioso cómo una breve incorrección puede afectar al público».

Después de que Roosevelt fuera nominado por aclamación, la convención se disolvió llena de júbilo. En Marruecos, se había llegado a un acuerdo antes de recibir el telegrama. Finalmente, El Raisuli accedió a liberar a sus rehenes. A lomos de un «enorme corcel gris», escoltó personalmente a Perdicaris y a Varley montañas abajo, señalando de camino el admirable efecto de las sombras rosas y violetas que el sol proyectaba en las rocas. A media bajada, se reunieron con la partida de rescate y treinta mulas de carga que llevaban cajas de pesos españoles. Se realizó el pago a cambio de los prisioneros y Perdicaris quedó libre, como después él mismo escribió, de «uno de los caballeros nativos más interesantes y bondadosos» que jamás hubiera conocido, cuya «singular caballerosidad y cortesía [...] le granjearon nuestro cariño». Al anochecer, cuando entró en Tánger a caballo y vio que las señales luminosas de los buques de guerra norteamericanos titilaban las noticias de su liberación, a Perdicaris le sobrevino un sentimiento patriótico ante «semejante prueba de preocupación de su país por los ciudadanos y ¡por el honor de la bandera!». Pocos son los norteamericanos, escribió a Gummere en una obra maestra comedida y mesurada, «que pueden haber apreciado con el entusiasmo con que yo lo hice entonces lo que la presencia de nuestra Bandera en aguas exteriores significaba en aquel momento y aquellas circunstancias».

Sólo después, cuando ya todo había terminado, el Departamento de Estado informó a Gummere de lo interesado que era el motivo de aprecio



de Perdicaris. «Con mucho asombro» y profundamente indignado, Gummere le sonsacó a Perdicaris una confesión completa por escrito de su secreto de cuarenta años. Éste reconoció que en los años siguientes nunca hizo nada por recuperar la nacionalidad norteamericana porque, como cándidamente explicó, habiendo nacido norteamericano le disgustaba la idea de nacionalizarse, así que «no dejé de considerarme ciudadano norteamericano». Puesto que Perdicaris entendía perfectamente que el gobierno norteamericano no estuviera en condiciones de adoptar medidas en su contra, su carta no mostraba grandes pretensiones de remordimiento.

Perdicaris se retiró a Inglaterra, donde pasó los últimos años de su vida. Como era de esperar, El Raisuli se hizo gobernador de los distritos de Tánger en sustitución del falso *bashaw*. Los franceses, en vista de los recientes conflictos, adquirieron el derecho a mantener una fuerza policial en Marruecos (y provocaron la notoria incursión del káiser en Tánger). El sultán, debilitado y humillado por el triunfo de El Raisuli, no tardó en ser destronado por un hermano. Gummere recibió reconocimiento oficial y posteriormente fue nombrado ministro de Marruecos y delegado norteamericano en la Conferencia Internacional de Algeciras. Sir Arthur Nicolson se tomó «un largo permiso de ausencia», los hermanos Wazan recibieron rifles Winchester magníficamente decorados con las pertinentes inscripciones del señor Roosevelt, Hay fue condecorado con la Gran Cruz de la Legión de Honor, y Roosevelt fue elegido en noviembre por la más amplia mayoría obtenida por un candidato a la presidencia.

«Respecto al paregórico, ¿o es pericarditis? —escribió Hay al secretario adjunto Adee el 3 de septiembre—, es mal asunto. Debemos mantenerlo extremadamente confidencial de momento». Lo consiguieron. Los funcionarios que estaban al corriente aguantaron la respiración durante la campaña, pero no se filtró ni rastro de aquello entonces o el último año que a Hay le quedaba de vida o mientras Roosevelt vivió. Como resultado de la historia, la administración Roosevelt propuso una nueva ley de ciudadanía que llegó al Congreso en 1905 y fue promulgada en 1907; sin embargo, el nombre del caballero errante que la inspiró nunca se mencionó en los debates. La verdad sobre Perdicaris permaneció al margen del público hasta 1933, cuando Tyler Dennett la dio a conocer en un párrafo de su biografía de John Hay.

## LA SOLUCIÓN FINAL\*

RESEÑA DE *Justice in Jerusalem* DE GIDEON HAUSNER

¡Otra vez, no! ¿Es que nunca se va a acabar? ¿Cuándo tendremos derecho a olvidar? ¿De nuevo esos seis millones de muertos? Hemos sufrido las fotos de los escuálidos cadáveres desnudos, las versiones de supervivientes de los campos de concentración, el Proceso de Nuremberg, el gueto de Varsovia, debates sobre el genocidio, documentales, el juicio de Eichmann y su sonada polémica. ¿Acaso tenemos que volver a pasar por ello? Ante este libro extenso y aterrador pero noble de Gideon Hausner, la respuesta es un inevitable «sí».

Hausner ha recopilado documentos sobre el juicio y su protagonista, y también sobre todo el programa alemán para el exterminio de los judíos, más un tercer documento en el capítulo 12 sobre lo que las potencias no hicieron. Al igual que el renuente invitado de boda, debemos escuchar lo queramos o no, porque el libro del señor Hausner tiene que ver no sólo con alemanes y judíos, con crímenes de guerra e inimaginables atrocidades, sino también con el alma humana, como la canción del viejo marinero. Debemos escuchar porque aquí nos vemos enfrentados al alma humana del siglo xx.

El «terrible siglo xx», lo llamó Winston Churchill. Hasta que dio comienzo, la idea de progreso había sido la más firme convicción del xix. El hombre se consideraba perfectible y perfeccionador. Luego, dos veces en veinticinco años, o en el espacio de una generación, llegó la precipitada caída en la guerra mundial, acompañada en la segunda ocasión por el asesinato físico de seis millones de personas en el territorio que ocupaban —perseguidos con fanatismo durante más de cinco años entre las simultáneas

\* *New York Times Book Review*, 29 de mayo de 1966.

exigencias de la guerra exterior— a manos de los alemanes. Simplemente por el alcance y lo deliberado de su propósito, este episodio de la crueldad del hombre para con el hombre no tuvo precedentes. Es hora de preguntarse cuál fue su relevancia histórica.

Una respuesta posible es que, al menoscabar nuestra idea de progreso humano, la experiencia infligió un daño moral a la humanidad. Marcó terriblemente la imagen que el hombre tenía de sí mismo, con efectos que la sociedad muestra ahora. Puede que la ofensa contra la humanidad cometida por los alemanes y permitida por el resto del mundo fuera tal que una barrera moral, como la del sonido, fue traspasada, con el consiguiente resultado de que, en este momento de la historia, el hombre puede haber dejado de creer en su capacidad de ser bueno o en el patrón social que una vez lo contuvo a él. Desilusionado y sin rumbo o sentido de la dirección, se muestra afligido y fascinado por el autodesprecio, como si, una vez perdidas de vista las Encantadoras Montañas, tuviera que deambular tristemente por las Ciudades de la Llanura.

Ésta no es una proposición susceptible de sustentarse sociológicamente dentro de los límites de una reseña literaria. En el libro, Hausner construye a partir de las pruebas disponibles un relato que muestra cómo se alcanzó la cifra de seis millones. Leer las actas de la Conferencia de Wannsee de 1942 en las que el plan para la Solución final —exterminación de los judíos europeos— fue adoptado no es precisamente creer en la página impresa. Ninguno de los trece departamentos del gobierno alemán representados en aquella reunión puso en duda el objetivo, sólo los medios.

La gestación del proceso sólo se cree cuando se ve en estas páginas, y su inmensidad sugiere la cantidad de alemanes implicados: abogados para redactar los decretos, funcionarios para gestionarlos, prácticamente toda la SS para ejecutar el programa, policía y ciertas secciones de la Armada para ayudarles, empleados del ferrocarril y camioneros para transportar a las víctimas, administrativos para llevar la estadística, banqueros para tabular los dientes de oro y las alianzas rescatados de los millones de cadáveres, sin mencionar a los afortunados ciudadanos que recibieron propiedades, negocios y pertenencias judíos.

La amnesia nos ha hecho olvidar nuestro rol, no menos desagradable. El papel del mundo libre en este asunto, con la excepción del épico rescate

danés y el refugio ofrecido por Suecia y Suiza, fue el de omisión. Al recopilar pruebas de repetidas oportunidades y repetidos rechazos en el capítulo 12, Hausner desenmascara los gobiernos de las democracias occidentales en una conspiración de silencio oficial de la misma manera que *El vicario* desenmascara al Papa. Eso nos obliga a reconocer que la omisión puede ser un acto que a final de cuentas hay que tener en consideración.

Buena parte del material de este libro ya se había publicado antes —más recientemente en *La destrucción de los judíos europeos*, de Raul Hilberg, y en la polémica obra de Jacob Robinson, colega del señor Hausner, *And the Crooked Shall Be Made Straight*—, pero en ningún lugar de manera tan exhaustiva. El señor Hausner ha combinado cientos de relatos de predadores y presas en un monumental libro. Su cualidad especial es la realidad infundida a los increíbles hechos descritos por el testimonio de supervivientes. El lector, atrapado en la historia, siente con personal inmediatez lo que significaba ser un judío sin recursos ni escapatoria en una Europa controlada por la Gestapo.

La tarea de reconstruir el caso contra Eichmann y ponerlo en el punto de mira mundial, a menudo crítico, dejaba al señor Hausner como un hombre desolado y vehemente, movido por la necesidad de comunicar. Es una lástima que, al escribir en una lengua que no es la suya y no tener muy buena relación con su editor, eche mano, especialmente al comienzo, de una prosa ampulosa para expresar la fuerza del sentimiento. Es una lástima, porque tiende a despertar cierta resistencia en el lector. Sin embargo, si se saltan los dos primeros capítulos, que son completamente accesorios, el lector verá que cuanto más ahonda el autor en su material más deja que hable por sí solo. Todo lo que uno necesita saber está allí; el conjunto es sobrecogedor.

La figura central y dominante es, sin lugar a dudas, el teniente coronel Eichmann, jefe, bajo Heydrich y Himmler, del Departamento de Asuntos Judíos de la SS, brazo ejecutivo de la Solución final. Todo apunta a que hizo su trabajo con un fervor y entusiasmo que muchas veces dejaba sus órdenes al margen. Tal era su empeño que se propuso mejorar sus conocimientos de hebreo y *yiddish* para tratar con las víctimas. Cuando alguien lo amenazaba con zafarse de él, como en el caso de Jenni Cozzi, viuda judía de un oficial italiano, Eichmann se resistía a liberarla del campo de con-

centración de Riga con fanatismo y éxito pese a las peticiones de la Embajada italiana, el partido fascista italiano e incluso su Departamento de Asuntos Exteriores.

Cuando los holandeses trajeron problemas, como él mismo decía, tuvo que «luchar por más [deportaciones]». Su trayectoria en Hungría, país donde, incluso bajo amenaza de la avanzadilla soviética, las deportaciones se realizaban de manera tan precipitada que a veces llegaban a Auschwitz cinco trenes diarios cargados con mil cuatrocientas personas, tocó techo con un esfuerzo maníaco, concebido y organizado al detalle por él mismo, para redondear los cuatro mil judíos de Budapest en un solo día. «Hacía falta algo más que genialidad —escribió un observador en el juicio, el historiador inglés Hugh Trevor-Roper— para que un simple teniente coronel de la SS organizara en plena guerra [...] y en feroz competencia por los recursos básicos, el transporte, la concentración y el asesinato de millones de personas».

Eichmann era un hombre extraordinario en cuyo historial difícilmente figuraba la «banalidad» del mal. Para la autora de esa frase inefable —aplicada al asesinato de seis millones—, dejarse engañar por la versión que Eichmann daba de sí mismo como un funcionario que obedecía órdenes es uno de los misterios del periodismo moderno. Para un supuesto historiador, es inexplicable.

Cualquier historiador, incluso con la formación más rudimentaria, sabe lo bastante para abordar su fuente siempre alerta ante posibles casos de ocultación, distorsión o mentira. Trasladar esta cautela a la historia actual —es decir, al periodismo— debería ser algo instintivo. Eichmann alegaba que él era un hombre corriente, una figura «banal», y mantuvo desesperadamente aquella pose durante el interrogatorio y el juicio. Fue la pieza clave del abogado defensor. La aceptación plena de este hecho por parte de Hannah Arendt sugiere o bien una sorprendente ingenuidad o bien un deseo patente de apoyar la defensa de Eichmann, lo cual es si cabe aún más sorprendente. Como la cautela aconseja que no califiquemos a la formidable señorita Arendt de ingenua, únicamente nos queda la alternativa del descontento.

La cuestión que más polémica ha despertado —la importancia de la colaboración judía en su propio exterminio— se aclara aquí para quien

quiera comprender y no juzgar. De hecho, la disputa me parece cuestión de actitud más que de hechos. Una curiosa estridencia se cierne sobre quienes, habiendo permanecido a salvo en el exterior, ahora se aferran ávidamente a la tesis de que los judíos se rindieron con demasiada facilidad y, de alguna manera, fueron culpables de su propio sacrificio. El atractivo de la tesis es que, al hacer recaer la culpa sobre la víctima, los demás quedan libres de toda responsabilidad.

Si por colaboración entendemos que los judíos, a punta de pistola y exentos de las protecciones normalmente brindadas por la sociedad, fueron adonde les dijeron e hicieron lo que se les ordenó sin oponer resistencia, entonces es indudable que colaboraron; porque así se lo dictaba su tradición de supervivencia. Tradición innata durante dos mil años de minoría oprimida sin territorio y sin autonomía, o la categoría de Estado bajo sus pies.

Siempre indefensos contra las periódicas oleadas de odio que los azotaban, preferían la sumisión antes que la desesperada lucha guiados por el más poderoso instinto de su raza: la supervivencia. Su única respuesta a la persecución era sobrevivir a ella. ¿Quién iba a saber o a pensar que esta vez la muerte había sido deliberadamente planeada para todos ellos? ¿En qué momento se acepta su carácter definitivo? Cuando, como en el Gueto de Varsovia, se aceptó, los judíos lucharon con la fiereza y valentía con que sus propios antepasados lo habían hecho contra los romanos, y con la misma desesperación.

¿Qué motivo había en los campos de concentración para resistirse o rebelarse, cuando no tenían lugar al que ir, nadie a quien acudir ni refugio alguno? Al borde de la tumba, a la puerta de la cámara de gas, obedecían las órdenes de desnudarse para no morir antes de tiempo por negarse a cooperar. La idea de esta sumisión nos repugna. Sin embargo, fueron los hermanos y primos y tíos de estas mismas personas quienes, en Palestina, cuando su situación cambió, lidiaron durante tanto tiempo con todas las desventajas habidas y por haber en la guerra para conseguir, al fin, la independencia.

El señor Hausner observa, además, que la falta de resistencia no era exclusiva de los campos de concentración. Que nosotros sepamos, los alemanes también masacraron literalmente a millones de personas en los campos

de los prisioneros de guerra soviéticos sin resistencia. Y recuerda a la compañía norteamericana de paracaidistas en la batalla de las Ardenas, ejecutados tras recibir órdenes de cavar sus propias tumbas. Ellos también obedecieron.

Transmitir a la generación más joven de Israel una interpretación sobre esta cuestión y sobre la naturaleza de la tragedia que se apoderó de su pueblo perdido era uno de los principales objetivos del juicio de Eichmann. Entre las muchas cartas que Hausner recibió cuando el juicio terminó estaba la de una chica de diecisiete años: «Yo no podía honrar a todos los familiares de los que oí hablar a mi padre. Los odiaba por dejarse masacrar. Usted me ha abierto los ojos a lo que realmente pasó». En un contexto más amplio, el juicio fue celebrado por el Estado nacido después de la tragedia, con sentido de la responsabilidad hacia su pueblo, hacia los muertos y hacia la historia.

## ISRAEL: TIERRA DE INFINITAS IMPOSIBILIDADES\*

Ninguna nación en el mundo tiene tantos problemas drásticos aglutinados en tan poco espacio y bajo semejante presión de tiempo y carga de historia como Israel. En un territorio del tamaño de Massachusetts, con un solo listín telefónico, debe mantener su propia identidad aun estando expuesta a la hostilidad activa de cuatro vecinas comprometidas a aniquilarla. Bajo su boicot queda aislada del comercio, el transporte y la comunicación de un lado a otro de sus fronteras terrestres. En este estado de cosas, debe realizar tres funciones vitales a un mismo tiempo: mantener la defensa militar en alerta constante, forjar una nación valiéndose de una población mayoritariamente inmigrante y desarrollar una economía capaz tanto de respaldar la defensa como de absorber el continuo flujo de recién llegados que ya superan en número a los fundadores del Estado en una proporción de dos a uno. Habla una lengua, el hebreo, distinta de cualquier otra en estructura gramatical y alfabeto, que debe aprender prácticamente todo inmigrante. Para autoabastecerse de alimentos o poder comerciar con ellos, tiene que devolverle al suelo la fertilidad y ganar terreno al desierto. La mitad de su territorio sólo es cultivable mediante irrigación, pero su suministro de agua es inadecuado y los árabes amenazan con desviarlo. Tiene que crear industria donde no la había y competir con países más desarrollados por los mercados internacionales. Tiene que operar con dos lenguas oficiales, el hebreo y el árabe, más el inglés de uso general; dos clases de escuelas, la religiosa y la laica; tres formas legales, la otomana, la británica y la rabínica. Mientras mantenga vivo el recuerdo del genocidio de los judíos europeos que deberían haber sido su reserva de población, y cuyos hijos y supervi-

\* *Saturday Evening Post*, 14 de enero de 1967.



vientes se encuentran entre sus ciudadanos, tiene que aceptar por necesidad la «restitución» y ayuda económica por parte de la nación de asesinos.

El drama de la lucha está en el aire y en los hechos reales. Está en los edificios a medio terminar contruidos a varias manos, espectáculo omnipresente en Israel; en los rostros serios de una clase en un *ulpan* donde adultos de veinte países aprenden el hebreo en cinco meses; en el llamamiento a filas, que recluta a ciudadanos de ambos sexos con dieciocho años; en el alambre de espino que divide Jerusalén y en la casa vacía en tierra de nadie que sigue en pie tal como la abandonaron hace dieciocho años, con las paredes destrozadas y el techo de teja roja hundido; en el repentino sonido de disparos una tranquila mañana de Sabbath de la costa septentrional del mar de Galilea; en el refugio subterráneo excavado en el patio del jardín de infancia de un *kibutz* cercano a la frontera siria, con dos bancos arrimados a las paredes de tierra y una puerta de cemento siempre abierta; en la fantástica maquinaria y las chimeneas de las fábricas de fosfato en el Negev; en las calles sucias plagadas de malas hierbas y las chabolas de urgencias de un nuevo pueblo donde un judío barbudo de Marruecos contempla una tierra extraña sin brillo en la mirada, y donde un judío húngaro con más esperanza ha colgado un cartel: SALÓN BUDAPEST: PELUQUERÍA; en la charla compulsiva del encargado de planta, el funcionario del gobierno o el director del colegio cuando explican a una visita las condiciones de hace unos cinco años y qué será de ellos dentro de otros cinco; en la energía con que desfilan grupos de jóvenes en una caminata en masa, cantando y bailoteando mientras caminan, con una determinación casi demasiado arrogante; en viveros de plantas con millones de semilleros de pino y ciprés para la reforestación de las yermas colinas; en dos figuras en el muelle de Haifa después de que un barco haya atracado: un padre inmigrante fundido en un abrazo con el hijo que lo esperaba como si aquel largo gesto mudo encerrara todas las muertes y las penas de los seis millones de desaparecidos.

El paisaje también es dramático, tanto en Israel como en Jordania, lo cual los convierte en el país de la Biblia. A primera vista, uno se da cuenta de que no fue casualidad que Dios fuera inventado allí, donde también nacieron dos religiones. En el desierto, con su horizonte infinito de día y el fulgor de las estrellas de noche, la inmensidad del mundo haría que un hombre se sintiera solo sin Dios. Las grotescas columnas de basalto y la are-

nisca erosionada en las costas del mar Muerto, las montañas rojizas de Edom, los extraños golfos y peñascos y cráteres del Negev hacían que se preguntara qué mano o qué ojo inmortal les había dado forma. Si vio a Dios en una zarza ardiente, hoy se reconoce ese arbusto en la retama cubierta de brotes amarillos; así como el origen de otra historia en el extraordinario brillo de la estrella que se cierne sobre Jerusalén (y sobre Belén, a ocho kilómetros en Cisjordania). Para Ahraham y su progenie, lo sobrenatural habría parecido próximo en la repentina furia de los aguaceros que pueden barrer un pueblo, o en un arco iris de sorprendente intensidad con todos los colores y ambos extremos visibles. Allí ni siquiera el sol se pone de manera razonable, como en el hemisferio occidental, sino que desaparece de repente en lo que parece menos de un minuto desde el momento en que su borde inferior toca el horizonte mediterráneo. Visiones como milagros nacen del continuo juego de nubes en movimiento bajo el sol, como cuando sobre la cima de un pueblo o sobre un castillo en ruinas de los cruzados de repente se proyecta un rayo de sol y luego una nube que pasa tapa la luz, para perderse al momento en las colinas ensombrecidas y desaparecer. Una pálida luz, a veces de un gris luminoso, a veces casi blanca, siempre cambiante, brilla sobre Jerusalén, y cuando los rayos de sol se proyectan en el cielo desde detrás de una nube, enseguida se ve el origen del halo.

El pasado duerme en cada rincón. En Jerusalén, la tumba de Herodes está al lado de un hotel. Y en Megido, el emplazamiento de Armagedón que domina viejos senderos de Egipto a Mesopotamia, los arqueólogos han descubierto los estratos de veinte ciudades, incluida la de Salomón con sus compartimientos para cuatro mil caballos y carros de guerra. El pasado se ve desde el coche de camino a Tiberíades, donde unos obreros que trabajan en el borde de la carretera han vaciado una hilera de sarcófagos romanos. Está en la playa de Cesarea, donde nuestros zapatos crujen sobre fragmentos de cerámica antigua. Caminamos sobre él en las murallas de los cruzados de Acre, donde Ricardo Corazón de León luchó contra Saladino; o en la colina de Jaffa con vistas al puerto sitiado por Napoleón. Se encuentra en Nazaret, escondido entre baratijas y *souvenirs*.

La arqueología es un trabajo nacional, una afición y, en cierto sentido, la conciencia nacional. El gobierno mantiene un departamento para la exploración y el estudio, la conservación y la presentación de yacimientos y

monumentos antiguos. En verano, los estudiantes se ofrecen a «excavar». Aunque la excavación privada está prohibida, un héroe nacional como el general Moshe Dayan, difícil de contener, aspira a ello con la intensidad con que aspiró a la Campaña del Sinaí, reconstruyendo ánforas a partir de fragmentos en su estudio y arrastrando hasta su jardín dos columnas romanas enteras, no sin desatar la polémica de siempre en los periódicos, otro deporte favorito de Israel. El trabajo más espectacular, realizado bajo la dirección de otro héroe de guerra, el general (ahora profesor) Yigael Yadin, es el descubrimiento de Massada, en lo alto de los acantilados que dan al mar Muerto, donde el año 73 d. C., tras la caída de Jerusalén, 960 judíos zelotes que se resistían al asedio romano con la energía de la desesperación acabaron suicidándose para no rendirse. No lejos de allí, en cuevas del mar Muerto a las que se accedió escalando y en helicóptero, el equipo de Yadin halló más vestigios de antiguo valor en las cartas de Simon Bar Kochba, quien en los años 132-135 d. C. dio un nuevo impulso al maltrecho judaísmo palestino y libró durante tres años la última batalla por la independencia contra el Imperio romano.

Para sentirse nación, un pueblo no sólo debe tener independencia y territorio, sino también historia. Para los israelíes, tanto tiempo y por tantos lugares dispersos, el pasado remoto es importante, y el reciente, aún lo es más. Tanto el genocidio, que ellos llaman Holocausto, sufrido bajo el régimen de Hitler como la guerra de la Independencia proclamada contra los árabes en 1948 dominan la conciencia nacional y cuentan con monumentos en todos los rincones. Para los árabes, el recuerdo de 1948 está lleno de amargura; en cambio, para los israelíes, es heroico, y dejan constancia de ello con sumo orgullo. A lo largo de la carretera que conduce a Jerusalén, por la que tanto lucharon en 1948, los herrumbrosos vestigios de sus coches blindados fueron abandonados justo en la línea de fuego. En Degania hay un tanque sirio capturado, y en el jardín del *kibutz* Ayelet Hashachar, un carro de artillería Bren. El *Af-Al-Pi-Chen* («Pese a todo»), uno de los barcos que sortearon el bloqueo británico para introducir inmigrantes ilegales, se conserva como monumento donde atracó a los pies del monte Carmelo, en la carretera que hay unos kilómetros al sur de Haifa.

No olvidado e inolvidable, el recuerdo del exterminio alemán de la mayoría de los judíos europeos sigue formando parte de la historia nacio-

nal. Se han plantado seis millones de árboles para reforestar las colinas de Judea con un «Bosque de mártires» en el nombre de los seis millones de muertos, así como una avenida de árboles por cada uno de los «Justos gentiles» que, arriesgando sus propias vidas en una Europa controlada por la Gestapo, salvaron y ocultaron a sus vecinos judíos. Se ha fundado un archivo central de material sobre el exterminio, que en su día aportó buena parte de las pruebas para el juicio de Eichmann. Este juicio era en sí mismo una forma de monumento, ya que su principal objetivo parecía no tanto llevar a un criminal de guerra ante la justicia como dejar constancia histórica. El archivo se aloja en el nuevo monumento a los muertos llamado Yad Vashem, sin lugar a dudas el edificio más impresionante de Israel. No hay ningún otro lugar donde la forma arquitectónica haya sabido expresar más clara e inequívocamente una idea y una emoción. Se encuentra en una colina en las afueras de Jerusalén, una adusta estructura baja y cuadrada en el centro de una inhóspita explanada, con paredes de enormes piedras redondas, cada una de ellas como un hombre muerto, rematada con una pesada tapa de madera que parece presionar con el peso de los siglos. El edificio carece de grabados y decoración. En el interior, un paseo elevado tras una verja rodea un sencillo suelo de piedra con las letras de los campos de concentración estampadas en metal: Auschwitz, Buchenwald, Dachau, Bergen-Belsen, Therezín y los demás. Una llama conmemorativa arde en un rincón. No hay nada más, y nada más se necesita. El edificio es un ataúd y una tumba, un monumento a la muerte.

Grupos de visitantes, israelíes y extranjeros —norteamericanos, escandinavos, italianos, franceses— vienen a diario para quedarse en pie junto a la verja, afectados, en silencio, llorando o simplemente incómodos. Al igual que el Lincoln sedente y pensativo en su estancia de mármol sobre el Potomac, el Yad Vashem no deja a nadie indiferente. Israel, como el Estado cuya población fue la víctima inmediata, es el heredero más próximo de la tragedia (además de Alemania, cuestión aparte). Como tal, mantiene vivo el recuerdo, no sólo para llorar la pérdida, sino tal vez con vistas a la historia.

Jerusalén, el Washington de Israel en comparación con Tel Aviv, el Nueva York del país, sigue ejerciendo el mismo magnetismo que sobre los pe-

regrinos durante los largos siglos de la Edad Media. Hay algo sobrecogedor en su división entre Israel y Jordania. Uno puede asomarse a la ventana y contemplar la muralla del casco antiguo perteneciente a la mitad jordana, bajo aquella preciosa luz mística, y sentirse triste como quien lleva toda una vida allí, no como quien acaba de llegar por primera vez.

Por la noche, la ciudad es tranquila y oscura. En plena calma, se puede escuchar el gemido del muecín que llama a los musulmanes a la oración en el casco antiguo. Emitido en la actualidad por un altavoz para ahorrarle al muecín subir al minarete cinco veces al día, tiene un sonido áspero, pero estremecedor y preñado de nostalgia por algo que uno no ha conocido. Es muy cercano y a la vez ajeno, de un país que esporádicamente lanza ataques sobre territorio israelí. Se trata, en su mayoría, de sabotajes a estaciones de bombeo y caños de riego por parte de maleantes de Al Fatah, una organización terrorista árabe con sede en Siria; pero también pueden ser ráfagas de fusil disparadas al azar en la frontera por un centinela nervioso o fanático. Los israelíes no se han rendido mansamente a estos ataques, y hace escasas semanas el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas censuró a Israel por sus represalias contra Jordania. Estos incidentes, junto con graves episodios de artillería y aviones a reacción en las fronteras siria y egipcia, ascendieron a cuarenta el año pasado y se cobraron más de treinta y cinco muertos.

La presión de la amenaza árabe es constante. No hay lugar en Israel fuera del alcance de la artillería desde sus fronteras con Egipto, Siria, Jordania y Líbano. En sus propios países, los árabes son gente amable y simpática, sociable y respetuosa con los extranjeros, honrada, encantadora e incluso dotada de buen humor. Sin embargo, cuando se trata de Israel, son paranoicos; Israel no aparece en los mapas árabes. Éstos mantienen, aun a riesgo de perder el sentido común y la conveniencia, la mentira de que no existe; o que, si existe, por negarse a admitirlo, lo borran haciéndole el vacío. Alguna vez, cuando las banderas de unidad o la política interna exigen que se adopte una postura belicosa, hacen amenazas explícitas: «Podríamos aniquilar Israel en doce días —anunció el presidente de Egipto Nasser el 26 de marzo—, si los árabes formaran un frente unido y estuvieran dispuestos a combatir».

El profundo resentimiento de los árabes se sospecha que radica en la humillación. Buena parte de la tierra perdida en Palestina había sido mal-

vendida a los primeros colonos sionistas que, al drenar los pantanos pese a la malaria, y edificar sobre dunas del desierto, la hicieron habitable. Con el tiempo, los judíos se convirtieron en un recordatorio de los fracasos árabes. Luego, en 1948, un mundo asombrado vio cómo las fuerzas militares conjuntas de cinco Estados árabes soberanos fueron combatidas por los colonos judíos de Palestina, que se autoproclamaron Estado, ocuparon su territorio y, para poner fin a la infiltración y las incursiones fronterizas, confirmaron el veredicto en la Campaña del Sinaí de 1956. Los árabes se quedaron, como una mujer despreciada, hechos una furia; mientras que de momento los israelíes se podían sentir satisfechos de su actuación, aunque sin bajar la guardia. Al fin habían puesto territorio bajo sus pies en la tierra que una vez gobernaron, y no tenían intención de volver al desarraigo. La eterna intransigencia de los árabes ante el hecho consumado es la de un Peter Pan enfrentado a la madurez. El territorio perdido con las vicisitudes de la guerra es una historia de lo más común. ¿Qué es Texas, sino 20.851.820 hectáreas de México colonizadas por norteamericanos y luego declaradas independientes por la fuerza? En cualquier caso, el territorio nunca formó parte de un Estado árabe en tiempos modernos, al haber pasado de la soberanía turca al mandato británico.

¿Por qué los árabes no atacan, si son superiores en fuerza y tamaño? En parte, porque la experiencia hace que sientan un nervioso respeto ante el poder de represalia israelí; además, por miedo al otro y a opositores internos muy dados a sangrientos golpes de Estado. Sin embargo, como la aceptación de la realidad no siempre prevalece en acuerdos entre naciones, Israel no puede tener la certeza de que no caerá el diluvio árabe, y tampoco puede desechar la idea de que algún día —el mes o el año que viene, o mañana— se despierte con el repentino estrépito de fuerzas aéreas hostiles en el cielo. Debe vivir y hacer planes con esa continua expectación. Mientras tanto, las pequeñas presiones siguen ahí. Señales amarillas que advierten «¡PELIGRO! FRONTERA» marcan una errática curva por todo el país. Quienes visiten la Knéset, el parlamento israelí, deben pasar por un laberinto de guardias y medidas de seguridad antes de llegar al recibidor, y las mujeres tienen que dejar fuera sus bolsos, presumiblemente capaces de ocultar una bomba o una pistola. Cuando bajamos en coche por la carretera nueva del Negev que bordea las inhóspitas y erosionadas laderas de Jor-

dania hacia el este, el chófer se niega rotundamente a parar a visitar las ruinas nabateas de Avdat u otros lugares de interés que nos encontramos por el camino y, finalmente, cede ante la insistencia de mis preguntas y reconoce casi pidiendo disculpas su deseo de llegar a Eliat antes de que anochezca. ¿Por qué? «Bueno, en caso de que tuviéramos —la palabra sale muy a su pesar— “problemas” por ahí», respondió señalando con la cabeza las sombrías montañas de la izquierda. Un norteamericano asustado, no acostumbrado a pensar en esos términos, evoca vagones artillados y emboscadas indias.

En Almagor, asentamiento ubicado en una cumbre de Galilea septentrional donde los dos últimos veranos tuvieron lugar enfrentamientos con Siria que implicaban el uso de ametralladoras, tanques y aviones, se observa un arroyo que serpentea por un delta verde hasta el lago: es el río Jordán, en su desembocadura al mar de Galilea (o lago Tiberíades). El territorio de la orilla más apartada, bordeado de una sierra, es Siria, con el monte Hermón nevado alzándose imponente en la distancia. En una de las colinas se encuentra un grupo de peculiares cabañas árabes de arenisca y tejado plano, muchas de ellas pintadas de azul pálido para espantar los males. En el delta pasta ganado negro, garcetas blancas campan por los bancos de arena del río, familias y campesinos árabes se ocupan de sus asuntos. El aire está perfumado de la brisa primaveral y el gorjeo de los pájaros; y la ladera, de hierbajos y flores silvestres que crecen como en un jardín. El cardo lavanda se mezcla con genciana azul; las margaritas, con mostaza silvestre y geranio rosa silvestre; y las amapolas escarlatas están esparcidas por todas partes. Un joven soldado solitario se sienta con los prismáticos apoyados en un montón de piedras, escudriñando las montañas que tiene enfrente.

Almagor es un asentamiento fundado por Nahal, cuerpo pionero que combina instrucción militar y cultivo de la tierra en un sistema que Israel ha desarrollado para defender y a la vez delimitar la frontera. El joven recluta señala una larga cicatriz recta en la ladera de la montaña y dice que es el camino que seguiría la desviación que intentaron realizar en la cabecera del Jordán. Con 120 kilómetros de canal abierto, el esquema difícilmente podía ser llevado a cabo de manera secreta, y tampoco es una operación que Israel pudiera mirar de brazos cruzados. Después de que los sirios abrieran fuego en agosto de 1956, la respuesta de los israelíes, según su pro-

pio comunicado, dañó «tractores sirios que trabajaban en la desviación de la cabecera del Jordán». Cuando yo estuve allí en marzo, antes de la batalla del último verano, la cicatriz de la ladera, que cualquiera podía ver con prismáticos, estaba inactiva.

Abajo en el lago, todo territorio israelí, dos botes pesqueros zarpaban de la orilla siria. El soldado comentó sin acalorarse que el año pasado ametralladoras sirias dispararon a un bote pesquero y un guardacostas, ambos israelíes. Me pasó los prismáticos, señaló dos puntos negros en el alejado centro del lago. Éstos, que se fueron acercando al campo visual, adoptaron la forma de guardacostas israelíes. Los sirios siguieron pescando, y los guardacostas, acercándoseles. Agarré los prismáticos y esperé, como si de repente el aire se hubiera detenido. La policía estaba al alcance de la voz cuando, sin prisas, los sirios volvieron remando a la orilla, vararon sus botes y se alejaron. También sin prisas, los guardacostas se fueron por donde habían llegado. Aquel día la calma reinó en Almagor.

La cicatriz de la colina, mencionada de regreso a Jerusalén, no despertó gran interés. «Podría ser una carretera», dijeron. Israel necesita desesperadamente una paz —desviar impuestos del apabullante presupuesto de defensa a otras necesidades vitales, volver a unir el continente del que forma parte, convivir con sus vecinos sin demasiados problemas, y sobre todo respirar con normalidad— en la que generalmente se ha apoyado para evitar enfrentamientos. Intenta permanecer impoluto y no provocado durante el mayor tiempo posible, en un esfuerzo por aprovechar la menor oportunidad de negociación que se presente. Israel también tiene a sus exaltados irredentistas, los «aventureros» que gritan que «ocuparán la orilla oeste»; pero sólo son falsas promesas a viejos eslóganes. Ellos saben, y si no, los líderes del país lo saben, que tratar de engullir el Jordán occidental, con casi un millón de habitantes árabes (o lo que es lo mismo, la frontera de Gaza), lo cual hace aumentar la minoría árabe ya existente del 12% hasta superar a la judía, sería tentar al desastre. Lo que Israel necesita no es más tierra habitada por árabes, sino más gente para poblar su propio Negev vacío, un problema que a la vez depende del agua para hacer el desierto habitable.

Incluso la herida de la pérdida del casco antiguo ha pasado ya a la historia. Para los judíos, su esencia era el Muro de las lamentaciones para llorar la pérdida Sión; pero, desde la restauración del Estado, ¿quién necesita



lamentarse? Por una larga asociación, muchos siguen añorando el Muro, pero la nueva generación no se lamenta. En su propia tierra, los judíos han logrado ser lo que nunca se les permitía ser en el gueto: campesinos y soldados. La transformación ha cambiado literalmente el rostro judío. La complexión y un color de pelo más claro no se explican por el sol y el clima; la cuestión de los ojos azules, mejor dejarla a los especialistas en genética; el cambio fundamental se produce en la expresión. El nuevo rostro tiene una mirada abierta al exterior y, lo más importante, es alegre. Claro que esto no se cumple en los asentamientos de inmigrantes, donde la mirada entre los adultos se compone de desconcierto, novedad, dificultades y resentimientos, no en Tel Aviv, que ha sido cruelmente (si no inexactamente) descrita como una mezcla, a menor escala, de Nueva York y Berlín occidental. La mirada de Tel Aviv, compuesta de tráfico, tiendas, tratos comerciales y cultura, todo ello salpicado de beatniks, no es diferente de la urbana que ya existe en todo el mundo.

El nuevo rostro está en todas partes, especialmente en el ejército. En la academia militar para la formación de oficiales que existe en las afueras de Tel Aviv era visible en estudiantes, instructores y en el comandante, el coronel Meier Paeel, un hombre alto, vigoroso y sonriente. El coronel Paeel tenía arrugas de sonreír en las comisuras de los ojos, un rasgo que me llamó la atención entre tantos otros oficiales, aunque alguien podría decir que era de mirar al sol entrecerrando los ojos.

La academia contaba con un cuartel arbolado heredado del ejército británico, siempre acostumbrado a hacerlo bien. La tradición continúa en un aspecto, ya que las secretarías, todas ellas mujeres soldado enfundadas en pantalones caqui, eran tan bonitas, sin maquillaje, que costaba creer que hubieran sido elegidas al azar. Debido a su papel esencial en la creación del Estado, el prestigio del ejército es elevado, y atrae a los mejores. Tiene un marcado aire agradable. Predomina el cuello abierto de la camisa —impecable y correctamente almidonado—. El saludo es informal, pero esconde una seriedad subyacente y cierto sentido de la tensión. En la academia de estado mayor, donde casi todos los estudiantes llevaban los galones de las dos campañas de 1948 y 1956, se vio de nuevo el rostro exterior, y en un co-

mandante, el coronel Mordecai Goor, no menos atractivo y seguro de sí mismo. «Están ustedes creando una nueva raza», le dije al oficial. Éste miró pensativamente a los colegas que lo rodeaban y, buscando las adecuadas palabras inglesas, respondió de manera deliberada: «Sí. La pena judía ha desaparecido de su mirada».

El rescate de la tierra, tras siglos de extrañeza y desarraigo en las tierras de otros, ha ayudado a conseguirlo por encima de todo. Los judíos están en casa: no en una casa prefabricada, sino en una que tenían que desalojar, limpiar, reparar, reconstruir con su propio sudor. Palestina, bajos los árabes y los turcos durante los milenios previos a 1900, volvió al nomadismo, y por falta de cultivo cayó en la desolación profetizada por Isaías: «será morada de dragones y la lechuza también hallará allí sosiego». Los exploradores ingleses del siglo XIX la consideraron un pastizal pedregoso «sin un kilómetro de carretera desde Dan a Beersheba». Para que volviera a ser habitable, según un informe de la Fundación para la Exploración de Palestina publicado en 1880, aquella tierra necesitaba carreteras para el transporte rodado, irrigación y drenaje de pantanos, restauración de acueductos y tanques de agua, saneamiento, siembra de hierba y reforestación para frenar la erosión del suelo. Éstas eran las tareas a las que se enfrentaron, y nada abrumados, los primeros colonos judíos. El desacuerdo y los problemas internos, tan frecuentes entonces como hoy en día, no ayudaron. Mientras pasaban hambre, se enzarzaron en una feroz disputa sobre si cumplir el mandamiento de un año sabático durante el cual no se podía trabajar en los campos o con ganado.

La polémica perdura. En Kfar Yuval, una pequeña colonia en el norte de Galilea fundada por un grupo ortodoxo de judíos indios, un profesor se lamentaba del patio lleno de hierbajos que no se podía cultivar porque era año sabático en la aldea. Cuando le pregunté: «¿Qué comen?», mi guía se encogió de hombros y contestó: «Rezan y comen menos». Las fosilizadas reglas de la ortodoxia dificultan el progreso y las comodidades en la nación sin proporción con la cantidad de personas que se las toman en serio. Como el partido ortodoxo mantiene el equilibrio político del poder, ejerce un control oficial sobre el país, y la ortodoxia es vista por los visitantes como el problema más degradante que se ha creado el propio Israel.

Sin embargo, los judíos han hecho florecer la tierra: con colinas en te-

rrazas y delicados huertos, arbustos de romero y el verde exuberante y denso de naranjales. En primavera, los alrededores de la arboleda se impregnan de la fragancia agrídulce de las flores de azahar como si de humo se tratara. Mimosas amarillas y tamarices ligeros que recuerdan a los pinos crecen al borde de la carretera, salpicados de grandes buganvillas en cascada. Alejado de arterias urbanas y gasolineras y plantas industriales y asentamientos mal improvisados, Israel posee una extraordinaria belleza. Cipreses como velas verde oscuro señalan al cielo azul, y olivos azotados por el viento brillan como si sus hojas estuvieran rociadas de plata. Cuando sopla el viento, las palmeras se inclinan como juncos sobre el lago Tiberíades, y desde el oeste de Galilea uno puede ver a lo lejos, entre las colinas, los destellos del Mediterráneo bajo el sol.

No es de extrañar que los judíos hayan cambiado de cara. Tal vez la causa primera es que Israel es suyo; aquí no son minoría, sino que están a la cabeza. Lo cual no quiere decir que vayan a ser felices el resto de sus días, o incluso ahora, porque son el pueblo más beligerante que existe, y la ortodoxia no es su único problema interno. Sus discusiones son legión, se insultan continuamente los unos a los otros sin ningún escrúpulo, y resuelven las diferencias de opinión en los grupos escindiéndose en vez de sometiéndose a la voluntad de la mayoría. El Technion de Haifa, MIT de Israel, se vio sumido en una batalla sobre la enseñanza de arquitectura. Esta disciplina, en líneas generales a medio camino entre las escuelas científica y humanística de pensamiento, también existe en otros países; pero la solución en Israel fue radical. Por mandato del presidente de Technion, la facultad de arquitectura se dividió en dos, una decisión que enfureció a los estudiantes, porque tendrían que elegir entre una u otra, y muchos buscaban elementos presentes en ambas. El hábito, llevado a la vida política, causa un faccionalismo que los israelíes explican como la consecuencia natural de largos siglos sin responsabilidad o poder político. Consideran que la experiencia del autogobierno les proporciona una cura forzosa de manera gradual.

Israel no es una sociedad de consumo; es dura, con la semana de seis días aún vigente. Hasta el pasado mes de marzo, Israel no tenía televisión. Esta circunstancia nació del fuerte yugo puritano al que la tenían sometida los primeros colonos, fundadores de Histadrut, la Federación General del Trabajo, y de los *kibutzim*. Aunque el sistema *kibutz* de propiedad comunal

ni predomina ni se extiende, la influencia de sus habitantes no guarda proporción con su número porque llegaron pronto, se automotivaron y, para sobrevivir, tuvieron que armarse de fuerza y valor. Los miembros del *kibutz* que había en el gobierno adoptaron la opinión, altamente polémica, de que la televisión distraía del trabajo, deterioraba la vida familiar y acentuaba las diferencias económicas y clasistas entre los residentes ya arraigados y los recién llegados que no se podían permitir comprar televisores. Además, costaba dinero, y el gobierno no se podía permitir ningún lujo. El abochornante resultado es que quien compra un televisor, y eso incluye a gran cantidad de ciudadanos árabes, sintoniza con El Cairo o Beirut. Desde el pasado mes de marzo, la televisión educativa está en período de pruebas.

Dado que Israel es un país pequeño, el individuo siente que cuenta. No existe incentivo más poderoso. Eso hará que un hombre trabaje incluso en un puesto que no sea de su agrado. Un funcionario del gobierno, que detestaba ir al extranjero a recaudar fondos para una operación crucial, me decía que seguía yendo porque se sentía «en primera línea de defensa». Estudiantes de fuera, especialmente refugiados escandinavos de una sociedad de excesivo bienestar, vienen cada verano a trabajar en los *kibutzim* buscando algo de este sentimiento.

Con todos sus problemas, Israel tiene una ventaja considerable, el sentido de propósito: sobrevivir. Ha vuelto. Ha unido persecución y supervivencia al exilio para convertirse en la única nación del mundo que se autogoberna en el mismo territorio, bajo el mismo nombre y con la misma religión y la misma lengua de hace tres milenios. Es consciente de que forja su destino. Sabe que ahora no se debe hundir, sino resistir. Puede que los israelíes no tengan prosperidad, televisión o agua suficiente o tranquilidad; sin embargo, tienen lo que la prosperidad tiende a sofocar: un motivo. La dedicación no es necesariamente total y, para quienes aseguran que el materialismo reemplaza al idealismo de los primeros tiempos, ya empieza a decaer. Los israelíes no son todos fieles, honrados, leales y trabajadores, una nación de boy scouts. Muchos (por el momento, un total aproximado de entre 80.000 y 90.000) se van en busca de más dinero (los salarios israelíes son bajos, y los impuestos, altos), más comodidades, más oportunidades y contac-

tos, una vida con menos presiones, u otras razones que se suman a una sola: huir de la geografía. Pero, en general y en el presente, los líderes de la nación tienen lo que los norteamericanos tuvieron en Plymouth Rock, conciencia de por qué están ahí y de adónde van. Incluso el visitante empieza a sentir que, en el fondo, puede que haya un designio para la historia, un propósito en la supervivencia de este pueblo que, desde que Abraham salió de Ur para establecer la conversión al monoteísmo, ha abonado la civilización con ideas, desde Moisés y Jesús hasta Marx, Freud y Einstein. Tal vez la supervivencia es su destino.

Paradójicamente, la hostilidad árabe ha servido para obligar a Israel a mirar hacia Occidente, para hallar contactos y competir con el Oeste, incluido un acuerdo comercial con el Mercado Común Europeo. Al tiempo que esto agrava el problema de aclimatación a su creciente proporción de judíos orientales de Irak, Irán y África del Norte, lo lleva a lanzar mayores iniciativas, a «pensar en profundidad», como dijo el gerente de las minas de cobre de Timna. «Desde luego —añadió con cierta añoranza—, si dispusiéramos de todo Oriente Medio para comerciar, tendríamos mejor vida». La necesidad ha requerido el desarrollo de empresas como la suya, las antiguas minas del Rey Salomón, sin explotar bajo los turcos o el mandato británico, y ahora recuperadas por los descendientes de Salomón.

Timna es uno de esos proyectos, como casi todo en Israel, realizados contra la más firme advertencia de personas sensatas que lo declararon «imposible». Al principio, la repoblación de Palestina era imposible; el drenaje de pantanos palúdicos, imposible; la construcción de dunas de arena (donde Tel Aviv tiene ahora una población de más de 600.000 habitantes), imposible; los objetivos de condición de Estado, partición, autodefensa, Ley del retorno, absorción de un millón de inmigrantes y luego de dos... imposible. El país se ha creado a partir de imposibilidades, unas veces gracias al idealismo y otras porque no le quedaba otro remedio.

Como nadie estaba dispuesto a invertir en una mina de cobre improductiva, Timna fue subvencionada y, sus acciones, adquiridas por el gobierno; durante los tres primeros años de esfuerzos para emprender operaciones, el proyecto suscitó sarcásticos comentarios de prensa sobre «invertir oro en el suelo para obtener cobre». Ahora que la producción vive un boom y que existe una conveniente escasez mundial provocada por

huelgas en Chile y conflictos en Rodesia, exporta diez mil toneladas de mineral de cobre al año, a precios más que rentables, a España, Japón y Hungría, y el público hace ofertas de compra al gobierno. Nadie espera que estas condiciones favorables duren eternamente; pero las limitaciones futuras e incluso presentes no acostumbran a tener un efecto restrictivo en Israel. Si los israelíes miraran el muro de piedra o la zanja que se alza imponente ante ellos, se detendrían muertos de miedo; en vez de ello, siguen adelante por optimismo o necesidad, y confían en que Dios, o su propio ingenio, o algún avance imprevisto los ayude.

Impulsado por dichas necesidades, el país halla sus propios recursos. Para competir con Italia en la exportación de naranjas, por ejemplo, un fruticultor se fusionó con una fábrica de maquinaria agrícola del pueblo para inventar una ingeniosa máquina recolectora motorizada consistente en dos plataformas elevadas montadas en una grúa con ruedas que permite una recolección más rápida y barata. El Centro de Investigaciones de la Zona Árida, en Beersheba, ha demostrado que el clima templado y amparado del Uadi Araba en el Negev meridional puede, usando con prudencia el agua de lluvia que baja de las colinas, producir cuatro cosechas al año. Esto hace posible exportar a Europa frutas y verduras de fuera de temporada, lujos como las fresas que son enviadas en avión a estaciones de esquí europeas.

Una empresa bastante mayor es el «Suez seco» de Israel, el oleoducto que transporta petróleo iraníano de Eilat, en el mar Rojo, a Haifa y Tel Aviv, en el Mediterráneo. Construidas en respuesta a la exclusión de Israel por parte de Nasser del Canal de Suez, estas líneas de suministro de veinte y cuarenta centímetros, con capacidad para 4,5 millones de toneladas al año, ya son una realidad. Fue financiada por el barón Edmond de Rothschild con la condición de un retorno seguro; desde entonces, ha hecho dos veces y media su inversión original. La zanja para una tercera línea se ve de lado a lado del Negev hacia una terminal abierta en 1965 en el Mediterráneo, en el nuevo puerto de aguas profundas de Ashdod. Destinado principalmente al uso de empresas petrolíferas extranjeras como suplemento a la ruta que los petroleros siguen a través del Canal de Suez, el nuevo oleoducto podría, dependiendo del tamaño final de la tubería y el coste del servicio, reventar algún día los precios de Suez.

El propio Negev, conocido en la Biblia como el Desierto de Sin, es el principal «imposible». Aunque representa más del 55 % del terreno israelí, según la Comisión Peel —la más fidedigna de las muchas que investigaron los conflictos palestinos durante el mandato—, su capacidad para absorber cualquier crecimiento poblacional es nula. Sin embargo, desde 1948 y a lo largo de 1964, el número de personas que la zona soportaba había pasado de 21.000 a 258.000, incluidas las ciudades de Beersheba y Ashkelon, no estrictamente en el desierto sino en su frontera septentrional. El resto se reparte entre unos 130 asentamientos, incluido Sde Boker, un *kibutz* situado en medio del desierto a modo de imán y ejemplo, adonde Bën-Gurion había decidido irse a vivir. Esta población es mayor que la de entre 30.000 y 60.000 que el Negev albergó en sus esplendorosas épocas romana y bizantina, cuando el sistema de conducir agua de lluvia hasta tanques de agua a través de canales artificiales constituía una perfecta obra de ingeniería. Los israelíes se consideraban a sí mismos capaces de otro tanto, teniendo como límite la lluvia que cayera de los cielos. Pero el hombre moderno gasta más agua que los antiguos; además, la llegada de más personas al Negev requiere el hallazgo de nuevas fuentes que la inteligencia creativa pueda concebir. Los investigadores están probando maneras de provocar lluvia artificial; de usar agua salobre no potable para regar cultivos resistentes a la sal; de hacer respetar el ahorro de agua midiendo el agua; de reducir la evaporación en los embalses rociando la superficie con una sustancia grasa. Pero se cree que la solución definitiva para poblar el Negev es la desalinización del agua del mar. Un estudio conjunto israelí-norteamericano se está llevando ahora a cabo para una futura planta que, según me han dicho de manera confidencial, estará terminada en 1971. Funcionará con un reactor nuclear, el cual se espera que produzca más de ciento diez mil millones de litros al año a un coste razonable. Por otro lado, un reciente informe del Instituto Weizmann sostiene que, si bien es posible proporcionar agua potable en cantidades limitadas a usuarios «poco sensibilizados» con el coste, «sigue siendo una incógnita si alguna vez se descubrirán métodos para una producción “barata” y a gran escala de agua potable».

Beersheba, en el pasado una polvorienta ciudad comercial con una población árabe de 3.000 habitantes (que se esfumaron en la guerra de 1948), empezó de cero con colonos judíos. Doscientas familias llegaron en 1949.

Como resultado de la apertura del Negev por carretera y ferrocarril, el desarrollo de las industrias químicas en la zona del mar Muerto y una afluencia masiva de inmigrantes, Beersheba fue tan explotada que un agobiado consejero municipal garabateó a toda prisa nuevas cifras en una hoja informativa antes de entregármela. La población es, o aquella primavera era, de 72.000 habitantes, el 80 % de los cuales son inmigrantes, la mitad orientales y la mitad europeos y sudamericanos. La ciudad sigue haciendo las veces de centro para unos 16.000 ciudadanos beduinos de Israel que viven en el desierto bajo sus enormes carpas negras de piel de cabra. Todo el mundo tiene prisa, todo el mundo va agobiado (salvo el beduino y el camello de «turistas» que esperan de manera poco apropiada delante de la gasolinera). La basura es arrastrada por el viento, las calles están a medio asfaltar, hay escombros y restos de la construcción por todos los rincones, carteles hechos jirones hacen publicidad a los siete cines de la ciudad, y la estructura vacía de un edificio de cemento circular y azotea almenada parecida a la corona de cartón de un niño despierta nuestra curiosidad. «Es la sinagoga —me dicen encogiéndose de hombros con impaciencia—. Los fondos se acabaron. Hay otras cosas más importantes que hacer».

Escuelas, por ejemplo. Beersheba tiene treinta y dos escuelas de enseñanza primaria, cada una de ellas con un jardín de infancia, dos institutos y tres escuelas de artes y oficios, así como una escuela de formación para profesores y otra para enfermeras, un *ulpan* para adultos inmigrantes, una *yeshivá* y una escuela de música. Para no perder a los estudiantes, el año pasado incluso se inauguró una universidad. Todavía no proporciona títulos, funciona sin campus o facultad propios pero con profesores visitantes cedidos por otras instituciones. Cursos de humanidades y ciencias sociales, uno de biología y un curso de posgrado en ingeniería son ofrecidos a 260 estudiantes —cifra que, según el refrán israelí: «se duplicará el año que viene»—. Sin embargo, hay un problema. No existen suficientes institutos en el Negev para llenar una universidad.

Beersheba es un microcosmos —o podría llamársele invernadero— del problema nacional de la inmigración, que no se puede imaginar sin unas cuantas cifras. En tres años y medio desde mayo de 1948 hasta finales de 1951, mientras el nuevo Estado se levantaba con dificultad bajo un nuevo gobierno, 685.000 personas entraron en Israel, o algo más de la pobla-



ción que ya existía cuando se proclamó Estado. En 1950, la Knéset (parlamento) aprobó la Ley del Retorno, que reconoce el derecho de todo judío a entrar en el país salvo si lo han declarado culpable de ofensas contra el pueblo judío o si representa un peligro para la salud o la seguridad públicas. (La ley pronto iba a plantear la interesante pregunta de qué es un judío, como en el caso del hermano Daniel, un monje que exigió el derecho de entrada argumentando que, aunque se había convertido al cristianismo, era judío de acuerdo con la definición rabínica; es decir, de madre judía. El tribunal desoyó su exigencia, una decisión que suscitó otras preguntas interesantes: ¿el judaísmo es una religión o, por así decirlo, una condición? ¿Puede un judío, como el hermano Daniel, abandonar su religión y seguir siendo judío? Podía haber obtenido la nacionalidad judía al cabo de tres años de residencia, como cualquier musulmán o cristiano, pero él quería tener derecho a ser reconocido bajo la Ley del Retorno. Si se dan más casos como éste, tal vez a largo plazo habría que cambiar la doctrina establecida. Puede que algún día esa vieja pregunta, «¿qué es un judío?», halle una respuesta, aunque una cosa es cierta: si los israelíes siguen siendo judíos, no dejará de despertar polémica.)

El 30 de julio de 1961, llegó el millonésimo inmigrante desde la declaración de Estado. De este millón, 431.000 procedían de Europa (que empezaron con 99.000 fugitivos y supervivientes de los campos de concentración), con los grupos más numerosos salidos de Polonia y Rumanía; unos 500.000 venían de Asia y África del Norte, incluidos 125.000 de Irak, 45.000 de Yemen, 33.000 de Turquía, otros de Irán, India y China, y 237.000 de Marruecos, Túnez, Libia y Argelia. Trece mil provenían de Norteamérica y Sudamérica. La afluencia no era regular ni estaba planificada; se producía en oleadas o ráfagas como respuesta a crisis y presiones políticas. El éxodo de Irak y Yemen llegó en puente aéreo dentro de un plazo determinado. Entre los esporádicos levantamientos y bajadas del Telón de Acero, aparecieron grupos de Polonia y Rumanía, y unos pocos de Rusia. En 1956, su presencia subió como la espuma debido a la Revolución húngara y la Campaña del Sinaí, que supusieron la expulsión de entre 15.000 y 20.000 judíos de Egipto, muchos de ellos cualificados. Desde 1961, había llegado otro cuarto de millón. Cada semana atracaban botes en Haifa. Acogida, inspección, registro de los documentos iniciales

para obtener la ciudadanía, arreglo de transporte y alojamiento, y una primera concesión de dinero en efectivo y comida; todo esto tiene lugar a bordo. Todo judío admitido se convierte en ciudadano con derecho inmediato a voto; los no-judíos, una vez admitidos, pueden obtener la ciudadanía al cabo de tres años de residencia. Requiere una gran imaginación ver lo que supone el asentamiento de 1,5 millones de extranjeros, casi todos necesitados de asistencia económica y social, no sólo físicamente (alojamiento, trabajo, adaptación y escolarización), sino también psicológicamente por los prejuicios de la sociedad y las tensiones y fricciones entre los propios inmigrantes y entre ellos y los primeros residentes. Por el contrario, los 500.000 refugiados árabes de 1948, que desde entonces han duplicado su número y han pasado a ser una masa sin digerir y una carga para Naciones Unidas, se podrían integrar en los países anfitriones sin barreras de lenguaje o costumbres, si existiera la voluntad de asimilarlos. Buena parte del coste de la operación en Israel, que al Estado se le escapa de las manos, se sufraga con contribuciones de judíos afincados en el extranjero y se gestiona con una forma de Estado dentro del Estado: la Agencia Judía. Los orígenes, el carácter y el papel de esta extraordinaria institución, oficina residual de la Organización Sionista Mundial que prácticamente gobernaba a los judíos de Palestina durante el Mandato, son complejos; pero podemos decir que hoy por hoy la labor de la Agencia es indispensable, si bien falta determinar las consecuencias de ella derivadas.

El esfuerzo realizado en nombre de los inmigrantes no es puramente limosnero. Israel necesita que estas personas llenen las arcas del Estado. Además de repoblar las aldeas abandonadas por los árabes en 1948, crean nuevos asentamientos sobre tierra antes no cultivables. Desde entonces, se han establecido 21 pueblos nuevos y 380 nuevas poblaciones rurales —porque aumentó la mano de obra de Israel, lo cual ahora le permite producir más de tres cuartos de su propia comida así como exportar los suficientes alimentos para equilibrar la balanza—. La mano de obra de los inmigrantes también se necesita por cuestiones de defensa. Los asentamientos son de todo tipo. Unos son pequeñas comunidades combativas con cobertizos anexos, hierbajos y algunas vacas; otros, urbanizaciones de alojamiento múltiple con calles, ubicadas en lo que el mes pasado era una ladera desnuda.

La mayor dificultad es proporcionar un trabajo que genere ingresos, sobre todo entre los judíos de África del Norte, que desprecian el trabajo manual, a diferencia de los primeros colonos europeos, que lo idealizaron y lo hicieron objeto de culto en el *kibutz*. Mientras que éstos acudían a Palestina arrastrados por un ideal, los orientales han venido como víctimas más o menos pasivas de las circunstancias. Para integrarse, deben adoptar un nuevo estilo de vida, una nueva lengua y nuevas técnicas agrícolas y manuales nunca vistas, tarea fuera del alcance de muchos de ellos. No obstante, para los inmigrantes adolescentes, el período del servicio militar que les proporciona tanto clases teóricas como instrucción es un eficaz centro de estudios intensivos. Al relacionarse con los *sabras*, nativos, enseguida aprenden a hablar hebreo y a sentirse israelíes.

Es evidente que existe cierto antagonismo entre orientales y europeos. Estos últimos, que emprendieron el retorno y reclamaron el país, han occidentalizado ideas y hábitos de Israel pese a la geografía. No se alegran especialmente por la invasión de gente de piel oscura, a la cual ansían ver compensada por una porción de sus tres millones de compatriotas aún atrapados en Rusia. (El gobierno soviético se niega a permitir un éxodo, porque incomodaría a sus amigos árabes y porque la emigración voluntaria tendría una mala repercusión en el paraíso soviético.) A los orientales les ofende el hecho de que los primeros en llegar se quedaran las mejores casas y los mejores trabajos y, en términos generales, el gobierno del país (aunque hay dos secretarios de Estado de origen oriental). Llevan el peso de todas las frustraciones y los problemas de un grupo que se siente inferior. Israel sufre un problema de integración, pero no tiene un arraigado modelo de segregación sistemática que superar. Con voluntad y la necesidad de trabajar para encontrar una rápida solución, la sociedad israelí habla de asimilar a los ciudadanos orientales en dos generaciones.

Los esfuerzos se centran en los niños, cuyos problemas son muchos pero cuya transformación interna en israelíes también puede ser inmediata y visible. Cuando visité una escuela en Beersheba, la directora, una búlgara de origen, me mostró sus clases con el orgullo de un creador, aunque el camino hubiera sido arduo. Y me explicó que el absolutismo del padre oriental, concretamente de Marruecos, fracasa en Israel. Los padres pier-

den prestigio; y los niños, que pronto se avergüenzan de ellos, buscan venganza en la indisciplina. Dijo que, durante el primer año como profesora, sus clases eran tan difíciles de controlar que cada día pedía un año de excedencia a gritos y quería arrojar la toalla; pero su director no la dejó marchar. En un torrente de angustiosos recuerdos, me reveló todos los conflictos de los últimos años, incluidos, como ejemplo de problemas de adaptación de los inmigrantes, casos de robo entre niños. Cuando le insinué que esto no era nuevo en la escuela privada a la que mis hijas iban en Nueva York, sin mencionar alguna que otra norteamericana que llegué a conocer, pasó por alto la interrupción, nada impresionada. El problema siempre es más y mejor —o, en este caso, peor— en Israel.

Mientras la profesora hablaba, sonó el timbre de final de clase, como seguramente pasaba en todo el mundo. Los pasillos se inundaron de muchachos bulliciosos, y el patio caldeado por el sol se llenó de grupos que golpeaban pelotas de fútbol. Aquella escena podría haberse dado en cualquier otro lugar. Todos los niños se vestían de manera muy similar, con pantalones de deporte y vistosas camisas y vestidos de algodón, y era imposible distinguir a un persa de un polaco o a un marroquí de un húngaro.

La educación es la mayor labor interna de Israel y absorbe la mayor parte del presupuesto nacional, junto con la defensa. En la cúspide del sistema se encuentra el orgullo —o la maravilla— de Israel: la reencarnada Universidad Hebrea de Jerusalén. El campus originario, inaugurado en 1925 en el monte Scopus, una de las colinas orientales situadas tras el casco antiguo, permaneció en territorio jordano durante la guerra de 1948, una pérdida que parecía casi tan inaceptable como la pérdida del Muro de las Lamentaciones. Con motivo de la tregua, los israelíes iban a conservar la propiedad y el acceso a la Universidad y el Hospital Hadassah contiguo como una especie de enclave dentro de Jordania; pero, tal como se han presentado las cosas, el único acceso que Jordania ha permitido es una inspección ritual dos veces al mes a cargo de funcionarios israelíes en un coche blindado y escoltado por Naciones Unidas. Durante un año después de la guerra, las clases se impartieron en diversos edificios y locales alquilados; pero la situación se volvió demasiado caótica, y hubo que tomar la dura decisión de construir un nuevo hogar y abandonar la esperanza de recuperar el monte Scopus.

En 1954, otra universidad financiada con dinero enviado por los judíos residentes en el extranjero surgió en el extremo occidental de la ciudad, sobre una colina llamada Givat Ram. Alberga a más de 10.000 estudiantes, es un bonito complejo de modernos edificios funcionales cuyas líneas rectas contrastan con la charca y las curvas y el artificioso paisaje de un bancal amplio y abierto. Parece imponerse, pero lo cierto es que la Universidad Hebrea vive de imposibles, el principal de los cuales es, sin duda, el dinero. El gobierno aporta algo más de la mitad de su presupuesto; las matrículas, una décima parte; las donaciones, otra décima parte; y el resto es una nerviosa mirada al rostro del presidente. Mientras lidia con lo que se considera el mayor déficit de cualquier universidad del mundo, la Universidad Hebrea se mantiene activa porque debe, como fuente de la vida intelectual y profesional del país. Además del colegio universitario, cuenta con colegios profesionales de medicina, derecho, asistencia social, agronomía y educación, y también con una publicación universitaria. Ya saturadas, sus salas de conferencias permanecen abiertas trece horas al día para dar cabida a todas las clases. Sin embargo, de momento sólo puede alojar a una pequeña proporción de estudiantes en la residencia de estudiantes, por lo que la mayoría se debe procurar habitaciones alquiladas en Jerusalén, con escasez de viviendas. Además, muchos de ellos tienen que buscar un trabajo a tiempo completo o parcial para costearse los estudios. De la lucha sale la especialización que el país necesita.

A la sombra del resquemor árabe, la necesidad que Israel tiene de amigos y contactos con el mundo exterior lo ha llevado a concebir un programa de proporciones un tanto sorprendentes que aporte asistencia técnica a los países en vías de desarrollo. El año pasado, 832 técnicos israelíes sirvieron en 62 países, principalmente en los emergentes Estados africanos, pero también en Burma, Ecuador y otros países asiáticos y latinoamericanos. Enseñan agricultura, riego, construcción de carreteras, contabilidad analítica de costes, administración de oficinas y otros rudimentos para que un país nuevo se pueda modernizar. Estudiantes de los países clientes —más de 2.000 en 1965— vienen a Israel a aprender sobre sus puestos de trabajo, además de seguir cursos académicos impartidos en la universidad y en colegios profesionales. El programa produce a los israelíes una inmensa satisfacción. Les hace sentir que devuelven al mundo la

ayuda que ellos mismos han recibido, y nutre su fuerte sentido de la misión. Son grandes reformadores de la humanidad, y a veces los nobles sentimientos plasmados en el programa de asistencia técnica resultan agobiantes.

De todas las empresas a las que Israel se ha visto abocado por la necesidad de conectarse con el mundo exterior, la del puerto de Eilat en el mar Rojo es la más espectacular. Hace diez años sólo existía como un nombre sobre plano, y en el nebuloso pasado, como el Ezión-geber de la Biblia, donde la gente del Éxodo se detuvo al huir de Egipto, y donde después la reina de Saba desembarcó. En 1949, cuando los primeros todoterrenos israelíes llegaron del desierto para ocuparlo, el único asentamiento que había era una desierta cabaña de piedra en la playa. Hoy Eliat es un puerto funcional para barcos de altura, un aeropuerto y una ciudad de 13.000 habitantes que tiene previsto crecer hasta los 60.000. Podría tratarse del Beanstalk de Jack, si no fuera obra del hombre y no de la magia. Entre Egipto al oeste y Jordania al este, con la costa de Arabia Saudí sólo tres kilómetros Jordania abajo, Eliat se encuentra ubicado en una extensión de once kilómetros de costa frente al golfo de Aqaba. Sólo a través de esta diminuta rendija pudo Israel abrir una puerta al este y al sur para entrar en contacto con los países de África y Oriente. Aunque Eliat le fue asignado a Israel bajo el Plan Mountbatten aprobado por Naciones Unidas en 1947, el derecho a usarlo tenía que ser ratificado mediante la fuerza de las armas, ya que Egipto mantenía bloqueada la salida por los estrechos al fondo del golfo. Esto se logró con la Campaña del Sinaí de 1956, cuando, al tomar posesión de la tierra y controlar los estrechos, Israel hizo de su apertura permanente una condición del armisticio que puso fin a la aventura.

Debido a tal acontecimiento, Eilat se desbocó como un caballo de carreras ya desde la parrilla de salida. Su medio de contacto, la carretera a Beersheba, quedó abierto en 1958. Como arteria del futuro del Negev, la carretera ha hecho posible la expansión de la industria química del desierto y el mar Muerto; industria cuyos productos, transportados en camiones diésel de cincuenta toneladas y ocho pares de ruedas, entran ahora con gran estruendo en las dársenas del nuevo puerto. El puerto puede dar cabida a cuatro barcos en el embarcadero y tres buques cisterna en el muelle petrolero. Hay planes para duplicar la actual capacidad. Las mercancías

zarpan de Eilat con rumbo a Abisinia, Irán, Burma, Singapur, Vietnam, Japón y Australia. El caucho importado de Singapur se convierte en neumáticos en Petah Tikvah al norte, para ser reexportado de Eilat a Irán como producto final. El gerente del puerto es un joven de veinticuatro años que llegó a Eilat hace tres años después de haber hecho el servicio militar. Para mejorar su dominio del inglés y tratar con capitanes de buques mercantes, se iba dos meses y medio a Inglaterra. Acostumbrada a las subvenciones del gobierno y la generosidad de las fundaciones, le pregunté quién lo enviaba. «Me envió a mí mismo», respondió él con soberbia.

Además de ser un puerto, Eilat vive un boom como centro turístico para adictos al sol y submarinistas. Dispone de doce hoteles con diversos lujos y tamaños; visita en un barco de bajos acristalados para contemplar los peces exóticos del mar Rojo; tres museos, incluido un museo de arte moderno, una biblioteca, un acuario, un zoo, un parque, una plaza del mercado y un ayuntamiento de presuntuosas dimensiones obviamente diseñado para una ciudad el triple de grande; un hospital de 120 camas en construcción, dos cines y un tercero también en construcción, un Centro Comunitario Philip Murray conjuntamente establecido por la CIO (Oficina de la Presidencia de Información) y la Histadrut (Confederación General de los Trabajadores de Israel), dos compañías aéreas de la zona con destinos en Tel Aviv, Haifa y Beersheba; una línea de autobús, tres bancos, tres estaciones de servicio, dos sinagogas, dos bares y un alcalde de gran dinamismo.

Se trata de Joseph Levy, cuarenta y tres años, un egipcio que en 1948 fue detenido en El Cairo como líder de las juventudes sionistas y enviado a un campamento de prisioneros en la península del Sinaí. Retenido allí durante un año, planeó una fuga hasta el punto más cercano de Palestina, que resultó ser Eilat; pero fue puesto en libertad antes de que pudiera llevar a cabo la intentona. Al llegar al actual Israel por Marsella, se dirigió a Eilat tras haber conseguido un trabajo como gerente de la sucursal de una compañía aérea a punto de abrir allí mismo. Llegó en 1949, como parte de la generación Mayflower de Eilat, y diez años después se hizo alcalde.

Un hombre de pelo y tez oscuros bastante amanerado, la última vez que lo vi tenía cierto aire de calma impuesta, como si sintiera que, si atendía a todas las peticiones, presiones y abusos de su trabajo, se podría rom-

per en mil pedazos. Era totalmente dueño de sí, con el aplomo de quien ha abordado una crónica diversidad de problemas y gracias a la experiencia «en ruta» de que ninguno de ellos tiene por qué ser fatal. Además de árabe y hebreo, hablaba inglés, francés e italiano, todas ellas lenguas aprendidas de niño en la escuela judía de El Cairo porque, como el propio director había explicado a los padres que tanto protestaban: «¿Quién sabe hoy en día lo que puede ocurrir en el mundo? Debo hacer todo lo posible por preparar a estos niños para cualquier cosa».

El alcalde Levy lo sabía todo sobre el alcalde Lindsay de Nueva York, tenía un horario similar, y nos dejó después de la cena para acudir a una reunión a las diez y media. Acababa de ser reelegido para un segundo mandato por una creciente mayoría y en el consejo municipal contaba con el apoyo de lo que él mismo llamaba «coalición de pared a pared» —es decir, sin partido de oposición en el ayuntamiento, condición casi excepcional en Israel—. Él lo achacó al sentido de solidaridad por parte de los pioneros de Eilat. Fuera del perímetro, demasiado alejado del resto del país para extraer agua o electricidad del suministro nacional, Eilat se ve limitado a sus propios recursos, una especie de fortaleza en la frontera.

El alcalde recordaba los duros años iniciales en que nadie tenía fe en el futuro de la ciudad. Allí los hombres de negocios no invertían capital; nadie construyó un hotel hasta que la Histadrut erigió el primero; el agua se acababa en plena ducha; la corriente fallaba. Las familias se iban al cabo de unos meses, pretextando toda clase de razones: que si las escuelas no eran adecuadas, que si no había hospitales, que si el suministro de provisiones era errático, que si el calor del verano se hacía insoportable. «Era terrible ver que se marchaban». Para al menos mantener a los licenciados en su puesto de trabajo, la Histadrut se convenció de que debía construir un albergue juvenil femenino («También teníamos que acudir a la Histadrut en busca de chicas»), pero pocas chicas vinieron. Sin embargo, poco a poco, gracias a los subsidios y a las pequeñas iniciativas, la industria y el turismo echaron a caminar y aportaron gradualmente dinero, personas y recursos en vías de desarrollo.

El agua era, y sigue siendo, el principal problema. La lluvia recogida en cisternas, más el agua subterránea del desierto, que es demasiado salina para ser potable a no ser que se diluya con agua pura, pueden cubrir



juntas un 70% de las necesidades. El 30% restante debe ser aportado mediante la desalinización, que pese a su escasa rentabilidad es subvencionada por el gobierno, ya que Eilat no podría existir sin ella. El aire acondicionado es algo accesorio, pero debido al extremo calor del desierto se considera necesario para conservar la población. El proceso de desalinización se lleva a cabo conjuntamente con la central eléctrica independiente de Eilat. No lejos de allí, una segunda planta desalinizadora que usaba un proceso de refrigeración ha demostrado no dar resultado. El alcalde Levy se encogió de hombros cuando se le preguntó de dónde se sacaría el agua para hacer frente a la expansión prevista de la ciudad. «No podemos permitir que el problema del agua limite nuestros planes —dijo—. Ya encontraremos una solución». Tal vez actuaba movido por una especie de memoria racial del agua que salía a borbotones cuando Moisés daba golpecitos en la roca.

En sus planes ya figuraba una alteración de la naturaleza: aumentar de manera artificial la costa disponible para complejos turísticos. Aislaría del mar cierta cantidad de lagunas y canales y luego vendería terrenos a orillas de esta «pequeña Venecia» donde se pudieran construir más hoteles. Se sentía el peso de la creciente sombra de Hilton sobre la espalda; ya se hablaba de un Sheraton. Sin duda, durante ese avance implacable, Eilat se acabaría convirtiendo en el Miami de Israel. Así es el progreso.

Mientras tanto, con o sin agua, Eilat planta tanto como construye. Eucaliptos de rápido crecimiento ya dan sombra y un verde solaz para la vista; prados y arbustos se conchaban para luchar contra la arena; árboles canijos bordean una carretera acabada de asfaltar, como si los hubieran plantado ayer. Me desperté temprano y salí a pasear antes de las ocho, cuando el aire aún es fresco, antes de que se levante el polvo y aumente el calor. Un barrendero barría arrodillado la mugre que quedaba con un cepillo pequeño, entonando un melancólico canto oriental al tiempo que trabajaba. Por encima de hierba y arbustos, los aspersores no dejaban de dar vueltas, como si nadie hubiera oído hablar de la escasez de agua. Parecían símbolos del rechazo de Israel a aceptar los límites, vivo ejemplo de imposibilidad ilimitada. En los aspersores de Eilat se podía ver lo que los profesores llaman una «sociedad de futuro».

## WOODROW WILSON EN EL DIVÁN DE FREUD\*

Como a los norteamericanos no se los suele asociar a la tragedia, resulta extraño y hasta inesperado que la figura más trágica de la historia contemporánea —a juzgar por la grandeza de expectativas y la magnitud de la caída— hubiera sido un norteamericano. Durante los dos años climáticos de una de las agonías más profundas del mundo, 1917-1919, Woodrow Wilson fue receptor de las esperanzas humanas. Personificaba el ansia de hombres de buena voluntad por creer que algo bueno saldría de todo aquello, que el inmenso sufrimiento, caos y trastorno no serían en vano, que la agonía marcaría el nacimiento de un mundo mejor. En una serie de declaraciones que parecían arrancar los mejores deseos del hombre y darles forma, Wilson facilitó la fórmula para ese mundo mejor (lo cual debe ser interpretado no como un viejo eslogan, sino con el éxtasis inicial de su promesa) como la puesta «a salvo para la democracia», a salvo de la guerra, a salvo de la tiranía, el hambre y la injusticia, a salvo de la opresión de un pueblo por otro. Parecía que había hecho al mundo una promesa, no sólo a quienes creían en él, sino también a los sofisticados: hombres de negocios e intelectuales. Era a éstos a quienes más amargaba la posterior desilusión, porque tenían la impresión de haber quedado como idiotas. Cuando el Tratado de Versalles dio al traste con sus esperanzas, se sintieron personalmente decepcionados y traicionados.

Dos hombres extremadamente afligidos por esta rabia y resentimiento fueron Sigmund Freud y William Bullitt. A primera vista, su colaboración parece totalmente improbable: el célebre europeo viejo y cansado, un genio, uno de los pocos pioneros de verdad de todos los tiempos, y el joven

\* *The Atlantic*, febrero de 1967.

norteamericano, una persona con coraje, independencia y buena voluntad pero a la vez imprevisible y «adrenalínico» (para usar la palabra de un agudo observador), un picaresco aventurero en política, un Tom Jones de la diplomacia. Esta combinación aparentemente singular ha producido un libro fascinante aunque también distorsionado. Como análisis de los profundos motivos de uno de los más complejos y desconcertantes personajes públicos de la historia, resulta tremendamente esclarecedor y, con ciertas reservas, convincente; coloca el comportamiento contradictorio de Wilson en su lugar casi con un chasquido audible. Pero como juicio general aproximado de la humanidad es lamentable, y como interpretación de hechos cae por su propio peso. Es buena psicología, pero mala historia; mala por inválida, y peligrosa porque nos engaña sobre su responsabilidad.

Las circunstancias del pasado tienen una relación directa con el contenido. Como especialista de veintiocho años de edad para el Departamento de Estado sobre Asuntos de Europa Oriental, Bullitt, antes participante en el barco de la paz de Ford, asistió con la delegación norteamericana a la Conferencia de Paz de París en 1919 con el talante expresado por su contemporáneo y colega Harold Nicolson de la delegación británica: «Nosotros preparábamos no simplemente la Paz, sino la Paz Eterna. Teníamos el halo de una misión divina [...] Nos centrábamos en hacer grandes cosas nobles y permanentes». Para Bullitt, la oportunidad llegó cuando fue enviado a Rusia para establecer las condiciones de un acuerdo con el régimen bolchevique, que Wilson consideraba «la prueba de fuego de la buena voluntad». Acompañado por Lincoln Steffens, cuya conclusión de «He visto el futuro y funciona» compartía, Bullitt regresó con el ofrecimiento por parte de Lenin de condiciones de paz increíblemente favorables. Su recepción fue sorprendente.

Puesto que en aquel momento el tratado, con todos sus defectos y después de un agonizante retraso, estaba a punto de ser cerrado y el problema bolchevique bullía en conflictos internos, Wilson, que solía cerrar los ojos a la realidad, se negó a recibir a Bullitt, a leer su informe o escuchar lo que éste tenía que decir. Aunque eso suscitara el ataque de un bolchevique pro alemán, Bullitt presentó su renuncia en una carta pública dirigida al presidente, argumentando que ya no era posible realizar una «labor eficaz para el nuevo orden mundial» como súbdito de su gobierno. Luego se fue a la

Riviera y dijo a los periodistas que tenía pensado «tumbarse en la playa y mirar cómo el mundo se va al infierno». Cuando después fue llamado a testificar ante el Senado, proporcionó al senador Lodge un potente material que contribuiría a rechazar la ratificación norteamericana; lo cual le valdría una denuncia por traición a su partido y al parecer acabaría con su carrera pública. Ciertamente, Bullitt tenía unos ingresos, pero no todos los que pueden defender con valor su convencimiento.

Freud también había puesto en Wilson grandes esperanzas, y lo había decepcionado. Fue «uno de esos muchos casos» en su vida, según su biógrafo Ernest Jones, en que «optimismo y credulidad» lo llevaron a una desilusión y un resentimiento inevitables. La experiencia confirmaba su descontento con Norteamérica, un país que él consideraba un «error gigantesco». «Vuestro Woodrow Wilson —le dijo a Max Eastman en 1926— fue el idiota más idiota del siglo, si no de todos los siglos. Y seguramente, uno de los mayores criminales; inconscientemente, de eso no me cabe ninguna duda». Cuando el doctor Jones, en una conversación similar, señaló que la complejidad de los problemas de posguerra descartaba una paz ideal dictada por un hombre cualquiera, Freud respondió con aspereza: «Entonces él no debería haber hecho todas esas promesas». En su prólogo, escribe que Wilson «me cayó mal» desde el principio, y que esa antipatía aumentaba a medida que lo iba conociendo y «cuanto más padecíamos su intrusión en nuestro destino». Las cuatro últimas palabras son enormemente reveladoras de un punto de vista, tal vez el propio de un ciudadano de las potencias centrales.

En la década de 1920, cuando la segunda esposa de Bullitt era paciente de Freud, el doctor ayudó a Bullitt a superar un momento difícil de su vida, y los dos se hicieron amigos. Su estudio conjunto de Wilson empezó en 1930, año en que, al enterarse por Bullitt de que éste tenía la intención de publicar un libro sobre el Tratado de Versalles y sus artífices, Freud se ofreció entusiasmado a colaborar en el capítulo sobre Wilson. El proyecto pronto se convirtió en un psicoanálisis de Wilson. No se podría haber ofrecido tema más tentador para el ejercicio del método freudiano. Wilson había combinado poder mundial con extraordinarias contradicciones de carácter que, según Freud, denotaban algún tempestuoso conflicto interno. ¿Cuál era la naturaleza de ese conflicto, que constituía la fuente del poder

y el fracaso de Wilson? Responder a esta pregunta es todo un reto. Aunque lo normal es que el psicoanálisis requiera dos personas, en este caso el diván no guardaba tanto silencio como en el de Moisés, a quien Freud también intentó psicoanalizar sin tenerlo delante. Wilson sólo llevaba muerto seis años, no tres mil, y había dejado una pila de pruebas.

Aunque el manuscrito se completó en 1932, ciertas diferencias indeterminadas entre los autores impidieron que fuera publicado en aquel momento. En 1938, tras el traslado de Freud de Viena a Londres en el que Bullitt, por aquel entonces embajador de Francia, desempeñó un papel decisivo, llegaron a un acuerdo. Freud firmó un contrato en virtud del cual Bullitt autorizaba la publicación del libro, no se sabe si por compromiso para con Freud, que entonces sufría su último achaque y moriría al año siguiente. La publicación se retrasó de manera misteriosa durante treinta años, según Bullitt por cortesía, hasta el fallecimiento de la señora Wilson. La explicación no parece muy aceptable, ya que la señora Wilson murió en 1961 (Bullitt aún vive), y en cualquier caso al principio los autores tenían intención de publicarlo en 1932. Es innegable que ciertas preguntas quedan sin respuesta; sin embargo, a esta crítica le parece que no son tantas como para justificar la actual angustia de la comunidad psicoanalítica, que ha recibido esta obra póstuma del maestro como si se tratara de algo entre un falso *Primer pliego* y los *Protocolos de Sión*. Las siniestras dudas que se ciernen sobre la autenticidad de la aportación de Freud al libro parecen infundadas. El escrito puede o no ser mayoritariamente de Bullitt, pero aunque Freud sólo fuera autor de su parte, ideas y prejuicios característicos ratifican su presencia. Además, comparte derechos de autor.

La premisa básica es que el Tratado de Versalles fue la Gran Traición por la que el mundo ha sufrido desde entonces; que, como tal, fue el resultado del fracaso de Wilson a la hora de hacer que los aliados cumplieran la promesa de los Catorce Puntos y otros principios wilsonianos; que éste tuviera poder para hacerlo pero diera muestras en París de un hundimiento moral y una «degeneración mental» que fueron el resultado de sus conflictos psicológicos internos; ergo, que todos nosotros hemos sufrido desde entonces las neurosis de Wilson.

Pese a la existencia de una laguna en este argumento, sobre la que volveré más adelante, tiene la sencilla atracción de todas las explicaciones de

malignidad personal que ha habido en la historia. Culpar a Versalles de los defectos personales de Wilson es lo fácil, lo que J. M. Keynes, entre otros, hizo en *Las consecuencias económicas de la paz*. Eso ha despertado el suficiente interés para justificar un examen más profundo del presidente cuyo ministro de Defensa, Lindley M. Garrison, dijo que él no lo entendía y dudó que nadie lo hiciera: «Era el personaje más complejo y extraordinario que he conocido».

La neurosis central, sacada a la luz por los autores, que arraigó de manera inconsciente en la vida de Wilson y lo hizo ser, como el Daniel Webster de Whittier, «víctima del demonio hasta la eterna oscuridad», fue la obsesión por su padre. De hecho, su relación era lo bastante destacable para haber llamado la atención de otros, especialmente de Alexander y Juliet George en su estudio *Woodrow Wilson and Colonel House*, publicado en 1956. Al reconocer en Wilson «cierto problema interior abrumador por el que pagó un precio terrible», los George usaron la obsesión por el padre como un síntoma de información. Freud y Bullitt lo redujeron a componentes freudianos y mostraron de qué manera determinaban el desarrollo de Wilson, que tan incomprensible había parecido siempre. Se inspiraron en los hechos conocidos sobre la apasionada adulación y la ciega sumisión a su padre, sus dolores de cabeza crónicos, indigestiones, crisis nerviosas y otros síntomas psicósomáticos, sus exageradas amistades, odios y peleas y demás pruebas.

En resumen, el psicoanálisis revela un hombre en cuya manifiesta sumisión a su padre luchaba con una inconsciente hostilidad que hallaba vía de escape al proyectar esa hostilidad hacia figuras sustitutas de su padre como el decano West de Princeton y el senador Lodge, mientras que la sumisión se veía compensada con un *retorcido superego* cuyas *excesivas exigencias* «requerían de él semejantes éxitos divinos que ningún logro real lo podía satisfacer». En el reñido campo de batalla freudiano de la identidad, el conflicto hace estragos en muchos aspectos: están las complicadas formas de narcisismo —la identificación con el padre, ministro presbiteriano, se convierte en la identificación con Dios y, a la inversa, como el pequeño «Tommy» Wilson, con Jesús; también están las amistades demasiado de-

votas con insignificantes figuras «hijo», Hibben, Tumulty, House, que siempre acaban en una sensación de traición; está la identificación con la madre, que suscita o exige concesiones y sumisiones «femeninas» a figuras paternas en el caso de Lloyd George y Clemenceau; así como la inclinación a repetir y, sobre todo, el implacable superego.

Fruto de su profunda inferioridad como un niño respecto a su padre, lo cual fue en parte causa y en parte efecto del sorprendente y casi increíble hecho de que Wilson no aprendió el alfabeto hasta los nueve años ni leyó con fluidez hasta los once, su tiránico superego no se conformaba con ningún éxito. Ningún peldaño era lo bastante alto en su escala, ni siquiera el de la presidencia de Estados Unidos; tenía que convertirse en Salvador del Mundo. La Liga de las Naciones era el Grial, prueba de su título de Salvador. Las injusticias del tratado no importaban mientras éste personificara la Liga, porque la existencia de ésta resolvería todos los problemas. La Liga era «la racionalización que le permitía creer que había salvado al mundo». Wilson tenía que hacerse con la Liga para salvar su alma; pero, en su lucha contra Lodge, él mismo estableció las condiciones que se lo imposibilitaron. En términos freudianos, eso representa el deseo de muerte, que a esta autora le parece cosa del superego; porque la batalla con su padre bajo la forma de Lodge, más las exigencias de su superego y la terrible verdad en su fuero interno de que el tratado, aun incluyendo la Liga, no era la paz que había prometido al mundo bastaba para destruir a cualquier hombre. El 2 de octubre de 1919 llegó la parálisis por trombosis cerebral; como trece años antes, en plena lucha con West en Princeton, sus arterias reaccionaron con un derrame ocular.

Así resumido, el psicoanálisis es menos convincente que en el libro, donde todos los detalles, ejemplos y pruebas corroborantes de episodio en episodio forjan una lógica inherente con la cualidad de ciertas interpretaciones oníricas: cuando son los correctos encajan, y uno enseguida lo sabe. De lo contrario, no suena ninguna campana. La campana suena aquí. Uno tiene la impresión de que Wilson, como toda pesadilla, tiene una explicación.

Se habla con desdén de ciertos aspectos: por un lado, el retardo de Wilson en la lectura, cuyas repercusiones para el niño superdotado de una familia de intelectuales tuvieron que ser devastadoras; y, por otro, curiosa-

mente, las relaciones que Wilson mantuvo con mujeres. Las fáciles referencias a su identificación materna y a sus esposas como «sustitutas de la madre» se asocian a la rotunda afirmación de que, hasta la muerte de la primera señora Wilson, éste «no tuvo el menor interés sexual en ninguna otra mujer». Estoy dispuesto a creerlo; pero, llegados a este punto, cito mis propias notas al margen: «¿Cómo diablos lo sabían?» ¿Cuál es la evidencia o prueba de esta negación? (Al libro, por cierto, le faltan notas o referencias; y contiene citas no atribuidas.) Respecto a la segunda señora Wilson: «Conformémonos —dicen los autores sin darle mayor importancia— con que Wilson volvió a encontrar el pecho de una madre sobre el que descansar». En vista de aspectos más agradables de esta relación no mencionados en el libro, entre ellos el hecho de que Wilson se solía referir a su segunda esposa como «Niña», el recurso de los autores a la figura maternal parece un poco simplista.

De hecho, sorprende que el sexo en términos laicos reciba poco énfasis explícito en una obra coescrita por el progenitor de la revolución sexual. (Esto lo digo menos como queja y más con asombro.) Incluso las amistades masculinas son tratadas como facetas del problema padre-hijo, no como homosexualidad latente, un alivio para cualquiera con la copa de hastío llena de esa concreta insinuación presente en nuestra literatura.

Hasta aquí la exploración que los autores hacen del inconsciente de Wilson es valiosa y esclarecedora, pese a su irritante estilo. Entre otros defectos se encuentra el exasperante hábito de la repetición, no solamente de frases sino también de episodios completos, narrados dos o tres veces en la misma lengua, como si el lector fuera una especie de bobo incapaz de retener lo que se le cuenta de un capítulo a otro. Más importante todavía es el enfoque básicamente irresponsable. Los autores han permitido que los prejuicios emocionales dirijan su investigación, lo cual les ha llevado a adoptar un razonamiento indisciplinado, exageraciones (el Tratado de Versalles era «la sentencia de muerte para la civilización Europea») y falsas conclusiones.

Un escritor que trata el mundo de la actualidad de manera distinta al de la ficción, me parece a mí, tiene la obligación de presentar los hechos al lector con la mayor sinceridad posible. Con un mínimo don de palabra, es bastante fácil dejar una impresión tendenciosa en el lector y eludir a la vez



la responsabilidad de ser explícito; pero muchos escritores que respetan su profesión intentarán no caer en la tentación. Freud y Bullitt cayeron. Por ejemplo, usan términos vagos y evocadores como «degeneración mental» y «degeneración» («la degeneración mental que lo llevó a firmar el Tratado de Versalles»), y aluden a la psicosis sin realizar una afirmación precisa que pueda ser cuestionada («casi fue presa de la psicosis» o «se acercaba peligrosamente a ese territorio psíquico [...] en que la silla de un manicomio puede ser el trono de Dios»). Esto es bonito, pero ¿histórico? Puede que el hecho sea histórico; en efecto, las pruebas aportadas por los autores, especialmente las aterradoras citas de los últimos discursos desesperados de Wilson sobre la Liga, sugieren que padeció una psicosis durante el período final desde Versalles hasta su fracaso. Pero el deber del historiador, sobre todo ante una cuestión de trascendencia como la psicosis de un presidente, es exponerlo abiertamente, no evadir la responsabilidad con metáforas vagas.

Freud dice en su prólogo que, cuando estudiaba la vida de Wilson, «sintió cierta simpatía [...] mezclada con lástima» que creció hasta «resultar tan sobrecogedora que eclipsaba cualquier otro sentimiento», y da fe de que lo mismo le pasaba a Bullitt. De ser así, la lástima no cala en la letra impresa. La aversión y el desprecio dominan estas páginas. Tan cargados de la una y lo otro están los prejuicios de los autores que el hecho de observar los ajenos sin percatarse del efecto sobre su pensamiento no deja de sorprender. Ver que el doctor Freud exhibe tintes de inconsciente freudiano es una experiencia algo misteriosa, igual que observar a Pirandello actuar en una obra de teatro. Los autores, por ejemplo, describen a Wilson como «feo», aunque, a juzgar por los cientos de fotografías que se han visto de él, era un tipo bastante presentable. Lo describen como un desdentado de aspecto joven, con gafas «que no le favorecen», una piel enfermiza llena de manchas rojizas, orejas protuberantes, piernas cortas, estómago ácido, un hipocondríaco mojigato, enfermizo, nervioso y bastante repulsivo. ¿Es éste el hombre al que dos mujeres amaron con devoción? Yo no sé si la señora Galt estaba enamorada de él o del glamour de la presidencia; pero no cabe duda de los sentimientos de Ellen Axson. «Es el hombre más maravilloso del mundo —escribió—, y el mejor».

La aversión también se deja notar en fragmentos tomados del inteligente pero ponzoñoso *Story of a Style* de William Bayard Hale, publicado

en 1920. Aunque, según el doctor Jones, Freud había leído este libro «con entusiasmo», Bullitt lo omite cuidadosamente en su prólogo de la bibliografía consultada.

El prejuicio controlado puede dirigir y perfilar una investigación, pero Freud cae en los indisciplinados prejuicios de un personaje —a veces con absurdos resultados—. El pasaje sobre Norteamérica es suyo. Según esto, Wilson brilló en Norteamérica porque Norteamérica era una nación «protegida de la realidad durante el siglo XIX por la devoción heredada de los ideales de Wyclif, Calvin y Wesley» y porque el paternalismo de la tradición «lolarquista» producía una atmósfera agradable para mujeres y hombres afeminados, pero «intolerable» para un macho. Si Wilson hubiera sido educado en «la relativa libertad de la civilización europea», continúa la polémica, tendría que haber afrontado sus conflictos internos.

Uno se queda desconcertado ante esta invención. Además de usar dos veces «lolarquista» donde quiere decir «puritana» (algo muy diferente), y asumir que el puritanismo era ajeno a los machos (¿Cotton Mather?, ¿Oliver Cromwell?), y transmitir de una sola vez toda la tradición protestante europea a Estados Unidos y describir Europa en la era victoriana como un lugar donde «pronto» se bajaba el telón de la racionalización, el pasaje imagina una Norteamérica que viene a ser la tierra de Nunca Jamás de Peter Pan. Ejemplifica una característica del método psicoanalítico que es su propio peor enemigo, el hábito de la rápida expansión desde lo profundo y perceptivo hasta lo necio.

Los autores no reconocen las ideas de Wilson. Alegan de manera absurda que su programa legislativo como presidente derivaba de la novela *Philip Dru* del coronel House, cuando es indudable que adolecen de una total ignorancia sobre el momento progresivo y sus ideas. Siempre que Wilson adopta una postura terminante, ellos quitan importancia a su razonamiento, ignoran o subestiman sus políticas positivas, no escatiman en sarcasmo. Si se ven obligados a aceptar que el superego de Wilson lo llevó a «logros considerables», se apresuran a añadir que en el fondo eso lo convirtió «no en uno de los mejores hombres del mundo, sino en un gran fracaso». Enfatizan el fracaso, no el logro. Si bien es cierto que, a partir de la Conferencia de Paz, Wilson acabó siendo un fracasado, no lo fue durante toda su vida y tampoco se le recuerda por ello.

¿Cómo dan cuenta los autores de sus «logros considerables»? Fácil. Era cuestión de retórica. El secreto de su influencia estaba en la magnífica oratoria. Ellos presentaron a Wilson como una persona obsesionada con los discursos, y así era. (En términos freudianos, parece ser que la oratoria es un «placer de la boca», y la boca es un «arma femenina». Ahí me he perdido.) Pero el hecho de que sus discursos fueran meros atuendos verbales de emperador, la pretensión de una mente vacía, apenas basta para explicar a un hombre cuyos documentos completos se publican ahora en cuarenta volúmenes, que hace treinta años tenía el material suficiente para llenar una biografía oficial de ocho volúmenes, más uno nuevo de igual extensión que está en camino, como las incontables valoraciones y estudios que abarcan un período de cincuenta años. Tras los discursos de Wilson había pensamiento y profundas creencias e ideas que traspasaban el corazón de los hombres, azuzaban mentes y despertaban esperanzas. También es cierto, aunque no del todo, que se trataba de un hombre débil, fruto del autoengaño, insufriblemente farisaico, despiadado, implacable y mezquino.

Al dejar que sus prejuicios dominen sus pensamientos, los autores han dado con «el perfecto modelo de un canalla cristiano» de Mencken —con dolores de cabeza—. Esto es algo inadecuado. No da cuenta de la duradera influencia de Wilson o de la devoción, adoración y respeto de los buenos hombres a los que llegó a inspirar. El puzzle de Wilson sigue inacabado.

Más grave que la descripción tendenciosa del hombre es la tergiversación que los autores hacen de la historia. El ejemplo más sorprendente es su afirmación de que, durante ocho meses, desde octubre de 1915 hasta mayo de 1916, «el mayor deseo de Wilson era llevar a Estados Unidos a la guerra» basándose en el acuerdo con los aliados que a él le permitiría proclamar la paz. Éste es su análisis de las negociaciones en torno al Memorando de la Casa Gris. Implica que a Wilson el aliciente combinado de ser líder en la guerra y árbitro de la paz le resultaba irresistible, porque lo primero aliviaba la hostilidad que sentía hacia su padre y lo segundo satisfacía la exigencia del superego de convertirse en Salvador del mundo. El argumento convence, si uno da por sentada la premisa freudiana de que el inconsciente controla invariablemente los actos conscientes; pero el historial humano sugiere más bien que unas veces lo hace, y otras, no. Es bas-

tante probable que un deseo inconsciente de guerra como vía de escape para la hostilidad pueda haber retumbado en el interior de Wilson; no obstante, el hecho histórico es que su determinación consciente de mantenerse neutral conservaba el control. Sin lugar a dudas, el coronel House, movido por una fuerte convicción personal, intentaba por aquel entonces llevar a Estados Unidos a la guerra. Éste se aprovechó de las ambiciones y las debilidades del presidente y desinformándolo diplomáticamente, y puede que durante un tiempo hubiera insistido a Wilson en que creyera que la aceptación aliada de sus condiciones era posible (ajeno a los tratados secretos de los aliados, seguramente House así lo había pensado). Pero que la entrada norteamericana en la guerra fuera el «mayor deseo» de Wilson, o que él estaba «haciendo lo que podía» para conseguirlo son, dicho educadamente, paparruchas.

Presentar a Wilson como un belicista, lo contrario de lo que él profesaba y todo el mundo consideraba, es la clase de truco de magia que a Freud tanto le gustaba. Siempre «se interesaba especialmente —dice el doctor Jones— por la gente que no era lo que en verdad aparentaba». Estaba convencido de que Shakespeare era Bacon o el conde de Oxford, y reveló su propia satisfacción por que Moisés no fuera hebreo, sino egipcio. Dar rienda suelta a fugaces momentos intuitivos puede resultar divertido, pero eso no es historia y tampoco ciencia. Estas dos disciplinas exigen que el momento intuitivo supere el test de las pruebas. Debido al cambio que introdujo en los hábitos de conducta, con repercusiones sobre arte, literatura, filosofía, medicina, relaciones sociales y casi cualquier aspecto de la vida moderna, Freud es una de las figuras más notables del mundo; pero, al denominar este método «la ciencia del inconsciente» establecía un patrón que no estaba a la altura.

Llegamos ahora a la enorme laguna de la polémica. Se trata de la asunción de que, en las condiciones reinantes después del Armisticio, con la pasión del sentimiento antigermano, con las heridas de los vencedores, con los antagonismos y nacionalismos desatados por la desintegración de tres imperios, una paz ideal era posible; de que, en resumidas cuentas, Wilson tenía la oportunidad de establecer una paz justa y no lo hizo.

Lo único que tenía que haber hecho, según manifiestan los autores, era enfrentarse a Clemenceau y Lloyd George con armas «masculinas»: amenazar con abandonar la Conferencia, denunciar públicamente a los aliados como «enemigos de la paz» y retirar las ayudas económico-financieras. De hecho, como Wilson bien sabía, haber arriesgado semejante ruptura abierta resultaba imposible, aunque sólo fuera por capricho, ya que con ello habría desaparecido toda esperanza de acceder a la Liga. Más que ser aclamado como Salvador, habría sido denunciado como un *destroyer* pro alemán. Pero, ajenos a la historia, los autores se apresuraron a decir: «Un restallido del látigo financiero de Wilson —nos informan con peculiar restricción, podría haber hecho entrar a Lloyd George— en vereda». «Una sola amenaza» de abandonar Francia para irse a Alemania podría haber hecho que Clemenceau «se comprometiera» (lo cual sugiere una gran ignorancia sobre el Tigre). Wilson, dicen, «seguía teniendo más hombres dispuestos a responder a su llamada y seguirlo a la batalla que cualquier hombre hubiera tenido jamás. Aún era el líder de todos los idealistas del mundo». Cuesta imaginar dos afirmaciones menos traducibles a la realidad o más vacías de hechos puros y duros. Los idealistas del mundo, si los autores se refieren a las multitudes que aclamaban a Wilson extasiados cuando él llegó a Europa, ahora piden en francés indemnizaciones a grito pelado para reparaciones y el Sarre; si italianos, para Trentino y Fiume; si ingleses, «para colgar al *káiser*» y «exprimir la naranja hasta que las pepitas digan basta».

La versión de los autores de una Conferencia de Paz con Wilson haciendo restallar el látigo que habría hecho entrar a las potencias aliadas «en vereda» es otra tierra de Nunca Jamás. Ignora a los responsables de buena parte de la lucha. Presenta a los aliados como intrigantes conspiradores contra los nobles «idealistas del mundo», antes que, más cerca de la verdad, como los supervivientes cambiados y agotados de una terrible guerra que había perdido la mejor parte de una generación y, en el caso de Francia, sufría el naufragio, el saqueo y la ruina de buena parte de su territorio, y de quienes estaban decididos a sacar beneficios de la victoria para pagar los largos años de hemorragia. Da por sentado que Wilson, por el mero hecho de presumir de masculinidad, no habría tenido problemas para extraer una paz «justa» de las afirmaciones encontradas de una docena de na-

cionalistas, el nuevo trazado de fronteras, las conflictivas promesas de tratados secretos, la asignación de mandatos, el reparto del botín de las colonias alemanas y los dominios turcos, la disposición de zonas de soberanía entre los solicitantes árabes, la adjudicación de concesiones para el carbón de Silesia, el petróleo de Mosul y otras ricas recompensas, la aplicación de la «autodeterminación» a los austriacos del Tirol italiano, a los alemanes de los Sudetes bohemios, a los armenios de Turquía, los montenegrinos de Yugoslavia y montones de otros grupos en fronteras extranjeras, antiguos conflictos como Constantinopla y los Estrechos, Danzig y el Corredor polaco y la situación de Palestina, las discrepancias de griegos y yugoslavos respecto a Salónica, de polacos y checos sobre Teschen, de rumanos y serbios respecto a Transilvania, de británicos y franceses sobre Siria, de chinos y japoneses sobre Shandong, e incluso de sionistas y antisionistas acerca del Hogar Nacional Judío, todos los cuales y muchos más estaban en París ejerciendo presión con sus exigencias mientras el fantasma de los bolcheviques y de la Revolución alemana permanecían en un segundo plano.

No sólo era la psique de Wilson lo que fallaba en esta situación, y que el Tratado de Versalles fuera menos que ideal tampoco era sólo culpa suya. La culpa la tenía la humanidad.

Podría haber bastado con que los autores hubieran psicoanalizado la naturaleza de las neurosis de Wilson, lo cual habían hecho de manera brillante y convincente. No era necesario que la hubieran considerado la causa histórica de lo que ellos ven como «paz malvada» de Versalles. Son adictos a la esquemática explicación de grandes eventos. En Bullitt, según escribe su colega *New Dealer* Raymond Moley, había «una profunda veta de romanticismo». Como embajador, vio asuntos exteriores «llenos de luces y sombras, conspiraciones y contraconspiraciones, villanos y unos pocos héroes»; un peligroso estado de ánimo si no se somete a la «influencia tranquilizadora de alguna autoridad de control». Puede resultar peligroso tanto para el historiador como para el embajador.

Sigmund Freud se encontraba en similar tesitura, pero a mayor escala. Como un autor dotado de una extraordinaria energía mental, era capaz de establecer grandes vínculos, por lo que solía extrapolar todo un sistema a partir de una sola cosa: veía el océano en una gota de agua, percibía una ley de comportamiento humano en un pañuelo tirado. Estos maravillosos sal-

tos suyos de la observación a la deducción, de lo particular a lo general, abrían al mundo un nuevo ámbito de pensamiento, aunque sin estar sometidos a esa «autoridad de control». Freud era todo un aventurero de la mente, y lo más cierto que se ha dicho jamás sobre él lo dijo él: «No soy hombre de ciencia [...] Por temperamento, soy un “conquistador” —un aventurero, si lo preferís—, con la curiosidad, la audacia y la tenacidad propias de ese tipo de ser». El Conquistador y el Romántico, colaboradores por naturaleza.

El indudable ahondamiento del libro en la motivación de una figura crucial de nuestro pasado plantea la pregunta: ¿qué puede hacer el método freudiano por la historia? La respuesta debería de ser que, como instrumento esclarecedor puede hacer mucho... con una condición: dejar que sea aplicado por un historiador responsable.

## CÓMO ENTRAMOS EN LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL\*

El 2 de abril de 1917, Estados Unidos entró como nuevo contendiente en la pugna por el poder mundial de la que ya no hemos podido salir, por mucho que lo intentamos. Hasta entonces, pese a nuestra fuerte belicosidad en el Desastre del 98, no éramos vistos como una de las grandes potencias, ni por parte de los otros ni, en general, por la nuestra. La participación norteamericana en la Gran Guerra marcó nuestra mayoría de edad en los asuntos mundiales.

Durante el medio siglo que desde entonces ha transcurrido, se ha producido un cambio fundamental en la balanza internacional, ya que el poder pasó de Europa a la periferia. La sede del gobierno, desalojada tras la caída de Gran Bretaña, ha sido ocupada —no sin pataletas y protestas contra nuestra suerte— por este país. De recién llegados a gran potencia mundial en sólo cincuenta años, volvemos a estar en guerra, ya no frescos y principiantes sino veteranos, expertos, entrenados, enormemente equipados, sofisticados en cuanto a método pero firmes en cuanto a propósito, y sin un objetivo definido. ¿Es éste el destino que aquella primera experiencia nos ha deparado? ¿Cómo es que Estados Unidos había entrado en la guerra y tenía opciones de ganar? «Con la ayuda de Dios —dijo el presidente Wilson aquel 2 de abril de hace cincuenta años—, no le queda más remedio». ¿Acaso nosotros no hubiéramos hecho lo mismo?

La Gran Guerra nunca nos ha parecido una parte tan arraigada en nuestra tradición como la Guerra civil o la Segunda Guerra Mundial. En cierto modo, es menos «nuestra». Cuando pensamos en ella, en general nos remite a los ases del aire que volaban en cabinas abiertas, un lugar llamado

\* *New York Times Magazine*, 5 de mayo de 1967.



Château-Thierry, una canción titulada *Over There*, un medio de transporte conocido como «40 y 8» y un soldado con polainas que luego se convertiría en el presidente Truman —aunque ni él mismo sabría decir qué tiene que ver eso con nuestra historia—. Cuando, en 1955, quien escribe estas líneas propuso a un posible editor la publicación de un libro sobre el telegrama Zimmermann, un importante factor que impulsó la participación de Norteamérica, el consejo recibido fue que lo olvidara porque era la «guerra equivocada»; al lector sólo le interesaban la civil y la segunda. Lo cierto es que ésta era una valoración justificable, igual que la realizada en 1930 por un historiador que, una década después del final de la guerra, halló al pueblo norteamericano aún «irritado y aturdido».

Estas palabras, que tan bien describen nuestra actitud hacia la guerra de Vietnam, establecen un vínculo entre las dos experiencias. La primera experiencia venía determinada por una vieja ilusión, y la experiencia actual, por otra diferente. La Segunda Guerra Mundial, por otra parte, no sembró duda ni desconfianza con el imprescindible Pearl Harbor como aportación de una causa y un propósito ya sobreentendidos. Estaba claro por qué nos habíamos involucrado y cuál era nuestro objetivo a la vista. Pero como ocurriría en el caso de Vietnam, cincuenta años después de la Primera Guerra Mundial, la polémica histórica quedó servida sobre cómo y por qué habíamos entrado en guerra, y la cuestión sigue siendo investigada y reexaminada.

Los revisionistas de las décadas de 1920 y 1930, movidos por la desilusión de posguerra, se negaron a ver nuestra participación como la inevitable consecuencia de la agresión a embarcaciones aliadas, a favor de teorías conspiradoras de una u otra clase. Descubrieron el factor causante de la propaganda británica, el beneficio capitalista y otras fuerzas siniestras y ocultas. Cuando hurgaron en las estadísticas de comercio y finanzas, en correspondencia privada y toda clase de cuestiones internas, sacaron a la luz mucho material importante y nuevos puntos de vista. Sin embargo, su tesis autoinculpatoria requería un tira y afloja de recompensa en favor de Alemania; y, cuanto defendían enérgicamente su propia causa, Alemania, que volvía a lanzar una ofensiva bajo Hitler, daba al traste con ella.

Desde entonces, como manda la costumbre circular de la historia, la contrarrevisión nos devuelve a lo que al principio era obvio. Las vueltas

que dieron los revisionistas —si Roosevelt había tramado Pearl Harbor o si el Tercer Reich, como sostenía el historiador británico A. J. P. Taylor, fue inducido a la agresión por las democracias— gozan de la notoriedad de lo sensacionalista, pero al final se imponen los hechos.

Con el estallido de la guerra en 1914, la actitud predominante en Norteamérica era la de autofelicitación porque aquello no era asunto nuestro; y había una clara intención de que no debería serlo. En su clásica reseña —apropiadamente desde un pueblecito en el corazón del Midwest—, el *Plain Dealer* de Wabash, Indiana, afirmaba: «Nunca valoramos tanto como ahora la previsión de nuestros padres al emigrar de Europa». Las tiras cómicas de los periódicos solían retratar al Tío Sam separado por una gran masa de agua de un lejano grupo de figuritas que se peleaban con violencia; en un caso, recordándose a sí mismo que la manera de salvar su propia vida era «quedarse allí sentado, con las manos en los bolsillos y la boca cerrada»; en otro caso, posicionarse codo a codo con el presidente Wilson, con la espalda vuelta a los «bárbaros» sanguinarios de Europa.

La fe en la seguridad de nuestro aislamiento se vio reforzada por Wilson, quien, decidido a alcanzar la Nueva Libertad mediante reformas internas, se irritó ante la amenazadora interferencia del extranjero en su programa. En diciembre de 1914, manifestó que el país no debería «perder el equilibrio» por una guerra «con la que no tenemos nada que ver, cuyas causas no nos afectan». (Una actitud que tuvo más repercusión veinticinco años más tarde en la referencia de Neville Chamberlain a Checoslovaquia como «un país remoto del que nada sabemos».)

Para Wilson, era justificable pedir al pueblo norteamericano en agosto de 1914 que fuera «imparcial de pensamiento y acción [...] neutral de hecho como de nombre». Pero, en diciembre, cuando la expectativa de una corta batalla se había incumplido en el Marne y los ejércitos quedaron atrapados en el mortal *impasse* de las trincheras, la guerra ya nos afectaba. Resignado a admitir que Norteamérica no se podía quedar de brazos cruzados, en octubre Wilson ya había revocado su prohibición de hacer préstamos a las partes beligerantes. Dicho acto consolidó los cimientos del vínculo económico que desde entonces mantendría unidos a Estados Unidos y los aliados con fuerza e intensidad cada vez mayores. Al permitirse la extensión de crédito comercial, los aliados podían comprar en Norteamérica suministros

que, en virtud del control naval aliado, estaban vedados a las potencias centrales. Esto provocó el boom de la producción, el comercio y las inversiones norteamericanas en el extranjero e inclinó la economía nacional hacia el mismo bando hacia el que se inclinaba el sentimiento popular imperante.

En términos generales, el país estaba tan a favor de los aliados como en contra de la guerra. El presidente compartía ese sentimiento. «Me parecía —escribió el coronel House cuando se cumplió el primer mes de guerra— tan desfavorable hacia la actitud alemana como hacia la balanza del país». El consejero Von Haniel de la embajada alemana en Washington, al intentar desengañar a sus superiores de ciertas ilusiones, les recordó que el sentimiento norteamericano era producto de un vínculo natural con Inglaterra «en historia, sangre, lengua, sociedad, economía, cultura», y que «en el presente caso, instinto comercial y sentimiento apuntan en la misma dirección». Había dado con el *quid* de la cuestión.

Al tiempo que levantaba la prohibición referente a los préstamos, Wilson accedía al comercio ilimitado de municiones, contrario a una anterior propuesta prohibitiva. Estas dos medidas se adoptaron en beneficio no de los aliados (aunque jugarían a favor de los aliados) sino de los norteamericanos —porque tanto la Administración como Von Haniel conocían la fuerza del «instinto comercial» del país y temían que un embargo desviara los pedidos de los aliados a Canadá, Australia y Argentina—. La prohibición de préstamos y el embargo de municiones habrían sido la viva expresión del aislamiento que el pueblo y su presidente creían disfrutar. Pero también habría acabado con la riqueza de los pedidos ilimitados, y Norteamérica no quería sufrir con su neutralidad. Más bien esperaban sacar provecho de ello. Con estas dos medidas económicas adoptadas antes de que la guerra cumpliera tres meses, el hecho, si no la ilusión, del aislamiento había muerto.

En febrero de 1915, Alemania declaró un bloqueo submarino de Gran Bretaña, que sería llevado a cabo por una política de guerra submarina «sin restricciones»; lo cual significaba atacar sin previo aviso a barcos mercantes presentes en la zona. Como violación de los tradicionales derechos neutrales a la libertad de navegación, esto suponía, según un Wilson indignado: «una extraordinaria amenaza al comercio». Un presidente norteamericano estaba obligado a oponerse, aun cuando su disconformidad

aumentara el riesgo de participación en la guerra. Los desacuerdos con los británicos eran continuos respecto a las incursiones sobre la libertad de navegación: la Declaración de Londres, la doctrina del viaje continuado, la elaboración del contrabando, el derecho a la investigación, procedimientos del tribunal de presas y otras molestias que se reducían al viejo conflicto entre el derecho de la parte beligerante al bloqueo y el derecho de la neutral al comercio. Pero las medidas británicas, por exasperantes que les resultaran a los legalistas del Departamento de Estado, no ponían vidas en peligro o afectaban a la mentalidad popular o dificultaban seriamente la circulación de productos, la mayor parte de los cuales iba en cualquier caso destinada a los aliados.

Por contra, consentir el papel asignado al submarino habría supuesto el fin del comercio exterior. La explícita amenaza a las vidas de civiles neutrales significaba o bien que los norteamericanos debían mantenerse fuera de la navegación o bien que el gobierno norteamericano debía ejercer la suficiente presión, sin inclinar la balanza precaria de la neutralidad hacia una abierta ruptura, para conseguir que los alemanes se retiraran. En cualquier caso, con este suceso, la guerra no sólo nos había afectado, sino también involucrado.

Durante los dos años siguientes, fueron llevadas a cabo sin tregua actividades alemanas en los océanos, en Bélgica y en complotos de espías y saboteadores en Estados Unidos para debilitar la neutralidad norteamericana, con resultados que habrían sido los mismos independientemente de la propaganda aliada.

La violación alemana de la neutralidad garantizada de Bélgica, el acto de inauguración de la guerra, había provocado la indignación de Norteamérica y puesto a Alemania en el bando de los malos desde un principio. El país evocaba la imagen del matón en la mente pública. Esto no fue un repentino revés, ya que la imagen del bondadoso profesor alemán personificada por el doctor Bhaer, casado con Jo en *Mujercitas*, había dado lugar, bajo influencia de la Alemania guillermina, a la del arrogante káiser prusiano. La indignación inicial de Norteamérica se habría reducido a indiferencia si, antes de transcurrido el primer mes, no hubiera sido nuevamente despertada y consolidada por el incendio de Lovaina y su antigua biblioteca. El horror engendrado por este acto fue profundo, porque recordemos

que se produjo al otro lado del abismo de 1914-1918, cuando la gente se permitía reacciones simples y sentimentales y se creía en el progreso de la moral social.

Con el ministro norteamericano en Bélgica Brand Whitlock, ex alcalde reformista de Toledo (Ohio), afincado en Bruselas y continuamente en contacto con el poder de ocupación y la población, los norteamericanos sentían especial preocupación por las desgracias belgas, desde el fusilamiento de rehenes hasta la creciente hambre que denunciaba la Comisión de Socorro de Bélgica. El Informe Bryce sobre atrocidades publicado por Inglaterra y firmado, no accidentalmente, por el inglés más conocido en Estados Unidos, el ex embajador en Washington y autor de *The American Commonwealth*, cayó en terreno abonado. Dio lugar a multitud de exageradas historias sobre atrocidades, pero no fue la propaganda británica la que se encargó del proceso y la ejecución de Edith Cavell. Este fusilamiento de una mujer, una enfermera, una humanitaria, junto con la indefectible afinidad alemana con el acto que más indignaría a la opinión pública, selló el concepto de los hunos.

Por encima de todo, las deportaciones en masa de 300.000 belgas a campos de trabajos forzados alemanes, iniciadas en 1916, despertaron más odio que nada desde el *Lusitania*. Debido o no a una mayor sensibilidad respecto al tema de la esclavitud, los norteamericanos —al menos, los de aquel entonces— vieron algo especialmente horroroso en que ciudadanos de una nación occidental blanca fueran trasladados a campos de trabajos forzados. La repulsión, según Von Haniel, «es general, auténtica y está profundamente arraigada».

El hundimiento en mayo de 1915 del *Lusitania* de la naviera Cunard Line que, además de toda una tripulación de pasajeros no combatientes, llevaba un cargamento de munición para armas de bajo calibre, había realizado el «horror» alemán y hecho estallar el conflicto de la guerra submarina. El barco, considerado por los alemanes como un cargamento de municiones con la tapadera de una tripulación no combatiente, fue hundido sin previo aviso; es decir, sin evacuar a los pasajeros antes de lanzar el torpedo. De las casi 2.000 personas que iban a bordo, desaparecieron 1.195, incluidos 124 norteamericanos. La semana anterior, dos barcos norteamericanos habían sido atacados con el resultado de dos muertos.

Por lo tanto, estaban en juego los derechos de neutrales y no combatientes. A esto siguieron tensas y prologadas negociaciones en las que la misión casi imposible de Wilson era lograr que Alemania reconociera estos derechos sin amenaza de guerra, lo último que él quería. Tuvo que abrirse paso por una estrecha cresta entre el precipicio de la guerra y el de la renuncia a los derechos neutrales, recomendada por su secretario de Estado, William Jennings Bryan. Este último, que representaba la postura pacifista de que no valía la pena defender ningún interés ante amenaza de guerra, se convirtió en el portavoz que advertía a los norteamericanos (o, como algunos se empeñaban en decir, prohibía a los norteamericanos) que viajaran a bordo de barcos beligerantes.

En esta petición cristalizó una cuestión primordial que trascendía los problemas del comercio norteamericano o los derechos neutrales. Esa cuestión era nuestra posición como gran potencia. Estados Unidos no podía permitir que los submarinos impidieran la libre navegación de los norteamericanos sin perder el respeto de otras naciones, la confianza de sus propios ciudadanos y su prestigio ante el mundo. No podía prohibir que su propio pueblo ejerciera su derecho, según escribió Wilson al senador Stone, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores y principal aislacionista, «sin admitir su propia impotencia como nación». Aquí estaba el *quid*, porque admitir su impotencia mermaría la ambición que el presidente ya tenía en mente: actuar de mediador en la guerra y salvar al mundo de su propia maldad.

Wilson rechazó la propuesta de impedir la libre navegación de ciudadanos norteamericanos a bordo de barcos beligerantes como un gesto «pobre e inútil» que, al demostrar la «incómoda y evasiva» postura de Estados Unidos, «debilitaría mortalmente nuestra situación». Bryan, a quien la insistente y reiterada advertencia del secretario de Estado le parecía inútil, se negó por su parte a seguir siendo la voz pregonera de los pacifistas. Si bien su renuncia liberaba las cenas diplomáticas de Washington de la abstinencia del zumo de uva, impuesta por el edicto del secretario, apenas facilitaba las cosas a Wilson, que aún debía declararse en contra del submarino sin entrar en guerra. La presión del dilema trajo a colación estas memorables palabras: «Existe una nación demasiado justa que no necesita convencer a otros por la fuerza de que es justa [...] Existe un hombre demasiado orgulloso para luchar».

Aunque el comentario provocó indignadas diatribas por parte de los intervencionistas ante la «cobardía» de Wilson, logró reafirmar la fuerza del sentimiento «expectante» en la nación que el *Lusitania* casi había disipado.

Wilson, en nota tras nota a Berlín, acabó saliéndose con la suya contestando con evasivas, rebatiendo, reiterando y rechazando argumentos. Desatada otra crisis naval por el hundimiento del *Arabic* en agosto de 1915, que supuso la pérdida de cuarenta y cuatro vidas, entre ellas dos norteamericanas, obtuvo la promesa alemana de no hundir barcos sin previo aviso. Pero todo este asunto resurgió con el hundimiento del *Ancona* en noviembre y el *Sussex* en marzo de 1916, y sólo se resolvió con la revalidación de la promesa alemana ante la advertencia del presidente de que, sin ella, a Estados Unidos no le quedaría más remedio que el cese de relaciones. Lo cierto es que este resultado se debía menos a la firmeza de Wilson que al reconocimiento por parte de Alemania de que le quedaban demasiados pocos submarinos con que hundir las numerosas embarcaciones para hacer que el riesgo de belicosidad norteamericana valiera la pena. Mientras tanto, sus astilleros trabajarían las veinticuatro horas para corregir dicha insuficiencia.

Cada vez que, durante estos meses, el torpedo seguía su trayectoria fatal, el grito aislacionista de apartar a los norteamericanos de las zonas de guerra se dejaba oír con más intensidad. Cuando a tal efecto el senador Gore de Oklahoma y el diputado McLemore de Texas presentaron una resolución en el Congreso en febrero de 1916, Champ Clark de Misuri, portavoz de la Cámara de Representantes, envió una delegación a la Casa Blanca para informar a Wilson de que sería aprobada dos contra uno. Tras cuatro millones y medio de palabras, el debate acabó siendo pospuesto, aunque no sin contar 175 votos a favor.

A medida que la guerra se iba alargando y aumentaban el odio y el sufrimiento, que tenían sus repercusiones al otro lado del Atlántico, la opinión pública norteamericana iba perdiendo su cohesión inicial. Los halcones y las palomas de 1916, equivalentes a los intervencionistas y los aislacionistas de la década de 1930, eran los defensores con preparación; mientras que los

pacifistas y la gran cantidad de indecisos se oponían a la participación, aunque no de manera fanática.

La equivalencia presente, no obstante, es inexacta por el repentino viraje ideológico que tuvo lugar en nuestra historia después de 1945. La actitud del pueblo norteamericano hacia el conflicto exterior en el siglo xx se ha dividido entre quienes ven al enemigo o al potencial enemigo como una amenaza a los intereses y el estilo de vida norteamericanos y son, por ello, intervencionistas; y quienes reconocen que no existe ese peligro y, por lo tanto, quieren que nos quedemos en casa y nos metamos en nuestros propios asuntos. Decide quién pertenece a qué grupo la naturaleza del enemigo. Cuando, antes de 1945, el enemigo estaba en la derecha, por lo general nuestros intervencionistas venían de la izquierda. Cuando, a partir de 1945, la Unión Soviética y la China comunista sustituyeron a las potencias derechistas de Alemania y Japón como adversarios nuestros, las facciones norteamericanas cambiaron los papeles en respuesta a ello. La derecha se ha vuelto intervencionista, y la izquierda, aislacionista. Los antiguos defensores del «America First», que se solían pronunciar contra el combate fuera de nuestras fronteras, son ahora halcones que piden más y mayor intervención (dicho de otra manera, intensificación). Ex intervencionistas que antes no podían esperar a luchar contra los fascistas ahora son palomas que interpretan el desacostumbrado papel de aislacionistas. Esta reagrupación es lo que ha incomodado a muchas personas mayores de veinticinco años.

En 1916, las ideologías de izquierda y derecha estaban menos definidas. Los intervencionistas más rotundamente antigermanos procedían de clases altas y cultas sobre todo de la Costa Este, donde el militarismo prusiano (término usado por aquel entonces) se consideraba el máximo enemigo de la democracia no podía triunfar. El presidente de Harvard, Emeritus Eliot, «el roble más alto de Nueva Inglaterra», declaró que la derrota de las potencias centrales era «el único resultado tolerable de esta indignante guerra». White, el presidente del Tribunal Supremo dijo: «Si fuera treinta años más joven, me alistaría en Canadá».

Clérigos distinguidos como Henry Van Dyke y Lyman Abbott no eran menos, y el presidente de la Asociación Histórica Norteamericana, William Roscoe Thayer, anunció en respuesta a la original advertencia de ser imparcial en la manera de pensar, que sólo un «eunuco moral» podía ser



neutral en el sentido insinuado por el *malefic dictum* del presidente. El nuevo secretario de Estado, Robert Langsin, estaba convencido de que una victoria alemana «implicaría la derrota de la democracia en el mundo» a manos del despotismo militar, opinión compartida por su predecesor republicano, Elihu Root, y no digamos por el consejero más cercano al presidente, el coronel House, y su más amargo ofensor, el ex presidente Theodore Roosevelt.

No obstante, las opiniones del elocuente Este eran más influyentes que representativas. El resto del país, con su centro de gravedad a más de 1.500 kilómetros de cualquier océano, todavía llevaba el sello «¡No te metas!». El aislacionismo se centraba de manera natural, aunque no exclusiva, en el Midwest republicano, con sus asentamientos «híbridos» de germano-norteamericanos en Milwaukee, Chicago, St. Louis y otras ciudades, sus tradiciones populistas y sus radicales agrarios llamados «sons-of-the-wild-jackass» [«hijos del burro silvestre»]. Los estados de origen de líderes aislacionistas del Congreso hablan por sí solos: el portavoz Champ Clark y el senador Stone de Misuri, los senadores Hitchcock y Norris de Nebraska, La Follette de Wisconsin, Gore de Oklahoma y, por el sur, Vardaman de Misisipi y el diputado Claude Kitchin, presidente del Comité de Medios y Arbitrios, de Carolina del Norte.

Las divisiones ideológicas trascienden las geográficas. Aunque detestaban las autocracias, muchos progresistas y socialistas (no todos) eran aislacionistas, en parte porque no querían que la guerra interfiriera en la reforma interna y en parte porque habían heredado su aversión a Europa. Evitaban mantener relaciones exteriores con el Viejo Mundo, de cuyos conflictos y ejércitos permanentes y regímenes reaccionarios habían huido sus padres para refugiarse en la promesa norteamericana. Independientemente de su origen o posición, todos coincidían en un razonamiento unánime: el sentimiento a favor de la guerra fue creado para beneficiar a banqueros y hombres de negocios. David Starr Jordan, presidente pacifista de Stanford, imaginaba al Tío Sam «arrojando su dinero con Morgan & Co. al agujero negro de la guerra». La Follette denunció a especuladores como los auténticos promotores de la preparación, y Eugene Debs, líder del Partido socialista, manifestó que prefería ser fusilado como traidor antes que «ir a la guerra por Wall Street».

Previendo que podríamos, y convencidos de que deberíamos, entrar en guerra, los grupos pro aliados abrieron una campaña de preparación en 1915. Con el apoyo de las Ligas del Ejército y de la Armada, formaron comisiones para la seguridad nacional y los derechos norteamericanos, organizaron desfiles, distribuyeron libros, películas y panfletos donde la preparación se identificaba con el patriotismo, presentaron un proyecto de ley en el Congreso para expandir la reserva a un ejército continental de 400.000 soldados y solicitaron al Congreso una asignación de 500 millones de dólares para crear una «Armada adecuada». Cuando la agitación aumentó, encabezada a gritos por Theodore Roosevelt, las fuerzas de la Administración se mantuvieron alerta, no fuera que al oponerse, en un acérrimo arrebató de neutralidad, permitieran que se desarrollara una cuestión partidista con la cual los republicanos se convirtieran en el partido del patriotismo y los demócratas se identificaran con la «debilidad».

En consecuencia, Wilson abrazó la preparación, desfiló con sombreros de paja, apoyó el proyecto de ley del ejército para pasar de 80.000 a 140.000 militares de carrera y situar las reservas en 400.000, y aprobó un programa quinquenal de construcción naval para aportar 10 acorazados, 16 cruceros, 50 destructores y 100 submarinos. Realizó una serie de conferencias por todo el Midwest en favor del proyecto de ley del ejército, pero no logró convencer al núcleo de aislacionistas de la necesidad de contar con fuerzas armadas competentes. No le extrañó el resultado, ya que compensaba cada elocuente llamamiento a la preparación «no para la guerra, sino para una adecuada defensa nacional» con una confesión igual de elocuente sobre la «arraigada pasión por la paz» tanto suya como del país.

En la primavera de 1916, el debate sobre el proyecto de ley del ejército se encontró en el Congreso y en todo el país. Los progresistas bramaron contra el militarismo como fruto de la avaricia capitalista y destructor del sueño americano. Los intervencionistas insistían en que Norteamérica se debía sumar a la batalla de las democracias contra la tiranía (una causa puesta en evidencia por la inconveniente alianza del zar) para que la libertad política perdurara. Los desfiles de preparación ganaron en escándalo y duración; un ejemplo colosal duró doce horas en la Quinta Avenida, con 125.000 hombres y mujeres civiles que marchaban a pie, 200 bandas de música y 50 tambores, miles de observadores que aplaudían desde las ace-

ras y luces que enfocaban a los últimos escuadrones cuando desfilaban de noche. Una mayoría de inquebrantables diputados republicanos de la Cámara de Representantes votó que se advirtiera a los ciudadanos norteamericanos sobre la peligrosidad de los barcos mercantes armados, indicando su firme preferencia por la discreción respecto a los derechos neutrales.

Un testimonio inesperado y sorprendente del profundo sentimiento pacifista surgido el mes de junio en la Convención Demócrata de St. Louis. Los consejeros de Wilson habían planeado hacer del patriotismo el tema principal, con bandas que se centraran en el himno nacional en lugar del *Dixie* y arrebatos de «espontáneo» entusiasmo por la bandera. Estas manifestaciones demostraban estar poco inspiradas, pero el discurso de apertura del ex gobernador Martin Glynn de Nueva York, que argumentaba que la tradición norteamericana dictaba mantenerse al margen de la guerra fuera cual fuera la provocación, produjo un arrebato desenfrenado y un «delirio de placer». Concebido para hacer un llamamiento al sentimiento de paz, había sido previamente aprobado por el presidente, quien, no menos que cualquier otro político de profesión en busca de la reelección, tenía interés en el consenso. Cada vez que Glynn citaba un precedente histórico, su público repetía la consigna: «¿Qué hicimos? ¿Qué hicimos?», y el ponente respondía a voz en cuello: «¡No fuimos a la guerra!». Los delegados vitoreaban, ondeaban banderas, se levantaban de sus asientos. Cuando Glynn, en cierto modo consternado ante lo que había provocado, intentó ceñirse a su texto preparado, la gente gritó: «¡No! ¡No! ¡Venga! ¡Danos más! ¡Más! ¡Más!». Bailaban por los pasillos, «medio locos de alegría [...] chillando como escolares y aullando como sirenas de vapor».

Glynn había demostrado que el pacifismo, en lugar de ser algo poco masculino, estaba bien, era patriótico y norteamericano. El efecto fue «sencillamente electrizante». Los líderes de la Convención quedaron consternados. El presidente McCombs garabateó a toda prisa en una hoja de papel: «Pero estamos dispuestos a luchar si es necesario», firmó con su nombre y se la pasó a Glynn, que asintió y le respondió: «Me hago cargo». Pero nunca lo hizo, fascinado como estaba con la reacción que había causado en la multitud. Los planes políticos fueron alterados. La campaña de Wilson se revisó para hacer de la paz el tema principal; los republicanos,

que repudiaban a Roosevelt, presentaron a Hughes con una plataforma electoral de «neutralidad recta y honrada» y en noviembre perdieron contra el eslogan promocionado por los consejeros de Wilson: «Él nos mantuvo al margen de la guerra».

Fue esta cuestión del sentimiento pacifista lo que consiguió la ajustada victoria en una votación bastante reñida de los estados occidentales en nueva alianza con el Sur. Esto permitió que Wilson recuperara para el Partido demócrata lo que Bryan había perdido tres veces, el apoyo de la mayoría de estados predominantemente agrícolas.

Los cuatro últimos meses que condujeron a la belicosidad norteamericana empezaron con el esfuerzo concentrado de Wilson entre diciembre y enero para poner fin a la guerra a través de la mediación. Su concepto de «paz sin victoria», aunque denominado por el senador La Follette «el mayor mensaje del siglo», no atrajo a las partes beligerantes. Como ningún bando quería que el presidente norteamericano determinara las condiciones de un acuerdo y cada uno de ellos estaba empeñado en hacerse con la victoria total, el intento de Wilson de negociar la paz fracasó.

Mientras tanto Alemania, habiendo creado una flota de doscientos submarinos, tomó la decisión de exponerse a la hostilidad norteamericana en un esfuerzo denodado por terminar la guerra a su manera. El 31 de enero de 1917, notificó oficialmente a Washington la intención de retomar la guerra submarina ilimitada a partir del día siguiente. Ninguna embarcación neutral podría poner rumbo a Inglaterra. Una única excepción en la forma de un barco norteamericano de pasajeros tendría permiso para hacerlo si no llevaba contrabando; sólo podría atracar en Falmouth y sólo los domingos; llevaría pintadas tres franjas verticales, blanca, roja y blanca, con un metro de ancho cada una; y en cada mástil ondearía una enorme bandera a cuadros blancos y rojos.

Ante la perspectiva de chimeneas «a rayas como el poste de un barbero y una bandera como el mantel de una cocina», el historiador norteamericano J. B. McMaster apenas podía reprimir su indignación. El insulto implícito en aquellas órdenes y dirigido al principal neutral indicaba que Alemania no tenía ninguna duda sobre cuál sería la respuesta de Norteamérica. «Contamos con la probabilidad de entrar en guerra con Estados Unidos», había dicho el mariscal de campo Von Hindenburg en el Cuar-

tel Supremo cuando la decisión fue tomada, pero «las cosas no podían ir peor. Había que poner fin a la guerra como fuera tan pronto como fuera posible». El cuartel se había convencido a sí mismo de que, antes de que el submarino pudiera destruir a los aliados, la ayuda militar norteamericana sería «nula». Pero el canciller civil Bethmann-Hollweg creía que la entrada de Norteamérica supondría el «*finis Germaniae*».

En la vorágine del conflicto, Norteamérica se había convertido, lo quisiera o no, en una gran potencia: como arsenal y banco de los aliados, a cuya causa nuestra economía estaba vinculada no menos que nuestro sistema político, y como obstáculo, mientras siguiéramos suministrando a los aliados, para cualquier esperanza alemana de victoria. Conceder ahora la libertad de navegación tras un reñido mantenimiento del principio durante dos años era incompatible con un estatus de primera clase. A Wilson no le quedaba más remedio que declarar la temida ruptura de relaciones. Los grupos pacifistas enseguida fueron llamados a la acción en reuniones masivas para exigir que los barcos norteamericanos permanecieran fuera de las zonas de guerra, mientras que los intervencionistas hacían campaña con el mismo ruido en favor del armamento de nuestros barcos y la agresiva reafirmación de los derechos norteamericanos.

Mientras los barcos se amontonaban en puertos nacionales, el comercio norteamericano amenazaba con quedar paralizado y afectar a toda la economía nacional. El gabinete ministerial se alarmó. Aunque Wilson tenía la autoridad ejecutiva para armar barcos, era reacio a dar el paso que inevitablemente desencadenaría el fuego cruzado. Prefería pedir autorización al Congreso, para así abrir el gran debate y entorpecer el proyecto de ley sobre armamento de barcos. En medio de esto llegó el revelador telegrama del ministro alemán de Asuntos Exteriores Arthur Zimmermann que invitaba a México a una alianza como parte beligerante. Para mantener las fuerzas norteamericanas ocupadas dentro de sus propias fronteras, ofrecía a México recuperar sus territorios perdidos: Texas, Arizona y Nuevo México. El telegrama, interceptado y decodificado por la inteligencia naval británica y puesto a disposición de su país, fue cedido a la prensa el mes de marzo con la esperanza de influir en «la pandilla de hombres tercios» del Senado. No se consiguió, pero eso influyó en el público norteamericano más que nada desde el estallido de la guerra. Como si de un asalto a terri-

torio estadounidense se tratara, convenció a los norteamericanos de la hostilidad alemana hacia su país.

El 9 de marzo, el Congreso levantó la sesión sin aprobar el proyecto de ley. Igualmente, el presidente dio la orden de armar barcos y esperó el «acto manifiesto». Llegó el 18 de marzo con el torpedeo por sorpresa de tres mercantes norteamericanos sin graves consecuencias. En aquel momento, el derrocamiento del zar por la Revolución rusa preliminar vino a purificar la causa aliada, y la llegada del gran nuevo converso a la democracia bajo el régimen de Kerensky trajo una oleada de entusiasmo a los corazones liberales. Al mismo tiempo, el creciente número de víctimas que el submarino se cobraba hacia del Atlántico un cementerio y auguraba la perspectiva de derrota de los aliados.

Durante dos semanas más el presidente dudaba en su agonía, afligido por la sensación, como él mismo había manifestado a principios de mes, de que «cuestiones ajenas a nuestra vida como nación y sobre las que no tenemos control [...] pese a nuestro deseo de mantenernos al margen» involucraban al país en una guerra que no quería. «Si alguna nación ahora neutral entrara en guerra —había dicho en noviembre— sería sólo por fuerzas superiores a ella».

Esto es más que cierto. No tuvimos elección; lo que nos sumió en la guerra fueron las realidades del conflicto mundial. Al final de una serie de largos exámenes eruditos, Ernest May, de Harvard, concluyó en su *The World War and American Isolation, 1914-17* publicado el año 1959: «Un riguroso análisis no da con el punto en que él [Wilson] podría haberse echado atrás y tomado otro camino».

El 2 de abril, Wilson fue al Congreso a pedir su aceptación formal del «estatus de parte beligerante que le ha sido impuesto». Culpó de manera especial a la guerra submarina: «una guerra contra todas las naciones». Dijo que «la neutralidad ya no es ni factible ni deseable» cuando la paz del mundo y la libertad de su pueblo se ven amenazadas «por la existencia de gobiernos autócratas respaldados por la fuerza que controla por completo su voluntad, y no la voluntad del pueblo».

La validez de esta proposición quedaba mermada por el hecho de que él había considerado la neutralidad factible y sumamente deseable en coexistencia con estas naciones durante casi tres años. «Una paz duradera

—descubrió ahora— no se puede mantener si no es mediante la asociación de naciones democráticas». Citando el telegrama Zimmermann como prueba de propósito hostil, dijo que a las democracias les resultaba imposible garantizar la seguridad en presencia de la autocracia prusiana, «esta enemiga natural de la libertad». Y de ahí la perorata final: «El mundo debe ser un lugar seguro para la democracia [...] el derecho es más valioso que la paz».

Wilson no dijo nada sobre el peligro para la democracia que no se hubiera dicho ya. Por esa razón podríamos haber entrado en guerra seis meses o un año o dos antes, con un efecto incalculable sobre la historia. Salvo por la demostración de hostilidad en la campaña del telegrama Zimmermann, nuestra causa había sido igual de válida, pero entonces se trataría de una guerra preventiva —para prevenir una victoria del militarismo alemán con su potencial amenaza a nuestro modo de vida— y no de una guerra sin alternativa. En vez de ello, esperamos a los actos manifiestos de hostilidad que nos impusieron la guerra.

La experiencia se repitió en la Segunda Guerra Mundial. Antes de Pearl Harbor, la amenaza del nazismo a la democracia y la evidente hostilidad japonesa hacia nosotros eran lo bastante patentes, en lo político, para justificar la guerra preventiva. Pero el pueblo norteamericano no lo tenía tan claro, y no luchamos hasta que fuimos atacados.

Desde entonces, en nuestras guerras la asunción de responsabilidad para dirigir, e incluso controlar, los asuntos mundiales ha sido casi demasiado ansiosa —tan ansiosa como antes reacia—. En lo que nuestros líderes consideran una clarividente percepción de futuro peligro, y antes de que nuestras propias costas o nuestros tangibles intereses se hubieran visto afectados, nosotros mismos emprendimos una aventura militar a medio mundo de distancia con el resultado de que el país, a diferencia del gobierno, no siente estar luchando en defensa propia. Corea era absolutamente impopular, y Vietnam —donde hemos dado un paso más allá de la guerra preventiva para contener el comunismo chino—, aún más. En estas circunstancias, el instinto del país es irrefrenable; la conciencia está alterada, y los consejos, divididos.

Dos clases de guerra, la ambiciosa y la preventiva, tienen difícil explicación, y la segunda aún más que la primera. Aunque la primera podría ser

considerada menos moral, en lo que a la experiencia humana respecta la moralidad abstracta no ha determinado especialmente la conducta de los Estados y siempre se puede hallar una buena y justificable razón como la necesidad o el irredentismo o el «destino manifiesto» para tomar un territorio. Además, las guerras ambiciosas tienden a ser cortas, intensas y a tener éxito, y el éxito nunca necesita una explicación. En cambio, es imposible demostrar que una guerra preventiva ha sido necesaria, porque no se puede decir qué habría ocurrido sin ella. Dada la diferencia en poder moderno y recursos organizados entre China y nosotros mismos, nuestro exagerado temor del comunismo chino, como amenaza y en su llamamiento al resto de Asia, parece injustificado por un «peligro claro y presente». Llevados por una nueva sensación no hemos esperado, como en la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, a ser el blanco de nuestro enemigo.

En abril de 1917, la sensación de aislamiento fue borrada. Norteamérica llegó al final de la inocencia y de la desbordante libertad de soltera. No sorprende que las responsabilidades de potencia mundial no nos hayan hecho más felices. Para ayudarnos a cumplirlas, hemos sustituido la sensación de aislamiento con la de omnipotencia. Ese velo también debe caer.

Donde una vez nos consideramos independientes y libres de mantenernos al margen, ahora nos vemos como con la misión de organizar el mundo a nuestra imagen y semejanza. En términos militares, mañana mismo podríamos dejar fuera de combate a Hanoi, y sin duda también a Pekín; pero no podemos crear una nueva democracia honrada a partir de cenizas nucleares. Sea cual sea nuestro poder material o económico, no basta para la omnipotencia. Es imposible moldear el mundo no occidental a nuestra manera, como imposible exigir que acepte nuestros conceptos de libertad política y gobierno representativo. Es demasiado tarde en la historia para exportar a las naciones de Asia y África, con poblaciones analfabetas y desnutridas de cientos de millones de personas, la democracia que evolucionó en Occidente durante más de un milenio de lentas y pequeñas experiencias desde la asamblea sajona hasta la Declaración de derechos. No han tenido tiempo de conocerla, y la historia tampoco va a dárselo. Mientras tanto, vivimos todos en el mismo globo. Lo mejor del valor está en dedicarlo a aprender a vivir con las diferencias, por hostiles que sean, hasta que no encontremos otro planeta.



## LA ESPADA RÁPIDA DE ISRAEL\*

Un pueblo considerado pacífico durante siglos llevó a cabo en junio, y contra todo pronóstico, la operación militar más perfecta de la historia contemporánea. Rodeado por tres flancos, enfrentado a una amplia superioridad numérica y armamentística, luchando solo contra enemigos respaldados y equipados por una gran potencia tras haber perdido la ventaja del factor sorpresa, lograron la más rara de las hazañas militares: alcanzaron objetivos concretos —en este caso, derrotar a las fuerzas enemigas y proteger las líneas defendibles— en un período de tiempo determinado y sin cometer errores garrafales. La guerra, que en conjunto fue la batalla más grande jamás librada en esta zona, conmocionó al mundo, puso el equilibrio local e internacional en el punto de mira, salvó casualmente a Estados Unidos de una posición crítica y, pese a las consecuencias, evidenció un profundo fallo de cálculo ruso y, presumiblemente, de inteligencia militar. El hecho de que las fuerzas armadas que consiguieron este resultado pertenecieran a un estado de menos de veinte años de antigüedad y con una población más de la mitad inmigrante, plantea dudas sobre los ingredientes de una eficaz potencia militar. ¿Quiénes son las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI), y cómo actuaron?

Los principales ingredientes eran, sin lugar a dudas, la motivación y la necesidad acuciante; pero toda la voluntad del mundo no habría bastado sin capacidad. Lo que principalmente aportaba capacidad era el poder mental de esta gente, que por primera vez desde el Éxodo fue canalizado al arte militar en defensa de su patria.

En segundo lugar, desarrollaron por decisión del Estado Mayor lo que

\* *The Atlantic*, septiembre de 1967.

éste denomina «la respuesta israelí» en táctica, armamento e instrucción, para dar respuesta a las necesidades del pueblo y a las suyas propias en la guerra particular en la que estaban sumidos. En parte, ésta fue una decisión militar que reflejaba la experiencia política decepcionada en sus relaciones con otros; básicamente, era temperamental, y derivaba de la independencia autoimpuesta por los primeros colonos sionistas, de quienes descendían los funcionarios de alto rango, en su mayoría nativos.

El tercer ingrediente de capacidad era el desarrollo de una doctrina militar basada en el pleno cumplimiento de una misión por parte de todos los rangos y bajo todas las circunstancias y en la total explotación de cada recurso, especialmente el conocimiento del enemigo y la capacidad armamentística. Se espera que un tanque, avión o pistola en las manos de Israel supere a sus iguales en otras manos. El principio de explotación también se aplica a las oportunidades que se presentan durante la batalla, basadas en la fe en la improvisación, en la acción si no en el plan.

Finalmente, los recursos humanos de la nación, que hasta los 49 años constituyen la reserva activa, se mantienen preparados gracias a ejercicios continuos y metódicos que no siempre sirven sólo como instrucción. Un joven reserva que volvía a casa tras un breve llamado a filas respondió cuando sus padres le preguntaron qué había estado haciendo: «Disparando a infiltrados». Lo que forjó las fuerzas armadas de Israel fue el hecho de que el Estado no conocía la paz.

Tres condiciones en la época en que el Estado nació como tal determinaron la clase de ejército que éste tendría que crear: ausencia de paz, limitaciones de geografía y limitaciones de recursos humanos y dinero. Una cuarta, que era una ventaja, era el conocimiento previo de un enemigo concreto, familiar y contiguo.

Cuando la Guerra de la Independencia de 1948 fue suspendida por armisticio sin un tratado, los maltrechos defensores hicieron balance y se percataron de que habían conseguido un Estado pero no la paz. A lo largo de una frontera alargada poco natural, dibujada con caprichosos nudos y bultos que marcaban posiciones el día de la tregua, se enfrentaban a unos vecinos frustrados y amargados sujetos a una continua propaganda de venganza. La geografía jugaba en contra de los israelíes. Éstos no tenían obstáculos naturales en los que basar una defensa, ningún territorio que ceder ni espa-

cio al que retirarse. A diferencia de países más grandes, no se podía permitir errores como el que Francia cometió en 1914 o recuperarse de un desastre anterior como Dunkerque o Pearl Harbor. Este hecho dictaba una estrategia, en caso de necesidad, de llevar la guerra al enemigo, y el ataque inicial no podía fallar. Otros países pueden afrontar la posibilidad de una derrota o una invasión y esperar sobrevivir, con una pérdida total o parcial de independencia. Para Israel, creía su pueblo, una derrota implicaría aniquilación. Una vez dentro de Israel, decía el general Amos Horev, vicepresidente científico de las Fuerzas de Defensa de Israel, los árabes «nos habrían cortado en rodajas». Como comandante de un batallón en la lucha por Jerusalén en 1948, el general Horev, más parecido a un remero de Yale que a un general, había tenido que dejar a sus muertos en el campo de batalla y volver al día siguiente para enterrarlos. Encontró los cuerpos destrozados y, con ayuda de otro oficial, recompuso extremidades, cabezas y torsos antes del funeral, ya que conocía en persona a cada uno de los fallecidos. Muchos otros sabían por una experiencia como la de la masacre de Hebrón (1929) lo que significaría que los árabes dominaran algún día la situación.

La limitación de recursos humanos y dinero descartaba un ejército permanente idóneo para desempeñar labores de defensa. La solución a la que se llegó fue depender de un pequeño ejército profesional que, junto con cada clase de reclutas que hicieran el servicio militar durante dos años y medio, constituiría un núcleo permanente. El resto, que en la guerra de junio ascendía a un 80 % del total, había que sacarlo en situaciones de emergencia de una reserva nacional en vida civil. El problema era cómo organizar, instruir y mantener al día dicha reserva para que pudiera ser movilizada en veinticuatro horas y capaz de salir al campo de batalla en cuarenta y ocho. Esto requería una «respuesta israelí», ya que ningún otro país tenía el mismo problema bajo las mismas condiciones. Estados Unidos cuenta con tres semanas para poner la reserva en acción. Se llevó a cabo una adaptación del sistema suizo en virtud de la cual cada localidad formaba a su propia brigada —salvo en el caso de unidades especiales como la de los paracaidistas o la fuerza aérea— y así se ahorraba el tiempo de las reuniones. Existen depósitos para el equipo de cada unidad, de cuyo mantenimiento se encargan los reclutas y los militares de carrera.

Los reservistas conservan el grado necesario de forma y preparación, con un pie en el ejército, durante períodos de instrucción de un mes al año para soldados rasos y seis semanas para oficiales, más llamamientos más breves de hasta tres días cada tres meses, en función del tipo de unidad y la necesidad.

Las FDI son la nación, no una parte de ella. Los conductores de autobús se convertían en conductores de tanque, y ahora vuelven a sus rutas locales. El gerente de un supermercado que estaba al frente de un batallón en el Sinaí y capturó a un general egipcio ha regresado a sus comestibles. Incluso un comandante de división era reservista: el general Avram Yoffe, que es comisionado de parques en lo civil. Los *kibbutzim*, que representan entre un 6 y un 7% de la población, con su largo compromiso para con la tierra y su arraigada tradición ideológica, aportaron el 12% de los oficiales y el 25% de bajas. Casi cada familia tenía cierta conexión con alguien que estaba en la guerra: «El esposo de mi sobrina que tomó la residencia del gobernador», o «el hermano de Jaacov a bordo del barco PT» forma parte de cada conversación.

La sorpresa fue la actuación de la generación «expreso», que rondaba la veintena y despertaba desconfianza en sus mayores, a quienes les parecía que despreciaban los viejos ideales y se sentaban en las cafeterías delante de un expreso, con mucha apatía y poca dedicación. En el test, estos jóvenes eran los que llevaban el peso del combate con un violento compromiso importante para la nación como la victoria.

La organización regional de unidades ofreció un incentivo añadido en la batalla, como en el Comando Norte, cuando hombres que luchaban contra los sirios defendían o vengaban sus propias aldeas a menudo bombardeadas. No importa de dónde procedieran, decía un oficial, «si de Galilea, Tel Aviv o el Negev, cada hombre luchaba como si todo dependiera de él». Muchas veces, en la movilización general por la crisis, las unidades recibían compensaciones adicionales de un 20%. Los hombres mayores y los no llamados a filas por alguna otra razón se presentaban de todas formas, incluido un padre que se unió a la brigada de su hijo; y ambos fueron aceptados como rostros conocidos por el comandante de la compañía sin levantar demasiado revuelo. A éste no le importaba quién sacaba provecho, explicó el general Chaim Barlev, segundo jefe de Estado Mayor: «Sólo el ordenador lo sabe después».

Las unidades se instrúan durante años en un terreno concreto. Toda la información relevante que pudiera ser obtenida antes de la guerra se recopilaba y se estudiaba. Las FDI asignaban un porcentaje más alto de munición —hasta un 50% de munición total en instrucción— para los actuales problemas tácticos de fuego antes que para afinar puntería como en otros países.

Las FDI no creen en que los oficiales empiecen como oficiales, sino que seleccionan a los candidatos a oficial entre los reclutas que prometen, cuando ya sepan lo que significa servir como soldado. Antes, los candidatos deben sobrevivir a rigurosas pruebas y aprobar los exámenes de suboficial. Los oficiales de reserva de nivel compañía y superior deben realizar cursos de tres meses cada dos o tres años o abandonar su grado de oficial.

Por lo reducido del presupuesto, la instrucción de oficiales está más concentrada en Israel que en ningún otro país, ya que el ejército de tierra no le dedica más de seis meses. Cuando terminan, según el general Uzi Narkis, jefe del Comando Central, «sienten el vacío entre lo que han aprendido y lo que deberían saber, así que intentan aprender más por su cuenta». Hombre bajo, compacto, serio y de ojos brillantes que estableció su cuartel general en el casco antiguo de Jerusalén tras el cese de las hostilidades y se desplaza allí en su coche sin escolta, hablaba sentado sobre una pierna mientras bebía a sorbos la naranjada embotellada por la que las FDI lucharon en la guerra. La curiosidad intelectual de los judíos, dijo, era una importante baza militar. «Quieren saber "por qué": por qué esta colina y no la otra, por qué de esta manera y no de la otra. Son escépticos y críticos. Los israelíes lo critican todo del gobierno, del ejército y de sí mismos, a todas horas. Es importante que un oficial sea autocrítico... y obstinado. Tiene que ser obstinado y ceñirse a su misión hasta que la haya llevado a cabo». Los tres imperativos de un oficial, dijo, son espíritu investigador, ejecución de la misión y orientación —al terreno y la tarea. «Y, por supuesto, liderazgo y audacia, se sobreentiende». Un oficial es quien va al frente, y para ir al frente tiene que anticiparse, «y anticiparse también a los hechos». La prueba de que los oficiales fueron al frente durante los seis días de junio está en que el porcentaje de bajas llegó al 30% en comparación con menos del 10% para el resto.

El oficial es joven; y ser joven es un fetiche para las FDI. Yigael Yadin, hoy en día profesor de arqueología y director de las excavaciones de Massada, tenía treinta y tres años cuando ejercía como jefe de Operaciones en la guerra de 1948. El actual jefe de Estado Mayor, el general Itzhak Rabin, ahora con cuarenta y seis años, fue nombrado a los cuarenta y tres, y la media de su Estado Mayor seguramente sea la más joven del mundo. Esto responde a una política deliberada que refleja la tensa conciencia de los líderes militares de que de ellos puede depender en cualquier momento la existencia del país. Están decididos a mantener preparadas las FDI siempre, nunca satisfechos, mejorando constantemente.

Para el Estado Mayor y para casi todos los oficiales de alto rango que ahora tienen una media de 40 años, así como para muchos de los soldados rasos, ésta es su cuarta guerra. Lucharon en la Segunda Guerra Mundial como parte del ejército británico, en su propia Guerra de independencia contra los árabes en 1948 y en la Campaña del Sinaí contra Egipto en 1956. En 1941, cuando Palestina parecía correr peligro de ser invadida por las fuerzas de Rommel en África del Norte, sus jóvenes ciudadanos judíos se unieron o bien al ejército británico o bien al Palmach, núcleo profesional de la Haganá, cuyos miembros eran entrenados a fondo para resistirse a la esperada invasión. Entonces fue cuando centraron por primera vez su atención en la península del Sinaí, porque ésa sería la ruta de Rommel. Después de 1945, el Palmach adquirió otra clase de experiencia militar en la lucha ilegal para traer de vuelta a los refugiados. Las operaciones costeras y de altura que llevaron a cabo en este contexto supusieron la primera experiencia de la Armada israelí. Viéndose ante la inminente confrontación con los árabes ya al final del Mandato, el Palmach emprendió un estudio sistemático del enemigo que iba a aportar a las FDI de 1967 la información más rigurosa y precisa jamás proporcionada por ningún servicio de inteligencia.

El actual jefe de Estado Mayor, el segundo jefe y los jefes de inteligencia, operaciones, fuerzas aéreas y cuerpo de ejército acorazado, así como los tres comandantes de zona, son todos veteranos del ejército británico o del Palmach, y todos salvo tres son palestinos de nacimiento.

Muchos de los altos mandos han estudiado durante cortos períodos de tiempo en academias de Estado Mayor de países como Francia, Gran Bre-

taña y Estados Unidos, pero eso no es algo de lo que presuman; hay que son-sacárselo. Un aspecto que comparten de manera unánime y especial es la negativa a reconocer cualquier deuda con métodos o doctrinas extranjeros en su desarrollo independiente. No hay expertos ni consejeros extranjeros en las FDI.

Los israelíes quieren dejar claro que han creado sus fuerzas armadas a partir de las experiencias vividas desde el Palmach. Este esfuerzo también ha sido deliberado porque, con poco tiempo en lo militar y pequeños en cuanto a número, han tenido que resistir cualquier tentación de emular a figuras militares paternas representadas por una u otra de las grandes potencias. Una razón de más peso es el sentido de singularidad que ha caracterizado a los judíos desde que Abraham selló su alianza con Dios. El general Ezer Weizmann, jefe de operaciones de las FDI, reconoció ambas tendencias y dijo: «Tenemos que protegernos contra los extremos de ser demasiado arrogantes o demasiado modestos, diciendo: “¡Oh, somos insignificantes, decidnos qué hacer!”». Lo que lo influenció en la *École de l'État Major*, según el general Aharon Yariv, jefe de inteligencia, fue *la méthode*, cómo ver y analizar un problema, no el problema en sí. Cuando él y sus colegas fundaron su propia academia general de Estado Mayor, «no copiaron nada». Por clásicos que fueran, doctrina y métodos tenían que ser prácticos para las circunstancias locales, no simples repeticiones de un principio aceptado.

Estos oficiales comparten tal seguridad en sí mismos que no se pueden permitir el silencio, o más exactamente la modestia. Están dispuestos a reconocer, de la manera más abierta y amistosa, que «éramos buenos». El general Rabin, un hombre comedido, atento y reservado y fumador empedernido, que daba la impresión de reprimir un conflicto interior, es casi tímido, pero cuando habla de su tema, se vuelve magistral. En todo el Estado Mayor y oficiales de mando, el evidente conocimiento de su materia halla expresión en la disposición, e incluso ansia, de hablar de ello. Rebosan ideas. Por desafío y necesidad, la profesión militar en Israel puede atraer a la energía más selecta del país. Éstos son los oficiales y los soldados que libraron batalla el 5 de junio, que lucharon en el Sinaí durante setenta y dos horas casi seguidas, parando sólo para repostar y dormir un par de horas; que, en el caso de una compañía de paracaidistas, combatieron en los tres

frentes: Sinaí, Jerusalén y Siria; cuyos oficiales, uno tras otro, entraban en acción si otra unidad seguía avanzando; que, en los dos últimos días se lanzaron y partieron hacia las alturas sirias, para enfrentarse a una posición que incluso ahora, para quien vea sus emplazamientos de artillería, líneas de fuego, búnkeres de cemento, alambre de espino y trincheras de piedra, parece imposible de tomar por una tropa de asalto.

No se puede entender el ímpetu y la fuerza que empujó a los israelíes durante los seis días sin tener en cuenta el período de crisis precedente. Todo el mundo coincide en que el de «tensión», como ellos mismos lo llaman, fue el peor momento. El público en general, ajeno al conocimiento exacto que el alto mando tenía de su propia capacidad, sentía que el enemigo se acercaba. Con la concentración egipcia de unidades blindadas y las radios de El Cairo, Damasco y Ammán hablando de aniquilación a voz en cuello, volvieron a ver el fantasma del genocidio. Sabían que tendrían que luchar solos. Una a una, las naciones se habían ido retirando de la flota marítima propuesta para entrar por la fuerza en el golfo de Aqaba. La experiencia les resultaba familiar. Gran Bretaña había cerrado las puertas de Palestina a los judíos que intentaban huir de Hitler. Tras haber votado por la partición, Naciones Unidas los había dejado a merced del ataque árabe al imponer un embargo sobre las armas. Las promesas de 1956 no se habían cumplido. Tenían la sensación de que la indiferencia mundial se repetía y los dejaba en manos de otra «solución final». Israel siempre tiene presente el programa nazi para borrar a los judíos del mapa, y viven con la idea de que los árabes que lo han adaptado a sus propósitos preparan una tentativa.

Además del miedo y la depresión de algunos, había quien tenía la sensación de haber tenido bastante con la belicosidad árabe, las amenazas, el sabotaje, los terroristas y la desviación del agua, con lo que esta vez debían hacer un meticuloso trabajo. En palabras del general Rabin, habían llegado a «una frustración acumulada, porque todos sentían que habían intentado evitar la guerra de todas las maneras y ahora nos veíamos obligados a ser partícipes».

Para el alto mando, el período de espera era una «agonía», porque cada día que la guerra se prolongaba las bajas aumentaban. En comparación con 1956, o eso creían, entraban en guerra con una gran desventaja:



esta vez el grueso del ejército egipcio ya se encontraba al este de la zona del Canal, con una enorme cantidad de armas modernas y diez años de instrucción soviética que antes les faltaba. Israel avanzaba contra ellos solo, sin aliados que bloquearan los aviones enemigos; además, luchaba en dos frentes o puede que en tres, y no sólo en el Sinaí. Pero la alternativa —aceptación del bloqueo— habría sido intolerable: «Nos habrían enterrado vivos», como dijo un oficial. Había que tomar una decisión, porque la elección, como resumía el mismo soldado, era clara: «Rendirse era ser aplastado como un gusano». Tras haber esperado impacientes durante tres semanas, las FDI abrieron fuego como agua que brota de un manantial.

Su punta de lanza fueron las fuerzas aéreas, que establecieron las condiciones de la victoria —el teniente general del Aire Mordecai Hod prefirió decir «ganaron la guerra», pero parece injusto para el ejército de tierra— en ochenta minutos. «Dedicamos dieciocho años a planear y estudiar esos ochenta minutos», dice, los ojos radiantes de orgullo. Como comandante de una espectacular actuación y éxito sensacional, no puede contener su alegría. Sus ojos y su boca esbozan una sonrisa al hablar, y enseguida se transforma en mueca. Está desbordante de felicidad. Antes de acceder al mando, Hod fue comandante de reemplazo a las órdenes de su no menos entusiasta predecesor, Ezer Weizmann, de quien heredó su estilo. Weizmann, sobrino del primer presidente de Israel, nació en Tel Aviv, y Hod, en el *kibutz* más viejo de Israel, Degania A en Galilea. A los cuarenta, sigue volando cada semana con uno de sus escuadrones, con la sensación de que él tiene que saber hacerlo sin importar lo que les exija a ellos. Eso da confianza en sus órdenes a los pilotos de caza, que empiezan la instrucción a los dieciocho y cuya media está entre los veintidós y los veintitrés años de edad.

Las fuerzas aéreas convencieron a sus colegas de que, aunque Israel podría mantener las distancias con el enemigo, no «ganaría» sin supremacía aérea. Crear el perfecto instrumento infalible para este propósito era el objetivo de Hod y Weizmann. Designado para comandar las fuerzas aéreas a los treinta y cuatro años en 1958, Weizmann describe los ocho siguientes años hasta el cambio a su presente puesto en calidad de jefe de operaciones como «los mejores de mi vida». Trabajaba en las fronteras

de la era jet consciente de la tarea vital de la que dependía la supervivencia de su país.

Alto, esbelto y locuaz, con un bigotito y un inglés de acento marcado, Weizmann se revuelve inquieto en su asiento, enroscando las largas piernas, inclinándose hacia delante como para hacer una observación, o yendo y viniendo a grandes zancadas mientras rápidas frases tropiezan las unas con las otras en una alocada carrera por seguir el ritmo de sus pensamientos. Tiene el don de la palabra. Hablando sobre el significado de Jerusalén para un Estado judío: «Yo no podría educar a mis hijos con la historia de Tel Aviv». O, respecto a la incompatibilidad de carácter nacional como un factor del imperfecto éxito ruso a la hora de instruir a los árabes: «Que me parta un rayo si sé lo que tienen en común Iván y Mohamed». Debido al extraordinario historial de las fuerzas aéreas, dice, los extranjeros creen en la existencia de algún arma secreta supersónica o electrónica, «algo que silba y canta el Hatikva»; pero la respuesta era bien sencilla: perfecto manejo de la máquina diseñada y adaptada tanto para las distancias cortas del combate aéreo en Oriente Medio como para los reducidos recursos de Israel. Por ejemplo, al negociar con los franceses la compra de aviones Mirage el año 1958-1959, los israelíes insistieron en que el caza tuviera dos cañones incorporados aunque estuviera pensado para llevar sólo misiles. Los franceses argumentaron que, con los nuevos adelantos, en el combate aire-aire sólo se necesitaban misiles; pero los israelíes tenían en mente un doble propósito. Querían usar los aviones no sólo para interceptar bombarderos y luchar contra los MiG-21 rusos que llevaban misiles más un cañón, sino también para destruir aviones en tierra, la clave de su estrategia. Weizmann siguió en sus trece con los cañones hasta que los consiguió. «No habría comprado los aviones sin ellos».

«En las fuerzas aéreas éramos unos fanáticos —dice—. Sabíamos exactamente lo que queríamos. Queríamos confiar en nuestras propias ideas antes que ser esclavos de los ordenadores». Éste era el secreto de la suma confianza en que «podíamos derrotar al enemigo», aun cuando el enemigo representara a las fuerzas aéreas combinadas de Egipto, Siria, Jordania e Irak. ¿Por qué? «Porque el mundo militar ha pasado a ser víctima de su propia sofisticación en materia de armamento, apabullado por la tecnología de la era atómica. Ha olvidado que cerebro, nervio, moral e

imaginación superan en mucho la capacidad de un ordenador. Ningún ordenador puede “estar por encima de la llamada del deber”, y las medallas se conceden precisamente por eso».

Las fuerzas aéreas diseñaron sus propias armas y formaron a sus pilotos en función de un objetivo concreto y la capacidad del enemigo. Ante este problema, los servicios de inteligencia de Israel se pusieron manos a la obra, recopilando, reconstruyendo, creando durante meses y años, mediante reconocimiento fotográfico y otros medios, pese a la desventaja de no tener agregados militares u otros representantes en los países árabes, un retrato completo del enemigo. «Lo sabíamos todo sobre las fuerzas aéreas egipcias —dijo Hod—: cómo trabajaban, cuál era su formación, dónde tenía lugar, cuándo y cómo», incluido el tiempo exacto que les llevaba levantar el vuelo en caso de alerta —hasta veinticinco minutos más en determinadas bases, comparado con una figura israelí que, si bien no desvelaría, le arrancó a Hod su más amplia sonrisa.

Ningún comandante, dijo, había contado jamás con mejores servicios de inteligencia. Su planificación era tan precisa que era capaz de eliminar las bases de cazas egipcios más cercanas y alcanzar a los bombarderos, más apartados, en el preciso instante en que rodaban por la pista de despegue.

El trabajo del Cuerpo de Inteligencia es el terreno sobre el que se asientan las FDI, y a su jefe, el general Yariv, un hombre enjuto y siempre alerta de camisa remangada y gafas de sol, muchos lo consideran la figura clave de las fuerzas armadas. Nacido en Letonia, llegó a Palestina a los catorce años, «lo bastante joven para ser aceptado por los *sabras* y lo bastante mayor para conocer el mundo exterior». Habla seis lenguas y tiene cuarenta y seis años, aunque aparenta diez menos. Informar a una sala repleta de 150 corresponsales, cubrir el campo de batalla desde Kuwait hasta el Canal, disertar sobre todo lo que va de armamento a política, mantener absorta a su audiencia durante más de una hora sin decirles nada que la seguridad no les permitiría saber, sortear preguntas durante otra hora y terminar con un aplauso espontáneo por una multitud sedienta de más; ésta fue una brillante actuación presentada con la lógica de un profesor y la intuición de un actor.

El Estado Mayor de Israel es excesivamente consciente de la seguridad, y nada se sabe de sus métodos de inteligencia. Todo lo que Yariv diría es

que, existan los medios que existan, «puedes estar seguro de que los usamos todos». Mientras tanto, ha creado una leyenda que traspasó fronteras. El director de un Instituto Norteamericano situado en el casco antiguo me aseguró que un afilador de Bethany, que lleva siete años viviendo con unas pocas piastras al día y haciendo el papel de una especie de bufón del pueblo vestido todo de verde y encargado de contar divertidas historias mientras hacía girar su torno a la entrada de la iglesia, era en realidad un agente secreto y oficial de alto rango del ejército israelí. De este cuento de película sacó la moraleja más inapropiada: «Esto demuestra lo que ellos pueden hacer, y lo que nosotros tenemos que aprender».

En acción, el soldado israelí hacía gala de los preceptos básicos que regían las FDI: la capacidad del comandante para ver qué recursos se podían explotar en una situación concreta, y la flexibilidad para aprovechar oportunidades sin remitirse a sus superiores o mandar a alguien a por ayuda —«ver y resolver», como dice el general Rabin—. Luego, el liderazgo físico de los oficiales y, en todos los rangos, el espíritu para llevar a cabo una misión cualquiera. En el desierto, un batallón con órdenes de atacar una posición egipcia fortificada y protegida por un campo sembrado de minas, fracasó y se replegó, tuvo que volver al ataque y, con una avanzadilla que a cuatro patas rastreaba las minas con un alambre de acero, se abrió camino y tomó la posición. Desesperados por llegar a las cumbres sirias antes del alto el fuego, los soldados de una compañía se arrojaron sobre un muro con alambre de espino para permitir el avance de sus compañeros. Cuando, en la inesperada lucha por las cumbres en las afueras de Jerusalén, un comandante de artillería sin el equipo necesario fue incapaz de abrirse paso para un emplazamiento de artillería, dos reservistas de su compañía residentes en la ciudad que se dedicaban al negocio de la construcción se ofrecieron a hacer el trabajo con sus propios *bulldozers*, lo cual consiguieron satisfactoriamente. También en Jerusalén, el coronel Motte Gur, comandante de los paracaidistas, condujo personalmente a sus tropas a través de la Puerta de San Esteban y contra un autobús jordano volcado que ardía en llamas a modo de barrera.

En iniciativa, persistencia e invulnerabilidad al autoengaño, el israelí es el polo opuesto del árabe. Recordemos que las FDI no existen en un vacío; es el inverso de su oponente, y cualquier análisis de su propia actuación

lo debe tener en cuenta. Donde el judío cuestiona, el árabe sueña. En palabras del general Narkis: «Los árabes construyen castillos en el aire, y luego se vuelven prisioneros de sus propios castillos». Donde el judío combate los hechos, el árabe los acepta: es la voluntad de Alá.

La guerra fue esencialmente un conflicto de sociedades cuyos términos se pueden ver cualquier día en una carretera entre Siria e Israel, literalmente marrón a un lado y verde al otro. Los judíos que crearon el Estado a imagen del Occidente activista y que, mediante la experiencia sionista del retorno, de colonizar y revivir la tierra abandonada para hacerla florecer y capaz de sustentar a una nación moderna han experimentado una revolución mental y emocional. Se han hecho dueños de su destino en lugar de víctimas. Egipto y Siria, pese a todo el socialismo verbal, no han hecho ninguna revolución, ninguna que haya calado en la vida de la gente. Ni el campesino sirio de una casucha en una miserable parcela de tierra ni los *fellaheen*\* del delta con siete enfermedades *per capita* tienen una sociedad tan valiosa por la que luchar y morir.

En términos militares, la victoria de dos millones y medio sobre cincuenta millones fue la victoria del profesionalismo. Los oficiales egipcios, según los israelíes, no son profesionales. No tienen idea de la precisión, rigurosidad de la preparación, las obligaciones de mando o el principio favorito de los israelíes: «ejecución de la misión». Cuando, hace más de un milenio, los conquistadores árabes cruzaron triunfalmente África del Norte, luchaban con sus propias armas y siguiendo su propia tradición. Hoy, sin la capacidad israelí de crear sus propias fuerzas armadas, intentan operar bajo las condiciones de otros. Un manual egipcio encontrado en el desierto todavía ilustra los ejercicios de instrucción con sonrientes rostros occidentales obviamente sacados de algún manual británico del año 1930, aproximadamente. El ejército de Jordania es de creación británica. La artillería siria seguía las instrucciones en ruso. Los egipcios estaban más aturdidos que amparados por su equipamiento ruso. No disparaban ni un misil tierra-aire, o posiblemente sólo uno, desde las veintitantas lanzaderas que los rusos les habían proporcionado. Sus pilotos de caza volaban en MiG, pero no sabían combatir con ellos. Su personal carecía de la puntería para

\* Campesinos egipcios. (*N. de la t.*)

lanzar misiles tierra-tierra; tenían apuntar a Tel Aviv y dejar Beirut en ruinas. En general, como Nasser sospechaba, aún no están del todo preparados para una guerra moderna. Pese a su elevado número de efectivos, que además cuentan con el apoyo ruso, siguen estando aturdidos, y son peligrosos, y el mando israelí sabe que no puede sucumbir a aquello de: «Los árabes nos han vuelto a rodear, ¡esos pobres desgraciados!».

Donde los israelíes dependen de la movilidad y la penetración, los árabes luchan mejor desde posiciones fortificadas. Montones de pesados tanques soviéticos se atrincheraron para ser usados como armamento fijo. El sistema soviético, basado en franjas de posiciones atrincheradas y profundos búnkeres que se extendían en un radio de varios kilómetros, requería una enorme cantidad de mano de obra. «Eso es para los ricos», dicen los israelíes. Debido al profundo resentimiento árabe hacia los intrusos en su mundo, y todas las amenazas de preguerra y orgías de odio, su causa contra Israel no es para ellos cuestión de vida o muerte; así que, una vez perdida la cobertura aérea, no pudieron ni avanzar ni mantenerse firmes.

Los rusos juzgaron mal las capacidades árabes —y también las israelíes—, tal vez porque son materialistas y no están dispuestos a conceder importancia a los imponderables. Preguntan con desdén, aunque indudablemente perplejos: «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?». La masa de hierro para el armamento que ofrecían a sus clientes, los MiG, tanques, lanzamisiles, cohetes, cañones antiaéreos, semiorugas, toneladas y toneladas de otras armas y munición, deben de haberle parecido decisivos. Puede que además les engañara esa costumbre de pensar en los judíos con desprecio, como si de victimizados ciudadanos de segunda clase se tratara. No fueron capaces de reconocer que los israelíes poseían una arma secreta: una patria.

El ingrediente final de la capacidad de las FDI era la población civil, su otro yo. Las manifestaciones de ayuda, solicitud y amor en forma de correspondencia, pasteles caseros, crema solar y otras atenciones les venían fenomenal. Tal vez las fuerzas aéreas israelíes dispongan en estos momentos de los mejores aviadores de combate del mundo, y quizá sus soldados sean los combatientes más duros; pero la campaña también tenía su lado materno. En Jerusalén, se creó una organización de mujeres voluntarias durante la «tensión», a partir de la llamada de un soldado a casa para que

le trajeran repelente de insectos para su compañía. Una campaña de colecta por farmacias, droguerías y casas particulares, concebida y organizada por voluntarios que realizaban la distribución con sus propios coches, saltándose la burocracia militar, logró llevar ocho mil unidades a los soldados en cuestión de cinco horas.

Ya nadie los podía parar. Ante el peligro para la nación y con la sensación de que el país se enfrentaba a su máxima prueba existencial, todo el mundo quería aportar su granito de arena. En tres días, el grupo de mujeres de Jerusalén contaba con 450 voluntarias registradas y catalogadas según la clase de aportación que cada una estaba dispuesta a hacer. Unas hacían de niñeras allí donde una esposa ocupaba el puesto vacante de su marido; otras, de mensajeras para notificar bajas a las familias. Unas se paseaban en coche por las carreteras y recogían a soldados que usaban el permiso de doce horas concedido durante la «tensión» para intentar llegar a casa o los llevaban a hogares que habían ofrecido bañeras o duchas para que ellos las usaran. Con sólo mencionar «pasteles caseros», ya les traían ochocientos en un día; y si lo que se mencionaba era «vino», entonces quinientas botellas.

Los colegios llevaban a cabo un programa para enviar una carta de cada alumno con pequeños detalles adjuntos en un paquete remitido por cada familia. Después de la guerra, el cabo de un cuerpo acorazado confesó que, el tercer día en el desierto bajo fuego abierto, con el calor y las muertes y el ardiente metal, se sentía acabado, destrozado, incapaz de moverse, sin ganas de vivir. Uno de aquellos paquetes fue a parar a su litera. Pensó: «Alguna gilipollez». Pero entonces vio la carta y la leyó: «Querido Soldado, te envío este chicle. No me dan miedo las bombas porque sé que estás ahí, protegiéndome, y que no dejarás que nadie me mate». Como el propio cabo explicó, se puso en pie al momento: «Me sentía como un león».

Estos leones luchaban con lágrimas. En el discurso de posguerra se hace mención del llanto en repetidas ocasiones: «Yo luchaba con lágrimas en los ojos —me contó un oficial de reserva—, porque disparaba y mataba». La esposa de un comandante que había luchado en la batalla para tomar el casco antiguo y cuyas tropas habían sufrido demasiadas bajas por no usar artillería me contó que su esposo llegó a casa sin lavar, ileso, el hombre de siempre; pero, tras haber cogido en brazos a su bebé durmiente, se derrumbó y lloró en silencio. Un soldado del norte, sorprendido por

un sirio salido de una trinchera, le disparó y lo mató, y entonces vio un anillo de compromiso en la mano del cadáver. Aquella idea invadió su mente. «Tiene una esposa e hijos», y los ojos se le llenaron de lágrimas. Pero no todo el mundo reaccionaba de la misma manera. Una mujer dijo que, mientras que su esposo se pasó días enteros cavilando sin mediar palabra después de su regreso, su hermano contaba que había matado a cuantos árabes había podido, y que estaba satisfecho. Otro que vio a la tripulación de su tanque saltar por los aires y quedó como único superviviente, después orientó sus cañones hacia los egipcios y disparó sin parar con salvaje satisfacción.

La sorprendente victoria no fue celebrada con desfiles, ovaciones o las acostumbradas celebraciones de triunfo. El énfasis se puso en los muertos. Faltaba alegría. Los ancianos lloraban la pérdida, y los jóvenes estaban tristes, pues tenían a conocidos suyos muertos o mutilados. Homenajes y luctuosos anuncios publicados en los periódicos eran casi el pan de cada día. La concentración israelí de duelo habría parecido exagerada en otro país; pero muchos judíos han perdido la vida a lo largo de los siglos y los 700 perdidos en esta guerra difícilmente podían ser sustituidos. Una pérdida *per capita* comparable para Estados Unidos habría sido de unos 60.000 hombres. Por otro lado, la carrera contrarreloj ante el inminente alto el fuego de Naciones Unidas requería asumir riesgos militares que se sumaban a las bajas. Para Israel como nación, desesperadamente preocupada por su futuro como Estado judío en un océano árabe, la vida de un judío no era prescindible. Cada pérdida es una tragedia. Sin embargo, el sentimiento es más profundo que una lamentable pérdida para el Estado. Y procede de un alto valor, remoto y heredado por la humanidad.

Ningún aspecto de las FDI sorprende más que su preocupación por las bajas. Cada soldado herido o muerto es devuelto a casa independientemente del coste, incluso el derivado de preparar una ofensiva para recuperar lo perdido. En muchos casos, los heridos ingresaban en hospitales a una hora de allí, transportados directamente en helicóptero desde el lugar en que habían caído, y saber que esto era así levantaba mucho la moral. Un oficial de mando o empresario civil asiste al funeral de cualquier caído de su círculo y hace a la familia una visita de pésame. El valor de un solo hombre fue expresamente dramatizado cuando el general Hod se dirigió a Si-



ria para asistir al canje de 550 prisioneros de guerra sirios a cambio de un piloto israelí y los cuerpos de dos muertos.

Sin embargo, Israel no sólo lamenta la pérdida de vidas; hay algo más. Su gente, hasta entonces y muy a menudo víctima de la violencia, ha tenido que convertirse, contra su ética y contra la esperanza que los traía de vuelta a Sión, en ejecutor de la violencia. Tenía que ganarse el derecho a ser reconocido como nación, igual que Estados Unidos, por la fuerza de las armas, y ahora lo ha reconfirmado gracias al mismo método. Pese al orgullo de las FDI —e incluso la felicidad de las fuerzas aéreas— por un trabajo bien hecho, muchos israelíes están profundamente preocupados por su nuevo rol y su propio éxito en él. Desde Auschwitz hasta el Sinaí y la recuperación de Jerusalén apenas ha pasado una generación, y la transformación es casi demasiado repentina. En menos de una vida, los judíos han superado una persecución para gobernar a otros.

El general Rabin, el hombre tranquilo y reflexivo que llevó las FDI a la victoria, fue el primero en reconocer su peso. En el discurso pronunciado acto seguido en el monte Scopus, dijo: «El pueblo judío no está acostumbrado a conquistar, así que recibimos la victoria con sentimientos encontrados». Falta saber qué hará la nación de la conquista y qué hará la conquista de ella.

## SI MAO HUBIERA VENIDO A WASHINGTON\*

Una de las grandes condiciones y crueles ironías de la historia reside en el hecho de que, en enero de 1945, cuatro años y medio antes de hacerse con el poder nacional en China, Mao Tse Tung y Chou En-lai se ofrecieron a ir a Washington a hablar en persona con el presidente Roosevelt, en su empeño por establecer buenas relaciones con Estados Unidos. Lo que pasó con la oferta ha sido un misterio hasta ahora, cuando con la desclasificación de información sabemos por primera vez que Estados Unidos no respondió a la tentativa de acercamiento. Veintisiete años, dos guerras y *x* millones de vidas más tarde, tras el incalculable daño causado por la mutua sospecha y la fobia de dos grandes potencias mal avenidas, un presidente norteamericano ha invertido el viaje que no se hizo en 1945 y se ha trasladado a Pekín para tratar con los dos líderes chinos. ¿Acaso esto podría haber cambiado algo?

La propuesta original, transmitida el 9 de enero al cuartel del general Wedemeyer en Chongqing por el comandante Ray Cromley, que por aquel entonces ejercía como jefe de misión de los observadores militares norteamericanos en Yenan, decía que Mao y Chou querían que su petición fuera enviada a los «más altos funcionarios de Estados Unidos». El texto (publicado aquí por primera vez) era el que sigue:

El gobierno de Yenan quiere enviar a Norteamérica un grupo de periodistas no oficiales para que interprete y explique a los civiles y oficiales norteamericanos interesados la situación y los problemas actuales de China. Lo siguiente es una sugerencia estrictamente extraoficial: Mao y Chou estarán disponi-

\* *Foreign Affairs*, octubre de 1972.

bles de inmediato ya sea juntos o por separado para una conferencia preliminar en Washington si el presidente Roosevelt expresa su deseo de recibirlos en la Casa Blanca como líderes del principal partido chino.

Chou exigía viajar en avión a Estados Unidos si Roosevelt los invitaba. De lo contrario, Mao y Chou querían que dicha petición se mantuviera en secreto para proteger su relación con Chiang Kai-shek, quien entonces estaba en plena negociación.

El mensaje, recibido el 10 de enero en Chongqin, no se remitió al presidente, ni al Departamento de Estado o al de Defensa, salvo como referencia secundaria en otro contexto. Lo retuvo en Chongqin el embajador Patrick J. Hurley con la obligada connivencia del general Wedemeyer.

Antes de examinar las circunstancias y los motivos de este procedimiento, imaginemos que, en lugar de eso y siguiendo un proceso más normal, el mensaje hubiera sido debidamente entregado a los «más altos funcionarios» y hubiera recibido una respuesta afirmativa, lo cual es un 99% improbable pero no del todo imposible. Si Mao y Chou hubieran ido a Washington, si hubieran logrado persuadir a Roosevelt de la solidez real y creciente de su subgobierno respecto a la del decadente gobierno central y si hubieran obtenido lo que habían ido a buscar — suministro de armas, cese del incondicional compromiso norteamericano con Chiang Kai-shek y la firme presión de Norteamérica sobre Chiang para que aceptara una coalición de gobierno con los comunistas en condiciones aceptables (una base a partir de la cual pensaban crecer)—, ¿cuáles habrían sido las consecuencias?

Con prestigio y poder mejorados por su relación con Norteamérica, la grandeza de los comunistas y la decadencia del Kuomintang, ambas inevitables por aquel entonces, se habrían visto aceleradas. Tres años de guerra civil en un país ya desgastado por la guerra y el mal gobierno podrían haberse evitado, si no por completo, al menos en parte. Estados Unidos, culpable de alargar la guerra civil al ayudar sistemáticamente al seguro perdedor, entonces no habría despertado el profundo antagonismo del ganador final. Y este antagonismo no habría hallado expresión en el arresto, maltrato y, en algunos casos, encarcelamiento y deportación de funcionarios consulares norteamericanos, el ataque a nuestro consulado en Mukden y otros hostigamientos, y a su vez estos actos no nos podrían haber

decidido con ira contra el reconocimiento del gobierno comunista. Si, carentes de rencor, hubiéramos establecido algún tipo de relación con la República Popular que permitiera la comunicación en tiempos de crisis, y si los chinos no hubieran actuado movidos por la sospecha y el odio hacia nosotros para hacer causa común con la Unión Soviética, cabe la posibilidad de que no habría habido guerra coreana con todas sus terribles consecuencias. De esa guerra salieron los fantasmas gemelos de un comunismo chino expansionista y una indivisible asociación sino-soviética. Sin esos dos conceptos para confundir a estadistas y alentar a demagogos, nuestra historia, nuestro presente y nuestro futuro habrían sido diferentes. Tal vez no habríamos venido a Vietnam.

Aunque cada eslabón de esta cadena sea un «si», todos juntos nos dicen algo sobre el comportamiento y las irregularidades de la política exterior norteamericana. Lo que debemos preguntar es si esas irregularidades eran accidentales o intrínsecas. ¿Había alguna alternativa real o se trataba de condiciones ineludibles? Al echar la vista atrás para hallar la respuesta, uno percibe el fantasma del presente, y desde la perspectiva de hace un cuarto de siglo su contorno es más claramente visible que entre el tupido bosque de Documentos del Pentágono.

En las circunstancias de 1945, hay tres puntos que debemos recordar: en primer lugar, los japoneses aún no habían sido derrotados; en segundo lugar, la política norteamericana se centraba con urgencia y casi obsesión en la necesidad de que nacionalistas y comunistas formaran una especie de coalición; en tercer y último lugar, la misión de los observadores militares norteamericanos de nueve miembros, que posteriormente se convirtieron en dieciocho (conocida como la misión Dixie), ya era conocida por los comunistas, pues llevaba funcionando en Yenán desde julio de 1944. Su propósito era organizar una red de inteligencia sirviéndose de soldados comunistas e instalaciones ubicadas en una zona estratégica vital para futuras operaciones, y de paso evaluar las aptitudes y los objetivos comunistas. Éstos habían cobrado suma importancia con la inminencia de un desembarco norteamericano en China (en aquella época todavía considerada parte del asalto final) y con la inminencia, también, de la entrada rusa en Japón por la fuerza.

La coalición era un factor primordial en los planes norteamericanos, porque sólo de esta manera sería posible seguir apoyando el gobierno legal y a la vez usar fuerzas y territorio comunistas contra los japoneses atrincherados en el norte. En nuestra opinión, era imprescindible contar con una unidad pacificadora ante la necesidad de evitar la guerra civil entre partidos chinos. Esto era, por encima de todo, lo más temido; porque podía frustrar nuestro principal objetivo, una China estable y unida después de la guerra —y porque el caos civil tentaría a los intrusos—. Si el conflicto estallaba antes de que los japoneses hubieran sido derrotados y repatriados, éstos podrían aprovecharlo para adentrarse en la China continental. Y luego estaba la amenazadora sombra de la Unión Soviética. Sin coalición, temíamos que los rusos usaran su influencia, cuando entraran en guerra, para incitar a los comunistas y aumentar después las posibilidades de una China desunida. Vale la pena observar que, en mayo de 1941, un estudio político inédito del Consejo de Relaciones Exteriores sobre la interrelación de los comunistas chinos, Japón y la Unión Soviética exponía: «Es de vital importancia que no haya guerra civil en China».

En noviembre y diciembre de 1944, las negociaciones para formar coalición fueron emprendidas por el embajador Hurley en calidad de mediador, con optimismo, entusiasmo y un mínimo conocimiento de las causas, la naturaleza y la historia del problema. El 10 de noviembre, había logrado acordar con los comunistas un Plan de Cinco Puntos para su participación en un gobierno de coalición. Estos cinco puntos les habrían concedido relativa libertad de acción política y al mismo tiempo habrían aceptado el liderazgo de Chiang y la autoridad conjunta sobre sus fuerzas armadas. Como Mao y sus colegas veían aquella coalición como una vía a la ayuda norteamericana y, a largo plazo, al poder nacional, estaban preparados para pagar este precio de manera temporal. A Hurley, que consideraba a los comunistas una especie de partido populista chino de jornaleros cuyo objetivo era participar en el gobierno nacional, las condiciones le parecían tan factibles y un triunfo tal de su propia diplomacia que firmó el documento con Mao.

Para desgracia suya, el 16 de noviembre, Chiang Kai-shek rechazó el plan *in toto* alegando que, como él mismo dijo a Hurley, aceptar a los comunistas en el gobierno con las condiciones que Hurley había ratificado

permitiría que luego tomaran ellos las riendas. Hurley, que asociaba la permanencia del generalísimo a intereses norteamericanos —y al suyo propio—, estaba dispuesto a adaptar la coalición a las condiciones del generalísimo sin pérdida de tiempo. El hecho de que éstas no reflejaran la realidad de China al embajador no le parecía evidente; pero sí a su personal, que llevaba años contemplando las condiciones bajo el régimen del Kuomintang y ahora tenía la oportunidad de visitar e investigar la zona comunista. Su valoración señalaba a un interés norteamericano diferente, y aquí estaba la pieza clave: ¿Mantener al generalísimo en el poder era el objetivo norteamericano, o se trataba de una opción más amplia que no nos implicaría en la suerte de un «régimen en continua decadencia»?

Hurley y Wedemeyer eran partidarios convencidos a la primera tesis. Por aquel entonces no era fácil concebir China sin Chiang Kai-shek. Su destacada reputación como líder nacional hacía que para muchos intrusos fuera un artículo de fe el que nadie más pudiera mantener la unidad China y que su caída supondría el caos. Para Hurley y Wedemeyer era fácil creer en él: todo lo que acompaña al poder es muy persuasivo. Tanto el nuevo embajador como el nuevo comandante tenían la ambición de probar cómo ellos triunfarían en lo que el general Stilwell había fracasado, y ambos vieron claramente que el camino al éxito estaba asegurado con el generalísimo.

Presionado por Hurley para que hiciera una contraoferta a los comunistas, Chiang propuso un plan de coalición que ponía a las fuerzas armadas comunistas bajo el control nacionalista y, a cambio, legalizaba a los comunistas como partido. Hurley enseguida apoyó el plan del generalísimo, aunque invalidaba las condiciones negociadas con Mao, y no escatimó esfuerzos para convencer a los comunistas de que lo aceptaran. Como es lógico, rechazaron un acuerdo que habría significado sumisión, no coalición. Como llegaron a la conclusión de que esas negociaciones con un mediador que se había comprometido con la otra parte no servían de nada, interrumpieron el diálogo y, desde entonces, dejaron de confiar en Hurley. Cuando Wedemeyer argumentó que, si ellos hubieran llegado a un acuerdo con el generalísimo, Estados Unidos les podría enviar armas y provisiones, no se dejaron convencer porque sabían que Chiang controlaría la distribución. Cuando Hurley se ofreció a volver a Yenan para retomar el diálogo,

lo rechazaron, y cuando al coronel David D. Barrett, jefe de la misión Dixie, le pidieron que usara su poder de persuasión, Mao y Chou le dijeron que seguían esperando y necesitando armas norteamericanas, pero no con las condiciones de Chiang. Añadieron que Estados Unidos estaba manejando una «manzana podrida» con Chiang Kai-shek, quien, pese a todo lo que Estados Unidos hiciera, estaba «destinado a fracasar». Barrett se quedó con la sensación de haber hablado con dos líderes que estaban «completamente seguros del poderío de su posición».

Así pues, las negociaciones llegaron a un *impasse*, lo cual dejó a los comunistas, quienes habían realizado un gran esfuerzo del que esperaban salir ganando, necesitados de una nueva propuesta. Caprichosamente, fuentes militares norteamericanas les hicieron algunas de carácter exploratorio que, al parecer, los alentó pero también los dejó confundidos. Las propuestas fueron hechas el 15 de diciembre por el coronel Barrett y, simultánea pero separadamente, por el coronel Willis H. Bird, vicepresidente de la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) en China. Ambos proyectos hacían referencia a posibles desembarcos aéreos de unidades técnicas norteamericanas para operar conjuntamente con las fuerzas comunistas. El plan del coronel Bird, el más grandioso, implicaba la «total cooperación» de todas las fuerzas armadas comunistas «cuando se requiriera estrategia» por parte del mando norteamericano. Si este plan había sido concebido para eludir al generalísimo o si el coronel Bird había considerado alguna vez este aspecto del problema es algo que no aparece mencionado en este informe bastante festivo que, sin embargo, asegura: «El comandante de la zona ya ha aceptado sobre la base de apoyo incondicional a los comunistas...».

El coronel Barrett presentó dos propuestas autorizadas por el jefe de Estado Mayor de Wedemeyer, el general Robert B. McClure. McClure había dado el visto bueno a la primera, limitada a entre 4.000 y 5.000 efectivos técnicos norteamericanos, con el general Chen Cheng, jefe de del Estado Mayor del generalísimo, y recibió la clase de respuesta ambigua que un chino usa para disfrazar un «No» y que un norteamericano interpreta como un «Tal vez». La segunda propuesta, más sorprendente, hecha el 27 de diciembre contenía la garantía verbal que McClure hacía a Barrett de que también la había autorizado el embajador Hurley. Proyectaba, tras la

victoria en Europa, una cabeza de playa en Shandong y el aterrizaje de toda una división norteamericana formada por unos 28.000 paracaidistas, sobre quienes preguntaron a los comunistas si podían traer provisiones, además de armas y munición, hasta que los procedimientos de suministro del ejército norteamericano se pusieran en marcha. La respuesta fue que podían, aunque Barrett no podía evitar preguntarse si tras la compostura china no habría un leve aturdimiento ante la responsabilidad y sus repercusiones.

Enfrentados a semejantes perspectivas, sin saber muy bien lo lejos que estaban autorizados a llegar, los comunistas sintieron comprensiblemente la necesidad de aclararlo todo con un contacto directo en Washington, sin pasar por Hurley. Más que una aclaración, lo que ellos querían era reconocimiento. La oferta de hacer aquel largo viaje —que habría sido el primero de Mao fuera de China— marcaba su grado de seriedad. Hoy, tras veinticinco años de despiadadas denuncias maoístas de Estados Unidos como enemigo fijo —y sentenciado— del bando socialista (idea compartida por el clásico Dulles, el Nixon de los comienzos y otros personajes de nuestro bando), la pregunta obvia es: en 1945, ¿los comunistas chinos eran lo bastante flexibles ideológicamente para desear una asociación con Estados Unidos?

Ante todo, los comunistas chinos eran pragmáticos. Cuando la pureza ideológica demostró ser casi fatal en la década de 1920, tuvieron que aprender a adaptar las acciones políticas a los hechos y se prepararon para tratar, por supervivencia o ventaja, con el oponente ideológico que la situación exigiera. Si podían tratar con Chiang Kai-shek, como habían hecho en 1936 y estaban dispuestos a hacer otra vez, ¿por qué no con Estados Unidos? Lo que esperaban ganar con esto se puede reconstruir a partir de las sinceras conversaciones entre Mao y Chou y John S. Service, funcionario político de la misión Dixie que hizo un amplio reportaje sobre ellos.

En primer lugar, querían convencer al presidente Roosevelt de que ellos, y no el Kuomintang, representaban el futuro de China. Sabían que el tiempo jugaba a su favor, que el mandato del cielo cambiaba lenta e inexorablemente. Si de alguna manera pudieran dejar esto claro a la política de Washington, Estados Unidos podría convencerse de reducir su apoyo a Chiang y, en consecuencia, acelerar el cambio. En segundo lugar, y como



socios en un gobierno de coalición, querían acceso a las armas y otras municiones norteamericanas siguiendo el modelo de Tito, su equivalente comunista en Europa. Sobre la base de utilidad contra el enemigo, creían tener nada menos que una petición. El armamento era su mayor deficiencia; se habían hecho con el control de la China septentrional a ambos lados de las fronteras japonesas gracias a una sorprendente organización, aunque sin suficientes armas para arriesgarse a librar una auténtica batalla. En Washington, esperaban convencer al presidente de la validez de su petición. Tenían la impresión de que Estados Unidos se resistía a ver la decadencia real del Kuomintang y su propia grandeza y que, si llegaran hasta Roosevelt, le podrían dejar esto claro.

El aura de Roosevelt como un hombre que se compadecía de los oprimidos había calado en los rincones más remotos del mundo. *Cristo se detuvo en Éboli*, de Carlo Levi, cuenta cómo, al entrar en una casucha de un fantasmagórico pueblo dejado de la mano de Dios en Calabria, vio colgados en la pared un crucifijo, el cuadro de un hijo ausente de la familia y otro de Roosevelt. Mientras lo asalta la duda de si, además de los carteles de propaganda de los cuatro líderes aliados, el presidente norteamericano presidía alguna pared particular de Yenán, él estaba presente en las mentes de los líderes. A raíz de la reflexión de Roosevelt en 1944, Mao le envió un mensaje de enhorabuena y recibió una respuesta en la que Roosevelt decía que deseaba mantener una «vigorosa cooperación con todas las fuerzas chinas» contra el enemigo común, Japón. Si bien no era algo definitivo, al menos era un comienzo.

Los observadores norteamericanos de Yenán veían a sus anfitriones muy curiosos respecto a Estados Unidos, ansiosos por saber todo lo posible sobre medios y técnicas, especialmente militares, desarrollados por los norteamericanos. Según el comandante Cromley, Mao «retenía cualquier cosa que le decían sobre Estados Unidos». Él y sus colegas habían quedado impresionados ante el progresivo avance de las fuerzas norteamericanas en la campaña extraordinariamente difícil del Pacífico, y cayeron en la cuenta de que aquella sería la principal fuerza implicada en la derrota de la patria nipona. En el mundo real donde ahora tenían que abrirse paso, Estados Unidos con su dinero, sus recursos, su actual presencia en Asia, era el país con el que debían tratar... por el momento.

«No podemos arriesgarnos a protagonizar ningún conflicto —dijo Mao a Service— con Estados Unidos». No les preocupaba la adulteración con una ideología rival, porque confiaban en obtener la victoria final. Buscaban el reconocimiento norteamericano de lo que habían logrado y eran capaces de lograr y, por tanto, el reconocimiento como partido mayoritario y no proscrito. Querían adoptar la categoría de parte beligerante, como parte de la inminente victoria aliada, para que nadie los ignorara en los planes de la China de posguerra ni en la organización de Naciones Unidas. Y, sin duda, pensaban que un contacto norteamericano les ayudaría a conocer ese día poco grato en que el pesado pie de la Unión Soviética se internara en Manchuria. En resumen, querían descubrir en la fuente misma si, en caso de que Chiang se siguiera oponiendo a formar coalición, había «alguna oportunidad —como Mao preguntó a Service— de que Norteamérica apoyara al Partido Comunista Chino». Necesitaban saber en qué punto se encontraban.

El factor principal era que, en sus propias mentes, esperaban acceder por completo a la soberanía china. Aquí radica el problema que, en la relación de los comunistas con Estados Unidos, acabó provocando el naufragio. El punto de vista comunista al respecto fue descrito por Mao en agosto de 1944: «Para Norteamérica, proporcionar armas sólo al Kuomintang será un impedimento porque permitirá que el Kuomintang se oponga a la voluntad del pueblo de China». Aunque éste puede haber sido un juicio subjetivo de la voluntad del pueblo, era realista, y reconocido como tal por observadores norteamericanos cuya misión era evaluar esta declaración. Como «el único grupo en China que posee un programa con llamamiento positivo al pueblo», informó John P. Davies, vicesecretario de la embajada vinculado como funcionario político al comandante del teatro de operaciones, el de los comunistas era el primer colectivo en la historia contemporánea de China que contaba con «un apoyo popular positivo y generalizado [...] El destino de China no está en manos de Chiang, sino en las suyas». Le parecía que éste era un factor que Estados Unidos debería tener presente a la hora de establecer una política.

El tenor del consejo dado entonces por nuestros funcionarios de carrera tanto en China como en el Departamento de Estado era que ese apoyo incondicional a Chiang Kai-shek no era la mejor manera de lograr la unidad

china. Fomentar en Chiang un falso sentido de su fuerza lo hacía intransigente con el compromiso y, por lo tanto, más inclinado a provocar la guerra civil que a prevenirla. El Estado Mayor de China creía que debíamos conservar nuestra libertad para establecer contacto con los comunistas, convencidos de que se quedarían con la China septentrional y de que muy posiblemente heredarían Manchuria después de la guerra, porque sólo gracias al contacto norteamericano y la ayuda económica nos podríamos mantener a salvo del abrazo soviético. La petición que los funcionarios de campo hacían de un «acercamiento más flexible» se tornó casi vehemente. Respaldar a Chiang no debería ser, como alguien dijo, «un fin en sí mismo». Las divisiones chinas de Asuntos Exteriores y el Lejano Oriente del Departamento trataron de trasladar la voz del campo de batalla al diseño de políticas, incluso hasta el punto de sugerir que, si el mismísimo Chiang no llevaba a cabo un acto de saneamiento, la revisión de la política norteamericana no sólo estaría justificada, sino que sería «muy probablemente imperativa».

El problema no era poco habitual en la política exterior norteamericana, a la que la voz del campo de batalla no estaba llegando, o al menos no parecía ser oída en el diseño de políticas —en este caso, por el presidente—. Movido por un viejo prejuicio contra los diplomáticos, justificable en casi todas partes menos en China, Roosevelt siempre tuvo la sensación de que estaría mejor informado por un enviado personal, en este caso, el embajador Hurley.

La personalidad de Hurley es de gran singularidad en esta historia. A uno le gustaría pensar que los factores históricos estaban más arraigados en la ley natural, y quedaban menos a merced del azar, que el carácter casual de un individuo secundario que no era ni heroico ni demoníaco. Pero la historia no es metódica ni respetuosa de la ley y a menudo se deja arrastrar por una brisa como una hoja sobre un lago.

Resulta que Hurley era un hombre cuyo orgullo, ambición y vulnerabilísimo ego estaban centrados en su misión hasta el punto del fanatismo. Nacido en Oklahoma, en la cabaña de un minero, había sido educado por Horatio Alger para el ejercicio del derecho y una lucrativa representación de los intereses petroleros de los indios choctaw. Un cliente posterior fue

Sinclair Oil. Hizo una fortuna de 15 millones de dólares, sirvió en el extranjero durante la Primera Guerra Mundial, se convirtió en el secretario de Defensa de Hoover y cubrió la agitada efervescencia de un panorama fronterizo con el brillante republicanismo de Andrew Mellon. Alto, guapo e imponente, se vestía con la atención de un Beau Brummel y, cuando le ordenaban llevar ropa civil como embajador, sólo se quitaba el uniforme y las medallas de general por la intervención directa del presidente. La vanidad era el seguro de Hurley.

Su asignación inicial a China como enviado especial para facilitar el nombramiento del general Stilwell como comandante en jefe de las fuerzas armadas chinas había acabado en un importante revés. Porque Chiang lo convenció a él de que apoyara su petición de destitución de Stilwell. Entonces Stilwell sintió una doble necesidad de formar una exitosa coalición. Sin embargo, había echado a perder sus opciones como mediador al aliarse con el generalísimo por la embajada. Hurley era sólo lo que Chiang siempre había querido que fuera un enviado: un hombre con acceso directo al presidente y sin experiencia de China, al que era fácil manipular mediante su vanidad. Cuando el embajador Gauss dimitió al partir Stilwell, Chiang se alegró tanto que propuso a Hurley como sucesor. En un mensaje personal a Roosevelt (enviado vía T. V. Soong a Hopkins, sin pasar por el Departamento de Estado), solicitó una misión «más permanente» para Hurley, quien «tiene toda mi confianza» para tratar con los comunistas, y por ello podría hacer una contribución al esfuerzo bélico resolviendo el problema de la coalición. Roosevelt cayó en la trampa; creía en la eficacia de la armonía. Si nada más había funcionado en China, tal vez una persona grata para Chiang Kai-shek lo hiciera. Hurley recibió el nombramiento y se lo debió a Chiang.

Como resultado, se convenció de inmediato de que su misión y la política de Estados Unidos («mi política», como a veces la llamaba) iban a «evitar la caída del gobierno nacional» y «apoyar a Chiang-Kai-shek como presidente de la República y generalísimo de los ejércitos». Estas instrucciones no figuran en ningún documento y, pese a posteriores afirmaciones de Hurley, difícilmente podrían haberse hecho de manera oral, ya que él estaba en China cuando fue nombrado. No obstante, habría que añadir que, cuando manifestó conocer su misión a través de un extraño comuni-

cado al Departamento de Estado, nadie lo desmintió. En parte porque el Departamento no tenía control sobre Hurley, que por lo general lo burlaba, y en parte porque era incapaz de determinar, salvo con nobles generalizaciones, cuál era exactamente nuestra política china. Y nadie sabía a ciencia cierta qué pasaba por la cabeza del presidente.

Antes de que nada llegara a China, la valoración que Hurley hizo de la situación vino determinada por la premisa, que él aceptaba sin rechistar porque se la había planteado Molotov en persona, de que la Unión Soviética no tenía interés en los comunistas chinos, quienes en realidad no eran comunistas. Entonces empezó a subestimarlos, dijo que su fuerza y el apoyo popular eran exagerados, e insistió en que tan pronto como se convinieran de que la Unión Soviética no los apoyaría, se alinearían con el gobierno nacional y se conformarían con la condición de minoría. La coalición sería fácil. «Hay muy pocas diferencias, si es que las hay —manifestó—, entre los principios declarados» del Kuomintang y los de los comunistas; ambos «luchan por principios democráticos». Ésta bien podría ser la declaración menos sofisticada nunca hecha por un embajador norteamericano. Refleja la característica negativa estadounidense a reconocer la existencia de una divergencia fundamental; de ahí la asunción norteamericana de que no hay nada que no se pueda negociar.

Hurley no aceptaba consejos de su Estado Mayor. Como él estaba por encima de todo en las antiguas y enrevesadas circunstancias que proponía resolver, su orgullo no le permitía aceptar el consejo de nadie más experto en China que él mismo. Cuando la coalición se fue al traste en su cara y vio que los asuntos chinos se resistían a su diplomacia y lo privaban del éxito con el que había contado, sólo podía hallar una explicación en la paranoica creencia de que era víctima de una conspiración por parte de subordinados desleales. No le parecía que China pudiera tener un motivo.

Basándose en la premisa de que su misión era apoyar a Chiang Kai-shek, Hurley bloqueó sin dudarla la tentativa de Mao y Chou de ir a Washington, sobre todo porque no iba a pasar por él. Aunque su mensaje había sido remitido a Wedemeyer sólo para eso, llegó a manos de Hurley porque entonces Wedemeyer se encontraba en Burma y él y Hurley habían acordado compartir toda la información entrante. Un segundo mensaje llegado desde Yenan al día siguiente y dirigido exclusivamente a We-

demeyer, decía en palabras de Chou En-lai: «Esta información no debe llegar a Hurley, puesto que no me inspira confianza». Esto también llegó a Hurlley y tuvo el efecto imaginado. Al mismo tiempo, se enteró mediante agentes nacionalistas en Yenán de las propuestas militares que Bird y Barrett hacían a los comunistas. Esto hizo sonar una alarma en su cabeza: ahí estaba la razón por la cual los comunistas abandonaron la coalición. ¡Habían recibido una oferta directa y ya estaban proponiendo en secreto ir a Washington, sin que él lo supiera!

Las proposiciones de Barrett provenían del comandante del teatro de operaciones; pero Hurley lo ignoraba por su necesidad de hallar alguna razón de complicidad para la ruptura de la coalición. Con la indignante certeza de que Bird y Barrett había actuado sin autoridad, el 14 de enero informó al presidente de que había conocido su acción sólo cuando «la hicieron evidente los comunistas que solicitaron a Wedemeyer un viaje secreto a Washington para que Mao Tse Tung y Chou Ein-lai se reunieran con usted».

Roosevelt fue informado de la petición comunista sólo en este contexto (repetido en un segundo telegrama del 7 de febrero). Dicha petición aparecía únicamente como consecuencia de una acción injustificada por parte de funcionarios norteamericanos que debilitaba los esfuerzos de Hurley por formar coalición.<sup>1</sup> El plan para una cooperación militar con Yenán, dijo Hurley, constituiría «el reconocimiento del Partido comunista como una parte beligerante armada» y llevaría a la «destrucción del gobierno nacional [...] al caos y la guerra civil, y acabaría con la política norteamericana en China». Mientras tanto, aseguró a Roosevelt que, con el descubri-

1. Las acusaciones de Hurley, transmitidas por la Casa Blanca al general Marshall y por éste a Wedemeyer en forma de duda perentoria, desataron una fuerte discusión entre Wedemeyer y Hurley, seguida de un acuerdo forzoso entre ambos basado en una explicación a Marshall que libraba de culpa a Wedemeyer sin cuestionar a Hurley. Fue una intrincada obra maestra que cubrió a todo el mundo menos el coronel Barrett, que había descuidado la precaución básica del soldado de obtener sus órdenes por escrito. Ante la insistencia de Hurley, y sin oposición por parte de Wedemeyer, la nominación de Barrett para ascender a general de brigada, que ya había sido propuesta, fue retirada: La suya fue la primera en una larga lista de honorables trayectorias perjudicadas para cubrir la necesidad de chivos expiatorios en China.

miento y la frustración de la maniobra comunista, había convencido a Chou En-lai de que regresara a Chongqin para retomar las negociaciones.

¿Y qué hay del final generalmente aceptado? La petición comunista llegó a Roosevelt en condiciones ya condenadas por su embajador. Además, le llegó cuando él ya estaba inmerso en las preparaciones para la Conferencia de Yalta y abrumado por los desalentadores problemas de una victoria inminente. (El segundo telegrama de Hurley, más completo, llegó después de que el presidente hubiera abandonado Washington con rumbo a Yalta.) Crímenes de guerra, el tratamiento de posguerra a Alemania, la reclamación soviética de dieciséis escaños en las Naciones Unidas, la frontera polaca, la detención de Badoglio, la cuestión de Grecia y Yugoslavia y la caída del gobierno iraníano, sin mencionar la necesidad, según el secretario Stettinius, de una «conversación privada con el señor Churchill sobre la importación de carne argentina», nada de esto dejó a Roosevelt, en el décimo tercer año de una presidencia en crisis, con ganas de precipitar un nuevo conflicto con el rebelde Chian Kai-shek.

Desconcertado ante la intransigencia de China, desencantado con el generalísimo pero temeroso de los problemas que acarrearía un apoyo relajado por parte de Estados Unidos, Roosevelt se inclinó por buscar una solución en la inminente conferencia con Rusia. Tenía la esperanza de obtener el consentimiento de Stalin para respaldar al gobierno nacional y no ofrecer a los comunistas chinos más opción que la unidad. Logró el acuerdo deseado en Yalta, y regresó para hacer frente a una alternativa en nuestra política china. Agotado, enfermo, y ya en el último mes de vida, tomó una decisión que cerró este capítulo.

La coalición en punto muerto, Hurley y Wedemeyer llegaron a Washington en marzo de 1945 para una conferencia. Eligiendo su presencia allí como la oportunidad para llevar a buen fin el asunto de la política norteamericana, todos los funcionarios políticos de la embajada en Chongqin, a las órdenes del encargado de negocios George Atcheson, tomaron parte en una acción sin precedentes. Con la coincidencia y «firme aprobación» del jefe de Estado Mayor de Wedemeyer, remitieron un largo telegrama al Departamento en el que condenaban la política del embajador. Se des-

tacaba que los comunistas representaban una fuerza emergente en China, que no tratar con ellos «hacía peligrar los intereses norteamericanos a largo plazo», que con la inminencia de un desembarco en China no tardaríamos mucho en tener que decidir si cooperar o no con ellos. Por lo tanto, recomendaban «que el presidente informe al generalísimo con contundencia de que la necesidad militar requiere el suministro a y la cooperación con los comunistas», y que esta decisión «no se retrase o se supedite a» la coalición.

Tras desencadenar la explosiva reacción de Hurley, quien sólo veía un «acto de deslealtad» hacia su persona, el telegrama fue entregado al presidente con la recomendación del Departamento de que proporcionaba la oportunidad de reexaminar toda la situación y, «en particular», la posibilidad de «entregar suministros de guerra a los comunistas chinos y también a Chiang Kai-shek». El 8 y el 24 de marzo, el presidente lo discutió con Hurley en dos conversaciones, sin ningún funcionario del Departamento de Estado presente en ninguna ocasión. Según parece, Hurley argumentó con convicción que el acuerdo ruso logrado en Yalta por el presidente debilitaría lo suficiente a los comunistas para que él pudiera prometer unidad en China «a finales de abril», como ya había dicho al Departamento. Roosevelt, que se aferraba al objetivo inicial siempre optimista, se decidió a favor de la política de Hurley de tratar única y exclusivamente con el generalísimo y de no establecer contacto con los comunistas sin su consentimiento. En realidad, esto rechazaba la recomendación del personal de la embajada y dejaba la política norteamericana en manos del embajador neófito. Una vez ratificado el acuerdo, Hurley pudo insistir en su requerimiento de que Archeson y sus colegas implicados en el telegrama de la embajada, cinco de seis de ellos chinoparlantes y representantes de nueve décadas de experiencia china, debían ser trasladados de China; requerimiento que fue debidamente cumplido al regreso de Hurley.<sup>2</sup>

2. Con la moral hundida en la embajada bajo el efecto de los arrebatos y las *vendettas* de Hurley, los funcionarios de turno en Chongqin, cuyas carreras eran vulnerables a la acción desfavorable del jefe de misión, estaban ansiosos por ser trasladados o, en el caso de dos de ellos que se hallaban de permiso en Estados Unidos, no volver. Archeson, como principal subordinado de Hurley, pero con un rango demasiado alto para verse negativa-



Al tomar su decisión, el presidente creyó ciegamente o fue convencido por Hurley de que llevaría a los comunistas a aceptar las condiciones de Chiang para formar coalición. Pero esto sólo se podía creer si se rechazaba la valoración que la embajada hacía de la gravedad y el dinamismo del desafío comunista. Ésta fue la última decisión importante en la vida de Roosevelt. Días después se fue a Warm Springs, donde murió.

En marzo, cuando el presidente tomó esta decisión, Mao y Chou seguían enfatizando su deseo de cooperación y amistad con Estados Unidos en conversaciones con Service. El revés sufrido por la ausencia de respuesta a su oferta de ir a Washington nunca se mencionó (sin duda, porque deseaban mantenerlo en secreto) y, de hecho, ninguno de los funcionarios políticos vinculados a la misión Dixie sabía nada al respecto. Con el apoyo de Chu Teh, Liu Shao-chi y otros líderes del partido, Mao y Chu volvieron repetidamente al tema de que China y Estados Unidos se complementaban mutuamente en lo económico, por la necesidad china de desarrollar una economía de posguerra y la capacidad norteamericana de ayudar y participar en ello. Tratando de evaluar hasta qué punto esto representaba una auténtica convicción, Service concluyó que Mao era sincero en su deseo de evitar una dependencia exclusiva de la Unión Soviética.

El destierro poco después de Service y los demás implicados en el telegrama de Acheson fue para los comunistas una señal de la elección norte-

---

mente afectado, no podía permanecer bajo la violenta objeción del embajador y fue transferido al mando del general MacArthur como consejero político. Hurley obtuvo personalmente la remoción de Service, acertadamente considerado el principal redactor del telegrama, por petición directa al secretario de Defensa Henry L. Stimson (Service estaba vinculado al mando militar). En el caso de Raymond Ludden, funcionario político que además había servido con la misión Dixie y, tras cuatro meses en territorio comunista, había informado de la posibilidad de que llegaran al poder, Hurley obtuvo de Wedemeyer la declaración de que «ya no necesitaba los servicios de Ludden». Fulton Freeman, tercer secretario de la embajada, Yunin el delegado del Departamento de japonés, y Arthur Ringwalt, ex cónsul en Kweilin recientemente trasladado a Chongqin, que fue quien durante más tiempo sufrió el afán vengativo de Hurley, todos ellos fueron reasignados a puestos diversos. Con la excepción de Acheson, que murió poco después, las trayectorias de todos estos hombres fueron a menos o quedaron más o menos empañadas por este episodio. (Información proporcionada a la autora por John S. Service.)

americana. En respuesta a ello, los primeros signos abiertos de hostilidad aparecieron en forma de artículos publicados por Mao en la prensa comunista. Limitados hasta entonces a atacar la «política de Hurley», los comunistas parecían conservar aún la esperanza de un cambio por parte del sucesor de Roosevelt. En su discurso para el Séptimo Congreso del Partido celebrado en junio, Mao parecía medio advertir, medio suplicar. Si la opción pro Chiang de «un grupo de personas en el gobierno norteamericano» prevalecía, dijo, arrastraría al gobierno norteamericano «al profundo y apestoso pozo negro de la reacción china» y «colocaría una aplastante carga sobre el gobierno y el pueblo de Estados Unidos y los sumiría en infinitos males y problemas».

Después del día V-J, las fuerzas norteamericanas permitieron a los nacionalistas, que no tenían ni los medios ni los planes a punto para la ocasión, aprovechar la rendición japonesa en la China continental y recuperar las ciudades ocupadas. Estados Unidos desplazó sus fuerzas navales a importantes ciudades y puertos septentrionales (Tientsin, Tsingtao, Pekín, Chingwangtao) para impedir a los comunistas el acceso a estos centros y los ferrocarriles de la zona hasta que llegaran las tropas de Chiang, transportadas en barcos y aviones norteamericanos. Para los comunistas, esto constituía una clara intervención, porque de lo contrario sus propias fuerzas habrían vuelto a ocupar el norte. Aunque justificada por nosotros bajo la acuciante necesidad de desarmar a los japoneses, nuestra acción se derivaba de la decisión de apoyar a Chiang, y así lo interpretaron los comunistas. Confirmado esto, ante la discriminación de zonas comunistas por parte de la Administración de Ayuda y Rehabilitación de las Naciones Unidas y ante la tolerancia norteamericana de que tropas japonesas sirvieran con los nacionalistas, se decantaron por un antagonismo que en los próximos cuatro años sería definitivo.

A lo largo de 1945, se siguieron realizando esfuerzos para formar coalición con la mediación de Hurley —en buena parte, porque a ninguna de las facciones les gustaba que pareciera haber elegido el camino de la guerra civil—, aunque sin pretensiones. Incapaz de acercar las partes a la unidad que tantas veces y con tanta rotundidad había prometido, Hurley se fue volviendo cada vez más inestable, más alterado, y en noviembre de 1945 dimitió repentinamente con una famosa detonación, la primera salva de

Macartismo. Según alegó, su misión se había visto frustrada por una sección del Departamento de Estado que «intentaba por todos los medios apoyar al comunismo en general, y al de China en particular». No reconocía, y tal vez nunca llegara a entender, que su propia valoración de la situación había sido inadecuada, y la corriente de asuntos chinos, sencillamente demasiado fuerte para él.

Más allá de Hurley, la responsabilidad recaía sobre el presidente. La retrospectiva hace que su rechazo del consejo de la embajada parezca tener poca visión de futuro, pero cada hecho histórico merece ser examinado a la luz de las circunstancias que lo rodearon. Sin duda, el principal factor de influencia fue el acuerdo ruso obtenido en Yalta. Tanto Roosevelt como Hurley creían que la clave estaba en la Unión Soviética, y que su secreta promesa de suscribir un tratado de alianza con Chiang Kai-shek (posteriormente cumplida en agosto) serviría con sus consecuencias sobre ambas partes chinas para neutralizar el peligro de la guerra civil.

Sólo era posible tener esta creencia si se subestimaba a los comunistas como fenómeno chino arraigado en cientos de años de insatisfechas necesidades y fuerza infundida por la sed nativa de revolución. En 1930, el embajador Nelson Johnson, un hombre de poderes normales pero capaz de observar lo obvio, como que el comunismo no era la causa del caos en China sino más bien el efecto de «ciertas condiciones fundamentales». Sin embargo, una voz tan insignificante fue acallada con el paso del tiempo por la falsa idea de que, en primer lugar, los chinos jamás aceptarían el comunismo porque era incompatible con la estructura de la sociedad china y, en segundo lugar, según la declaración de Molotov que tanto impresionó a Roosevelt, los comunistas chinos no eran comunistas. Con estas premisas era fácil convencerse de que los comunistas no eran los futuros gobernantes de China, sino un partido de rebeldes «opositores» que finalmente podría ser reabsorbido. Cuando durante esta visita Hurley y Wedemeyer, junto con el comodoro M. E. Miles (jefe de la Inteligencia Naval en China), consultaron con los jefes de Estado Mayor, «todos compartían la opinión —como dijo el almirante Leahy— de que la rebelión en China podría ser aplacada con un apoyo relativamente escaso al gobierno central de Chian».

Un segundo factor era que ningún defensor de otra opinión, nadie de dentro del gobierno que pudiera rebatir de manera efectiva la versión de Hurley, tenía acceso regular a Roosevelt. Esto dejaba una terrible laguna. De nuevo según Leahy, el presidente, que vivía en la Casa Blanca, «tenía mucha confianza en la capacidad de Hurley para llevar a cabo las tareas que le habían sido asignadas en el campo de batalla extranjero». Además, si Leahy se puede usar como espejo, la Casa Blanca se tragó la tesis de que los esfuerzos de Hurley fueron frustrados por un grupo de envidiosos diplomáticos de carrera que se habían «confabulado contra el nuevo embajador designado desde fuera del servicio diplomático».

Se arroja un rayo de luz sobre el más desconcertante aspecto de la política China: por qué la información y las opiniones proporcionadas por los expertos observadores apostados en el campo de batalla con el expreso propósito de mantener a nuestro gobierno al corriente fueron ignorados de manera tan sistemática y frecuente.

La respuesta está en la arraigada desconfianza norteamericana, aún imperante, hacia la diplomacia y los diplomáticos, el sentimiento que desaprobaba a los pisaverdes. Diplomacia implica todas las artimañas del Viejo Mundo, esferas de influencia, equilibrios de poder, acuerdos secretos, triples alianzas y, durante el período de entreguerras, apaciguamiento del fascismo. Roosevelt reflejó este sentimiento en su actitud hacia el servicio diplomático de carrera, que él consideraba un grupo de esnobs con pantalones a rayas salidos de familias acaudaladas (como era el caso de muchos de ellos), no representativos de Norteamérica y seguramente manipulados por los británicos.

Había bastante de verdad en esta imagen para hacerla persistir, pese a la Ley de Rogers que en 1924 formalizaba el servicio diplomático como una carrera basada en el acceso mediante examen y ascenso por mérito. La ley en sí había sido el resultado de una amplia crítica de camarillas en el Departamento de Estado, que había conducido a una investigación parlamentaria.

Irónicamente, la reputación esnob no era válida para China, que, por no ser considerada un lugar especialmente atractivo para la alta sociedad que prefería el Quai d'Orsay y la Corte de St. James, se había llenado de académicos, hijos de misioneros y trabajadores ascendidos del servicio consular,

como Johnson y Gauss, los dos embajadores antecesores de Hurley. Resulta doblemente irónico el hecho de que estos hombres no hayan tenido muy buena relación con la Casa Blanca.

Hurley afrontó su misión con la mente también predispuesta contra el servicio diplomático. Cuando lo empezó a culpabilizar de sus propios problemas, lo acusaba alternativamente de apoyar el comunismo y arrastrar a Estados Unidos a un bloque de potencias «partidarias del imperialismo colonial». En esto, no era único. Cuando Robert Sherwood fue a hacer una consulta al Estado Mayor del general MacArthur en Manila, descubrió una compleja persecución en juego que parecía ver al Departamento de Defensa, los jefes de Estado Mayor e incluso la Casa Blanca como «imperialistas británicos y comunistas».

Finalmente, hay que tener en cuenta el peso de la opinión nacional sobre Roosevelt. Si la imagen que la opinión pública tenía de Chiang Kai-shek como arquetipo anticomunista era tal que su causa pervirtió la política norteamericana durante una década después de la guerra, y si hemos tardado veinte años en desatar la cuerda de plata que no llegamos a cortar, con más razón le habrá costado a Roosevelt desatarla en 1945. El miedo al comunismo está muy a flor de piel, tanto es así que en su discurso final de campaña de 1944 el gobernador Dewey, candidato republicano, manifestó que los comunistas, como pequeña minoría disciplinada y a través de Sidney Hillman, se habían hecho con el control del movimiento obrero norteamericano y «ahora [...] están haciendo lo propio con el New Deal para controlar el gobierno de Estados Unidos». Roosevelt, dijo este disciplinado y respetable abogado, había entregado el control del Partido demócrata al «más alto postor» —es decir, a Hillman y Earl Browder— con la intención de perpetuarse en el cargo. A través de él, el comunismo destruiría bibliotecas, religión y propiedad privada.

Si un hombre como Dewey había podido recurrir a la táctica de la gran mentira y a una acusación insensata como ninguna en la historia de la campaña política, Roosevelt era lo bastante político para saber lo poco que necesitaría para repetirlo. El autócrata del imperio *Time-Life*, Henry R. Luce, se mostraba furibundo al respecto, especialmente con referencia a China; sus publicaciones eran la trompeta de la causa de Chiang. Llamados a las armas por los partidarios de Chiang, algunos de ellos sinceros y

apasionados abogados como el antiguo misionero médico el congresista Walter Judd, cualquiera de los miles de enemigos de la administración podría causar graves problemas. Ahora Roosevelt se concentraba en la inminente conferencia en San Francisco para organizar las Naciones Unidas y su esperanza de formar una cuádruple alianza después de la guerra para preservar la paz mundial. Era el momento de evitar fricciones a toda costa. En cualquier caso, como China era algo secundario para Europa —desventaja que sufrió durante toda la guerra—, no parecía valer la pena correr el riesgo mencionado en el telegrama Atcheson.

Así pasó la oportunidad que Mao y Chou habían pedido. Los factores que jugaron en su contra sugieren que nunca hubo un «si». Y, sin embargo, aún queda un extraño rastro de evidencia. Edgar Snow, la clase de desconocido de quien a Roosevelt le gustaba tener constancia de los hechos, informó sobre una conversación mantenida con el presidente en marzo de 1945, cuando tuvo lugar la visita Hurley-Wedemeyer. Roosevelt estaba «desconcertado pero a la vez sumamente fascinado», dijo Snow, por la complejidad de lo que estaba ocurriendo en China, y se quejaba de que nadie lo explicara de manera satisfactoria, añadió Snow. «Entendía que nuestra ayuda en tiempos de guerra era una forma de intervención en China; reconocía la creciente fuerza de los comunistas chinos en el gobierno eficaz de la zona de guerrillas»; se preguntaba «si eran auténticos comunistas y si los rusos los mangoneaban», y también «qué podía hacer concretamente el Octavo Ejército de Ruta con nuestra ayuda en la China septentrional. Entonces dijo que íbamos a descargar provisiones y desembarcar oficiales de enlace en la costa de la China septentrional cuando nos acercáramos a Japón». Snow quiso saber si, mientras reconociéramos a Chiang Kai-shek como el único gobierno, todas las provisiones tendrían que pasar por sus manos.

—No podemos apoyar a dos gobiernos en China, ¿o sí? —inquirió.

—Bueno, allí hemos estado trabajando con dos gobiernos. —El presidente echó la cabeza atrás con decisión—. Tengo la intención de seguir haciéndolo hasta que los pueda unir.

Esto es un rompecabezas. Parece irreconciliable con la decisión de conservar a Hurley, a no ser que Roosevelt estuviera tan convencido de que Hurley lograría formar coalición «a finales de abril» que lo que tenía en

mente era enviar armas y ayuda a los comunistas cuando hubieran pasado a formar parte del gobierno nacional.

Respecto a la mayor peculiaridad del caso, uno tiene que preguntarse si el resultado habría sido diferente de haber contado como embajador con otro hombre. Pero otro hombre podría no haber llegado a formar coalición, porque nadie habría propuesto condiciones que ambas partes aceptarían. Otro hombre podría haber facilitado más que bloqueado la visita de Mao y Chou a Washington; pero, si se hubiera tratado de otro hombre en el que confiaran, no habrían pedido desplazarse hasta allí. Sólo queda la remota posibilidad de que un embajador a cuyo Estado Mayor ambos escucharan, y en quien confiara el presidente, pudiera haber llevado a Roosevelt hacia una opción más amplia que la carta blanca al generalísimo.

De lo contrario, por la trayectoria que seguíamos parecía que nuestro destino no lo dictaban las estrellas sino nosotros mismos y nuestras inclinaciones; que el presidente, el público y el comportamiento de la política exterior se combinaban para llevarnos a un final inexorable y, desde nuestro punto de vista, negativo.

¿Hay algún principio contenido en esta consideración? Tal vez sólo que cada cambio revolucionario tiene un precio en pérdidas así como beneficios, y que la historia seguirá presentándonos problemas para los que no existe una buena solución a nuestro alcance. Insistir en que la hay y comprometernos a ella invita al destino a diferenciarse por orgullo. En China logramos exactamente lo contrario de lo que había sido nuestro objetivo. La guerra civil, la única absoluta que intentamos evitar, llegó como era de esperar. Aunque derrotamos a Japón, no logramos la meta que habría dado sentido a la victoria, una China unida y poderosa de nuestro lado después de la guerra. Malgastamos todo los esfuerzos basados en la validez del gobierno nacionalista.

El que debería haber sido nuestro objetivo en China no tenía que ver con actuar de mediadores o con solucionar el problema interno de China, lo cual estaba prácticamente fuera de nuestro alcance, sino con conservar en la medida de lo posible unas relaciones viables y cordiales con el gobierno de China, cualquiera que resultara ser. No estábamos obligados a tomar

una decisión; podíamos haber adoptado la actitud británica, descrita por sir John Keswick como de «resignación levemente perpleja». Ahora bien, como concluyó un estudio de la Institución Brookings en 1956, Estados Unidos «podía haber considerado su política china un callejón sin salida y puesto fin a todos sus esfuerzos por dirigir el resultado de los acontecimientos».

Pero tropezamos con la misma piedra. Arquitecto de nuestra participación en Vietnam, el señor Walt Rostow insiste en que una premisa fundamental de la política norteamericana es el establecimiento de un equilibrio de poder duradero en Asia. Ésta no es una condición que Occidente pueda establecer. La estabilidad en Asia no la podemos garantizar nosotros, como tampoco pudimos garantizar la unidad china en 1945.

Básico para el comportamiento de la política exterior es el principal problema de toda política: cómo aplicar la sabiduría al gobierno. Si la sabiduría en el gobierno nos es esquiva, tal vez el valor pueda sustituirla... el valor moral para poner fin a los errores.



## DILEMA ASIMILACIONISTA: LA HISTORIA DEL EMBAJADOR MORGENTHAU\*

El incidente que puso a Henry Morgenthau, padre, en el punto de mira de la moderna polémica judía es una de las clásicas ironías de la historia: que gracias a su rapidez de asistencia a la colonia judía de Palestina en agosto de 1914 —cuando servía como embajador norteamericano en Turquía— la salvara de la inanición y de la extinción, y la protegiera para que luego alcanzara una categoría de Estado que él consideraba una «mayúscula falacia» y el «más craso error». En términos materiales, la ayuda era minúscula, y el incidente es prácticamente desconocido salvo por parte de unos pocos investigadores; pero tenía una decisiva importancia histórica.

Las circunstancias eran éstas: el asentamiento judío en Palestina, que ascendía a unas 100.000 personas, constaba por un lado de creyentes pobres y devotos que habían ido llegando a lo largo de los siglos para morir en Jerusalén, junto con algunas familias que nunca habían abandonado la tierra natal; y, por otro lado, de la última oleada de sionistas conscientes que había inmigrado desde la década de 1880 y buscaba establecerse en una tierra que turcos y terratenientes árabes les habían vendido como carente de valor. Casi todos dependían de remesas procedentes del extranjero o, en el caso de los nuevos colonos, de la exportación de productos agrícolas a Occidente y algún subsidio de la diáspora. Se verían privados de estos contactos si Turquía pasaba a formar parte de las potencias centrales, lo cual Morgenthau, contrario a las expectativas aliadas, preveía que ocurriría. Por sus estrechas, y entonces amistosas, relaciones con los líderes turcos —tan encantados con su embajador poco ortodoxo que le ofrecieron un

\* *Commentary*, mayo de 1977. Discurso en la American Historical Association, diciembre de 1976.

puesto en el gabinete ministerial—, sabía que la esperanza de la neutralidad turca era una falsa ilusión.

El 27 de agosto, envió un telegrama al Comité Judío Norteamericano (AJC) en Nueva York, el primer grupo de su clase organizado en este país para la defensa de intereses judíos y de los «derechos civiles y religiosos judíos, en cualquier rincón del mundo». El AJC era el órgano del que se ha dado en llamar el *establishment* de aquellos días —es decir, principalmente de los judíos alemanes—. Dedicados a la asimilación en su país de residencia, se declararon *ipso facto* contrarios al movimiento sionista para un Estado judío, aunque no de Palestina como centro de asentamiento para los judíos perseguidos de la Europa del Este.

El telegrama de Morgenthau ponía de manifiesto que se requería una «inmediata asistencia» a los judíos de Palestina y sugería la suma de 50.000 dólares. Jacob Schiff del AJC y Louis Marshall, su presidente, convocaron una reunión y recaudaron la suma sugerida en dos días. La mitad fue aportada por el AJC, 12.500 dólares los aportó Schiff y otros 12.500 la Federación Norteamericana de Sionistas. Los fondos fueron enviados a Constantinopla por giro telegráfico, convertidos en oro y llevados en un maletín a Jerusalén por el yerno de Morgenthau, Maurice Wertheim, mi padre, que entonces lo había ido a visitar.

A la hora de la distribución, el oro desató una encarnizada pelea entre las varias organizaciones locales; así que mi padre, con veintiocho años de edad, cogió el maletín, se encerró en una habitación contigua y dijo a sus clientes que no saldría de allí hasta que se hubieran puesto de acuerdo. Y así lo hicieron bajo aquel ultimátum.

En aquella época, la trascendencia de la ayuda fue percibida por un hombre entregado a la patria de Palestina, Judah Magnes, primer canciller y primer presidente de la Universidad Hebrea, el único líder sionista norteamericano importante que trasladó su hogar a la tierra de sus creencias. Durante una reunión del Comité Conjunto de Distribución en casa de Felix Warburg en marzo de 1916, dijo sobre la crucial intervención de Morgenthau que «ninguna palabra puede ser demasiado fuerte, y ninguna expresión, demasiado exagerada» para describir la tarea histórica así realizada.

El alivio inicial estaba lejos de resolver el problema que, tan pronto como los turcos entraron en guerra en noviembre de 1914, se agravó.

Aproximadamente la mitad de la población judía de Palestina, incluidos muchos del grupo más veterano y buena parte de los nuevos colonos, era de nacionalidad rusa y prefería no tener Estado a hacerse súbditos otomanos. Ahora los turcos los consideraban extranjeros enemigos, sin derecho a recurrir a la protección de Rusia, de cuyos pogromos habían huido. La expulsión e incluso la masacre se volvieron amenazas inminentes, que implicaban al embajador norteamericano en incesantes esfuerzos por mitigar las duras y caprichosas medidas de los turcos mientras movilizaba, con el apoyo de muchos otros, la ayuda de su propio gobierno y de los aliados.

Seis mil judíos expulsados de Jaffa fueron trasladados a bordo del *Tennessee* de Estados Unidos, un buque de guerra presente en la zona, a Egipto, donde los británicos permitían su entrada. Posteriormente, el *Vulcan* llevó alimentos suministrados por organizaciones judías de socorro a la casi fantasmática comunidad de Palestina. Un flujo continuo de fondos recaudados por judíos en Estados Unidos —suficientes para dar adjudicaciones mensuales de unos pocos francos cada una a 50.000 judíos privados de sus antiguas fuentes de ingresos— tenía que ser distribuido de una u otra manera, superada la errática oposición por un lado y, por otro, el bloqueo aliado de Siria y Palestina. Al principio, se envió oro en lingotes directamente desde Egipto en buques de guerra norteamericanos; pero, cuando los aliados bloquearon este acceso, Morgenthau recurrió a enviar por correo los fondos de Constantinopla a Jerusalén, al cónsul norteamericano que los distribuiría a los necesitados. Gracias a estas medidas, el núcleo del futuro Estado de Israel logró sobrevivir.

Otra contribución al futuro de Israel, igual de importante en otro aspecto, fue el apoyo que posibilitó la recuperación del hebreo como una lengua viva. Eliezer ben Yehuda, el compilador —se podría decir que el creador— del diccionario hebreo moderno, fue traído a este país en 1914 bajo auspicios sionistas para continuar con su trabajo a salvo durante los años de la guerra. Pero los fondos para apoyarlo a él y a su familia mientras trabajaba, así como una casa en la que vivir y la escolarización de sus hijos, fueron gestionados por mi padre (que había visitado a Ben Yehuda en Jerusalén) y proporcionados en buena parte por «su» padre, Jacob Wertheim, y un comité integrado por Jacob Schiff, Felix Warburg, Julius Rosenwald y Herbert Lehman, los magnates del «gueto dorado».

¿Por qué les preocupaba la recuperación del hebreo? O, en el caso anterior, la supervivencia de aquella colonia en Palestina? La respuesta a eso —el indestructible vínculo al grupo— también es la respuesta a la supervivencia de unos judíos que llevaban más de novecientos años sin Estado o territorio. Y forma parte del dilema asimilacionista.

La asimilación fue una solución nacida de la Ilustración —un sueño de adaptación en una sociedad gentil dominante sin perder algo no muy definible llamado judaísmo—. Que esto fuera a ser equivalente o superior a la religión judía dependía de la interpretación que cada uno hiciera, pero en cualquier caso tendía a marchitarse con la asimilación. El concepto global de asimilación, tanto por grado como por naturaleza, era un inquietante problema de creencia torturada por la duda, y tan perturbador que no se discutía delante de los niños. Me temo que jamás tenga solución, que quede incompleto o totalmente abandonado.

Mientras tanto, la historia sufre cierta distorsión —la voz dominante, como en todo registro histórico, pertenece a los vencedores, que en este caso fueron los sionistas—. Los hechos demostraron que ellos estaban en lo cierto respecto al resurgimiento de Israel, y los asimilacionistas, equivocados. En consecuencia, los primeros figuran en el registro como los discípulos de la verdad, y los segundos, como obstruccionistas, ciegos y amargados perdedores, objetos de desprecio y, a veces, de maldad. La maldad y la falsedad de las memorias de Morgenthau escritas por Felix Frankfurter y publicadas después de fallecido el protagonista son un ejemplo de mala fe.

Sin embargo, mientras que los sionistas aportaron el impulso, el ideal y la fuerza conductora, sin mencionar los colonizadores, queda el hecho de que los líderes germano-judíos residentes en Norteamérica, ya fuera por sentimiento de culpa o reaseguro o por el sentido de la responsabilidad, o por todo ello, prestaron un apoyo sin el cual no habría existido el asentamiento que luego obtendría la categoría de Estado. El trabajo de Louis Marshall, por ejemplo, fue esencial. Como jefe portavoz del *establishment*, cooperó con Chaim Weizmann para crear la Agencia Judía, a través de la cual los no sionistas podían colaborar con el asentamiento de Palestina. Nathan Strauss también. Su aportación a la sanidad pública y a otros proyectos palestinos, estimada en dos tercios de su fortuna, se conmemora en

Netanya, un pueblo en las costas de Israel. En última instancia, fue el hijo de Morgenthau, Henry, quien abandonó el gabinete de Roosevelt y asumió la presidencia del Llamamiento Judío Unido en 1947-1950 y recaudó los fondos necesarios para la supervivencia de Israel en los delicados primeros años de independencia. No me cabe la menor duda de que fue impulsado por el fracaso de su incesante esfuerzo, como secretario del Tesoro bajo Roosevelt, para hacer que el presidente tomara medidas efectivas para salvar a los judíos de la solución final de Hitler.

Huelga decir que el programa alemán de exterminio fue la experiencia que convirtió a asimilacionistas en partidarios de la categoría de Estado, a antisionistas en sionistas reacios. Tampoco fue sólo Hitler el responsable del cambio, sino también la reacción de las democracias occidentales —la ausencia de protesta, las inútiles y elaboradas conferencias internacionales, las piadosas evasivas, la pasiva complicidad, la inexistencia de un rescate, el rechazo norteamericano de cupos de inmigración cuando los campos de exterminio eran la alternativa, la negación de refugio temporal, la repatriación de barcos de refugiados llenos de quienes habían sido rescatados por las campañas judías—. Más de novecientos que iban a bordo del *Sz. Louis* fueron devueltos a Europa cuando ya veían las luces de Miami, más de setecientos a bordo del *Struma* que hacía agua fueron repatriados desde Palestina y naufragaron en el mar Negro con toda la tripulación a bordo. ¿Acaso su destino eran tan diferente del de los recluidos en Auschwitz?

La acumulación de esta clase de detalles fue sacando a la luz lo que tanto tiempo llevaba en las sombras de la memoria remota: el amargo reconocimiento de que el mundo gentil —con el debido respeto a importantes y memorables excepciones— habría sentido alivio con la solución final. El hecho de que el *establishment* judío llegara a creer esto de los gentiles no se puede documentar porque era el gran tabú, demasiado doloroso para reconocerlo; pero esto es, básicamente, lo que hizo añicos la fe de los asimilacionistas y recaudó los fondos para apoyar a Israel.

Volvamos al dilema asimilacionista. Debemos tener la prudencia, como siempre que se escribe historia, de no atribuir significados y motivos como nosotros los vemos a la luz de sucesos intervencionistas. Para una persona de la generación y con el bagaje de mi padre, el problema al principio no se vio como un dilema. Durante la primera mitad de su vida, tenía

perfectamente claro y estaba totalmente seguro de lo que quería y de lo que creía que podía conseguir en Norteamérica.

Su Sión estaba allí. Lo que quería era lo que muchos inmigrantes querían en un tiempo en que la libertad brillaba en el horizonte occidental: norteamericanización. Para él, esto no implicaba la pérdida de identidad, sino la norteamericanización como judío, con el mismo derecho de ponerse a prueba, y de recibir el mismo tratamiento por parte de la sociedad, que cualquier otra persona.

Si él va a representar el problema, hay que determinar una época, un lugar y unas circunstancias. Para un joven inmigrante de la década de 1860, la puerta abierta a la movilidad social ascendente en Norteamérica y la creencia en el progreso del siglo XIX tuvieron una influencia formativa igual, si no mayor, a la de la tradición judía. Ésta es una cuestión que los gentiles tienden a obviar. Ven a los judíos como una entidad inmutable, y no como un producto del tiempo y el lugar como cualquier otro ser humano.

Morgenthau nació en Mannheim, Alemania, en 1856, el mismo año que Louis D. Brandeis y Woodrow Wilson, y veinte años después que Andrew Carnegie o el triunfo de un muchacho inmigrante. Criado en su tierna infancia con bastantes comodidades, vino a Estados Unidos con su familia en 1865, cuando contaba 9 años, como resultado de los reveses de fortuna sufridos por su padre, Lazarus Morgenthau, un próspero fabricante de puros. Lazarus había crecido en el equivalente germano-judío de una cabaña de troncos norteamericana. Como hijo de un solista de coro mal pagado y con demasiados hijos, había empezado a ganarse la vida como sastre ambulante, vendiendo en las ferias pañuelos de hombre confeccionados por él y ampliando poco a poco la empresa a un negocio propio con empleados a su cargo. Para cuando nació Henry, su noveno hijo, ya había cosechado el éxito con el negocio de los puros: tres fábricas y mil empleados. Podía mantener un hogar con criados y el primer cuarto de baño incorporado de Mannheim, educar a sus hijos, permitirse dar rienda suelta a la pasión de la familia por el teatro, la ópera y los conciertos, y llevar a cabo las tradicionales obras benéficas.

La ruinoso consecuencia que el arancel norteamericano tuvo en los puros y la persuasión de un hermano residente en Norteamérica hicieron que Lazarus Morgenthau decidiera emigrar a los cincuenta años. En Nueva

York el negocio no volvió a prosperar. Mientras su esposa alojaba a huéspedes en la casa y los hijos salían a buscar trabajo, él dedicaba lo que le quedaba de su incombustible energía e inventiva a recaudar fondos para obras de caridad judías; y así fue como creó el teatro con fines benéficos. Para convencer a los productores y propietarios de teatros de que donaran una función, hacía personalmente rondas por las casas de importantes judíos para vender entradas a precios elevados. Pero tenía un carácter inestable que, en las estrecheces por las que pasaba la familia, culminó en una separación de su altruista y trabajadora esposa.

De estos genes y este entorno surgió Henry —Horatio Alger con conciencia judía—. Aprendió inglés rápidamente, a los catorce años se graduó en un instituto público, accedió a la Universidad de la Ciudad para hacer la carrera de Derecho, pero se vio obligado a desistir de su empeño antes de finalizar su primer curso para ayudar a la familia trabajando como chico de los recados por 4 dólares a la semana. Después de trabajar en la oficina de un abogado durante cuatro años e impartir clases en una escuela nocturna para adultos por 15 dólares a la semana, se matriculó en el Colegio de Abogados de Columbia y obtuvo el título de abogado a los veintiún años. Junto con otros dos amigos, creó un bufete de abogados en 1879 cuando la edad media de los socios estaba en veintitrés.

Muy afectado por las adversas circunstancias familiares, y enormemente ambicioso, se propuso amasar una fortuna lo bastante sólida para soportar los caprichos económicos, para mantener a su madre y dar a sus hijos las ventajas que él no había tenido. Logró su objetivo con la práctica del derecho inmobiliario, al concebir la forma empresarial de hacer negocio con la propiedad inmobiliaria y la compra astuta y arriesgada de solares en las futuras paradas del avanzado sistema de metro.

Mientras ganaba dinero, se sentía continuamente inquieto y atribulado, como recoge su diario de máximas morales, por las exigencias de un idealismo político y una fuerte conciencia social que lo llevaron a participar activamente en movimientos de reforma municipal para combatir el sistema de vecindad, mejorar las condiciones laborales después del incendio en la fábrica Triangle Shirtwaist, asociarse a Lillian Wald en la asistencia social y muy especialmente a establecer una estrecha asociación y hacer amistad con un hombre de ideas vanguardistas, el rabino Stephen S.

Wise. Era propio de Morgenthau verse arrastrado hacia una figura radical veinte años más joven, y que cuando Wise rechazaba las condiciones propuestas por los fideicomisarios para la prédica en el templo Emanu-El, Morgenthau lo financiara en la fundación de la Sinagoga Libre y Libertaria y ejerciera como su presidente. Obviamente, el hecho de que Wise fuera ya el secretario franco y activo de la Federación Norteamericana de Sionistas no representaba un dilema.

A este respecto, me choca que los dos hombres a los que recuerdo de mi infancia como representantes de los asuntos judíos para mi familia asimilacionista eran, paradójicamente, dos ardientes sionistas, Stephen Wise y Judah Magnes. Sin duda, esto era así porque ambos tenían una mente y un carácter destacables; pero me pregunto si no sería también porque el tema que los ocupaba —el regreso a Palestina— ejercía una poderosa atracción. El concepto que Magnes tenía de un Estado binacional árabe-judío causó, y estoy convencida de ello, una fuerte impresión en mi padre. Personalmente, no recuerdo nada muy significativo sobre Wise, salvo que era bastante aterrador. Llevaba un enorme sombrero negro y lo que a mí me parecía una capa negra, y cuando nos lo encontrábamos de camino a la escuela en Central Park Oeste, cerca de su sinagoga, solía sacarse el sombrero con una reverencia a una niña de unos ocho años y decir con su rumbante voz: «Buenos días, señorita Wertheem», como nadie más pronunciaba su nombre.

Magnes era muy diferente; había algo en él que no puedo describir sin parecer una sentimental: algo bello en su rostro, algo que inspiraba el deseo de seguirlo, incluso de amarlo. Aunque no tuve más contacto individual con él que sentarme a su lado a la hora de la cena y escucharlo hablar. No recuerdo que nadie me causara semejante impresión. Hablaba de viajes por zonas salvajes de Palestina y de una peligrosa aventura en el desierto —¿podría tratarse del Sinaí?— donde se había quedado varado y a las puertas de la muerte. Beatrice Magnes, su esposa, me parecía igual de admirable.

Al contrario que en el caso de mi abuelo, Magnes tampoco representaba un dilema; aunque él y la señora Magnes pertenecían al *establishment*. Resulta interesante que, de los líderes sionistas norteamericanos, tanto Magnes como Brandeis fueran segunda generación de norteamericanos y



Wise casi, ya que había venido a este país procedente de Budapest a la edad de diecisiete meses.

Pero volvamos a Morgenthau. A los cincuenta y seis años, impulsado por la aparición de Woodrow Wilson en la escena política en 1912, y con la advertencia médica de que un importante soplo en el corazón no le daba una larga esperanza de vida (pronóstico equivocado por treinta y cinco años), tomó la insólita decisión de que ya había ganado suficiente dinero y podía poner fin a su carrera comercial para dedicarse al servicio público. La lucha de Wilson contra la exclusividad social en los clubes de Princeton atrajo de manera especial a un judío, que vio en él la imagen de un auténtico demócrata entregado a la igualdad de oportunidades para todos los norteamericanos. Morgenthau le prometió a Wilson 5.000 dólares al mes durante cuatro meses para su campaña presidencial, asumió la presidencia del Comité Demócrata de Finanzas, y, con otra donación personal de 10.000 dólares, se convirtió en uno de los mayores contribuyentes particulares.

La recompensa no fue, como esperaba, un puesto en el gabinete como secretario del Tesoro, sino una embajada menor —como entonces lo era— en Turquía, más decepcionante si cabe porque era un puesto reservado a los judíos. Dado el apasionado deseo de Morgenthau de demostrar que un judío podía ser aceptado en Norteamérica en igualdad de condiciones que cualquier otra persona, la oferta resultó especialmente desagradable. Sin duda, fueron esta profunda fe en la igualdad de oportunidades para los judíos residentes en Norteamérica y el temor de que se los considerara leales a otros lo que hizo que se resistiera tan enérgicamente al movimiento para un Estado judío independiente. De nuevo, uno tiene que pensar en el tiempo. La lucha por un puesto equitativo estaba entonces menos avanzada que ahora, y el antisemitismo, más enérgicamente operativo. Los judíos como mi abuelo, que se habían dejado la vida en el empeño, sentían que el sionismo político aportaba una causa más de discriminación.

Al principio, Morgenthau rechazó la oferta de Wilson. Cambió de opinión bajo la influencia de Stephen Wise, quien lo convenció de la importancia de tener a un judío oficialmente en contacto con Palestina. Ocupó su puesto en Constantinopla menos de un año antes de que la historia se apoderara de la capital turca y la transformara en uno de los lugares di-

plomáticos clave del mundo. Morgenthau se vio a sí mismo haciendo el papel de principal embajador neutral, director provisional de las embajadas aliadas, protector y mediador de cristianos, judíos, armenios, y de cada persona e institución atrapada en el caos del Imperio otomano. La tarea requería de todas sus habilidades: coraje, tacto, imaginación, humor y, sobre todo, capacidad de acción directa como ningún diplomático de carrera imaginaría. Mi abuela creía que Henry era electrizante; decía que desfallecía al verlo entrar por la puerta. La espectacular actividad de su puesto en Constantinopla no tiene razón de ser en este ensayo, creo yo, salvo por el hecho de que los elogios y la fama que le valieron eclipsaron la decepción de la oferta inicial de Wilson, reforzaron su optimismo, ambición y creencia en la oportunidad norteamericana y, por lo tanto, su antisionismo.

Ningún dilema salpicó su ayuda a los judíos de Palestina. El impulso que siguió era humanitario, y el sentimiento de pertenencia a un grupo no hacía sino intensificarlo. Haría otro tanto, si no más, por los armenios; y, posteriormente, en calidad de Comisionado de la Liga de Naciones, por el reasentamiento de los griegos. Su sentido de lo que implica ser un pueblo oprimido, especialmente en el caso de los armenios, en quienes vio cierto paralelismo con los judíos, sin duda se esconde tras ambos esfuerzos. Hoy en día, sigue siendo un héroe nacional para los armenios y en Atenas una calle lleva su nombre; no como en Jerusalén, lo cual ya está bien.<sup>1</sup>

El sionismo no se convirtió en un acuciante dilema para sus adversarios hasta aproximadamente 1917, cuando, previendo el final del Imperio turco, se intensificó la agitación sionista por el reconocimiento de una patria. En algunos miembros del *establishment* judío, la Declaración Balfour provocó casi una sensación de pánico. Por aquel entonces, los sionistas presionaban al presidente Wilson para obtener un compromiso público, y cuando, en marzo de 1918, el rabino Wise llevó una delegación a la Casa Blanca con este propósito sin informar a Morgenthau, que seguía siendo presidente de su Sinagoga Libre, llegó la triste despedida. Morgenthau renunció a su cargo como presidente.

1. Desde la aparición de este artículo, el alcalde Teddy Kollek, que preside el genio de Jerusalén siempre alerta, ha invalidado mi afirmación.

En 1921, reveló su oposición al sionismo en un artículo incendiario, que dos años después él mismo volvió a publicar entero en su autobiografía. El sionismo, escribió, es «una propuesta de la Europa del Este [...] que, si triunfara, a los judíos de Norteamérica les costaría buena parte de lo que habían ganado en libertad, igualdad y fraternidad». Debido a su oposición, vio peligros que los defensores preferían no ver: como que la Declaración Balfour era ambigua, que a los árabes de Palestina les ofendía el programa sionista y «procuraban usar todos los medios que tenían a su alcance para frustrarlo». A través de una masiva polémica de argumentos políticos, económicos y religiosos, concluyó severamente que el objetivo sionista «no podía ni debía ser alcanzado».

Con ochenta y tantos años, y a la sombra del Holocausto, reconoció en privado que había hecho una mala lectura de la historia. Murió a los noventa y uno, un año antes de la recreación del Estado de Israel.

En realidad, el dilema para Henry Morgenthau era más norteamericano que judío. Antes de Hitler y la desilusión definitiva, no veía la necesidad de constituir una nación porque creía que el futuro del judío como una persona libre estaba aquí, y que la petición de una nación independiente representaba una amenaza. A los setenta y tantos años, con el ferviente deseo de demostrar su asimilación, estableció su residencia de verano en el bastión *wasp* de Bar Harbor, Maine, donde tenía trato con los esnobs del vecindario, para mi bochorno cada vez que lo iba a visitar. Seguramente le cayera bien o lo admiraran —era un hombre encantador, conocido como Tío Henry por todos los conocidos, desde FDR hasta los policías de ronda—, pero no sé decir qué desprecios habría sufrido. Sin embargo, nunca intentó ocultar su identidad judía o adoptar una actitud pasiva respecto a su gente. Al contrario, enfatizó sus vínculos con ellos a lo largo de su vida, sirviendo de fundador, fideicomisario y funcionario de la Federación de Filantropías Judías, el Comité Judío Norteamericano, B'nai B'rith, el Hospital Monte Sinaí de Nueva York y toda clase de organizaciones judías.

Para él, asimilación no significaba pasarse al cristianismo, sino ser aceptado como judío en Bar Harbor: de eso se trataba. Quería ser judío y norteamericano, a ser posible en igualdad de condiciones. Quería que Norteamérica funcionara de acuerdo con sus ideales de juventud, lo cual no hacía. Tal vez el dilema lo tuviera Norteamérica, no él.

## KISSINGER: AUTORRETRATO\*

En el último siglo, el historiador Leopold von Ranke estableció la máxima de que las relaciones exteriores eran lo que más influía a la hora de configurarse la historia de las naciones. Esto puede ser discutible, pero en el pasado inmediato se cumple sin lugar a dudas. Nadie ha estado tan profundamente implicado en las relaciones exteriores, y a un nivel tan influyente, ni ha recibido tanto reconocimiento público por el papel desempeñado, que el ex secretario de Estado Henry A. Kissinger. Se convirtió en una figura de culto, una celebridad popular, en tema de incontables libros, estudios y análisis. La publicación de su propia versión tiene, por lo tanto, algo de acontecimiento histórico.

Con cierto alivio puedo anunciar que no trata sobre Metternich. Puesto que la tesis doctoral de Kissinger y su primer libro publicado, *Un mundo restaurado*, versaban sobre el príncipe Metternich, el ministro austriaco de Asuntos Exteriores y la repoblación de Europa después de Napoleón, todo el mundo que desde entonces ha escrito acerca de Kissinger ha establecido una comparación entre ellos. Cuando Kissinger escribe sobre sí mismo, no menciona a Metternich —porque el mundo que le ha tocado vivir es tan diferente en términos absolutos que es imposible establecer comparaciones—. Las diferencias son importantes. Sean cuales sean sus rivalidades, las naciones asistentes al Congreso de Viena tenían una perspectiva y un objetivo comunes: restaurar el *statu quo ante*. Hoy las naciones están divididas entre dos ideologías opuestas, y el globo está dominado por dos superpotencias antagonistas enzarzadas en un conflicto. El equilibrio de poder es inviable; el Tercer Mundo ha venido a romper cualquier equili-

\* *New York Times Book Review*, 11 de noviembre de 1979.

brio, existe un nuevo centro de riesgo en Oriente Medio, las naciones industriales dependen del petróleo de los países en vías de desarrollo y el armamento nuclear lo eclipsa todo.

En semejante mundo, la tarea de Kissinger, como él la concibió cuando tomó posesión del cargo en la administración de Richard M. Nixon en enero de 1969, era poner fin a la guerra de Vietnam, controlar una «competencia global» y la carrera armamentística con la Unión Soviética, revigorizar la alianza con las democracias europeas e integrar a las nuevas naciones en un «nuevo equilibrio mundial».

¿Hasta qué punto cumplió su misión? Ni él mismo ofrece una valoración global, tal vez porque no se ha concedido un instante de reflexión. Preparar un texto de 1.476 páginas para su publicación en dos años y medio tras haber abandonado su cargo es una proeza olímpica que apenas deja espacio para la filosofía. Kissinger se ha apresurado de tal manera a justificar su gestión de hechos complejos y turbulentos que parece no haber dejado ni un día de margen entre los hechos y su redacción o distanciando para ganar perspectiva. El libro tiene mucho de acta y nada de valoración. Ha escrito demasiado pronto.

La escritura parece responder a un hábito y una condición de su cargo. Las presiones no le daban tiempo para pensar, para examinar el problema desde todas las perspectivas y las acciones posibles con todas sus consecuencias. Éste es, sin duda, un defecto del sistema más que de carácter; la vida pública, como Kissinger reconoce, «es una continua lucha para rescatar un elemento concreto de la presión de las circunstancias». Seguramente ésa es razón de más para, una vez libre de toda presión, tomarse un tiempo para pensar.

Lo que nosotros tenemos es una relación inmensamente larga y superfluamente detallada de casi cada mensaje, reunión, viaje, negociación y conversación en los cincuenta meses desde el nombramiento de Kissinger en noviembre de 1968 hasta la firma del tratado de paz con Vietnam del Norte a finales del primer mandato del presidente Nixon en enero de 1973. No necesitamos conocer todos los memorandos y las idas y venidas diarias de Egor Bahr, Vladimir Semenov y docenas de intermediarios secundarios para entender lo que estaba pasando; de hecho, la imagen quedaría más clara si Kissinger se hubiera tomado la molestia de cribar lo insignificante

y resumir este relato en términos generales. Como él sabe hacer algo mejor que confundir una exposición pormenorizada con escribir historia, asumimos que lo que pretendía era hacer constar cada detalle en acta —en su versión—, y no me cabe la menor duda de que especialistas en armas estratégicas, la USSR, la OTAN, China, Oriente Medio, India, Pakistán y Vietnam le sacarán provecho durante años.

Le dan vida (en algunos puntos) pequeñas revelaciones, vívidas escenas y retratos, y atisbos de la mecánica de la vida oficial, muchas veces sorprendente. Por ejemplo, de repente en agosto de 1969 un funcionario de la Embajada soviética preguntó a un funcionario del Departamento de Estado durante una comida cuál sería la reacción de Estados Unidos a un ataque soviético lanzado sobre instalaciones nucleares chinas. El Estado Mayor del señor Nixon disponía de un especialista para cada tono que el presidente quisiera adoptar en sus discursos. En 1969, China sólo tenía un embajador en el extranjero, en El Cairo. Gracias a los nombres que Kissinger reveló en privado al embajador Anatoly I. Dobrynin, durante cierto período de tiempo se logró la liberación de 550 de 800 judíos soviéticos en apuros. En un viaje presidencial, a cada miembro del partido oficial se le da un librito donde se recogen todos los eventos y movimientos con sus horas respectivas, junto con mapas que indican la posición que debe ocupar todo el mundo. Todo esto no deja de sorprender, al menos a esta crítica.

Hay algún destello entre largos fragmentos: la «emoción» de la primera visita con motivo de la cumbre, cuando la puerta del avión se abrió nada más aterrizar en Bruselas y «nos deslumbraron los focos de televisión», con una alfombra roja y la guardia de honor allí al lado, y el rey de los belgas esperando a los pies de la rampa; la audiencia papal, durante la cual salió humo repentinamente del uniforme del secretario de Defensa Melvin Laird (en respuesta a la advertencia de Kissinger de que apagara el puro, lo había guardado en el bolsillo del traje). Hay pequeños relatos mordaces que presentan, entre otros, los problemas de Pakistán y Polonia. Y también hay joyas de citas, como cuando Dean Acheson, a quien le preguntaron por qué una reunión de consejeros superiores duraba tanto, respondió: «Somos todos mayores y somos todos elocuentes».

El autor es menos bueno a la hora de hacer profundas observaciones. Cuando lo intenta, por ejemplo en reflexiones sobre la era espacial, su len-

guaje se vuelve sentencioso, por no decir banal, y él parece menos natural que Gerald R. Ford. Al tratar la «agonía de Vietnam», considera que su papel es «ayudar a mi país de adopción a curar sus heridas, conservar la fe y [...] dedicarse a las enormes tareas de reconstrucción que le esperan». O, cuando se refiere al final de la guerra, espera que los norteamericanos «cierren filas» y las gentes de Indochina «tengan a largo plazo un futuro de tranquilidad, seguridad y progreso [...] digno de sus sacrificios». Para salir del sarcástico caballero que una vez, cuando un ferviente admirador le dio las gracias por «salvar al mundo», se dice que respondió con un «De nada», esto es pura propaganda equiparable a la retórica de campaña política, como si se fuera a presentar a la presidencia. Tal vez sea así.

O tal vez eso explique sus prisas para dar el libro a conocer, para publicarlo antes de noviembre de 1980. ¿Podría ser que este tremendo libro fuera un documento de campaña pensado para mostrar al autor como el más culto, experimentado y experto, el ineluctable, el único secretario de Estado posible en el gobierno del presidente republicano? No me creo que tenga el ojo puesto en el Congreso de Estados Unidos. El Senado no da cabida a los políticos de cumbre, a la diplomacia al estilo Kissinger, al viajero diario de Tel Aviv a Pekín, a Moscú y a Bonn, al invitado de Chequers y el Elíseo. Me imagino que quiere volver a esta vida del Air Force One.

Eso explicaría por qué —por dignidad— Kissinger, como personalidad, el fenómeno Super K, el moderno, la delicia de los medios de comunicación, no aparece en este libro. Además de algunas referencias bastante poco naturales a «mi retorcido sentido del humor», no aparece ningún otro indicio; pero la atención que recibe debe ser otro factor a tener en cuenta. «El poder es afrodisíaco», ha dicho Kissinger (aunque no en este libro), y aunque la popularidad sea algo diferente, refuerza el poder. La explicación que Kissinger da a esta popularidad con la prensa se explica porque a los periodistas nos les gustaba el presidente Nixon, y tendían a dar crédito a acontecimientos favorables, a «colegas más admirados [...] y yo me convertí en el beneficiario de esta situación». Era evidente que había algo más que eso; una inconfundible personalidad se hacía notar. Kissinger era refrescante y la prensa sucumbió al ingenio y el encanto de los que él sabía hacer gala; aunque aquí apenas hallen expresión.

¿De qué manera afectó a la política exterior norteamericana la repentina transformación de este rechoncho profesor en la clave de la administración Nixon? Yo opino que reforzó la creencia, ya intelectualmente arraigada, en sus propios poderes de manipulación y por lo tanto de negociación personal. Puede que haya alimentado fantasías de omnipotencia. Aunque su texto es impersonal, no lo es por modestia. Los ejemplos cuentan una historia bien diferente. De sesenta y cinco fotografías, Kissinger aparece en sesenta y tres, en veintiocho de ellas acompañado del señor Nixon, como para convencer de la posteridad de su estrecho y constante acceso al presidente. Parece que incluso necesitara convencerse a sí mismo. A propósito del bajo rango de protocolo de su cargo, que lo sentaba lejos de la sal en las cenas oficiales: «Pasé mucho tiempo calculando la distancia que me separaba de la presidencia y las probabilidades de que yo llegara a mi coche antes de que arrancara la limusina presidencial». ¿Quién puede envidiar la vida de los burócratas por estos motivos?

Si hay una clave para el concepto que Kissinger tiene de un ministro de Asuntos Exteriores, radica en esta frase: «Mi acercamiento era estratégico y geopolítico; intentaba relacionar unos hechos con otros, crear incentivos y presiones en una parte del mundo para influir en otra». Aquí está el activista, el gran manipulador, convencido de poder mover los hilos responsables de que las naciones, cual marionetas, interpreten su función. No importa la frecuencia con que éstas se evadan o se nieguen, porque él persigue su objetivo con perseverancia e intensidad. «Geopolítico» es su palabra favorita, aplicada a cada problema de cada región —y, en su opinión de intruso, la explicación de errores norteamericanos—. Si hubiéramos prestado más atención a la historia del nacionalismo vietnamita o a las tensiones internas de Irán, no habríamos invertido nuestra política y nuestro apoyo (o eso espera una) en regímenes sin un mandato válido para su propio pueblo. «Geopolítico», en el sentido en que Kissinger la usa, es otra palabra para designar la Guerra Fría. Implica combatir las intrigas del comunismo dondequiera que se maquinen. La contienda con el comunismo es seria; pero, como ya deberíamos saber a estas alturas, el adversario está dividido y es dispar, no sólido, y perderemos el combate si no somos más sutiles llevándola a cabo en términos locales.

El activismo de Kissinger era arriesgado, porque ponía en marcha reacciones y consecuencias que no se podían controlar, a veces incluso pre-



vistas, como en el caso de Chile y Camboya. Le habían advertido que sería un error intentar solucionar por la fuerza el problema de la presencia norvietnamita en Camboya y de que sería más sensato, como dijo un funcionario del Departamento de Estado: «Esperar a ver el curso de los acontecimientos, sin hacer mucho ruido». De haber seguido este consejo, Camboya habría sufrido una agonía indecible, y Kissinger, una presión que ya nunca más desaparecería.

Como los norvietnamitas fueron indiscutiblemente los primeros en violar la neutralidad de Camboya —igual que los alemanes hicieron con Bélgica en 1914—, la actual controversia sobre la violación norteamericana es una falacia. La responsabilidad de Norteamérica radica en extender la guerra a una tierra y una gente no implicadas y en exigir que nuestras fuerzas aéreas falsifiquen deliberadamente el acta. La defensa forzada de Kissinger —alegando que era preciso guardar silencio para no despertar la necesidad de una protesta contra el príncipe Norodom Sihanouk o represalias norvietnamitas— no tiene mérito. Una cosa es guardar silencio, y otra, muy diferente, tomar extremas precauciones de confidencialidad (que Kissinger no menciona), hasta el punto de transgredir nuestro propio código militar.

Asimismo, la justificación de que soldados norteamericanos eran asesinados por norvietnamitas con base en Camboya parece indignante y poco adecuada. Kissinger despótica sobre una «ofensiva no provocada que cada semana acaba con la vida de 400 norteamericanos» y el «ultraje de una ofensiva sangrienta y deshonrosa». ¿Se supone que una ofensiva tiene que ser sangrienta? ¿Hay algo especialmente vergonzoso en el asesinato de soldados enemigos durante la guerra? En cuanto a que es «deshonrosa», no comparto en absoluto la opinión de Kissinger.

Habla mucho del honor en estas páginas. «Honor norteamericano» e «inocencia norteamericana» son términos que se repiten tanto como «realidades» y *realpolitik*, con los que coexisten por extraño que parezca. Se dice que Estados Unidos entró en guerra con Vietnam «inocente, convencido de que la cruel guerra civil representaba el último grito de algún diseño global». Cuesta comprender por qué la contención del comunismo se describe como «inocencia». En otras partes del libro dice que entramos en guerra por «idealismo ingenuo», lo cual suena extraño viniendo de Henry Kissinger, el tratante de duras realidades sin sentimentalismos. ¿Por qué

en este libro intenta presentarse como algo que no es, como quien lleva una toga romana encima de una cota de malla? Tal vez sea para legitimizarse ante la derecha, con un ojo puesto en el poder.

La despiadada tiranía que se ha apoderado de Chile, con ayuda de Estados Unidos, pertenece al período posterior al término de este libro, enero de 1973, y seguramente de esto tratará el siguiente volumen de Kissinger. Aquí incluye un capítulo sobre la decisión tomada por el llamado Comité 40, del que él era presidente, que daba luz verde a los gastos a cargo de la Agencia Central de Inteligencia para influir en las elecciones chinas de 1970. Es el claro ejemplo de ilegalidad norteamericana en una causa de la Guerra Fría, aun cuando en un primer momento fuera inútil.

Con el cobre y la ITT de fondo, Kissinger evita hacer referencia a la inocencia norteamericana y se centra en hacer un drama del peligro representado por Salvador Allende, a quien se le atribuye la «intención patente» de llevar a cabo la transición al comunismo. Su prevista victoria electoral (por votación plural pero minoritaria) establecería a otro Castro en el hemisferio occidental. «Pronto impulsaría políticas antinorteamericanas, atacaría la solidaridad en el hemisferio, haría causa común con Cuba, y tarde o temprano establecería estrechas relaciones con la Unión Soviética», lo cual ejercería un profundo efecto «contra los intereses nacionales fundamentales de Norteamérica».

Si éste fuera el caso —y Kissinger puede ser muy persuasivo—, se plantea una legítima cuestión. Por interés nacional, ¿no era un deber norteamericano hacer lo posible por rechazar un segundo Estado comunista en Latinoamérica? La respuesta, en esta ocasión, tiene que ser un no, porque, sea cual sea la amenaza que representara, la inminente presidencia de Allende se iba a conseguir por medios constitucionales. Estados Unidos considera intolerable interferir en los asuntos nacionales de un Estado vecino para intentar frustrar una operación legal. Hemos avanzado mucho desde las elecciones de 1888, cuando el embajador británico en Estados Unidos aconsejó mediante carta privada a un corresponsal que votara por Grover Cleveland y, cuando esto fue filtrado a la prensa, se pidió la destitución del embajador por interferir en la política norteamericana. No creo que las relaciones internacionales puedan ser guiadas por la ética; sin embargo, creo en obedecer en la medida de lo posible las reglas que hemos dictado para mantener el or-

den social, porque de lo contrario la sociedad cae en la anarquía, lo cual es tan peligroso para la derecha como para la izquierda.

En círculos de Nixon, Kissinger era una figura ambivalente, sospechosa de militar en la derecha por su amistad con Nelson A. Rockefeller, un pasado en Harvard, el acceso a Georgetown y flexibilidad con Rusia. Sin embargo, como agente de un presidente más a la derecha que ninguno desde McKinley, realizó progresos en importantes ámbitos: en China, en Oriente Medio, incluso en distensión con Rusia y en los laberintos estigios donde está limitado el uso de armas estratégicas.

Una cosa que el abrumador detalle del libro demuestra es la amplitud del tema que Kissinger trata, el arduo trabajo que continuamente exigía y la temible lista que manejaba. Textiles japoneses, Mercado Común, Ostpolitik, ABM y MIRV, secuestro palestino, submarinos soviéticos en Cuba, misiles soviéticos en Egipto, canales a China, Nixon a Rumanía, disturbios polacos, crisis en Jordania, guerra en Pakistán, cumbre de Moscú, el Año de Europa, la muerte de Nasser, visita al *sah* y, en medio de todo aquello, conferencias secretas y por consiguiente formales en París con los norvietnamitas. No era tarea para alguien inseguro, que no es el caso. A Kissinger le parecía que todo esto requería su presencia. Hablaba y viajaba sin parar, aunque ése no fuera el uso más creativo de su tiempo. Una vez, allá por los años en que aún no era famoso, cuando un colega le preguntó qué pensaba del secretario de Estado John Foster Dulles, pensó por un momento y respondió: «Viaja demasiado».

Kissinger aportó una política creativa a Oriente Medio con el rechazo del país de la fantasía, la solución «integral». Entendía que la situación entre Israel y Egipto no tenía posibilidades de mejorar si tuviera que ser negociada como parte de un acuerdo global y, como señala con admirable sentido común, «si no había posibilidades de éxito, no veía razón para que nos implicáramos» en el intento. Prefería probar con un acuerdo provisional para romper el *impasse* y abrir camino a nuevos avances. Esto originó el proceso paso a paso, dramatizado por la diplomacia estilo Kissinger en el siguiente mandato, que finalmente hizo progresos donde no se había registrado ninguno en treinta años.

No obstante, aunque Rusia y Oriente Medio pueden ser más importantes de cara al futuro, en el fondo es Vietnam lo que pone a prueba a sol-

dados y hombres de Estado, y a la historia norteamericana. Reconocida la *necesidad de retirada norteamericana por parte de ambos candidatos en 1968*, el esfuerzo para negociar unas condiciones que guardaran las apariencias mantuvo a Kissinger ocupado desde el día en que tomó posesión de su cargo. El problema era que la Administración estaba empeñada en negociar una retirada que no pareciera abandonar Saigón, que no acabara con la confianza de otros pueblos en Norteamérica, que «ofreciera un acuerdo justo y equitativo a todas las partes»; en resumidas cuentas, que diera una buena imagen de Norteamérica —lo cual encerraba cierta contradicción sobre la retirada—. Pese a protestas internas, esta retirada ya había empezado a llevarse a cabo mientras las negociaciones seguían su curso, y eso venía a ser una señal para Hanoi de que no debía aceptar las condiciones norteamericanas. Una parte beligerante no tiene por qué negociar condiciones «justas y equitativas» con un enemigo que ha revelado su intención de retirarse victorioso.

A través de interminables negociaciones con los norvietnamitas en París, Kissinger redescubrió una y otra vez que Hanoi no quería un acuerdo de compromiso, que «no tenía intención de retirar sus propias tropas» del Sur, que «sólo lo satisfaría la victoria», que, para abreviar, no aceptaría de ninguna manera las que nosotros considerábamos buenas condiciones. El único recurso de negociación que nos quedaba era hacer de nuestra permanencia en la guerra un riesgo mayor para Hanoi que el acuerdo. Es decir, el bombardeo y la ofensiva contra los santuarios norvietnamitas de Camboya. La acción militar no representaba una solución militar, sino un argumento de fuerza mayor que convencería a Hanoi de que abandonara Saigón y permitiera la retirada triunfal de Estados Unidos.

El fracaso de la política creativa supuso un fracaso a la hora de considerar que la confianza en Norteamérica no se veía favorecida por el espectáculo que nuestra impotencia militar estaba dando en una guerra de guerrillas asiática. Se podría haber tenido un mayor protagonismo en asuntos exteriores con la figura de un consejero que nos hubiera llevado a la retirada partiendo de la base de que habíamos hecho todo lo posible o lo que *debíamos hacer por Saigón y que su supervivencia dependía definitivamente de sí misma*, o de lo contrario carecería de valor, como demostró. A Kissinger le faltó la imaginación y, sin duda, la influencia para adoptar dicha

solución. Al final, bombardeo navideño incluido, tras cuatro años de negociaciones con un coste de nueve mil vidas norteamericanas y más vidas y destrucción vietnamitas no contabilizadas, las condiciones obtenidas no eran mejores de lo que habrían sido al principio. Los cuatro años de muerte y estragos adicionales fueron un auténtico desperdicio.

Kissinger no reconoce nada de esto. Es más, no entiende el desacuerdo interno; aunque es un tema constante en el libro, e indudablemente el factor que más le preocupaba. Lo considera una perversa oposición que, al animar a Hanoi a cerrarse en banda, daba al traste con las negociaciones. Cita las declaraciones publicadas en el *Wall Street Journal* de que «los norteamericanos buscan una retirada aceptable de Indochina, no una emboscada», y en el *New York Times* de que esa amarga experiencia «había desgastado la credulidad del pueblo y el Congreso norteamericanos», y en el *Milwaukee Journal* de que «si [los survietnamitas] no se pueden valer por sí mismos, ahora es demasiado tarde. Estados Unidos ya no puede soportar las frustraciones y los problemas internos que les estaba costando la guerra inmoral, trágica y sangrienta»; pero él no asimila el mensaje. Su comentario es que el debate nacional estaba «sumido en la ira popular», no es que le dijera algo que debería haber escuchado. A propósito de la votación parlamentaria para poner fin a la acción en Camboya que finalmente bloqueó el Ejecutivo en 1973, escribe que Camboya era víctima de «la crisis de nuestra política democrática», cuando en realidad el proceso estaba en funcionamiento, no en crisis. Es peligroso que quien desconoce la diferencia ocupe un cargo de alto funcionario.

Kissinger lamenta que «hiciéramos frente a un constante vacío de credibilidad en nuestro propio país» y que podríamos haber triunfado «si el público hubiera confiado en nuestros objetivos»; pero nunca encuentra ninguna conexión entre la desconfianza pública y los hechos y las políticas de la Administración a la que él representaba. No se imagina el daño concomitante: que el precio que se paga por jugar duro puede ser demasiado elevado; que una política exterior que aliena a los compatriotas y provoca descontento y recelo no merece lo que podría ganar contra el adversario; que la fuerza de una nación radica definitivamente en su autoestima y confianza en lo que está bien; y que, lo que daña estas dos cosas, daña a la nación.

## LOS MEJORES MOMENTOS DE LA HUMANIDAD\*

Para cambiar de tercio y dejar a un lado el pesimismo imperante, me gustaría recordar algunas de las cualidades positivas e incluso admirables de la raza humana. Últimamente, se oye hablar muy poco de ellas. La nuestra no es una época de autoestima o confianza en uno mismo, como, por ejemplo, en el siglo xix, cuando los retratos irradiaban autoestima. Los victorianos, especialmente los hombres, se veían a sí mismos erguidos, nobles y muy atractivos. La imagen que hoy tenemos de nosotros mismos se parece más a Woody Allen o a un personaje de Samuel Beckett. Entre montones de problemas mundiales y un historial pobre en pleno siglo xx, vemos a nuestra especie —con razón— patosa cuando no bellaca, violenta, innoble, corrupta, inepta, incapaz de dominar las fuerzas que la amenazan, víctima de sus peores instintos; en resumen, decadente.

El catálogo es válido y de todos conocido, pero resulta tedioso. Un estudio de historia nos recuerda que la humanidad tiene sus altibajos y, durante los altos, ha logrado hermosas y valientes proezas, realizado tremendos esfuerzos, explorado y conquistado bosques y océanos, hecho realidad maravillas de belleza en las artes creativas y maravillas de ciencia y progreso social; ha amado la libertad con una pasión que a lo largo de la historia ha llevado a los hombres a luchar y morir por ella una y otra vez; ha buscado el conocimiento, ejercitado la razón, disfrutado de la risa y los placeres, jugado con entusiasmo, demostrado coraje, heroísmo, altruismo, honor y decencia; experimentado amor; conocido el confort, la satisfacción y, alguna que otra vez, la felicidad. Todas estas cualidades han formado par-

\* Conferencia Jefferson, Washington D. C., abril de 1980, publicada En *American Scholar*, otoño de 1980.

te de la experiencia humana y, aunque no han recibido tanta atención como los defectos ni ejercido una influencia tan amplia y persistente como el mal que hacemos, merecen esa atención porque ya casi las habíamos olvidado.

Entre los grandes esfuerzos realizados, hemos llevado hombres a la luna y los hemos traído de regreso sin percances —indudablemente, uno de los logros más importantes de la historia—. Algunos pueden considerar el esfuerzo improductivo, demasiado costoso y una prioridad equivocada respecto a mayores necesidades; puede que todo esto sea cierto, pero en mi opinión no desmerece el logro. Bien mirado, todo lo positivo tiene una parte negativa —a veces más, y a veces menos—, y no todos los esfuerzos admirables tienen admirables motivos. Otros tienen tristes consecuencias. Aunque actualmente muchos signos no auguran nada bueno, las cualidades humanas probablemente son las que siempre han sido. Si el hombre primitivo descubrió cómo transformar el cereal en pan, y los juncos que crecen a orillas del río en cestas; si sus sucesores inventaron la rueda, aprovecharon el aire incorpóreo para hacer girar una rueda de molino, transformaron la lana de oveja, el lino y los capullos de los gusanos en tejido... nosotros, me imagino, encontraremos la manera de controlar el problema energético.

Veamos cómo los holandeses obraron el milagro de ganar terreno al mar. Mediante el progresivo cercamiento del Zuider Zee a lo largo de los últimos sesenta años, han añadido unas 200.000 hectáreas a su país, lo cual les ha permitido aumentar su superficie en un 80% y proporcionar hogares, granjas y ciudades a casi 250.000 personas. La voluntad de lograr lo imposible, ese espíritu dinámico que de vez en cuando se apodera de nuestra especie, nunca fue más evidente que en esta alteración del terreno llevada a cabo por la más pequeña de las principales naciones europeas.

Holanda, una tierra baja, anegada y azotada por el viento, parcialmente por debajo del nivel del mar, salpicada de marismas, ríos, lagos y ensenadas, cuya orilla más exterior se adentra en el tormentoso mar del Norte con frágiles dunas de arena como única protección contra las olas, pese a sus desventajas físicas se ha convertido en una de las naciones más pobladas, ordenadas, prósperas y, en cierta etapa de su historia, dominantes de Occidente. Durante siglos, desde que sus primeros pobladores, tribus hui-

das de sus enemigos, se instalaron en las ciénagas donde nadie los molestaba, los holandeses lucharon contra el agua y aprendieron a convivir con ella: edificaron en montículos, construyeron y reconstruyeron espigones de arcilla mezclados con paja, llevaron barro en interminables trenes de cestas, extendieron colchones de sauce y los sujetaron con piedras, repararon cada primavera los daños ocasionados por el invierno, drenaron marismas, canalizaron arroyos, construyeron rampas para poner el ganado a salvo en épocas de crecida, en un lado ganaron un terreno al mar que en otro perdieron en favor del vengativo océano, y desarrollaron progresivamente métodos para enfrentarse a su eterno rival.

El Zuider Zee era un golfo con régimen de marea que se adentraba casi 130 kilómetros en un área de entre 15 y 50 kilómetros de ancho. La idea de cerrar la boca del golfo con una presa llevaba tiempo en el aire pero nunca se había llevado a cabo, por miedo a lo que costaría; hasta que una terrible inundación en 1916, que dejó agua salada en todas las granjas al norte de Ámsterdam, obligó a adoptar esa medida. La ley para el cercamiento fue aprobada unánimemente por ambas cámaras parlamentarias en 1918. Aquel plan, tan grande en ambición como pequeño era el país, requería la construcción de un dique de 30 kilómetros de costa a costa, que se elevara unos 6 metros sobre el nivel del mar, lo bastante ancho en la parte superior para dar cabida a una carretera y a las obras hidráulicas, y con 180 metros de ancho en la base sumergida. La primera carretada de grava fue vertida al mar en 1920.

El dique sólo fue parte de la tarea. Al mar interior que se formó tuvo que drenarse el agua salada para transformarla en agua dulce con el agua que entraba de los afluentes más bajos del Rin. Cuatro *polders*, o áreas ganadas al bajío, fueron sacados a la superficie mediante drenaje. Hubo que construir diques secundarios, estaciones de bombeo, presas, acequias de drenaje para controlar la entrada de agua, así como esclusas y puertos interiores de navegación; los *polders* recuperaron su fertilidad, se plantaron árboles, se construyeron carreteras, puentes y alojamiento rural y urbano... y la finalización de todo esto estaba programada para dentro de sesenta años.

Los planes de ingeniería mejor trazados tuvieron errores y problemas. Durante la construcción, la grava que se había introducido a conciencia en el interior de armazones sumergidos sería arrastrada en una noche por



fuertes corrientes o una caprichosa tormenta. Los medios demostraron ser vulnerables; los métodos, a veces inviables. Sin embargo, las obras del dique fueron avanzando lentamente desde cada orilla hacia el centro. A medida que el espacio se fue estrechando, la presión de las corrientes y la marea aumentó diariamente en fuerza, arrastró material de la base, socavó los cimientos de la estructura y amenazó con evitar su finalización. En los últimos días, se llevó al lugar un montón de grúas flotantes, dragas, barcazas y todo el equipo disponible, y se vertió desesperadamente material de relleno antes de la siguiente marea, prevista para dentro de doce horas. Entonces se anunció la llegada de vientos huracanados. La presa de detención que protegía el último espacio abierto, dio muestras de empezar a ceder; las operaciones se trasladaron rápidamente unos veinticinco metros al interior. Ahora la incertidumbre era total. La marea, que bramaba y hacía espuma con la arena, se abalanzó sobre el paso estrecho; las máquinas se acercaron, rellenaron el último espacio del dique, y aguantó. Los hombres vencieron aquel día de 1932 donde las olas del mar del Norte los habían mantenido bajo dominio durante setecientos años.

Cuando emergió la tierra seca, los primeros en tomar posesión fueron las aves. Poco a poco, década a década, se sucedieron cultivos, hogares y civilización; y, por desgracia, también la intervención destructora del hombre. En la Segunda Guerra Mundial, los alemanes en retirada volaron una parte del dique y anegaron por completo el *pólder* occidental; pero a finales de ese mismo año, los holandeses lo habían secado, en primavera habían vuelto a sembrar los campos y a lo largo de los siete años siguientes restauraron las granjas y aldeas del *pólder*. No obstante, la meteorología es algo que nunca se conquista. Las catastróficas inundaciones de 1953 sumergieron buena parte de la Holanda costera. Los holandeses se secaron y, mientras seguían las obras en el Zuider Zee, aplicaron las lecciones aprendidas a otros lugares y prestaron sus conocimientos hidráulicos a otros países. Conducir entre el sombrío océano a un lado y la tierra nueva al otro es, de momento, para sentir optimismo por la raza humana.

Un gran esfuerzo requiere visión y una especie de irresistible impulso, no necesariamente práctico como en el caso holandés, sino a veces incluso me-

nos definible y más exaltado, como en el caso de las catedrales góticas de la Edad Media. La explosión arquitectónica que produjo esta multitud de vertiginosas bóvedas de crucería, traspasadas por una luz perlada, salpicadas de miles de figuras de arte escultórico, representa el esplendor a gran escala, y figura entre los enormes logros históricos permanentes de manos humanas. ¿Qué lo explica? No sólo el fervor religioso, sino también el fervor de una era dinámica, el espíritu de superación, la ambición por lo más grande y lo mejor. Solamente la voluntad general, compartida por nobles, mercaderes, gremios, artesanos y plebeyos podía aportar los recursos y la mano de obra para realizar semejante tarea. Cada grupo contribuía con donaciones, especialmente los magnates del comercio, quienes así se sentían aliviados de su trabajo lucrativo. Los programas de voluntariado abarcaban todas las clases y condiciones. «¿Quién ha visto u oído hablar en el pasado —escribió un observador— de que poderosos príncipes del mundo, hombres criados entre honor y riqueza, nobles —hombres y mujeres— han inclinado sus altivos cuellos hacia los arreos de carretas y, como animales de carga, han arrastrado hasta la morada de Cristo estas carretas cargadas de vino, cereal, aceite, piedras, madera y todo lo necesario para la construcción de una iglesia?».

El abad Suger, cuya renovación de St. Denis se considera el inicio de la arquitectura gótica, encarnaba el espíritu de los albañiles. Decidido a crear la basílica más espléndida de la cristiandad, supervisó cada aspecto del trabajo desde la recaudación de fondos hasta la decoración, y eso hizo que su nombre quedara inmortalizado en dovelas y capiteles. Se pasaba la noche despierto, como él mismo nos cuenta, pensando dónde encontrar árboles lo bastante grandes para las vigas, y se trasladó personalmente al bosque con sus carpinteros para interrogar a los leñadores bajo juramento. Cuando juraron que en la zona no existía nada parecido a lo que él buscaba, Suger insistió en seguir con la búsqueda y, al cabo de nueve horas de caminata entre zarzas y matorrales, tuvo éxito y marcó doce árboles del tamaño necesario.

Normalmente, el irresistible impulso que mencionamos se encuentra en las ciudades, donde, por aquel entonces, se acumulaban riqueza y poderío político-económico. Amiens, la pujante capital de Picardía, decidió construir la iglesia más grande de Francia, «más alta que todos los santos,

más alta que todos los reyes». Para el espacio que se necesitaba, el hospital y el palacio del obispo tuvieron que ser trasladados, y las murallas de la ciudad retrocedieron. Al mismo tiempo, Beauvais, una ciudad vecina, levantó una bóveda sobre el punto en que confluyen nave y crucero hasta una altura sin precedentes de 48 metros, el máximo atrevimiento de los arquitectos en aquella época. Demostró ser demasiado arriesgado, pues la altura de las columnas y la envergadura de los soportes hicieron que la bóveda se desplomara al cabo de doce años. Reparada una y otra vez, fue insolentemente culminada con una aguja a 150 metros del suelo, la más alta de Francia. Beauvais, que había agotado todos sus recursos, nunca llegó a construir la nave y dejó una estructura breve pero no por ello menos gloriosa. El interior es una fantasía de vertiginoso espacio; quien entra allí se queda maravillado, sin aliento de tanta admiración.

Cuanto más altos e iluminados se hicieran los edificios y cuanto más delgadas las columnas, más recursos y técnicas había que idear para mantenerlos erguidos. Los contrafuertes fluían hacia el exterior como las alas de los ángeles. Éste fue un período de audacia e innovación, y espíritu excelso sin límites. En un solo siglo, de 1170 a 1270, seiscientas catedrales e importantes iglesias fueron construidas sólo en Francia. En la Inglaterra de aquel período, la catedral de Salisbury, con la aguja más alta del país, fue completada en treinta y ocho años. La aguja de Friburgo, en Alemania, constaba íntegramente de piedra afiligranada como si la hubiera tejido una araña sobrenatural. En la St. Chapelle de París, las quince milagrosas ventanas se tragan las paredes; han pasado a serlo todo.

El adorno era fundamental en la construcción. Reims está poblada de cinco mil estatuas de santos, profetas, reyes y cardenales, obispos, caballeros, damas, artesanos y plebeyos, demonios, plantas y animales. Dicen que cada tipo de hoja conocido en la Francia septentrional aparece en la decoración. En tallas, vidrieras y en esculturas, las catedrales exponían el arte de las manos medievales, y la maravilla de estos edificios es permanente aun cuando ya no desempeñan un papel central en la vida diaria. Rodin dijo que él podía sentir la belleza y la presencia de Reims incluso de noche, cuando era imposible verla. «Su poder —escribió— trasciende los sentidos, por eso el ojo ve lo que no ve».

Las explicaciones del extraordinario esfuerzo que produjo las catedra-

les son varias. Los historiadores del arte dirán que fue la invención de la bóveda de crucería. Los historiadores religiosos, que fue fruto de una época de fe convencida y que, con ayuda de Dios, cualquier cosa era posible; lo cierto es que no fue un período de fe apacible, sino de herejías e Inquisición. Uno, por su parte, sólo puede decir que se dieron las condiciones idóneas. Las ciudades y el orden social de la monarquía venían a sustituir a la anarquía de los barones, de manera que la existencia ya no era una mera lucha por la supervivencia, sino que permitía un excedente de bienes y energías y mayores oportunidades para el esfuerzo común. La banca y el comercio producían capital, las carreteras hacían posible el transporte rodado, las universidades aportaban ideas y comunicación. Era una de las mareas más altas de la historia, una época de vigor, confianza y fuerzas convergentes que hacían bullir la sangre.

Incluso cuando la marea histórica es baja, un grupo concreto de emprendedores puede realizar proezas que inspiran respeto. Envuelto en la neblina del siglo VIII, mucho antes de las catedrales, el arte vikingo de la navegación era ya un prodigio de valor, resistencia y destreza. Los vikingos se abrían camino a bordo de barcos abiertos rumbo al sur, bordeando España hasta África del Norte y Arabia, al polo norte del mundo y a costas norteamericanas tras cruzar ignotos mares. Arrastraban sus botes tierra adentro desde el Báltico para seguir el curso de los ríos rusos hasta el mar Negro. ¿Por qué? No sabemos qué los movía, sólo que era parte del legado.

¿Y qué había de la fundación de nuestro país, Norteamérica? No sabemos valorar lo que supuso el *Mayflower*, pero pensemos en la audacia, la iniciativa, la resuelta independencia, las enormes agallas que suponía abandonar lo conocido y hacerse a la mar rumbo a lo desconocido, donde no había casas ni comida, ni tiendas, ni terrenos desbrozados, ni cultivos o ganado, donde no esperaba nada del mobiliario o el asentamiento de la vida organizada.

Igual de atrevida fue la iniciativa de los franceses en los bosques septentrionales del continente americano, quienes a lo largo del siglo XVII exploraron y abrieron el territorio de St. Lawrence al Misisipi, de la región de

los Grandes Lagos al golfo de México. Acudían allí no en busca de libertad como los Padres Fundadores, sino de lucro y poder, ya fuera en el imperio espiritual de los jesuitas o en la gloria y la riqueza terrenal del monarca; rara vez en la historia han abrazado los hombres semejantes penurias y semejante aventura de buen grado, y persistido con tanta entereza y tenacidad. Pasaron hambre, agotamiento, congelación, captura y tortura por los indios, heridas y enfermedades, peligrosos rápidos, enjambres de insectos, largas caminatas, mal tiempo, y quienes sufrían la experiencia casi siempre regresaban, volvían a internarse en la selva amenazadora pero a la vez abundante y se volvían a entregar al hambre, al dolor y la muerte.

La perseverancia de La Salle en pos de la desembocadura del Misisipí no admite parangón. Mientras se preparaba en Quebec, aprendió a hablar con fluidez ocho lenguas indias. Desde entonces, sufrió accidentes, traiciones, deserciones, pérdidas de hombres y provisiones, fiebre y ceguera de nieve, la hostilidad y las intrigas de rivales que ponían a los indios en su contra y tramaban emboscarlo o envenenarlo. Lo perseguía, como escribió Francis Parkman, un «demonio del caos». En cierta ocasión remaba con un fuerte oleaje y en plena tormenta por el lago Ontario, y caminaba por el agua helada para hacer encallar cada noche las canoas; pero perdió armas y equipaje cuando una canoa fue engullida por las olas. Para poner los cimientos de un fuerte Niágara arriba, había que descongelar el suelo con agua hirviendo; y, cuando al fin fue construido, La Salle lo bautizó con el nombre de Crèvecoeur, esto es, «Rompecorazones». Se ganó el nombre cuando, en su ausencia, fue saqueado y abandonado por la guarnición amotinada. Además, el agradable pueblo indio elegido como destino, fue arrasado por los iroqueses y de él quedaron sólo estacas calcinadas con calaveras entre las cenizas, mientras lobos y águilas rondaban los despojos.

Cuando al fin, tras cuatro meses Gran Río abajo, La Salle llegó al mar, tomó posesión oficial en nombre de Luis XIV de toda la región desde la desembocadura del río hasta su nacimiento y de sus ríos tributarios —es decir, de la ancha cuenca del Misisipí desde las Rocosas hasta los Apalaches— y la llamó Luisiana. La validez de la concesión, que tan falsa nos parece (pese a haber sido un éxito en su momento), es lo de menos. Lo que cuenta

es la superación de la terrible adversidad por los esfuerzos de un hombre y de su férrea voluntad.

Afortunadamente, el hombre también tiene la capacidad de recrearse, e ideando maneras de entretenerse y divertirse ha creado deleite y esplendor. Festividades, carnavales, festivales, fuegos de artificio, música, baile y drama, fiestas y pícnicos, juegos y deportes, el espíritu cómico y su talento para hacer reír, toda clase de disfrute, desde el gran ceremonial hasta la tranquila soledad de un día de pesca, ha ayudado a compensar la infelicidad del mundo.

Los Juegos Olímpicos originales celebrados cada cuatro años en honor de Zeus fueron el festival más famoso de la época clásica, con tal importancia para los griegos que fecharon su historia a partir de los primeros juegos, en el 776 a. C., como nosotros fechamos la nuestra a partir del nacimiento de Cristo. La corona de olivo otorgada al vencedor de cada prueba se consideraba la corona de la felicidad, mientras que luego los romanos la vieron como símbolo de la esencial frivolidad del carácter griego. Lo cierto es que los juegos antiguos duraron doce siglos, más que la supremacía de Roma.

*Homo ludens*, hombre que juega, es sin duda una figura tan significativa como la de los hombres que luchan o que trabajan. En la actividad humana, la invención de la pelota podría equipararse a la invención de la rueda. Imaginemos a Norteamérica sin béisbol, Europa sin fútbol, a Inglaterra sin críquet, a Italia sin petanca, a China sin ping-pong, y a todos ellos sin tenis. Incluso el severo Juan Calvino, ejemplo de la puritana abnegación, fue descubierto jugando a los bolos un domingo, y en 1611 un barco de suministro que atracó en Jamestown halló a los famélicos colonos sofocando su miseria con el mismo juego. Farfollas de maíz, camarillismo, graneros, carreras de caballos, combates de lucha y boxeo han entretenido a Norteamérica, aunque de manera más pasiva, como lo hace hoy el mirar partidos de béisbol y fútbol americano desde el sofá.

El juego fue inventado para divertirse, hacer ejercicio y evadirse de la rutina. En el Nueva York colonial, partidas de trineo precedidas de violinistas a caballo recorrían las tabernas del país, donde, según un participan-

te, «bailábamos, cantábamos, retozábamos, comíamos y bebíamos y nos olvidábamos de todo de la mañana a la noche». John Audubon, presente en una barbacoa con baile en la frontera de Kentucky, escribió: «Cada rostro estaba radiante de alegría, cada corazón saltaba de contento [...] la tristeza y la preocupación se las llevaba el viento».

El juego también tiene su lado oscuro en los juegos de gladiadores, en peleas de gallos y combates de boxeo, que despertaron una de las características humanas menos agradables, disfrutar con la sangre y la brutalidad; aunque, en relación con el juego como tal, es un mal menor.

Buena parte del placer deriva del comer y el sexo, dos componentes que han recibido excesiva atención en los tiempos que corren —permítaseme darlos por sobreentendidos, salvo para observar lo estrecho de su vínculo—. Todas esas recetas, cocinas, alimentos exóticos y utensilios de cocina chic parecen proliferar en proporción directa a la pornografía, la terapia sexual, las películas porno y los cuentos instructivos para niños sobre pederastia e incesto. Que la proliferación del comer y el sexo signifique mayor decadencia o liberación es discutible. Pasemos a otro tema.

Al carnaval, por ejemplo. El martes de Carnaval, en todas sus formas, es una excusa para desfogarse; para la desbordante diversión antes de la abstinencia de Cuaresma; para disfrazarse, actuar, retozar con máscaras y disfraces, construir imaginativas carrozas; para el ruido, las bromas, los chistes, las batallas de flores y confeti, bailes y banquetes, cantar y bailar, y fuegos de artificio. En el carnaval belga de Gilles-Binche, nacido el siglo xvi en honor a la conquista de Perú por Carlos V, los bailarines están espectaculares con tocados de plumas superlativamente altos en representación de los incas, y brillantes disfraces con galones dorados y campanillas que tintinean. Llevan zapatos de lana para apagar el ritmo de su danza y cestas de naranjas que simbolizan los tesoros de Perú y que arrojan a los espectadores. En la época de la cosecha en el famoso Palio de Siena, un caballo y un jinete de cada vecindario corren como locos por un empinado circuito adoquinado en la plaza principal, mientras los ciudadanos gritan con ferviente rivalidad. La Noche de Walpurgis, la víspera del primero de mayo, es una excusa para celebrar bacanales disfrazadas de aquelarre; en Navidad, el festival de invierno se celebra con el reparto de regalos. La humanidad ha inventado infinitas maneras de divertirse.

Nadie ha inventado más maneras que los chinos de compensar inundaciones, hambruna, dictadura y otros males del destino. El sonido metálico de los gongs y timbales y el ritmo de los tambores se deja oír a lo largo de su historia. No hay mes sin ferias y teatro con las calles rebosantes de fantasía, con farolillos de colores y montones de «carruajes que fluyen como agua surcada por caballos como dragones». El cielo nocturno se ilumina con fuegos de artificio —un invento chino— que al estallar dibujan peonías, tientos, diablos de fuego. Las formas de placer son infinitas. El aire toca silbatos de bambú con diferentes tonos atados a las alas de palomas que vuelan en círculos, y la música suena. Deslizarse con un grupo de amigos en trineo por un lago congelado un día de sol es extático, como «moverse en una taza de jade». ¿Y qué puede ser más agradable que el antiguo festival llamado «Medio Inmortal», donde todo el mundo desde los funcionarios de palacio hasta la gente de a pie montaba un cerdo? Cuando salía volando por los aires, uno se sentía como un inmortal; cuando aterrizaba en el suelo, humano; ser dios durante un instante.

En la era europea de la grandiosidad, los príncipes crearon festividades de deslumbrante esplendor para expresar su magnificencia, ninguna más espectacular que el gran espectáculo de 1660 que celebraba el matrimonio de Leopoldo I de Austria con la infanta de España. Como el clímax de las festividades duraba tres meses, en la gran plaza se disputaba una carrera ecuestre de los Cuatro Elementos, cada uno de los cuales estaba representado por una compañía de un millar de jinetes magníficamente disfrazados. La compañía de Agua, en plata y azul, iba cubierta de escamas y caparazones; la de Aire, con brocado de oro, lucía los colores del arco iris; la de Tierra estaba decorada con flores; la del Fuego, con llamas encrespadas. Neptuno, rodeado de vientos y monstruos marinos, iba en una carroza arrastrada por una enorme ballena que escupía agua. La carroza de la Tierra, con un jardín de Pan y pastores, era arrastrada por elefantes con castillos a lomos; la del Aire la guiaba un dragón escoltado por treinta grifos; la del Fuego iba acompañada de Vulcano, treinta cíclopes y una salamandra que escupía fuego. Como extra, un barco bastante fuera de lugar llevaba a los argonautas al Vellocoino de oro. La carrera se daba por terminada cuando un globo tachonado de estrellas y enarcado por un arco iris artificial que representaba la Paz echaba a rodar por la plaza y se abría para mostrar un



Templo de la Inmortalidad de donde salían jinetes que representaban a los quince anteriores emperadores de Habsburgo; el último en salir era Leopoldo en persona. Disfrazado de Gloria, con galones de plata y diamantes y la corona puesta, iba en una concha plateada arrastrada por ocho caballos blancos y a su lado llevaba siete cantantes con vestidos de rubíes que daban una serenata a la infanta. Luego seguía el ballet ecuestre climático interpretado por cuatro grupos de ocho caballeros cada uno, cuyos elaborados movimientos estaban marcados por fanfarrias de trompeta, timbales y salvas de cañones. En un final apoteósico, se lanzaron mil cohetes desde dos montañas artificiales llamadas Parnaso y Aetna, y el cielo se iluminó triunfal con el acróstico de Habsburgo AEIOU, *Austria Est Imperare Omne Universo*, que aproximadamente significa: «Austria gobierna el mundo».

El motivo puede haber sido el propio engrandecimiento, pero los resultados fueron suntuosos y fascinantes; los espectadores estaban embelesados, los artistas, orgullosos, y el artífice del espectáculo fue nombrado barón. Éste era un caso de hombres y mujeres dedicados al arte del disfrute, una función común a todos los tiempos, aunque uno difícilmente lo habría imaginado por la imagen que hoy tenemos de nosotros mismos como desdichadas criaturas siempre agonizantes en las fauces mezquinas de tiburones de sexo y alcohol, como si no tuviéramos otro recurso o destino.

El mayor recurso, y el logro más perdurable de la humanidad, es el arte. En sus mejores momentos, revela la nobleza que en la naturaleza humana coexiste con males y defectos, y la belleza y la verdad que puede percibir. Ya sea en música o arquitectura, literatura, pintura o escultura, el arte abre los ojos, los oídos y los sentimientos a algo fuera de nuestro alcance, algo que no podemos experimentar sin la visión del artista y el genio de su arte. Templos griegos, como el de Poseidón en el promontorio de Sunion, superpuesto sobre el azul profundo del mar Egeo, hogar de Poseidón; la majestuosidad de las figuras de Miguel Ángel esculpidas en piedra; el dominio de la lengua y el conocimiento del alma humana presentes en la obra de Shakespeare; el orden intrincado de Bach, el hechizo de Mozart; la pureza de la porcelana china monocroma con sus bonitos nombres, celadón, sangre de toro, flor de melocotón, claro de luna; la exuberancia de

los frescos de Tiepolo, donde, sin marcos que limiten el movimiento, todo un mundo de colores bellos y exquisitos vive y se mueve en el cielo; la prosa y la poesía de todos los escritores desde Homero hasta Dostoievski y Chéjov, pasando por Cervantes, Jane Austen, John Keats... ¿Quién ha hecho todas estas cosas? Nosotros; nuestra especie. El abanico es demasiado amplio y variado para hacerle justicia en este espacio, pero las muestras tomadas al azar son razón más que suficiente para honrar a la humanidad.

Si bien hemos perdido la belleza y la elegancia en el mundo moderno (como creo que efectivamente ha pasado), hemos ganado mucho, mediante ciencia y tecnología y presiones democráticas, en el bienestar material de las masas. El cambio en la vida de la clase obrera y la actitud social hacia ella marca la gran división entre el mundo moderno y el antiguo régimen. Desde la Revolución francesa y a lo largo de las brutales guerras obreras de los siglos XIX y XX, el cambio se impuso por la fuerza contra una oposición violenta y a menudo despiadada. Pese a la dureza del proceso, desarrolló y activó una conciencia social antes apenas operativa. Esclavitud, mendicidad, abandono y miseria se han reducido considerablemente en los países desarrollados de Occidente. Eso da fe del comportamiento humano, aun cuando el mundo sea más desagradable como resultado de la adaptación a los valores de las masas. La historia suele arreglar estas cosas de manera que los beneficios quedan compensados por las pérdidas, tal vez para no despertar la envidia de los dioses.

Los milagros materiales obrados por la ciencia y la tecnología, desde el aprovechamiento del vapor y la electricidad hasta la anestesia, la antisepsia, antibióticos, la lavadora que ha liberado a la mujer y todos los demás «ahorradores de trabajo», demasiado reconocidos en nuestra cultura para que yo les dé más relieve. Pasteur es una figura tan grande en la historia de la humanidad como Miguel Ángel o Mozart; y seguramente, en lo que a bienestar se refiere, incluso más grande. Somos más conscientes de este tipo de logros que de los menos tangibles. Si le pedimos a alguien que cite los méritos de la humanidad, es probable que la respuesta empiece con cosas tangibles. Sin embargo, la parte negativa del progreso científico es oscura y prominente. El armamento de guerra, con su eterna capacidad de matar es buen ejemplo de ello; ¿y quién está dispuesto a afirmar con total

seguridad que el efecto global del automóvil, el avión, el teléfono, la televisión y el ordenador ha sido, en general, beneficioso?

Sin duda, la búsqueda del conocimiento porque sí ha sido algo bueno. En el siglo XVIII hubo una primavera en que, gracias al conocimiento y la razón, todo parecía posible; en que se esperaba que la razón atravesara el dogma religioso como el sol la niebla y que el hombre, armado de conocimiento y razón, al fin pudiera controlar su propio destino y construir una buena sociedad. La teoría de que como este mundo existe es el mejor de todos los posibles salió de Leibniz; la palabra «optimismo» se usó por primera vez en 1737.

¡Menuda explosión de energías intelectuales azotó estas décadas! En veinte años, de 1735 a 1755, Lineo nombró y clasificó toda la botánica conocida, Buffon sistematizó la historia natural en treinta y seis volúmenes, y un norteamericano, John Bartram, rastreó la selva en busca de plantas que pudiera enviar a sus corresponsales en Europa. Voltaire, Montesquieu y Hume investigaron la naturaleza del hombre y los fundamentos morales del derecho y la sociedad. Benjamin Franklin hizo una demostración de electricidad a partir del rayo. El doctor Johnson compiló por su cuenta el primer diccionario de la lengua inglesa; Diderot y los enciclopedistas de Francia emprendieron la tarea de presentar todo el conocimiento en términos ilustrados. Los europeos descubrieron el secreto chino de la fabricación de porcelana e hicieron prosperar la suya propia en Meissen y Dresden. En París se empezó a despejar la plaza de la Concordia, que sería la más majestuosa de Europa. En Inglaterra circulaban no menos de 150 periódicos. La novela nació como tal con la obra de Richardson y Fielding. Chardin, artista supremo, retrató a la humanidad con tierno pincel en sus delicadas escenas domésticas. Hogarth, al mirar a otras criaturas, expuso el lado oscuro con sus miserias y procacidades. Fue una época entusiasta; en la primera representación del *Mesías* de Händel, en 1743, el «Coro Aleluya» extasió de tal manera a Jorge II que se puso en pie, y con él todo el público, dando así lugar a una tradición que todavía hoy se mantiene viva. Nació Thomas Jefferson, el hombre en quien florecería el espíritu de la época.

Si el período de veinte años lo alargamos con otros diez, pasa a incluir la retumbante voz del *Contrato social* de Rousseau; el estudio pionero *De*

*los delitos y las penas*, de Beccaria; el comienzo de *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*, de Gibbon; y, pese al terremoto de Lisboa y *Cándido o el optimismo*, la admisión de «optimismo» en el diccionario de la Academia francesa.

Aunque la Ilustración haya sobrestimado el poder de la razón para guiar la conducta humana, abrió a hombres y mujeres una visión más humana de sus compañeros de viaje. Poco a poco, los hábitos más crudos fueron dando paso a la reforma —en el tratamiento de los dementes, la reducción de las penas de muerte, el atenuante de las duras leyes contra deudores y cazadores furtivos, y en la ferviente lucha por la abolición del tráfico de esclavos.

El movimiento humanitario no era una obra de caridad, siempre con un deje de ser hecha por interés del donante, sino una manera de altruismo o benevolencia motivado por la conciencia. Lo encarnaba William Wilberforce, quien a finales del siglo XVIII provocó la gran rebelión de la conciencia inglesa contra el tráfico de seres humanos. En Norteamérica, hacía mucho tiempo que la inmoralidad de la esclavitud preocupaba a las colonias. En 1789, la esclavitud fue legalmente abolida por los estados de Nueva Inglaterra secundados por Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania; sin embargo, los estados sureños, que tendrían que pagar este precio por unirse a la Unión, insistieron en que el tema fuera excluido de la Constitución.

En Inglaterra, donde la economía nacional no dependía del trabajo de los esclavos, Wilberforce tenía más posibilidades. Su influencia lo podría haber llevado al escaño de primer ministro si el poder hubiera sido su meta; pero en vez de ello, enfocó su vida hacia una meta más humana. Instigó, vigorizó e inspiró un movimiento cuyos miembros celebraban reuniones, organizaban peticiones, recopilaban información sobre los horrores de la travesía intermedia, repartían folletos entre el público, convertían el sentimiento inconformista de la clase media en una creciente marea que, citando a Trevelyan, «fundían la fría prudencia de los hombres de Estado». La esclavitud quedó abolida bajo bandera británica en 1807. La marina británica fue usada para hacer valer la ley mediante búsquedas en alta mar y patrullas regulares por la costa africana. Cuando Portugal y España se convencieron de adoptar la prohibición, el contribuyente británico los compensó con 300.000 y 400.000 libras esterlinas respectivamente. Las vio-

laciones y el contrabando no cesaron, lo cual dejó claro a los abolicionistas que, para acabar con el comercio de esclavos, había que abolir la esclavitud. Esto reavivó la agitación. Paulatinamente a lo largo del próximo cuarto de siglo, la compensación redujo la oposición de los dueños de esclavos de las Indias Occidentales y sus aliados en Inglaterra, hasta que la emancipación de todos los esclavos del Imperio británico se aprobó en 1833. El coste total para el contribuyente británico se estimó en 20 millones de libras esterlinas.

A través de experiencias desagradables, hemos aprendido a esperar que la ambición, la avaricia o la corrupción se escondan tras cada acto público; pero, como acabamos de ver, no es siempre así. Los seres humanos poseen mejores impulsos, que de vez en cuando les llevan a actuar, incluso en el siglo xx. Durante la Segunda Guerra Mundial, la Dinamarca ocupada ultrajada por órdenes nazis de deportación de sus ciudadanos judíos, hizo acopio del coraje de que fue capaz y se transformó en una red de vías férreas subterráneas para sacar clandestinamente del país a los 8.000 judíos daneses, que hallaron refugio en Suecia. Apartado e incomunicado, un pueblo de Francia meridional, Le Chambon-sur-Lignon, se dedicó a rescatar a judíos y otras víctimas de los nazis, lo cual ponía en peligro las vidas y la libertad de sus habitantes. «Salvar vidas se convirtió en un hobby para la gente de Le Chambon», dijo uno de ellos. La respuesta mayoritaria de aquel entonces fue la colaboración, pasiva o activa. No podemos esperar que los mejores impulsos predominen en el mundo, pero sí que siempre floren.

El más poderoso de ellos en la historia, que saca lo mejor de los hombres, ha sido el afán de libertad. Una y otra vez, en algún lugar del planeta, la gente se ha alzado con lo que Swinburne llamaba el «divino derecho de insurrección» —derrocar a los déspotas, rechazar a colonizadores extranjeros, alcanzar la independencia—, y así será hasta el día en que el poder deje de corromper; lo cual no creo que sea ni una esperanza.

Los judíos antiguos se alzaron tres veces contra sus gobernantes extranjeros, empezando por la revuelta de los macabeos contra el esfuerzo de Antioco por prohibir la práctica de la fe judía. Matatías el sacerdote y sus cinco hijos congregaron a fieles creyentes en las montañas y abrieron una guerra de guerrillas que, tras la muerte del padre, encontró un líder de talento militar en su hijo Judas, llamado Macabeo o el Martillo. Honrado

posteriormente en la Edad Media como uno de los Nueve Ilustres del mundo, derrotó a sus enemigos, volvió a consagrar el templo y restableció la independencia de Judea. En el siglo siguiente, se luchó por el levantamiento de los zelotes contra el Imperio romano pese a hambrunas, asedios, la caída de Jerusalén y la destrucción del templo; hasta que un último grupo de menos de un millar prefirió el suicidio colectivo desde la roca de Masada a la rendición. Después de sesenta años como provincia ocupada, Judea se alzó una vez más con Simon Bar Kochba, quien recuperó Jerusalén pero enseguida sucumbió a las armas de Adriano; aunque la rebelión fue aplastada, el afán de identidad, que llevaba dieciocho siglos ardiendo en el exilio, les iba a hacer revivir y recuperar su patria en nuestro tiempo.

Pese a que el fenómeno persiste en la actualidad, en Argelia y Vietnam, vistos de cerca y a menudo manipulados por extranjeros, los movimientos contemporáneos parecen menos puros y heroicos que los pulidos por el brillo de la historia; como, por ejemplo, los escoceses a las órdenes de William Wallace, los suizos contra los Habsburgo, las colonias norteamericanas contra la madre patria.

Siempre he apreciado la réplica vehemente de uno de los grandes terratenientes coloniales de Nueva York que, cuando le aconsejaron que no pusiera en peligro su propiedad firmando la Declaración de la Independencia, respondió: «¡Al diablo con la propiedad; traiga la pluma!». Siento mucho decir que la he buscado para cotejarla y esta cita parece apócrifa. No así su espíritu, ya que los firmantes sabían perfectamente que ponían en peligro su propiedad, por no decir sus cabezas, al adscribir sus nombres a la Declaración.

Tampoco huyeron. Vulnerables tras la derrota de Washington en Long Island, sus propiedades fueron deliberadamente arrasadas por los británicos; sus hogares, saqueados; libros y documentos, quemados; los muebles, destrozados; el ganado y los pertrechos, destruidos; inquilinos y criados, expulsados; y mil acres del bosque maderable de Lewis Morris, reducidos a tocones. Todos se vieron obligados a vivir de la caridad de amigos durante la guerra. Philip Livingston murió sin siquiera volver a ver su hogar y sus tierras; el rico mercader William Floyd vivió sumido en la miseria. Otros hombres ricos que estamparon su firma tenían mucho que

perder: Hancock de Massachusetts, que escribió su nombre en grande para que quedara bien claro; Lee de Virginia, Carroll de Baltimore. Más tarde, en la guerra, George Washington personificó ese espíritu cuando escribió para reprender a su capataz en Mount Vernon por haber suministrado provisiones a un equipo de reconocimiento británico que había zarpado rumbo al Potomac y amenazaba con quemar la propiedad si no se atendían sus peticiones. Habría sido «menos doloroso», escribió, saber que, de resultados de la negativa, «habían quemado mi casa y dejado en ruinas mi plantación». Esto demuestra que no siempre nos guía el propio interés económico.

Hasta el momento, he considerado cualidades de grupo más que individuales, salvo en el caso del arte, que en la mayoría de los casos es fruto del espíritu individual. La felicidad es, también, una cuestión individual. Surge aquí o allá, por capricho, al azar, sin motivo o explicación. Se resiste al estudio, se ríe de la sociología, aflora, se desvanece, reaparece en algún otro lugar. Fijémonos en Izaak Walton, autor de *El perfecto pescador de caña*, ese manual de pesca y optimismo del que Charles Lamb dijo: «Leerlo pondría a cualquiera de mejor humor». Aunque Walton vivió en los trastornados tiempos de la revolución y el regicidio, aunque se alineó con el bando perdedor en la guerra civil inglesa, aunque perdió a los siete hijos pequeños de su primera esposa y al hijo mayor de su segundo matrimonio, aunque quedó dos veces viudo, ninguna de estas desgracias logró amargar un carácter esencialmente optimista. En palabras de un biógrafo: «Pasó por un infierno, pero siempre con optimismo».

El secreto de Walton era la amistad. Nacido en el seno de una familia vasalla y, en su juventud, aprendiz de ferretero, logró tener acceso a una educación y, por su buena disposición y alegre fe en los clérigos, se hizo amigo de varios clérigos eruditos y poetas sobre cuyas vidas escribió y cuyas obras prologó; entre ellos, John Donne, George Herbert y Michael Drayton. Otro compañero, Charles Cotton, escribió de Izaak: «En él tengo la felicidad de conocer al hombre más ilustre, y disfrutar del mejor y más fiel amigo que ningún hombre pueda tener».

*El perfecto pescador de caña*, publicado cuando el autor contaba sesenta años, refleja la luminosidad de su carácter. Aúna humor y devoción, serios consejos sobre las idiosincrasias de los peces y las sutilezas de su pesca, deleite en la música y en la naturaleza. Walton vio cinco ediciones reimpre-

sas en vida, mientras que innumerables ediciones posteriores le valieron la inmortalidad. El hijo superviviente de su segunda esposa se hizo clérigo; la hija superviviente se casó con uno y ofreció a su padre un hogar con nietos. Walton escribió su última obra a los ochenta y cinco años y murió a los noventa, tras ser homenajeado en verso por alguien de su círculo como un «anciano feliz» cuya vida «mostró cómo hallar la verdadera felicidad». Pensemos en él cuando perdamos el buen humor.

¿Mi estudio esconde alguna moraleja? Planteo la pregunta sólo porque mucha gente quiere que la historia le dé lecciones, lo cual seguramente puede hacer, aunque estoy menos segura de poder usarlas cuando las necesitemos. He recopilado estos ejemplos no para enseñar, sino simplemente para recordar a la gente de una era decepcionada que lo bueno opera en la humanidad aun cuando lo malo reciba más atención. Soy consciente de que seleccionar los mejores momentos no ofrece una imagen realista. Si les damos la vuelta, es posible que descubramos su lado oscuro, como cuando el Proyecto Apolo, nuestro viaje a la luna, fue autorizado porque su glamour podría obtener ayudas al desarrollo de cohetes y misiles que, de lo contrario, no existirían. Así son las cosas.

La cuestión de si la especie humana es buena o mala por naturaleza ha dado lugar a ciertas filosofías. Yo sólo sé que es una mezcla, que no se puede separar lo bueno de lo malo, que la sabiduría, el coraje y la bondad existen junto con la bellaquería, la ambición y la estupidez; el heroísmo y la fortaleza, junto con la vanagloria, la crueldad y la corrupción.

Es una paradoja de nuestro tiempo el hecho de que, en Occidente, haya tantas personas relativamente acomodadas y la sociedad nunca haya sufrido tantos problemas. No obstante, sospecho que las virtudes de la humanidad no se han perdido, por mucho que las experiencias de nuestro siglo parezcan sugerir que han caído en desuso. Un siglo en que reinó la desilusión tras el enorme esfuerzo y las grandes esperanzas de la Primera Guerra Mundial, que vio cómo la Revolución rusa se convertía en la tiranía a la que combatía, que vio cómo una nación supuestamente civilizada volvía bajo los nazis a una violencia organizada sin parangón, que vio el cobarde apaciguamiento por parte de las democracias, ese siglo queda comprensiblemente marcado por la sospecha sobre la naturaleza humana. Un historiador literario, Van Wyck Brooks, consideraba las décadas de 1920 y 1930



«una escatológica desesperación del mundo». Mientras que Whitman y Emerson, según él, «habían quedado impresionados por la valía y el buen sentido de la gente, escritores de la nueva era», impresionados por sus deseos, su codicia y violencia, y habían llegado a tener aversión al prójimo. El mismo tema reapareció en una reciente obra de teatro en la que una madre luchaba contra sus dos hijos «terriblemente despectivos». Su problema era que ella quería que fueran felices y ellos no querían serlo. Preferían mirar los horrores en televisión. En esencia, ésta es nuestra época. Insiste en los defectos y las corrupciones, sin creer en el valor o en la virtud o en la posibilidad de ser feliz. No deja de mirar atrás a Sodoma y Gomorra; no ve las montañas de las Delicias.

Debemos mantener un equilibrio, y no conozco mejor prescripción que una frase del elogio de Condorcet en honor del fallecido Benjamin Franklin: «Perdonó el presente por el futuro».

### III

## LECCIONES DE LA HISTORIA

## ¿ES LA HISTORIA UN MANUAL PARA EL FUTURO?\*

La pregunta más común que suele hacer el gran público al historiador es si la historia tiene un propósito. ¿Es útil? ¿Podemos aprender de las lecciones de la historia?

Cuando la gente quiere que la historia sea útil y nos dé lecciones, significa que también se quieren asegurar de que cumple los estándares científicos. Esto, en mi opinión, no es así, por razones sobre las que volveré en un momento. Practicar historia como una ciencia es hacer sociología, una disciplina totalmente diferente que personalmente encuentro hostil, aunque supongo que los sociólogos dirán lo mismo de mí. Los sociólogos avanzan lentamente con la nariz pegada al suelo, recogiendo montones de estadísticas para llegar a una conclusión obvia que un historiador razonablemente receptivo, por no mencionar buena parte del público en general, ya sabe, simplemente con un poco de observación —que la movilidad social está aumentando, por ejemplo, o que las mujeres tienen problemas diferentes a los de los hombres. Ojalá se liberen algún día, levanten la cabeza y miren a su alrededor.

Si la historia fuera una ciencia, tendríamos que poder conocer sus entresijos, establecer sus pautas, saber lo que pasará mañana. ¿Por qué no es así? La respuesta radica en lo que yo llamo la Variable desconocida, esto es, el hombre. Los seres humanos son siempre y finalmente el tema de la historia. La historia es la trayectoria del comportamiento humano, el tema más fascinante de todos, aunque ilógica y tan saturada de ilimitado número de variables que no es susceptible de adoptar el método científico ni la sistematización.

\* Discurso en la Chicago Historical Society, octubre de 1966.

Digo esto valerosamente, incluso en plena era electrónica en que los ordenadores ya mordisquean las faldas de la historia en el proceso denominado «cuantificación». En mi opinión, aplicada a la historia, la cuantificación tiene sus límites. Depende de un método llamado «manipulación de datos», lo cual significa que los hechos o datos del pasado histórico —es decir, del comportamiento humano— están manipulados en categorías identificadas para que puedan ser programados en los ordenadores. Aunque se espera que de aquí salga un patrón, sólo le diré al lector que la «manipulación de datos» de la historia es un invalidador incorporado, porque en la medida en que uno manipula sus datos para que se ajusten a algún extraño requerimiento, en este caso los requerimientos de la máquina, los resultados serán sospechosos, y correrán el riesgo de ser, también, no válidos. Todo depende de las categorías identificadas y los hechos asignados, y esto depende del criterio individual que el cuantificador adopte en la base del proceso. Las categorías no son una doctrina revelada ni los resultados de una verdad científica.

Presumiblemente, la esperanza de la cuantificación es que, al procesar una cantidad de material muy superior a la capacidad del individuo para abarcarla, pueda sacar a la luz y establecer pautas fiables. Eso está todavía por ver, y no soy optimista. La historia tiene una manera de esquivar los intentos de encajonarla en patrones. Además, uno de sus datos básicos es el alma humana. El historiador convencional, al menos el que busca la verdad, no la propaganda, procurará con toda sinceridad dejar que sus «datos» hablen por sí solos; pero los «datos» encerrados en cajas ordenadas de antemano no sirven de nada. Sus matices carecen de voz. Deben llevar tal o cual significado fijo y sopesar el resultado en consecuencia. Por ejemplo, en un estudio cuantificador que he visto sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, los operadores han dividido todos los documentos diplomáticos, mensajes y declaraciones de la crisis de julio en categorías etiquetadas «hostilidad», «amistad», «frustración», «satisfacción», etcétera, con una intensidad asignada a cada palabra dentro de una escala de uno a nueve, incluidas las fracciones. Pero ninguna categoría preestablecida respondía a todos los rasgos de carácter privado y las presiones públicas que actuaban de manera muy diversa sobre los nerviosos monarcas y ministros implicados. Del gigantesco esfuerzo realizado en este estudio salió un ra-

tón, la poco menos que sorprendente conclusión de que la probabilidad de entrar en guerra se incrementaba cuando se incrementaba la hostilidad de los mensajes.

En realidad, la cuantificación es sólo un nuevo acercamiento al viejo esfuerzo continuamente realizado para hacer que la historia encaje en un patrón; pero los patrones «fiables», o como quiera que se llamen las lecciones de historia, son difíciles de lograr.

Por ejemplo, supongamos que en 1914 no hubiera sido presidente de Estados Unidos Woodrow Wilson, sino Theodore Roosevelt, oponente suyo en las elecciones de 1912. De haber sido ése el caso, Norteamérica podría haber entrado en guerra mucho antes, tal vez en 1915, cuando se produjo el desastre del *Lusitania*, con un posible acortamiento de la guerra e incalculables efectos en la historia. Pues resulta que, entre los anarquistas de mi libro *La torre del orgullo*, hay un misterioso italiano llamado Miguel Angiolillo, a quien nadie recuerda pero que asesinó al primer ministro español Cánovas en 1897. Cánovas era un hombre fuerte que estaba a punto de aplastar a los rebeldes de Cuba cuando lo asesinaron. De haber sobrevivido, tal vez la insurrección cubana no se habría prolongado hasta el punto de inquietar a los norteamericanos, ni habría habido Desastre del 98, ni Colina de San Juan, ni Rough Riders, ni vicepresidencia de Theodore Roosevelt que le permitiera triunfar cuando otro anarquista, otro ser humano imprevisible, mató a McKinley. Si Theodore nunca hubiera sido presidente, no habría existido tercer partido en 1912 que dividiera a los republicanos, y Woodrow Wilson no habría salido elegido. A partir de aquí, las especulaciones son infinitas. A mí me resulta más bien reconfortante sentir que la historia viene determinada por el ilógico comportamiento humano y no por una larga serie de inmutables leyes científicas que está fuera de nuestro alcance.

Sé muy poco (eufemismo por «nada») sobre ciencia de laboratorio, pero me da la impresión de que las conclusiones deben de ser lógicas; esto es, el resultado debe derivarse de una determinada serie de circunstancias. Los complejos actos humanos tampoco se pueden reproducir o emprender de manera deliberada, ni siquiera se puede esperar que ocurran como los fenómenos de la naturaleza. El sol sale cada día. Las mareas obedecen de tal manera a un horario que se podría imprimir uno como los de los trenes,

aunque más fiable. De hecho, la marea y el tren ilustran perfectamente mi argumento: una depende de la luna y es fija; el otro depende del hombre y es variable.

En ausencia de circunstancias recurrentes fiables, no se puede depositar demasiada confianza en las lecciones de historia.

Da lecciones, por supuesto, y cuando la gente habla de aprender de ellas, diría que tienen en mente dos maneras de aplicar la experiencia pasada: una es permitiéndonos evitar los errores pasados y manejarnos mejor la próxima vez en circunstancias similares; la otra es permitiendo que nos anticipemos a futuros acontecimientos. (Considero que la historia nos podría enseñar algo sobre Vietnam, si estuviéramos dispuestos a escuchar.) Manejarnos mejor la próxima vez está en nuestras manos; anticiparnos, no lo parece.

La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, con la experiencia de la guerra anterior como una terrible lección, se condujo, una vez que nos implicamos, de manera más inteligente que la Gran Guerra. Entrar en el conflicto era otra cuestión. Cuando había que anticiparse al curso de los acontecimientos, los norteamericanos no aplicaron la lección más indicada. Pearl Harbor es el clásico ejemplo de quien no aprende de la historia. A posteriori, sabemos que lo que deberíamos haber anticipado era un ataque sorpresa de Japón en pleno proceso de negociaciones. ¿Acaso el mero hecho de que esto fuera deshonroso lo hacía impensable? Difícilmente. Era exactamente el procedimiento que Japón había adoptado en 1904, cuando hizo estallar la Guerra ruso-japonesa con un ataque sorpresa a la flota rusa en Port Arthur.

Además teníamos todas las indicaciones físicas posibles. Habíamos descifrado el código japonés, el radar nos advertía del peligro, teníamos un continuo flujo de información secreta fiable. ¿Qué había fallado? No la información, sino el «juicio». Teníamos todas las pruebas y nos negamos a interpretarlas correctamente, igual que en 1944 los alemanes se negaron a creer en la pruebas de un desembarco en Normandía. El hombre no cree lo que no encaja en sus planes o no coincide con sus valoraciones previas. El fallo de toda inteligencia militar, sea un 20% o un 50% o un cien por cien precisa, está en que no es mejor que el criterio de sus intérpretes, y este criterio es fruto de gran cantidad de parcialidad, prejuicios y

deseos individuales, sociales y políticos; en resumidas cuentas, en que es humana y, por lo tanto, falible. Si un hombre puede descifrar el código japonés y, sin embargo, no creer lo que éste le dice, ¿cómo se puede esperar aprender de las lecciones de la historia?

¿Lo haría mejor un ordenador? En el caso de Pearl Harbor, probablemente sí. Si uno pudiera haber introducido en un ordenador toda la información secreta disponible en noviembre de 1941, es casi seguro que habría respondido al momento: «Ataque aéreo, Hawai, Filipinas», y seguramente incluso «7 de diciembre». Pero ¿esto funciona siempre? ¿Podemos confiar las lecciones de la historia a los ordenadores? Yo creo que no, porque la historia los engañaría. Puede que hagan las deducciones correctas y saquen las conclusiones acertadas; pero los hechos dan un giro inesperado, alguien estornuda, la historia se desvía y toma otro camino. Si la nariz de Cleopatra hubiera sido más pequeña, dijo Pascal, el aspecto del mundo habría cambiado. ¿Acaso puede un ordenador dar cuenta de Cleopatra?

Una vez, hace mucho tiempo, cuando las verdades eternas parecían claras —esto es, durante la Guerra Civil Española—, creía que las lecciones de la historia eran inequívocas. Parecía indiscutiblemente obvio que, si el fascismo triunfaba con Franco, España en la anunciada guerra europea sería una base para Hitler y Mussolini, el Mediterráneo se convertiría en un lago italiano, Gran Bretaña perdería Gibraltar y sería separada de su imperio al este de Suez. El peligro era evidente; la lógica del asunto, implacable, eso toda persona sensible lo veía; y yo, recién salida de la universidad, escribí un librito publicado en Inglaterra para ponerlo de relieve, todo fruto de la analogía de la historia. El libro mostraba cómo, a lo largo de los siglos XVIII y XIX, Gran Bretaña se había opuesto de manera consistente a que el poder que dominaba el continente, fuera cual fuera, adquiriera demasiada influencia sobre España. La cuestión de los matrimonios españoles, las campañas de Wellington, las políticas de Castlereagh, Canning y Palmerston, iban todas ellas dirigidas hacia el mismo objetivo: al supremo poder continental hay que impedirle que controle España. Mi tratado era, creo yo, muy ingenioso y revelador. No hacía referencia a la lucha entonces vigente; más bien dejaba que el pasado hablara por sí mismo e hiciera su razonamiento, que era irrefutable; hasta que la historia lo refutó. Franco ganó, ayudado por Hitler y Mussolini, y a continuación estalló la

guerra europea, aunque España se mantuvo incomprensiblemente neutral, al menos de manera nominal. Gibraltar no cayó y los portales del Mediterráneo no se cerraron. Yo, sin mencionar a todos los demás antifascistas «prematuros», como entonces nos llamaban, me había equivocado respecto a un resultado concreto, mientras que había acertado moralmente en cuanto al peligro general que comportaba el fascismo. Las lecciones de la historia que tan meticulosamente había expuesto sencillamente no surtieron efecto. La historia se estaba portando mal.

Pearl Harbor y España demuestran dos cosas: la primera, que el hombre desaprovecha las lecciones de la historia porque sus prejuicios le impiden sacar las conclusiones señaladas; y la segunda, que la historia, a menudo caprichosa, toma una dirección distinta de la que indican sus lecciones. Aquí está el fallo en los sistemas de historia.

Cuando se trata de sistemas, la historia llevó a cabo su mayor traición con Karl Marx. Nunca un profeta estuvo tan seguro de sus premisas, nunca estuvieron los creyentes tan absolutamente convencidos de un resultado augurado, nunca hubo una interpretación de la historia que pareciera tan sencilla de manejar. Al analizar las consecuencias de la revolución industrial, Marx exponía el terrible enigma del siglo XIX: cuanto mayor era el progreso material, más extensa y severa era la pobreza resultante; un proceso que sólo podía acabar, según él, en la violenta caída del orden existente provocada por la revolución. A partir de esto formuló la doctrina de *Verelendung* (progresivo empobrecimiento) y *Zusammenbruch* (colapso), y decretó que, dado que la conciencia de clase trabajadora iba en aumento con la industrialización, la revolución llegaría antes en el país más industrializado.

El análisis de Marx era tan concluyente que parecía imposible que la historia pudiera seguir ningún otro curso. Sus postulados fueron aceptados por seguidores suyos y generaciones posteriores como si estuvieran grabados en las tablas del Sinaí. El marxismo como la verdad revelada de la historia fue, probablemente, el dogma más convincente jamás enunciado. Su influencia era tremenda, incalculable, continuada. Los hechos del fundador eran correctos; su pensamiento, lógico y profundo; tenía razón en todo, salvo en sus conclusiones. Los hechos revelados no le dieron la razón. La clase trabajadora fue mejorando, no empeorando, su calidad de vida. El



capitalismo no fracasó. La revolución tuvo lugar en el país menos, no más, industrializado. Bajo el colectivismo, el Estado crecía en cuanto a poder y función y control de la sociedad. La historia, que ignoró a Marx, siguió su propia lógica misteriosa y eligió un camino.

Cuando se descubrió que Marx se había equivocado, hombres en busca de determinismo se apresuraron a someter la historia a una nueva autoridad: Freud. Su mano pesa hoy sobre nosotros. El inconsciente es el rey. Al menos, lo fue. Hay nuevas voces, creo yo, que aseguran que el inconsciente es un fraude: la iconoclastia ha salpicado incluso a Freud. Sin embargo, en su efecto sobre la perspectiva moderna, Freud era sin lugar a dudas, y a mi entender, la mayor influencia de cambio entre los siglos xix y xx. Puede que el nuestro lleve algún día su nombre y se diga que la era freudiana ha superado a la victoriana. Nuestro concepto de la motivación humana ha adoptado una dimensión totalmente nueva desde que sus ideas cuajaron. Pero no me parece que el inconsciente sexual y los impulsos psicológicos sean tan relevantes en todas las circunstancias como dicen los freudianos, tan dogmáticos como los marxistas ortodoxos. Pueden proporcionar a los historiadores ideas, pero no la guía hacia el futuro porque no se puede confiar en que el hombre *en masse* se comporte de acuerdo con la pauta. Todos los salmones nadan contracorriente para desovar en la cabecera del río donde nacieron; eso es algo universal en el caso concreto del salmón. Sin embargo, el hombre vive en un mundo más complicado que el de un pez. Recibe demasiadas influencias para que se pueda decir que a cada hombre lo mueve un deseo inconsciente de regresar al útero materno.

Siempre me ha parecido lamentable, por ejemplo, que Freud eligiera las experiencias de dos familias reales para ilustrar su concepto de los complejos de Edipo y Electra. La realeza vive en condiciones especiales, sobre todo en lo concerniente al poder entre el soberano y su heredero, que no son válidas como experiencia universal. La leyenda del Edipo que asesina a su propio padre puede haber derivado del fenómeno observado de que todo heredero real ha detestado siempre a su padre, no porque quiera dormir con su madre, sino porque quiere subir al trono. Si el soberano resulta ser su madre, la odia por igual. Ella también lo despreciará desde su nacimiento, porque sabe que está destinado a ocupar su lugar, como en el caso

de la reina Victoria y su hijo mayor, que se convirtió en Eduardo VII. Eso no es freudiano, sino meramente dinástico.

En cuanto a Electra, cuesta saber qué hacer de la leyenda. De hecho, la casa de Atreo era una familia muy curiosa. Allí había algo más que el simple enamoramiento de Electra de la figura paterna. ¿Qué pasa con Orestes, que le ayudó a matar a su madre, o la mató él solo, según otra versión? ¿No era ése el progenitor equivocado? ¿Cómo es que no mató a su padre? ¿Y qué pasa con Ifigenia, la hermana, a la que Agamenón sacrificó? ¿Qué explicación freudiana tiene eso? No lo dicen, lo cual es no ser histórico. Un historiador no puede coger y elegir sus hechos; debe presentar todas las pruebas.

O echemos un vistazo a Martín Lutero. Todo el mundo sabe que el profesor Erik Erikson de Harvard ha descubierto que Lutero era estreñido de nacimiento, y eso lo explica todo sobre este hombre. Sin duda, es lo más exagerado que le ha pasado a la historia en muchos años. Incluso llegó a Broadway. Sin embargo, no creo que Lutero colgara las 95 tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg sólo o sobre todo debido a la actividad, o más bien inactividad, de su músculo anal. El motivo personal de protesta puede haber tenido una base anal por lo que yo sé, pero lo históricamente importante es la forma que adoptó la protesta, y esto tenía que ver con viejos y profundos motivos de queja relacionados con la sofisticación de la Iglesia, la venta de indulgencias, la corrupción del clero y demás. Si no hubiera protestado Lutero, lo habría hecho otro; el protestantismo habría llegado con o sin él, y las causas no tenían nada que ver con su íntimo defecto fisiológico. Estoy convencida de que el profesor Erikson intentaba explicar a Lutero, no al protestantismo; pero su libro ha sentado la moda pasajera de la psicohistoria entre quienes la usarán sin los conocimientos o la formación adecuados.

Después de Freud, surgió un efímero profeta menor, Oswald Spengler, que proclamó la decadencia de Occidente basándose en un minucioso estudio de las lecciones de la historia. Desde entonces, la gente ha vuelto de manera intermitente a este tema, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial y el fin del colonialismo. El ascenso de China y la racha de movimientos independentistas en Asia y África han despertado muchas revisiones de Spengler. Europa está acabada, dicen los entendidos; el futuro pertenece a las razas de color y demás.

La gente lleva bastante tiempo enterrando a Europa. Recuerdo que un pensador político hacia quien sentía gran respeto me dijo en la década de 1930 que el reinado de Europa había llegado a su fin; el futuro estaba en manos de Norteamérica, Rusia y China. Entonces me pareció algo nuevo y terrible que me impresionó sobremanera. Tal como lo veo ahora, su triunvirato no estaba justificado. No creo que Rusia o Norteamérica se puedan desvincular de Europa; más bien son extensiones de Europa. No sé si soy dogmática sobre Rusia; en cambio, no me cabe la menor duda respecto a Estados Unidos. La cultura norteamericana arranca de Europa, nuestra trayectoria va ligada a la suya, estamos hermanados a largo plazo. Tengo la impresión de que Europa, y por extensión la raza blanca, queda lejos de estar acabada. La vitalidad de Europa no deja de aumentar; como fuente de ideas, es inagotable. La fisión nuclear, el avance más reciente aunque no deseado, nació del trabajo de toda una serie de europeos: Max Planck, los Curie, Einstein, Rutherford, Fermi, Niels Bohr, Szilard. Ya antes, los tres grandes artífices de la mente moderna, Darwin, Marx y Freud, fueron europeos. No conozco ninguna idea original procedente de Asia o África que haya afectado de manera tan importante al mundo contemporáneo; salvo, tal vez, el concepto de Gandhi de la resistencia no violenta o la desobediencia civil que, en cualquier caso, ya había desarrollado antes Thoreau.

No me parece un fenómeno pasajero o una casualidad que Occidente haya dominado durante tanto tiempo en lo que a ideas y poder temporal se refiere. Lejos de quedarse rezagada, parece ampliar su liderazgo, salvo en la tremenda cuestión numérica; aunque me gustaría pensar que la inventiva de Occidente lo acabará superando. El denominado surgimiento de los pueblos de Asia y África tiene lugar en términos occidentales y se evalúa según el grado en que adoptan formas occidentales, políticas, industriales y demás. Me parece triste que pierdan sus propias culturas, pero supongo que es inevitable. El nuevo reino se llama espacio, y también lo explora Occidente. Para que luego diga Spengler.

Las teorías de la historia son modas que, dependiendo de su naturaleza, pronto desaparecen y dan pie a otras nuevas. Sin embargo, esto no desalienta a los sistematizadores, que creen con igual firmeza en la de este año y la del anterior; porque, como dice Isaiah Berlin, siempre nos acom-

paña «el obstinado antojo de unidad y simetría a expensas de la experiencia». Cuando yo me hice adulta, la interpretación económica de la historia, formulada con sorprendente impacto por Charles Beard, era el nuevo gospel, incontrovertible, como si a Beard le hubiera sido revelada en una zarza ardiendo. Incluso considerar qué intereses económicos motivaron a nuestros padres fundadores en la separación de Gran Bretaña, o qué consideraciones igualmente mercenarias decidieron nuestra entrada en la Primera Guerra Mundial, era convencerse a sí mismo de la más absoluta ingenuidad. Pero, últimamente, el moderno —de hecho, aparentemente el requerido— ejercicio entre historiadores ha consistido en saltar sobre Beard con ambos pies. Él y el considerable grupo de seguidores que amplió su sistema y lo convirtió en un dogma capaz de cubrir cualquier situación histórica han sido criticados, analizados, diseccionados y totalmente eliminados. El *establishment* histórico enseguida se ha puesto manos a la obra para deshacerse de Frederick Jackson Turner y su teoría de la Frontera. No sé cuál es la nueva explicación, pero estoy segura de que tiene que haber alguna tesis, porque, como recientemente dictaminó un historiador académico, escribir historia requiere una «gran idea organizativa».

Yo veo la «gran idea organizativa» como una de esas enmarañadas cadenas de acero arrastradas por un tractor para allanar un campo arado. Me imagino cómo el profesor se sube al asiento del tractor y lo pone en marcha, arrastrando su gran idea organizativa sobre los baches y los surcos de la historia hasta convertirlos en una superficie lisa, limpia y organizada; en otras palabras, en un sistema.

El ser humano —tú, yo o Napoleón— es poco fiable como factor científico. Combinación de personalidad, circunstancia y momento histórico, cada hombre es un paquete de variables imposible de duplicar. Su nacimiento, sus progenitores, sus hermanos, su comida, su hogar, su colegio, su categoría socioeconómica, su primer trabajo, su primera chica y las variables inherentes en cada caso dan lugar a ese misterioso compendio, la personalidad, que luego se combina con otra serie de variables: país, clima, tiempo y circunstancias históricas. ¿Puede que todos estos elementos se vuelvan a dar en sus exactas proporciones para reproducir un Moisés, o Hitler, o De Gaulle o incluso un Lee Harvey Oswald, el hombre que asesinó a Kennedy?

Mientras el hombre siga siendo la variable incognoscible —y no veo perspectiva inmediata de encasillarlo en cada faceta de su infinita variedad—, no veo cómo pueden sus acciones ser útilmente programadas y cuantificadas. Los entusiastas optimistas electrónicos continuarán dividiendo el comportamiento pasado del hombre en miles de diminutos segmentos definibles que ellos denominan datos de «Entrada», y la máquina runruneará y zumbará y emitirá unas luces y, en un abrir y cerrar de ojos, devolverá unos datos de «Salida». Pero ¿esos datos de salida serán fiables? Apostaría diez contra uno a que la historia no prestará más atención a los datos de Salida que a Karl Marx. Seguirá necesitando historiadores. La electrónica tendrá sus usos; pero estoy convencida de que no transformará a los historiadores en mecanógrafos ni a la historia en un sistema.

## VIETNAM

### CUÁNDO, POR QUÉ Y CÓMO SALIR DE LA GUERRA\*

Me gustaría plantear varias proposiciones. Una, libramos una guerra en Asia por un objetivo que nadie sabe definir. Si es para salvar al mundo de la agresión, se trata de un eslogan y no de una posibilidad. Si es para contener al comunismo, eso no se puede hacer destruyendo la sociedad donde la contención se está intentando llevar a cabo. Si es para mantener Asia abierta para nuestro acceso e iniciativa, estamos ante un objetivo que, como ha formulado John Hay en el principio de la «Puerta Abierta», corresponde al de las doctrinas básicas de política exterior norteamericana; aunque siempre fuera de la mano con la máxima: «Nada de guerra terrestre en Asia». Y nosotros tratamos de mantener lo uno violando lo otro.

Más proposiciones: la situación en la República Democrática de Vietnam, en lo que a «libertad de agresión» e instituciones democráticas se refiere, sin mencionar el bienestar general del pueblo, es peor que antes de la llegada de Estados Unidos. Los asuntos y la reputación de Estados Unidos se han ido deteriorando desde que nuestro ejército empezó a involucrarse. El control de la guerra y de la política que la perpetúa está en manos de un presidente que se ha cerrado en banda y, ya sea por orgullo personal o por no entender lo que ocurre, no está dispuesto a desviar, ajustar o modificar la dirección. Uno espera recibir señales de que esto no sea así —de que, en el fondo, el señor Johnson preste atención a los sonidos de la historia—, pero las señales no llegan. A estas alturas, parece un absoluto que el presidente sea incapaz de alterar el curso de los acontecimientos; y por tanto que

\* *Newsday*, 8 de marzo de 1968.

la guerra no termine y que nosotros no salgamos de ella sin un cambio de Administración.

¿Por qué no acabar con una victoria? Porque, en términos militares, resulta axiomático que una parte beligerante no pueda ganar una guerra sin tomar la iniciativa y lanzar la ofensiva, destruyendo así las fuerzas armadas del enemigo o aislándolo definitivamente de su fuente de suministro. Por razones que todo el mundo conoce, no nos podemos implicar en una ofensiva total. Como tampoco podemos, sin prácticamente forzar a Rusia o China a contraatacar y precipitar así una guerra mundial, desplazarnos hasta la retaguardia de Vietnam del Norte para cortarle la línea de comunicaciones. El presidente, bastante digno de respeto, ha reconocido esto y ha resistido, al menos de momento, a cualquier presión ejercida por soldados comprensiblemente frustrados con su profesión o por halcones intolerantes de la escuela «acabemos con ellos».

Excluidos de la ofensiva total, libramos el más costoso y cruelmente destructivo de todos los conflictos: una guerra de desgaste. Nadie ha querido resucitar esa frase del fatídico recuerdo de la Primera Guerra Mundial, pero también se podría hacer explícita. La estrategia es inútil, en primer lugar porque los norvietnamitas y el Viet Cong luchan por su país y por una causa y, por tanto, tienen más motivos que nosotros para aguantar, además de que cuentan con el apoyo material de Rusia y China. Y, en segundo lugar, es insostenible porque destruye la tierra y el bienestar y las vidas de las gentes por las que se supone que luchamos.

Pero persistimos, reiterando nuestra única respuesta, como los generales de 1914-1918 persistieron en la progresiva masacre del frente occidental, donde los comandantes avanzaban a duras penas siguiendo viejas rutinas, sin dudar si volver a atacar; sólo dudaban en qué parte de la muralla golpearse la cabeza. Johnson es el general sir Douglas Haig, con una importante diferencia: que, mientras la ilimitada capacidad de Haig para desperdiciar vidas quedó finalmente acotada por el control civil, Johnson encarna el control civil. La suya es la última palabra... salvo para el electorado.

En 1914-1918, los aliados acabaron ganando la guerra de desgaste sólo gracias a la incorporación de una nueva parte beligerante, Estados Unidos. En el presente caso, las pruebas ponen de manifiesto que no vamos a ganar —aunque sepamos lo que, en esta guerra, representa ganar, lo que tampo-

co todo el mundo tiene claro—. El 23 de febrero el *Wall Street Journal*, sin más compromiso que el de la veracidad, reconoció que «la lógica del campo de batalla» insinúa que Estados Unidos podría verse «forzado a abandonar una postura insostenible» y que este país debería «estar preparado para el amargo sabor de una derrota ajena al poder preventivo norteamericano».

Dudo que esa insinuación se haya hecho antes en nuestra historia; pero, ahora que alguien ha sido lo bastante atrevido para afirmarlo, la posibilidad de que así fuera no tiene por qué ser —al margen del obcecado círculo de la Casa Blanca— impensable. La integridad de nuestro territorio y de nuestro sistema político se vería afectada. Implicaría humillación (lo cual, por otra parte, podría ser positivo para nosotros), pero no desastre. Fomentaría el comunismo, que es el precio que habría que pagar. Aunque mal negocio, no es la catástrofe fatal que algunos pretenden. La teoría de que si Vietnam va a la guerra «todos van» no impresiona. La República Democrática de Vietnam ha hecho gala de un espíritu de independencia lo bastante violento para garantizar la creencia de que no será arrastrada a la órbita china. Si China no se ha convertido en la herramienta de Rusia, ¿por qué iba a convertirse la República Democrática de Vietnam en la herramienta de China? Ser absorbido por China es el temor compartido de las naciones asiáticas. Es más probable que un Vietnam fuerte e independiente, comunista o no, actúe como barrera para China más que como avenida de su expansión.

A falta de una victoria militar, ¿la guerra puede llegar a su fin mediante negociación? Parece poco probable. Con los diversos partidos vietnamitas involucrados en una lucha amargamente irreconciliable y el problema agravado por el prestigio norteamericano que de ella depende, las posibilidades de llevar a cabo una provechosa negociación son pocas, si no nulas. Rara vez se establece una negociación sobre qué naciones van a la guerra. Corea fue la excepción que confirma la regla; y, aun cuando el señor Truman era un hombre más flexible y razonable que el señor Johnson, el caso requirió un nuevo ocupante de la Casa Blanca. En el caso que nos ocupa, mientras a Rusia le interese sangrarnos y tenernos empantanados en Asia, o lo que es lo mismo que la República Democrática de Vietnam siga en guerra, y mientras corresponda a Hanoi la perspectiva de hacerse con el control de todo el país, parece haber pocas razones para que nuestros



rivales estén dispuestos a negociar un acuerdo que a nosotros nos resultara aceptable; a no ser que se tratara de un acuerdo para guardar las apariencias, que nos permitiera la retirada y dejarles a ellos vía libre pasado un tiempo. Si negociaran partiendo de esa base con el fin de detener el bombardeo y la masacre y darse un respiro, ¿qué harían para impedir el resurgimiento de un movimiento de «liberación nacional»?

La respuesta es «nada», y ahí está el *quid*. Donde faltan voluntad y motivación y energía y capacidad para resistir la agresión no pueden ser inducidos de manera sintética, ni sustituidos, y el país en cuestión tampoco puede recibir ayuda del exterior. Nuestro apoyo a la República Democrática de Vietnam es como la de Rusia a Egipto: infinito e ilimitado porque, sin nosotros, estos países no tienen fuerza. Y nunca la tendrán mientras cuenten con la masiva presencia del extranjero, dispuesto a hacer el trabajo por ellos.

Debemos seguir centrando nuestros esfuerzos en los focos centrales del comunismo, pero sólo donde éste pueda apoyar a clientes capaces, motivados y dispuestos a defender su propio estilo de vida. No deberían dilapidarse en arenas movedizas. Nuestro intento, bajo una política del «Dejad hacer a George (o al tío Sam)», de controlar el destino de Asia es contra-productente... y está condenado al fracaso. Es neocolonialismo. Va contra la historia.

¿Qué se puede hacer? Una manera de detener las guerras, hasta el momento sólo aplicada a pequeñas naciones, es mediante la orden de alto el fuego decretada por la comunidad internacional. Si hubiera suficientes naciones interesadas en la paz, no existiría una razón válida por la que las Naciones Unidas no debieran esforzarse en dar una orden de alto el fuego tanto a vietnamitas como a norteamericanos. Y si esto se acordara antes de las elecciones, ofrecería al señor Johnson una escapatoria que él debería tener la suficiente sensatez de aceptar, aunque no fuera lo más indicado.

Como último recurso, existe otra opción. Estados Unidos podría decir con dignidad y honradez que hemos cumplido nuestra promesa para con Vietnam del Sur al prestarle toda la ayuda posible en dinero, armas y las vidas de nuestros ciudadanos; que, a partir de ahora, tenemos intención de retirar a nuestros hombres a un ritmo dado, digamos que cincuenta mil al mes, con la sugerencia de que sus puestos sean ocupados por naciones con un interés más inmediato en la zona —por ejemplo, Japón, Australia, las

Filipinas, Indonesia y a quien concierna lo suficiente—. Si a éstos les falla la capacidad, el esfuerzo que ahora dedicamos es inútil; y, si nos vemos capaces de reunir el valor y el sentido común necesarios, deberíamos dejar de realizarlo.

#### COALICIÓN EN VIETNAM: NI UNA VIDA MÁS\*

Si la finalidad del gobierno de coalición sigue determinando las condiciones bajo las que la Administración Nixon se dispone a abandonar la guerra de Vietnam, no puede haber salida inmediata. Hemos perseguido esta finalidad durante cuatro largos años, no sabría decir si por convicción o para consumo del público. En la reciente visita del señor Kissinger a París, éste llevaba consigo, como él mismo declaró a la prensa, «un plan de coalición». ¿Sobre qué base de razonable expectación? Entre antiguos enemigos en un conflicto civil, la única forma de coalición que se puede dar es la que resulta cuando una serpiente muerde a un conejo. Una parte debe ser finalmente engullida por la otra.

¿Cómo puede haber compromiso sobre una división tan fundamental que exige recurrir a la guerra? ¿Acaso Norte y Sur se podrían haber puesto de acuerdo para dejar de luchar tras la batalla de Gettysburg y formar un gobierno de coalición? ¿O Robespierre haber compartido poder con Luis XVI? ¿O el generalísimo Franco formar coalición con los republicanos después de la Guerra Civil española? Nuestra propia experiencia en Asia nos da una buena pista.

Nosotros buscamos la coalición obstinada e ilusamente entre los nacionalistas y los comunistas de China en los años 1944-1947 sólo para acabar en fracaso, el fracaso de nuestros objetivos bélicos en Asia y el fracaso final del cliente de Norteamérica.

El argumento de aquel entonces para formar coalición parecía convincente, si no a observadores profesionales en el campo, al menos sí a políticos de la capital que, siguiendo la ley de sus semejantes, hicieron evolucionar la política en función de la imagen que tenían en mente más que de las

\* *New York Times*, 26 de mayo de 1972.

circunstancias. La premisa básica y objetivo bélico declarado de nuestro esfuerzo en el Lejano Oriente durante la Segunda Guerra Mundial era tener a una China unida, fuerte y estable de nuestra parte después de la guerra, para llenar el vacío que dejaría la derrota de Japón y mantener la paz y estabilidad de Asia en el mundo de posguerra. La repetida amenaza del estallido de una guerra civil en China anulaba ese objetivo. Así que, para evitar semejante resultado, y debido a otras razones militares inmediatas, la coalición entre las dos partes ferozmente enemigas en China era, como vimos, imperativa. Parecía que se podía conseguir porque ambas partes manifestaban quererlo así y estaban de acuerdo en negociar.

El deseo de los comunistas era sincero, porque pensaban usar la coalición como una base a partir de la cual expandirse y confiaban en poder reducirla a una etapa de camino al poder nacional; y también porque, como partícipes del gobierno legal, podrían recibir armas norteamericanas. Precisamente por estas razones Chian Kai-shek no tenía intención de abrir su gobierno a un intruso; sin embargo, bajo presión norteamericana, tuvo que jugar a las negociaciones porque su ya decadente régimen dependía de armas norteamericanas y demás ayudas. Como cualquier regateador decidido a evitar el cumplimiento de un acuerdo sin negarse abiertamente, Chiang propuso condiciones inaceptables para la otra parte implicada, en este caso controlar las fuerzas armadas comunistas. Los comunistas, que tampoco estaban dispuestos a suicidarse, propusieron a su vez condiciones salvaguardas inaceptables para Chiang.

Con Estados Unidos como ansioso intermediario, peticiones y concesiones, *impasses* y renovaciones continuaron durante dos años y medio, terminada la Segunda Guerra Mundial, con el envío por parte del presidente Truman de la destacada figura norteamericana de la guerra, el general George Marshall, como mediador. Éste persistió durante un año; pero, en el fondo, Estados Unidos era inútil como intermediario, ya que había reducido de antemano todas sus opciones a una facción. Aunque, en un momento de acuerdo transitorio, Chiang y Mao fueron fotografiados sentados a una mesa levantando sus copas en un brindis con cordiales sonrisas de un odio rancio, jamás existió la auténtica posibilidad de que ambos bandos llegaran a un acuerdo mutuamente aceptable, ya que la supervivencia de uno implicaba necesariamente la desaparición del otro.

Como observó el general Stilwell, testigo irónico de los progresos que hacía la misión Marshall: «George no puede caminar sobre el agua». Si George no podía, ¿vamos a esperar más de Le Duc Tho, el presidente Nixon o Henry Kissinger?

Pese a contar con el respaldo de varias palomas, la coalición siempre ha sido un frágil frente que nos permite retirarnos con lo que la Administración Nixon llama «honor», palabra usada para suplir la ausencia de cualquier otro motivo. Como tal, no vale el desperdicio de una sola vida. Salir de la guerra de Vietnam podría seguir haciéndose con dignidad. Pero dejemos de hablar por un momento del honor.

#### LOS CIVILES CONTRA EL EJÉRCITO\*

La relación de los civiles con el ejército es un tema que normalmente genera emoción instantánea y pensamientos muy poco racionales.

Los pacifistas parecen desaprobador que el soldado sea objeto de estudio, basándose en la teoría de que si no se le prestara atención acabaría desapareciendo. Eso es poco probable. El militarismo no es más que una forma organizada de la agresión natural. Las mismas personas que se manifiestan para protestar por la tarde harán cola esa misma noche para ver lo último en películas sádicas y disfrutar mirando sangre y dolor, asesinato, tortura y violación.

Dar fe de la disconformidad con la guerra de Vietnam al expresar indignación respecto al ejército y volver la espalda a cualquier forma adoptada por los militares es un impulso natural. Pero el error de esa guerra, junto con otras dos cuestiones —la recién adquirida permanencia del papel militar en nuestra sociedad y el cambio a una fuerza integrada por voluntarios— son razones poderosas y acuciantes de por qué ciudadanos cultos e ilustrados «no» deberían volver la espalda ni declinar su responsabilidad de controlar las políticas militares.

A principios de este siglo, el escritor francés Julien Benda elaboró su tesis de «la traición de los intelectuales». Los acusaba de traicionar la vida de la mente y el imperio de la razón con su descenso al ruedo de las pasiones

\* Discurso de apertura, Williams College, junio de 1972.

políticas, sociales y nacionales. Ahora sufrimos la traición de los intelectuales en sentido inverso. Mientras que los intereses industriales-militares y políticos-militares penetran en toda la maquinaria política y añaden su peso a cada decisión política, el ciudadano ilustrado reniega de su participación, sale del ruedo y deja el control a los profesionales de la guerra.

Echemos un vistazo a los hechos del caso.

En contra de la impresión general, el armamento nuclear ha reducido, que no ampliado, el alcance de la guerra por considerarse excesivamente letal para ser usado; lo cual ha tenido la repercusión secundaria y bastante siniestra de que, si bien fuera se hace una guerra sin límites, dentro está limitada, no como un último recurso a la antigua usanza, sino como el apoyo habitual y aún vigente a la política.

Esta cuestión implica que el brazo militar será usado más para fines políticos e ideológicos que en el pasado; y que, debido al compromiso crónico y el asunto automultiplicador de disuasión y una estrategia global de preparación para dos guerras y media —o cualquiera que sea la figura de esta semana—, los fundamentos tecnológicos, industriales y gubernamentales de esta empresa se han hecho tan enormes, extensos y dominantes que afectan a cada ley del gobierno y, en consecuencia, a todas nuestras vidas.

En la actualidad, conservamos 2.000 bases militares en 33 naciones y contamos con grupos consultivos de asistencia militar que operan en 50 países y un desembolso de armamento y ayudas que ascienden a casi 4.000 millones de dólares al año. Para incorporar estos programas a la guerra de Vietnam y al ejército regular de Estados Unidos, existen plantas de defensa o instalaciones militares en 363 de los 435 distritos electorales de este país, en cinco sextos del total.

¿Quién se beneficia? ¿Quién saca provecho? ¿Quién presiona en el Congreso para mantenerlas activas o para instalar nuevas plantas donde antes no había ninguna? Sí el lector dice que es el Pentágono, debe tener presentes a los comerciantes y fabricantes, sindicatos y patronal y congresistas de la zona a los que pusimos ahí y a los que también podemos retirar. ¿Quién paga por nuestro actual presupuesto militar de 84.000 millones de dólares? Los contribuyentes... que también tienen el voto.

Por tradición, el ejército norteamericano siempre se ha considerado el instrumento neutral de la política estatal. Existe para ejecutar las órdenes

del gobierno y, cuando se le ordena entrar en acción, no pregunta «¿Por qué?» o «¿Para qué?». Sin embargo, cuanto más se usa para fines políticos y cuanta más influencia tiene en el gobierno, más le cuesta conservar la postura de instrumento inocente. Lo mismo se aplica al ciudadano de a pie. Nuestra inocencia es falsa.

La fundamental premisa norteamericana siempre ha sido el control civil del ejército. La guerra de Vietnam es producto de una política civil perfilada por tres sucesivos presidentes civiles y sus consejeros académicos y también civiles. El hecho de no haber puesto fin a la guerra es asimismo, en última instancia, civil, ya que responde al fracaso del Congreso para recortar asignaciones.

¿Y adónde se remonta ese fracaso? Al voto. A mí me desconcierta oír ese eslogan vacío y facilón: «¡Poder para el pueblo!». ¿Acaso hay algún país en el mundo cuya población tenga más que la nuestra?

Culpar al ejército de esta ignominiosa guerra y renunciar con disgusto a compartir su profesión es una forma de evasión. Permite al civil antibelista sentirse orgulloso y libre de culpa. Como también permite a otro hacer el trabajo del soldado, esencial para un Estado organizado y que, a la larga, protege la seguridad del civil altruista mientras éste alega que es un trabajo demasiado sucio para él.

Sin duda, la conducta de esta guerra, tal vez «por» absurda y estúpida, ha llevado a abominaciones y atrocidades a manos del ejército que no pueden ser perdonadas y de las que la academia militar West Point, con su máxima «Deber, honor, patria», es tan responsable como el semiculto lugar-teniente Calleys nombrado oficial por la OCS (Escuela de Cadetes del Ejército). Pero, como dijo un oficial: «Tenemos a Calleys porque esos desgraciados de Harvard no lucharán» —«Harvard» era sinónimo del universitario que pedía prórrogas por estudios.

Quizá si hubiera habido más desgraciados universitarios en vez de Calleys, habríamos tenido motines y sentadas en lugar de la matanza de My Lai; sin duda, una alternativa preferible. Respecto al ejército regular, es probable que, con la moral muy por los suelos, no haya nada que los oficiales profesionales anhelan más que sacar a los efectivos terrestres de Vietnam cuanto antes; razón por la que seguramente lo hace el presidente Nixon.

La burla liberal no hace honor al soldado ni lo marca como el mejor hombre. Los soldados son personas. Los hay buenos y malos, algunos amables e inteligentes, otros imbéciles y torpes, hombres de coraje e integridad, de mucha labia y falsos, eruditos y luchadores, fanfarrones y héroes de postín. La profesión tal vez contiene un exceso de pensamiento rutinario, servilismo al rango y superpatriotismo de derechas; pero cada grupo posee unas cualidades no deseadas inherentes al oficio.

No es la naturaleza del soldado lo que justifica la guerra, sino la naturaleza del hombre. El soldado es sólo una forma que adopta la naturaleza. La agresión forma parte de nosotros, de manera tan innata como el comer o el copular. En calidad de estudiosa de la trayectoria humana, puedo afirmar con seguridad que la paz «no» es la norma. Los historiadores han calculado que, hasta la Revolución industrial, la acción beligerante ocupó al hombre más horas que cualquier otra actividad aparte de la agricultura.

La sociedad humana empezó con la tribu —en el sentido del «Nosotros» opuesto al «Ellos». La Tribu A no tiene sentimiento de identidad si no es consciente de la otredad de la Tribu B. Toda vida, pensamiento y acción, según el antropólogo Lévi-Strauss, se basa en esta condición de opuestos binarios: cielo y tierra, tierra y agua, claridad y oscuridad, derecha e izquierda, norte y sur, macho y hembra. Los polos no son necesariamente hostiles; pero la hostilidad es intrínseca entre los extremos del «Nosotros» y el «Ellos». Cuando las tribus toman conciencia de la otredad, luchan... por alimento y supremacía. Esto es inevitable y seguramente eterno. Estudiantes de todo el país y comprensivos profesores no lo impedirán echando al ROTC (Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de la Reserva) del campus, por comprensible que sea el motivo.

Freud lo llamó «deseo de muerte», refiriéndose a la autodestrucción. Bien se podría haber denominado «deseo de vida», por tratarse de un instinto activo, el deseo de luchar, de conquistar, y también de matar, no de matarse a sí mismo sino a otros. El instinto dice: «Si conquisto, viviré». También es un instinto masculino. Las mujeres, como amas de cría, sienten el instinto primario de proteger la vida. Seguramente si tuviéramos una mujer en la Casa Blanca y mayoría femenina en el Congreso, habríamos abandonado la guerra de Vietnam ayer mismo.

«Nuestro enemigo permanente —dijo William James en 1904— es la arraigada belicosidad de la naturaleza humana. Un milenio de paz no despertaría el instinto de lucha en nuestras entrañas». ¿Acaso ha ocurrido algo en nuestro siglo que insinúe que James se equivocaba?

Lo que esto sugiere es que deberíamos afrontar el elemento militar más que volverle la espalda, aprender de él, incluso participar de él mediante el ROTC. Si los jóvenes universitarios se convierten en los oficiales de reserva de los que depende el ejército, estarán en condiciones de ejercer influencia. «Ése» es el lugar indicado para el boicot. Si todos los oficiales de reserva abandonaran, el ejército no podría avanzar.

Recientemente, un coronel del ejército retirado dio a entender que todos los oficiales de carrera, no sólo los de reserva, «deberían obtener su puesto mediante becas de facultades civiles y entrada directa desde el ROTC». De ser así, los civiles cultos tendrían el control. Si los jóvenes quieren una revolución, ésa es la manera de organizarla. Oliver Cromwell no perdió el tiempo intentando clausurar Oxford. Construyó el nuevo ejército modelo.

Nuestra forma de democracia —el sistema político del que nacen todas nuestras libertades— depende de la participación ciudadana, sin excluir —de hecho, incluyendo de manera especial— la participación en las fuerzas armadas. Ése era el gran principio de la Revolución francesa: la nación armada, refiriéndose a la gente de a pie armada en contraste con un ejército permanente profesional. La nación armada se consideraba la salvaguarda de la República; una garantía contra la tiranía y los «golpes de Estado» militares.

La misma idea subyace al principio fundamental norteamericano que permite llevar armas, como dicta nuestra Declaración de derechos, con el propósito concreto de mantener «una milicia bien regulada» para que proteja «la seguridad de un Estado libre». Servir al Estado es lo que busca la Constitución, y no, como pretende el lobby de las armas, tener derecho a dormir con una pistola bajo la almohada y disparar a cualquiera. En este sentido, servir en las fuerzas armadas es no sólo un derecho sino un criterio de ciudadanía.

Renunciar a ese derecho porque nuestras fuerzas armadas se están usando en una guerra equivocada es normal. Nadie quiere participar o



morir en una operación infame y estúpida. Pero debemos saber que esa renuncia elude una responsabilidad de ciudadanía y contribuye a un hecho ya peligroso: la reaparición del ejército de permanencia. Ésa es la consecuencia del cambio a una fuerza integrada por voluntarios. Tendremos un ejército aún más separado, más aislado y posiblemente alienado que nunca de la sociedad civil. Los soldados siempre han apreciado cierta separación del sector civil, una especial vocación derivada de la elección de una profesión que implica poner la vida en peligro. Sienten que esta separación les concede una distinción que, en cierta manera, compensa el riesgo de la profesión, igual que el brillo y la pompa y los radiantes uniformes y el prestigio social en el caso de los oficiales de los ejércitos europeos.

Para Estados Unidos, el llamamiento a filas era el gran correctivo, o lo habría sido de haber funcionado adecuadamente. El llamamiento tiene un nombre maldito porque ha arrastrado a jóvenes a una guerra infame. Sin embargo, sigue siendo la única manera, si se administrara justamente, de conservar el principio de la nación armada. Las prórrogas de las universidades lo convirtieron en una parodia. El sistema de prórrogas era más antidemocrático y elitista (para usar la palabra favorita de quienes se consideran igualadores) que nada de lo que haya ocurrido jamás en Estados Unidos. Podría alegrarme de que mantuviera a mis familiares e hijos y a algunos de mis amigos al margen de Vietnam; pero, en realidad, me avergüenzo.

Tenemos que readmitir cierto sentido común en el pensamiento —o sentimiento— liberal convencional sobre el ejército. Me parece imprescindible entender nuestra relación con la tarea del soldado como carente de emociones.

No conozco ningún problema tan vinculado como éste a lo que el difunto historiador Richard Hofstadter denominó «los imbéciles eslóganes de nuestra era como “represión” e “imperialismo” a los que se ha vaciado de significado». Quienes aún gritan esas palabras, escribió: «Simplemente no tienen idea de qué están diciendo».

El papel del ejército en nuestras vidas se ha convertido en algo demasiado serio para ser tratado con esta clase de eslóganes en mente, o con la mente en blanco.

## CLAVES HISTÓRICAS DE ACTUALES DESCONTENTOS\*

Supongo que nadie discutirá el hecho de que el mundo de mediados del siglo xx corre un grave, y posiblemente desesperado, peligro. Vosotros, estudiantes, os adentráis en él mientras que yo tengo la suerte de empezar a salir; pero compartimos la desgracia de haber nacido en una época desorientada, un período de extrema alteración y poco aliento. El último volumen de la *Cambridge Modern History* que abarcaba desde 1898 hasta nuestros días se titula *La era de la violencia*; lo cual, teniendo en cuenta la violencia nada desdeñable de previas eras, es toda una distinción.

Los aspectos físicos de nuestros problemas —polución, guerra, superpoblación— todos los conocéis igual de bien que los aspectos intangibles, es decir, el descontento y la impotencia general, el descontento de los jóvenes y el desconcierto de los ancianos, la delincuencia y la tensión, la pérdida de principios tanto estéticos como éticos, el desierto sexual y la obsesión con el sadismo, entre otros. El catálogo es largo y muy conocido, así que no hay necesidad de continuar. Mi propósito aquí no es debatir sobre ello, sino intentar, como historiadora, detectar la causa.

Sin duda, algunos de vosotros pensaréis que no vale la pena el esfuerzo, de acuerdo con la teoría de que el pasado no importa y lo que cuenta es el presente. De las ocasionales excursiones a los campus, deduzco que a los jóvenes les preocupa apasionadamente el presente y se inclinan a tachar el pasado de irrelevante. Quieren saberlo todo de Kafka pero nada de Platón, de Sartre pero no de Shakespeare, del Poder Negro pero no de la Revolución francesa, y están convencidos de que la historia norteamericana empezó con John F. Kennedy. Cada estudiante quiere relevancia ins-

\* Discurso en la Universidad de Pomona, febrero de 1969.

tantánea de cada tema y que cada tema «enganche», como oí decir en otra universidad, con su problema personal, sea cual sea. En la actualidad, narcisismo y «ahorismo» —el yo y el presente— son las dos principales preocupaciones del campus. La ventaja de la historia está en saber que hay tanta relevancia en la guerra del Peloponeso como en el periódico de ayer; más relevancia en los diálogos socráticos que en algún curso improvisado sobre psicología social. Pero, a fin de cuentas, lo que es relevante de verdad es la experiencia humana, y esto se ha ido acumulando durante bastante tiempo. Cualquiera que se considere, y trate de seguir siéndolo, miembro de la sociedad occidental hereda el pasado occidental desde Atenas y Jerusalén tanto hasta Runnymede y Valley Forge como hasta Watts y el Chicago de agosto de 1968. Puede ignorarlo o negarlo, pero eso no cambia las cosas. El pasado se acomoda y sonrío porque sabe que lo tiene en su poder. Me parece perfectamente obvio que no podemos huir del pasado más que de nuestros propios genes. «Otros temen lo que puede pasar mañana —dijo un sabio musulmán—, pero yo temo lo que pasó ayer».

La historia, que es mi disciplina, ha sido definida como el medio que una sociedad tiene de entender su pasado. Respecto a esa interpretación, me gustaría ofrecer la siguiente proposición: que hasta ahora, como resultado de la experiencia histórica del siglo xx, el hombre ha perdido la fe en sí mismo, como también ha perdido las directrices que una vez tuvo claras; y que su pérdida es, ante todo, responsable de nuestra presente angustia.

Para ser más precisos: hemos sufrido la pérdida de dos creencias fundamentales —en Dios y en el Progreso—; dos grandes decepciones —la del socialismo y el nacionalismo—; una dolorosa revelación —el descubrimiento freudiano del inconsciente—; y un desafortunado hallazgo —que el hada madrina Ciencia resulta que nos ha hecho tanto mal como bien—. A excepción de la pérdida de fe religiosa, que empezó a ir a menos en la era moderna hace un siglo —digamos que por conveniencia, con Darwin—, el resto ha tenido lugar en el siglo xx. Eso supone una carga bastante importante de desánimo en setenta años, aproximadamente una vida.

Mientras el hombre se considerara hijo de Dios, portador de la chispa divina y creado por el dedo de Dios como con ese maravilloso gesto inmortalizado por Miguel Ángel en un fresco de la capilla Sixtina, sentía respeto e incluso algo de miedo de sí mismo. Tenía la impresión de que su

existencia tenía un propósito, y el mal que le acontecía o que él mismo realizaba, un propósito oculto; la impresión de que, pasara lo que pasara, él formaba parte del plan divino. Sin querer atentar contra creencias individuales, diría que como factor determinante de la imagen que el hombre tiene de sí mismo, esta idea ya no es válida. Ahora estamos solos, «un pobre bípedo y desnudo animal», en palabras del rey Lear, y es algo muy incómodo.

Hasta principios del siglo xx, la idea de progreso era la más firme convicción del siglo xix. El hombre se consideraba mejorable y mejorado. Había recibido la enorme ayuda de la ciencia —especialmente, la ciencia médica— y de la máquina, con lo que duplicaba, o más bien multiplicaba infinitamente su capacidad de trabajo, su salud, comodidad y libertad de movimiento. Fontanería en el hogar y agua corriente, máquina de vapor, luz eléctrica, refrigeración, servicios sanitarios, anestesia y antisepsia, máquinas de escribir y cortacéspedes, telégrafo y teléfono, el mundo funcionaba con nuevas ventajas. Se esperaba que la mejora de material supusiera un progreso moral. Viviendo en mejores condiciones, el hombre esperaba convertirse en mejor persona. Éste era el credo de aquella era optimista y llena de energía.

Creo que el tremendo abismo entre esa expectativa y la presente realidad es la principal causa del malestar actual. Desde que el nuevo siglo dio comienzo, los humanos hemos vivido mejor y mostrado peor comportamiento —pensemos en el Estado del bienestar y el Tercer Reich— que nunca antes en la historia. Subconsciente, y en algunos casos incluso conscientemente, nos ha espantado nuestra propia trayectoria. Echémosle un vistazo.

En el año 1900, el nuevo siglo nació con tres guerras libradas a un tiempo: los británicos contra los *boers* de Sudáfrica, los norteamericanos contra Filipinas, y una mezcla de extranjeros contra los chinos en la rebelión Bóxer. Aunque eran todos pequeños asuntos de la periferia, no auguraban nada bueno.

Aproximadamente al mismo tiempo, adquirimos una nueva manera de vernos a nosotros mismos que rasgó las vestiduras victorianas. En 1900, Freud publicó *La interpretación de los sueños* e inició así un proceso denominado «revolución freudiana» que, a lo largo de las siguientes décadas,

mostraría al hombre las oscuras dimensiones de su alma. Mientras que a Macbeth se le revelaba sus instintos asesinos en el caldero de las brujas, al hombre moderno se le mostraba lo que había en su inconsciente, lo cual tampoco ha sido nada tranquilizador. Las acciones que él se había permitido considerar nobles y generosas resultaban ser innobles y egoístas. La devoción a su madre no era admirable sino edípica. Si el inconsciente nos podía llevar a toda esta maldad y perversión, es que el hombre no era el capitán de su alma que creía ser. La confianza en la capacidad para controlar nuestro propio destino se ha visto consecuentemente defraudada. Además, al perder a Dios hemos perdido al conveniente chivo expiatorio, el demonio. Antes, cuando una persona se comportaba mal o de forma extraña, se decía que estaba poseída por el demonio. Ya no. Ahora la responsabilidad es nuestra; la fuente del mal está en nuestro interior.

Si aplicamos esto al comportamiento político —es decir, al hombre en las masas—, el nuevo conocimiento de la naturaleza humana melló la confianza en un concepto favorito de la democracia: el verdadero sentido común de la gente corriente. El liberalismo del siglo XIX había asumido que el hombre era un hombre racional que actuaba de manera natural de acuerdo con sus propios mejores intereses; así que, en el fondo, lo razonable privaba sobre todo lo demás. Según este principio, los liberales defendían la extensión del sufragio hacia el objetivo de un hombre, un voto. Pero se demostró que una mayor alfabetización y derecho a votar no lograban el aumento de sentido común en política. El populacho que se mueve ondeando la camisa ensangrentada, que decide las elecciones en función de eslóganes —«Plata libre», «Ahorquemos al káiser», «Dos coches en cada garaje»— no hace gala de mayor sentido político que María Antonieta, que dijo: «Que coman pastel», o Calígula, que hizo cónsul a su caballo. El hombre de a pie no demostraba más sensatez que un aristócrata decadente. En asuntos públicos, no ha demostrado la sabiduría innata que la democracia le suponía.

Incluso antes de 1914, toda una escuela de filósofos políticos y psicólogos sociales ingleses, entre los cuales se encontraba Graham Wallas, autor de la frase «La gran sociedad», fue presa del pesimismo como resultado de sus estudios sobre el comportamiento político de las masas. Uno de ellos, William Trotter, en su libro *Instincts of the Herd in Peace and War*, publi-

cado en 1908, descubrió que el instinto del populacho o vulgo manaba del mismo pozo oscuro y siniestro del inconsciente revelado por Freud. Al describir el instinto del vulgo como una fuerza irracional, «imitativa, cobarde, cruel [...] e influenciabile», Trotter concluyó su famoso ensayo con una de las frases más tristes jamás escritas: «Existe una gran probabilidad de que, después de todo, el hombre demuestre ser sólo otro de los fracasos de la Naturaleza».

En 1914 llegó la Gran Guerra, el acontecimiento que marca el inicio de nuestra era. Resumiendo sus causas, un historiador inglés, F. P. Chambers, escribió en 1939: «En estos momentos, puede que la expresión universal de la voluntad beligerante sea un fenómeno cuya singularidad aún no ha sido tenida lo bastante en cuenta por la historia. Es como si expandir la riqueza y la población, como si el aburrimiento inconsciente de la paz reinante durante más de casi cincuenta años seguidos, hubiera ido acumulando un potencial aterrador que sólo esperaba un accidente que lo desatara. Lejos de ser inocentes guiados a la masacre, las gentes de Europa eran culpables de elegir a sus líderes».

En aquella guerra, los hombres obraron prodigios de valor y resistencia, sufrieron y se sacrificaron y se asesinaron los unos a los otros, movidos por dos convicciones: que su país hacía lo correcto y que luchaban para mejorar el orden de las cosas. Si me lo permitís, me citaré a mí misma: «Cuando al final terminó, la guerra tuvo muchos resultados diversos y uno dominante que superaba a todos los demás: desilusión».

Los catorce puntos que tan valientes parecían en lo abstracto se desvanecieron al tocar la dura realidad de los intereses nacionales entre los vencedores. El Tratado de Versalles no trajo una paz de razón o incluso estabilidad. La Liga de las Naciones, pese a representar un esfuerzo valeroso y genuino, demostró ser un fracaso (como su sucesora, las Naciones Unidas). Tras cuatro años, como Graham Wallas escribió, «del más intenso y heroico esfuerzo jamás realizado por la raza humana», las esperanzas y creencias posibles antes de 1914 se fueron marchitando lentamente.

Ninguna traición a la esperanza fue más profunda que en el socialismo. Es duro hacer ver a esta generación lo apasionados, dedicados y convencidos que eran los anarquistas, socialistas, marxistas, líderes de la clase trabajadora y de los sindicatos, y todos los abogados de cualquier clase o

condición que creían en la revolución social y luchaban por ella, ese gran cambio que acabaría con toda la maldad y opresión afectaba, como ellos pensaban, a la propiedad, y construía un nuevo orden basado en la justicia social. Consideraban que la hermandad de la clase trabajadora trascendía barreras nacionales, que la guerra cesaría cuando los trabajadores del mundo se negaran a empuñar un rifle para disparar sobre sus camaradas de otro país. Pensaban que, cuando cumplieran su misión —el derrocamiento del capitalismo—, se eliminarían injusticias y carencias sociales y el hombre sería libre para ejercer la bondad que Dios le había deparado. Este idealismo era un poderoso motor de progreso social, una auténtica fuerza política, el principal motivo y la fe de hombres como Kropotkin, Jean Jaurès, Keir Hardie, Eugene Debs. Buena parte de esto tenía prácticos fines materiales y beneficios de clase —salarios más altos, menos horas y mejores condiciones de trabajo—, pero lo que alimentaba el movimiento era el fuego idealista de sus líderes convencidos de actuar no sólo en pro de una clase o grupo, sino de toda la humanidad.

Supongo que no es necesario hablar aquí del cambio propuesto hoy por el movimiento obrero —o más bien el *establishment* obrero, ya que ha dejado de ser movimiento—. El trabajador ha obtenido los derechos y beneficios por los que luchaba, y ahora prácticamente controla al empresario en vez de a la inversa; sin embargo, la comodidad y el bienestar añadidos no parecen haber mejorado la sabiduría o la felicidad de la especie humana. La ilusión se rompió en 1914, cuando el socialismo cayó víctima del nacionalismo y la clase trabajadora fue a la guerra con el entusiasmo de los demás. Poco después el tan anhelado objetivo, la revolución, se logró en un país. ¡Qué inquietud, qué entusiasmo, qué gran esperanza! «He visto el futuro y funciona», proclamó Lincoln Steffens. Pero si ése era el futuro, sólo ponía de manifiesto la verdad más melancólica de la historia: que toda revolución, como decía el anarquista francés Sébastien Faure, «termina con la reaparición de una nueva clase dirigente». O, en el caso de Rusia, como poco a poco fue quedando más claro, con una tiranía.

Lógicamente, el cinismo se apoderó de las décadas de 1920 y 1930. Comparadas con el período de preguerra, en que el futuro se mostraba lleno de promesas, estas décadas parecían una época en que, en palabras de Gertrude Stein, «ya no había futuro».

Al mismo tiempo, los mejores esfuerzos internacionales por la seguridad colectiva en la escena política —la alianza de la Liga de las Naciones, los Tratados de Washington sobre limitaciones navales, el pacto Briand-Kellogg en virtud del cual quince naciones renunciaban a la guerra como instrumento de política nacional— demostraron ser inútiles ante determinada agresión. Japón engulló Manchuria e invadió China, Alemania se rearmó y volvió a ocupar Renania sin hallar resistencia, Italia se anexionó Etiopía y un débil intento de sanción fue abortado, y la resistencia al fascismo, que acabó tomando forma en España, fue contenida en nombre de la no-intervención.

Lo que yo creo que permitió que esto ocurriera fue lo inverso a la voluntad beligerante, o más bien una voluntad claramente dividida entre agresores y apaciguadores. Los vencedores de la última guerra, sin motivos como los de los alemanes para retomar la batalla, tenían cualquier alteración del *statu quo*, especialmente la amenaza a la propiedad representada por el comunismo. Nadie tenía tantos temores como el propietario; es el dueño de la casa el que tiembla, no el merodeador. Más poderoso que el miedo, el verdadero debilitador de las democracias era una especie de derrotismo moral que surgía del cadáver de la última guerra. Minaba la voluntad de resistir la agresión.

Y así, apenas veinte años después de la más terrible experiencia que la humanidad haya sufrido jamás, después de las heridas y la gangrena, las muertes, enfermedad, destrucción, la tierra devastada y los árboles sin hojas, los meses y años en trincheras, el barro y la sangre, bombardeos y gas, el olor de cuerpos en descomposición, los piojos y el tifus, la pérdida de hogares, desarraigo de poblaciones, quema de aldeas, el hambre, miseria, brutalidad y sufrimiento de toda clase... volvimos a pasar por todo aquello.

¿Cómo podía ser? ¿Quién habría imaginado en 1919 que veinte años sería todo el período de gracia que el mundo se permitiría? Ésta es una terrible pregunta y el testimonio más perjudicial para el hombre que el ángel mensajero tendrá que prestar, o, al menos, lo era hasta la década de 1960, en que el abuso de tierra, aire y agua está arruinando un entorno que aun puede salir peor parado.

Junto con la Segunda Guerra Mundial, se produjo un episodio de crueldad del hombre para con el hombre que, por su magnitud, delibera-



da intención y organización, no tenía precedentes. La tentativa de la nación alemana de exterminar a los judíos y lograr lo que ingeniosamente denominó «Solución final» fue un acto nada fácil de reconciliar con nuestra idea de progreso humano. Los alemanes, que la concibieron y la llevaron a cabo casi hasta sus últimas consecuencias eran considerados una de las más, y por su parte la más, civilizada de las naciones. Sin embargo, se entregaron a una orgía de violencia orquestada como una aprobada cuestión de política nacional, en un nivel supuestamente exento de humanidad. Lo que resulta no menos significativo es el hecho de que las demás naciones —excepto Dinamarca; pero no excepto Estados Unidos, que tenía menos que perder— miraran, permitieran que aquello ocurriera, no ofrecieran más asilo o socorro, y en términos generales evitaran intervenir hasta tal punto que no parecían lamentar ver cómo triunfaba la Solución final.

De hecho, creo que ahora estamos presenciando algo parecido en el tratamiento de Israel en las Naciones Unidas, en comparación con su tolerancia a los ataques árabes. El antisemitismo es muy antiguo, muy conveniente, latente en Estados y personas, y evidentemente imposible de borrar. Sospecho que los judíos sobrevivirán sólo porque el mundo los necesita como chivo expiatorio de culpas de una u otra clase. Si desaparecieran, el mundo se sentiría obligado a reinventarlos.

Considero que todo historiador necesita una perspectiva de al menos veinticinco años, y preferiblemente cincuenta, para formarse una opinión válida, así que no profundizaré en el presente. Salvo para echar un rápido vistazo a la ciencia, o mejor dicho a la ciencia aplicada, es decir, la tecnología, que es la que el gran público suele apreciar. Los cuatro principales agentes tecnológicos de cambio en los veinticinco últimos años han sido la bomba, el tubo, el ordenador y la píldora, esto es, la energía nuclear, la televisión, la electrónica y la anticoncepción. Respecto a la revolución sexual que, en parte, se debe a la píldora (aunque también sea un fenómeno cíclico que se repite a lo largo de la historia), el aspecto más terrible es la creciente educación irresponsable de niños no deseados. Las adolescentes de instituto tienden a ver el embarazo como una condición que les afecta sólo a ellas, sin pensar en ello como algo que trae al mundo otro ser humano. Estos niños, dolidos y resentidos cuando crecen, serán una carga cada vez mayor para la sociedad. En estas circunstancias, no parece precisamente

racional imponer restricciones a la anticoncepción y el aborto. Cuando ya hay demasiada gente, no debería venir ningún niño no deseado al mundo.

Hoy en día, el ordenador y el tubo están fuera de mi alcance, y lo mismo ocurre con la bomba. Temerosos de lo que hemos creado, no lo hemos vuelto a usar desde su primer uso; pero su estrategia ha llegado al extremo de disuasión conocido como Destrucción Mutua Asegurada, que responde directamente al acrónimo MAD.\* Parece que nosotros mismos nos hayamos colgado una etiqueta en caso de que algún futuro historiador necesite una pista.

Mientras tanto, usamos sin cesar esa arma igualmente letal, el automóvil, que cada año mata a 50.000 personas en Estados Unidos, sin contar los miles de lisiados, una Hiroshima autoimpuesta cada año. Si añadimos a las bajas humanas la tierra que el automóvil ha destruido con autopistas y aparcamientos, la polución del aire con sus humos, los horrores perpetrados a la campifia con sus gasolineras y los colapsos de las ciudades con su tráfico, se puede considerar fácilmente el instrumento más destructivo jamás creado por el hombre. No obstante, al principio fue un maravilloso instrumento de libertad que transportaba a la gente a estimulantes velocidades y abría nuevos reinos de viaje y movimiento. Ahora se ha convertido en un monstruo —o varios— del que cada persona depende, por lo general el doble de grande y potente de lo que sería necesario. La proliferación y los efectos negativos del automóvil se podrían controlar, pero no se hace. Todo el mundo sufre y nadie dice basta.

El mismo empuje imparable parece caracterizar a otros productos de la tecnología. ¿Qué le pasa a una sociedad que usa combustible caro y escaso para caldear edificios en invierno hasta ochenta grados porque a sesenta hace demasiado frío y luego los refresca en verano hasta sesenta grados porque a ochenta hace demasiado calor? Existe cierta locura en todo esto, la sensación de fuerzas que pierden el control, de la máquina que supera al hombre, lo cual es una causa más del malestar general de esta era.

Admito que hasta ahora no he prestado mucha atención a cosas buenas, alentadoras y agradables; pero, como mi objetivo ha sido buscar los orígenes de nuestro descontento, me he centrado necesariamente en los pro-

\* En inglés, *mad* significa «loco, demente». (N. de la t.)

blemas. Seguramente esto no excusa porque, a fin de cuentas, creo que por el momento el siglo xx se ha inclinado más hacia lo negativo que hacia lo positivo; aunque podría parecer diferente al echar la vista atrás desde el futuro. La perspectiva nos hace cambiar de opinión. El mundo es antiguo, y la historia, larga —unos 4.000 años de historia escrita, de los cuales la década de 1960 representa un cuarto del 1%. Con esa perspectiva, el «ahorismo» va a menos.

¿Sirve de algo haber desplegado este catálogo pesimista? No estoy segura; pero puede que el caos de nuestro tiempo parezca menos absurdo cuando se demuestre que procede de causas reales y demostrables. Generalmente, ayuda conocer el porqué de las cosas.

## DON DE MANDO MILITAR\*

El tema de esta noche me fue sugerido por vuestro comandante sin más explicación, sólo con las palabras «Don de mando», a secas. Sin duda, asumía que el tema en sí enseguida atraería a este público de la misma manera que la maternidad atrae a un público de mujeres embarazadas. No sé si el general Davis consideraba el tema apropiado para mí porque soy la biógrafa de un general que ilustró vívidamente ciertas cualidades de la estrategia militar, tanto presentes como ausentes, o si tenía algo más amplio en mente.

En cualquier caso, en cuanto me planteé el tema me intrigó por varias razones: porque es importante, porque es complejo y porque, como resultado de lo ocurrido en los últimos veinticinco años, está experimentando una transformación radical que puede hacer irrelevante buena parte de lo que ahora conocemos. Volveré más tarde sobre este aspecto.

Debería empezar diciendo que sé tanto de este tema como si hubieran pedido a Tennyson que diera una conferencia sobre mando militar porque ha escrito «La carga de la brigada ligera». Yo no escribí la biografía de Stilwell en su calidad de soldado, sino más como figura central y representante extremadamente apto de la relación norteamericana con China. No escribí *Los cañones de agosto* como un estudio del fracaso de los planes bélicos —al menos, no supe que lo estaba haciendo hasta que todo terminó—. No soy especialista en historia militar, y el grado en que lo soy es fruto de la casualidad. Sin embargo, como la vida sólo es divertida cuando intentas algo que está ligeramente fuera de tu alcance, seguiré adelante con el encargo.

\* Discurso en la Academia Militar del Ejército de Estados Unidos, abril de 1972. *Parameters*, primavera de 1972.

En el *Dictionary of Military Quotations* del coronel Heintz, las entradas «Generales» y «Mando» ocupan juntas más espacio que cualquier otra. Si se añaden las entradas estrechamente vinculadas «Orden» y «Liderazgo», el tema en su totalidad ocupa el doble de páginas que ningún otro. ¿Por qué es tan importante? Supongo que la respuesta es porque las cualidades que entran en el ejercicio del mando tienen el poder, en un período de tiempo muy concentrado, de decidir la vida o la muerte de miles de personas, y a veces el destino de las naciones. Así, las cualidades del general, cobran más y más interés no sólo para los soldados sino para los ciudadanos en general, y no cabe duda de que es vital para el Estado determinar cuáles son esas cualidades, para así detectarlas en los aspirantes a estrategia y asegurarse de que los poseedores y los puestos se corresponden.

También se ha dicho que en la batalla el alto mando es el único que realiza una actividad humana completa, porque requiere igual ejercicio de las facultades físicas, intelectuales y morales al mismo tiempo. Intenté dejar esta máxima a un lado (siendo por naturaleza, o tal vez por profesión, dada a desafiar toda generalización) y pensar en excepciones a esa regla; pero lo cierto es que nadie más lo hará. El mando en combate posee esa distinción.

Considero que las cualidades requeridas se dividen en dos categorías: las de carácter, es decir liderazgo personal, y las de capacidad profesional. En lo que al mando en el campo de batalla se refiere, la primera categoría seguramente es más importante que la segunda, y viceversa. El maestro más brillante de la estrategia no puede ganar una batalla si, al igual que el general Boulanger, tiene alma de subalterno. Como tampoco puede el soldado más magnético y apuesto llevar bien las cosas si, al igual que el general Custer, es torpe en el despliegue.

Valor, según el mariscal De Saxe, es la primera de todas las cualidades. «Sin él —como dice sin dejar lugar a dudas—, lo demás de poco sirve porque no puede ser usados». Me parece que «valor» es una palabra demasiado sencilla. El concepto debe incluir valor tanto físico como moral, porque hay personas que tienen lo primero sin lo segundo, y eso no basta para el mando. De hecho, el valor físico también debe ir unido a la inteligencia, porque, como reza el proverbio chino: «Un general valeroso y estúpido es

una calamidad». El coraje, físico y moral, hace de quien lo posee una persona resuelta; así que estoy de acuerdo con De Saxe y a eso añado que la principal cualidad es la resolución. Eso es lo que permite a un hombre mandar, sobre circunstancias, sobre subordinados, sobre aliados, y finalmente sobre el enemigo. Es la determinación de ganar, ya sea en las peores circunstancias sólo para sobrevivir o en una situación extrema para completar la misión; sean cuales sean las circunstancias, para mandar. Considero que esta voluntad de mandar es el *sine qua non* de la acción militar. Si un hombre la tiene, también tendrá el valor que necesita, o hará acopio de él. Pero podría ser valiente como un león y, aun así, fracasar si le falta la voluntad necesaria.

La voluntad era lo que Stilwell poseía: la absoluta, inquebrantable e inflexible determinación de cumplir la misión, sin importar los obstáculos, los contrincantes o las frustraciones. Cuando la carretera que luchó por que atravesara Burma llegó por fin a China, después de su retirada, el sucesor le reconocía en un mensaje que el primer convoy en cubrir el trayecto por tierra, aunque Stilwell ya no estuviera allí para verlo, era el fruto de «su indómita voluntad».

Los hombres sensibles dirán que la voluntad debe ser entrenada por el criterio, no sea que lleve a realizar un mayor esfuerzo o sacrificio que el merecido por el objeto en cuestión, o a insistir ciegamente en un objetivo cuyas dificultades sugieren que era un error desde el principio. Esto es muy cierto; el buen criterio es otra de las cualidades esenciales del mando, tal vez la más esencial, según el historiador naval Raymond O'Connor. Éste cita la definición de C. P. Snow de criterio como «la capacidad de pensar en muchas cuestiones a un tiempo, en su interdependencia, su importancia y sus consecuencias». El criterio puede no ser siempre racional, sino más intuitivo, basado en la impresión que produce la circunstancia en concreto combinada con la experiencia.

A veces, el criterio aconseja atrevimiento, como cuando el almirante Nimitz, desoyendo el consejo de todos los almirantes y generales a su mando, insistió en asaltar Kwajalein, emplazamiento del cuartel general japonés en el corazón del archipiélago Marshall; aunque esto significara dejar las islas exteriores controladas por el enemigo en la línea norteamericana de comunicación. Durante el asalto, los aviones norteamericanos lograron

mantener las islas más exteriores a raya, mientras Kwajalein demostraba estar relativamente indefenso porque los japoneses, pensando igual que los subordinados de Nimitz, se habían convencido de que los norteamericanos no intentarían asaltarlo.

Sin embargo, muchas veces los consejos del criterio dicen «No se puede» cuando la voluntad dice «Puedo». En situaciones extremas, los grandes resultados se alcanzan cuando la voluntad hace caso omiso del criterio. Sólo la voluntad guió a Washington a través del invierno de Valley Forge, ese nadir de miseria y abandono, y sólo su extraordinaria voluntad evitó que el ejército congelado, medio muerto de hambre y sin zapatos (el Congreso Continental no le pagó ni le dio provisiones) desertara. El criterio habría dicho: «Vuelve a casa». Supongo que fue la voluntad la que arrastró a Aníbal por los Alpes, aunque el criterio le podría haber preguntado qué pasaría cuando hubiera alcanzado su objetivo, igual que podría haber dicho a Stilwell que su misión —la movilización de un ejército de efectivos chinos bajo el régimen de Chian Kai-shek— era inalcanzable. Aníbal tampoco logró su objetivo. Nunca llegó a Roma, pero ha merecido llamarse el mejor soldado de todos los tiempos.

En ocasiones, la situación pide una voluntad que simplemente diga «No me van a vencer», y también aquí, en lo extremo, debe estar por encima del criterio. Tras el fiasco de cuatro batallas perdidas de manera consecutiva en las fronteras francesas en agosto de 1914, y con el ejército francés retrocediendo en caótica retirada y el enemigo procediendo a la invasión, el criterio podría haber planteado la pregunta de si Francia no había sido derrotada. Eso nunca le ocurrió al comandante en jefe, el general Joffre, que poseía en grado sin igual una cualidad de gran importancia para los generales: era imperturbable. El temperamento estable es, en un general, una gran baza en cualquier momento, y la culminación de la estabilidad es la calma que se puede mantener en plena catástrofe. Puede que la inmunidad de Joffre al pánico se debiera a su imaginación, o puede haber sufrido todo el tiempo lo que Stilwell denominaba «sensación de hundimiento» y haberlo ocultado. No lo sabemos, porque él no llevaba ningún diario. Fuese cual fuera la fuente de su imperturbabilidad, Francia era afortunada de tenerla en el hombre adecuado en el momento indicado. Fue Gallieni el que vio y aprovechó la oportunidad de reparar el desastre, y Foch y Fran-

chet d'Esperey los que proporcionaron el *élan* o brío para hacerlo; pero también fue la seguridad y el aplomo de Joffre, rubicundo e inquebrantable, lo que mantuvo al ejército vivo. Sin él, tal vez no habría habido ejército que combatiera en el Marne.

En los primeros puestos de la lista de prioridades de un general está lo que yo llamo el factor «Haz esto». Procede de la frase que Shakespeare pone en boca de Marco Antonio: «Cuando el César dice "Haz esto", se hace». Esta cualidad de mando se basa no sólo en el conocimiento que el general tiene de la estrategia, el terreno y los recursos y en el despliegue enemigo en determinada situación, sino también en el grado de fe que sus subordinados tengan en sus conocimientos. «Cuando Stilwell os dijo qué hacer en Birmania —intervino un oficial—, confiabais en que eso era lo correcto. Eso es lo que un soldado quiere saber». Si oficiales y soldados creen que un general sabe de qué habla y que lo que ordena será lo más adecuado dadas las circunstancias, lo obedecerán con alivio al hallar a un superior en cuyo criterio puedan confiar. De hecho, ésa es la diferencia entre la mayoría de la gente y los generales.

Ahora paso a la segunda categoría: es decir, a la capacidad profesional. Esto comprende la capacidad para determinar el objetivo, para planear, organizar, dirigir, recurrir a la experiencia y desplegar todo el conocimiento y las técnicas que al profesional le fueron impartidos. Para mí, adentrarse en este aspecto y entrar en una discusión sobre los principios profesionales del mando no tiene mucho sentido; primero, porque si no sabes más que yo sobre ello, no deberías estar aquí, y segundo, porque me parece muy difícil seleccionar absolutos. Los principios dependen en buena medida de tiempo, lugar e historia, y la naturaleza de las partes beligerantes. Sólo diré que el puente que une ambas categorías —que conecta el liderazgo personal y la capacidad profesional— es la inteligencia, cualidad que De Saxe puso segunda en su lista después del valor.

Supongo que la clase de inteligencia varía en función de la ocupación: en un doctor, debe ser receptiva; en un abogado, es invariablemente pesimista; en un historiador debería ser precisa, investigadora y sintética. En un soldado, de acuerdo con la bonita frase de De Saxe, debería ser «potente y fértil en recursos». Eso me gusta; es un requisito que sabes que procede de la experiencia de un soldado. Creo que la actuación militar profesional más



perfecta de nuestro tiempo, o al menos con los mínimos fallos posibles, es la de los israelíes en la Guerra de los Seis Días o Guerra de Junio de 1967.

En ese microcosmos, capturadas para nosotros dentro de los límites visibles de seis días, las cualidades de resolución y coraje, el factor «Haz esto», el despliegue de habilidades expertas y una inteligencia «potente y fértil en recursos» se engranan y funcionan juntas como las partes engrasadas de un motor. Debería repasar las circunstancias que hicieron esto posible, de las cuales la principal era que la retirada o la derrota significarían la aniquilación de un país con una extensión equivalente al estado de Massachusetts. El concepto israelí de mando militar, no obstante, contiene principios que se pueden aplicar más allá de sus fronteras. Anticiparse es uno de ellos. Mostrarse escéptico, crítico, flexible y, finalmente, obstinado, obstinado en la ejecución de la misión. Esta cualidad, que ya he mencionado en relación con Stilwell, parecía ser el requisito que los israelíes más valoraban en un oficial.

El principio que me pareció especialmente acentuado, aunque más en la planificación que en el campo de batalla, fue el conocimiento del enemigo —de sus capacidades, su preparación, su psicología—, todo lo completo y preciso que un estudio prolongado, la familiaridad, y todos los medios de inteligencia permitan. En este reino los israelíes tienen la ventaja de conocer de antemano la identidad del enemigo: vive al lado. Pero me parece que los norteamericanos podrían aprender de esta lección.

Si prestáramos más atención a la naturaleza, motivación y capacidades, especialmente en Asia, del rival al que pretendemos derrotar con tanta seguridad —y de los aliados que nos apoyan—, no habríamos provocado semejante desastre, un desastre inesperado, en Vietnam. No nos habríamos visto, para nuestra confusión y desgracia, dedicando esfuerzos cada vez más inútiles a una frustrante capacidad de resistencia, y no sólo de resistencia sino también de iniciativa. Con la arrogancia de nuestro tamaño, riqueza y superior tecnología, tendemos a obviar la necesidad de examinar lo que pueden ser diferentes fuentes de fuerza en otros. Si en 1917 Edith Cavell dijo «No basta con ser patriota», ahora necesitamos otra voz sabia que nos diga: «No basta con la tecnología». La guerra no es un gran proyecto de ingeniería. Hay «gente» en el otro bando, con virtudes y una voluntad que nunca nos molestamos en medir. Como resultado de esa omisión, nos hemos visto abocados a una acción beligerante más importante, y

sin duda también más ruinososa, de lo esperado. Luchar sin entender al oponente no sirve ni a la reputación del ejército ni a la de la nación.

Después de haberme desplazado rápidamente al presente, me gustaría pasar a examinar el tema que nos ocupa en términos del presente. Sé que los temas militares se acostumbran a estudiar e impartir con ejemplos del pasado, y podría mantener una agradable charla sobre las cualidades de los grandes capitanes con apropiadas máximas de Napoleón, referencias al general Grant y anécdotas sobre cómo el rey Jorge, cuando le dijeron que el general Wolfe estaba loco, respondió: «Ojalá mordiera a alguno de mis generales» —todo esto conocido por ustedes—. Además, bien podría ser un ejercicio ya obsoleto; porque, con el cambio en la guerra que tuvo lugar a partir de mediados del siglo xx, debería darse también un cambio en las características del mando.

El concepto de guerra total que llegó con nuestro siglo ya ha tenido su día, creo. Ha sido apartado de escena por una nueva arma total, la explosión nuclear, con su ciega capacidad de exterminio. Como, independientemente del primer ataque, hay suficiente potencia nuclear para devastar ambos bandos, se convierte en un arma que no puede ser usada, lo cual crea una nueva situación. Si la guerra, como nos han enseñado a todos, es la persecución de un objetivo político por medio de la fuerza, ahora nos enfrentamos al hecho de que no puede haber una política capaz de garantizar un beneficio con la declaración de una guerra nuclear que destroce a todas las partes implicadas. En consecuencia, guerras limitadas con objetivos limitados deben ser en lo sucesivo el último recurso cuando la política requiera el apoyo del ejército. Tras estudiarlo, veo que esto fue percibido por mentes despiertas casi tan pronto como ocurrió, entre ellas la del ex embajador George Kennan, que escribió en 1954, cuando todo el mundo estaba desconcertado por la Bomba, que las armas nucleares no habían expandido el alcance de la guerra, sino exactamente todo lo contrario, que «el tiempo de las guerras totales se ha acabado, y que a partir de ahora las operaciones militares limitadas son las únicas que seguramente pueden servir a un propósito coherente».

La trascendencia de esta cuestión tiene que ser perturbadora para el soldado porque, como dijo recientemente el general británico sir John Winthrop Hackett en una charla en nuestra Academia de las Fuerzas Aé-

reas: «Es probable que las guerras limitadas con fines políticos causen muchas más tensiones morales [...] que las grandes guerras del pasado». Cabe destacar que Estados Unidos ya sufre la verdad de ese principio.

El cambio ha tenido lugar a lo largo de los veinte últimos años sin darnos cuenta —al menos yo, como civil, no me di cuenta—. Uno necesita salir de un fenómeno para ver su forma, y necesita perspectiva para echar la vista atrás y decir: «Ése fue el momento decisivo». Como ahora podéis ver, Corea fue nuestra primera guerra política. Desde entonces, el tren de los acontecimientos indica que el rol del ejército se está convirtiendo, como demostraron los rusos en Egipto y nosotros mismos en el Sureste asiático, en el de intervenir en países en vías de desarrollo como «consejero» o «colaborador» con el fin de moldear los asuntos del país cliente para que encaje en las expectativas. Ese papel ya ha desarrollado una tarea especial y un programa de instrucción en el Programa de Asistencia Militar a los Oficiales en Fort Bragg. De acuerdo con su formulación, la misión consiste en «ayudar a países extranjeros con problemas de seguridad interna —bonito eufemismo para contrainsurgencia— y llevar a cabo funciones que tengan impacto sociopolítico en operaciones militares».

En resumidas cuentas, la misión del ejército en esta era sociopolítica consiste en actuar de contrarrevolucionario; si no, en frustrar el comunismo o, si se prefiere el eufemismo, la creación de una nación, vietnamizar o tal vez paquistanizar o africanizar algún cliente por las buenas o por las malas. Éste es un buen cambio desde la defensa de un Estados Unidos continental a una función militar ya pretendida por los padres fundadores.

¿Qué supone este cambio en el liderazgo militar? «¿Ha visto el ejército en acción al último de sus grandes líderes combatientes de alto rango?». Cito esta pregunta del reciente libro *Military Men*, escrito por el corresponsal Ward Just del *Washington Post*. ¿Seguirá habiendo lugar para esas cualidades de liderazgo personal que un día marcaron la diferencia? En el pasado, contaba el hombre: Clive, que conquistó India con 1.100 hombres; Cortés, que tomó México con fiebre; Charles Martel, que derrotó a los musulmanes en Tours; Nelson, que venció a Napoleón en Trafalgar (y casualmente evaluó una fuente de su proeza al decir: «Si hubiera más *ladies* Hamilton, habría más Nelsons»). Aunque eso podría agradar al Movimiento de Liberación de las Mujeres, que ya me tiene ojeriza, me temo que no porque, desde su pun-

to de vista, no es la clase de influencia más indicada. En cualquier caso, ese factor también puede desaparecer, pues dudo que el amor o el triunfo del amor tengan mucho que ver con la inspiración de los generales para grandes gestas en calidad de consejero o en el ámbito de la vietnamización).

Entre los hombres de carácter que, como individuos, marcaron una diferencia histórica, estaba Washington. Cuando a lomos de su caballo blanco se adentró en una masa de hombres presa del pánico y, con la «terrible elocuencia de irrepetible desdén» detuvo la retirada de Monmouth, evocó de Lafayette el homenaje: «Nunca he visto hombre igual».

¿Se necesita en el nuevo ejército de hoy a ese cuyo curso de posgrado más deseado, después de éste, según se ha dicho, es un trimestre en la Escuela de Negocios de Harvard? Para suplir las necesidades actuales, el general debe ser en parte diplomático, en parte administrador, en parte analista de armas, y en parte agente comercial. El general Creighton Abrams ya ha sido descrito por un periodista como «dos» generales: uno, «un comandante del campo de batalla del demonio con mandíbula prominente, y el otro, un diplomático sutil e infinitamente paciente». Para sus sucesores, el segundo rol pronto tendrá más peso que el primero.

De toda esa actividad humana, física, intelectual y moral, ¿cuánto le quedará al general por hacer? Dados los detectores químicos y de personas, defoliadores y armas biológicas, radares infrarrojos y comunicación electrónica vía satélite, por no mencionar, como una vez concibieron nuestros urbanistas, un muro eléctrico invisible para mantener alejado al enemigo... el alcance de la toma de decisiones en el campo tiene que ser inevitablemente reducido. La artillería, y entiendo que incluso el fuego de infantería, será detectado por ordenadores que van desde modelos de bolsillo que el soldado lleva todo el día encima hasta las consolas de las oficinas. Se supone que esto plantea la idea de eliminar el error humano, como la visión del profesor Skinner de eliminar el mal humano enseñando a las máquinas. Os puedo garantizar como historiadora que cualquiera de estas dos propuestas tiene el mismo grado de probabilidad que el retorno del dinosaurio.

El cambio que podría resultar más trascendental sería un cambio en la relación del ejército con el Estado. Se trata de terreno sensible con potencial problemático, y me adentro aquí en una zona de especulación que vosotros podéis considerar refutable y discutible.

Para que puedan llegar las órdenes del gobierno sin dudas ni titubeos, el cuerpo de oficiales ha mantenido tradicionalmente, y por regla general, un hábito de no-partidismo, al menos superficial, sean cuales sean las pasiones ideológicas individuales que laten bajo la piel. ¿Puede esta actitud durar cuando los soldados ven que son enviados a luchar por propósitos tan especulativos o poco claros que son incapaces de apoyar un estado de guerra legal? Podéis decir que es cuestión de semántica, pero la semántica es un buen test. Como autora, puedo deciros que una escritura poco clara refleja de manera invariable desorden de ideas, normalmente una comprensión incompleta de los hechos o de su significado.

Una reflexiona sobre qué proporción de oficiales cumple hoy un período de servicio en el Sureste de Asia sin preguntarse «¿Por qué?» o «¿Para qué?». A medida que hagan sus jornadas sociopolíticas en el futuro, ¿crecerá ese número de manera alarmante? Por eso el caduco principio de que una nación debería ir a la guerra sólo para defenderse o por un inmediato interés nacional era sólido. La nación que lo respeta tendrá mejor relación con sus propios ciudadanos y, sin duda, con la historia. Nadie podría malinterpretar Pearl Harbor o tener problemas para explicar o definir la necesidad de una respuesta. La guerra que desperdicia vidas es un asunto demasiado grave para dejarlo sin definición. «Requiere» definición, y declaraciones. Creo que ningún ciudadano, ya sea militar o civil, debería jugarse la vida por lo que algunos hombres vacilantes de Washington consideran una buena idea para juego astuto, disuasión o contención o cualquiera que sea el concepto dominante del momento.

Si el ejército va a ser usado con fines políticos, ¿podrá seguir siendo el inocente autómatas? ¿Llegará un día en que se abandone esta postura y el ejército, o miembros de él, cuestionen y juzguen el propósito de lo que ahora están llamados a hacer? No es que estén necesariamente en desacuerdo con la política del gobierno. En términos generales, desde el inicio de la Guerra Fría la política norteamericana ha sido la contención del comunismo, con la que cualquiera pensaría que el ejército comparte principios. Pero las preguntas se vuelven más y más complejas. ¿Qué pasa con Rusia y China? ¿Y con India y Pakistán, donde recientemente nos libramos por los pelos de las consecuencias de la locura? ¿Qué hay de Oriente Medio? ¿Y si decidimos la caída de Irak, a no ser que rescatemos a Siria de la influencia

rusa? ¿Y si trasladamos ese principio a Sudamérica? Se puede jugar al dominó en cualquier continente. ¿Qué ocurre si volvemos a equivocarnos y entramos en guerra en el lado malo de la historia?

No es culpa del ejército, responderán los militares. Es una decisión civil. El brazo militar permanece bajo control civil. ¿Acaso Truman no despidió a MacArthur?

Es cierto que, en Norteamérica, el ejército nunca ha desafiado seriamente al gobierno civil, pero en los últimos años apenas necesita hacerlo. Con un tercio del presupuesto nacional absorbido por gastos militares, con un coste de producir armamento nuclear y otras armas modernas que no tiene límites, con 22.000 contratistas de defensa y 100.000 subcontratistas operativos en Estados Unidos, el entramado de intereses militares-industriales se apodera de la economía y domina todas las agencias del gobierno.

El nuevo presupuesto de 83.400 millones de dólares para defensa representa cinco veces la cantidad destinada a educación y casi cuarenta veces la cantidad para control de la polución (nuestro gobierno no quiere reconocer que ahora la polución es una amenaza más grave para nosotros que los rusos). Cuesta una media anual de unos 10.000 dólares mantener a cada hombre uniformado en comparación con un desembolso nacional de 1.172,86 dólares por cada ciudadano norteamericana; en otras palabras, el hombre uniformado absorbe diez veces más. El Pentágono, donde se encuentra el pulso de toda esta energía y actividad, gasta anualmente 140 millones de dólares «sólo» en relaciones públicas, casi dos veces más que el presupuesto total de la Fundación Nacional para las Artes y Humanidades. Cuando intereses militares y relacionados con lo militar se infiltran en el gobierno hasta ese extremo, el gobierno se vuelve más o menos prisionero del Pentágono.

Ante esta situación, ya no se sabe muy bien quién es el responsable final de la política. Lo que «está» claro es que, si bien el militar ejerce mucha influencia en el gobierno, no puede conservar al mismo tiempo la postura de ingenuidad.

Solía pasar que cualquier problema que pudiera surgir durante la misión se podía solucionar bajo el acogedor «Deber, Honor y Patria». Mientras tuvieras un *casus belli* como el de *Maine* o El Álamo, podías salir de cualquier turbia expedición sin pasarlo mal. Puede que ya no baste con la

fórmula West Point. El concepto de patria queda lo bastante claro, pero ¿qué es el deber en una guerra equivocada? ¿Qué es el honor cuando la lucha se reduce a «consumir» el espacio vital —por no mencionar las vidas— de unas gentes que nunca nos hicieron ningún mal? La sencilla respuesta de West Point es que deber y honor sirven para comunicar las órdenes del gobierno. Eso era lo que los nazis decían en defensa propia, y pese a ello nosotros los juzgamos por crímenes de guerra. Menoscabamos nuestra propia reivindicación en Nuremberg y Tokio.

Cuando el conflicto adopta la clásica fórmula recientemente expresada por un soldado cuando prendía fuego a una aldea de Vietnam, «Debemos destruirla para salvarla», hay que ir más allá del deber y el honor y preguntar: «¿Dónde está el sentido común?». Soy consciente de que el sentido común no figura en la máxima de West Point; sin embargo, me parece que los soldados no están menos sujetos que yo a la ley de Descartes: «Pienso, luego existo». No dejamos de pensar. Ése es el castigo por abandonar la pureza de la autodefensa como *casus belli*. Cuando un soldado empieza a pensar, según el buen soldado Schweik, «deja de ser un soldado para convertirse en un piojoso civil». No sé si se llegará a ese punto, pero sirve para adoptar la perspectiva civil.

¿Acaso la sociedad civil quiere que el ejército empiece a pensar por sí mismo? ¿Esto no abre la temible posibilidad de que se produzcan golpes de Estado derechistas o motines izquierdistas? Aunque el ejército tiende normalmente a la derecha, pueden darse otros casos: el nuevo ejército modelo de Cromwell derrocó al rey, el motín naval de Kronstadt y las deserciones del frente desataron la Revolución rusa. Ya tenemos un grupo de soldados rasos peligrosamente indisciplinados fruto no tanto del alcohol como del descontento general. Este hecho no es político, pero que sepamos tampoco es sano.

Sé que me he alejado mucho de mi encargo, pero planteo estas preguntas porque me parece que el liderazgo militar tendrá que lidiar con ellas a partir de ahora. El problema de esta charla, como imagino que se notará, es que yo no tengo ninguna de las respuestas. Eso requerirá una nueva raza de pensadores. Sólo puedo decir que siempre ha representado todo un reto ser general; al igual que el del ciudadano, su rol se complica.

## POR QUÉ LOS POLÍTICOS NO ESCUCHAN\*

Nos hemos reunido aquí para rendir homenaje a un grupo de funcionarios de los Servicios Exteriores —representado por la persona de Jack Service— al que la historia ha dado su visto bueno; y no sólo historia, sino incluso, por hechos y pensamientos, la presente Administración. ¿Puede ser que nadie de ese grupo que transmitiera desde China durante la Segunda Guerra Mundial y que, al ver el viaje del presidente norteamericano a la China comunista en 1971, captara una ironía tan aguda que lo hiciera estremecer? ¿Podría alguien, recordando viejos tiempos, contemplar esa imagen del presidente Nixon y el presidente Mao en sillones idénticos, con sonrisas ligeramente nauseabundas esbozadas para ocultar su mutuo malestar, y no tener la absurda sensación de que la realidad supera a la ficción? Cuando yo era joven, la revista *Vanity Fair* solía publicar una serie titulada «Entrevistas imposibles» del dibujante Covarrubias en que éste ponía cara a cara a Calvin Coolidge y Greta Garbo, John R. Rockefeller, padre, y Stalin; pero la reunión del año pasado en Pekín fue mejor que Covarrubias.

Esto podría haber pasado veinticinco años antes, ocasionándonos a Asia y a nosotros mismos un daño inmenso y, hasta cierto punto, irreparable, ya que la política norteamericana no prestó atención a la información y las recomendaciones del personal de la Embajada de Chungking, entonces acreditado como el grupo de servicios mejor informado de China. Lo integraban el embajador, Clarence Gauss, el consejero, George Atcheson, ambos fallecidos, y entre las secretarías y los cónsules esparcidos por toda China, además del señor Service, hombres como John Paton Davies, Ed-

\* Discurso en la Foreign Service Association, enero de 1973. *Foreign Service Bulletin*, marzo de 1973.



ward Rice, Arthur Ringwalt, Philip Sprouse, y alternativamente sobre el terreno y en la Embajada china, Edmund Clubb y el difunto John Carter Vincent. Varios habían nacido en China, muchos hablaban chino y, afortunadamente, algunos están aquí con nosotros.

Por haber dicho verdades, muchos de ellos fueron perseguidos, destituidos o sus carreras ralentizadas e incluso obstaculizadas, con un consecuente daño personal mayor que el infligido al Foreign Service de Estados Unidos. Según Macaulay, no había espectáculo más ridículo que el público británico en uno de sus periódicos arrebatos de moralidad —y podríamos añadir que ninguno tan repugnante como el público norteamericano en una de sus periódicas cazas de brujas—. Sus colegas y predecesores eran acosados porque el ejercicio competente y honrado de su profesión chocaba con la histeria de la Guerra Fría manipulada por un hombre tan carente de principios que no era normal, como el hombre sin sombra. No seguiré con la historia, por importante que le pueda resultar al lector y a todo ciudadano, porque adonde quiero llegar es a un problema tal vez más duradero: por qué a estos hombres no se les escuchó siquiera antes de ser perseguidos.

La esencia de sus informes era, básicamente, que Chiang Kai-shek se iba y entraban los comunistas, y que la política norteamericana, antes que quedarse paralizada y aferrarse al primero, podría tener en consideración *la tendencia*. Esto estaba implícito en informes de funcionarios que, aunque no tenían contacto con los comunistas, se mostraban unidos al describir la decadencia del Kuomintang. Lo explicitaron aquellos que vieron a los comunistas en directo, como Service en sus sorprendentes informes desde Yenan, y Ludden, que viajó al interior para observar el funcionamiento del gobierno comunista, y Davies, con la oreja puesta en todo. Eran rotundos a la hora de juzgar a los comunistas como el partido dinámico del país; en palabras de Davies, año 1944: «Su destino no era el de Chiang, sino el de China». Ésta no era una subversión, como nuestros «cazarrojos» decían, sino mera observación.

Cualquier gobierno que no quiera meterse en un lodazal con los ojos abiertos y arrastrar consigo a su país, debería reexaminar sus posibilidades, llegados a este punto. Después de todo, para eso contratamos a funcionarios del Servicio Diplomático: para que aconsejen a políticos sobre las ac-

tuales condiciones en las que basar un programa realista. La agónica pregunta es: ¿por qué se ignoran sus informes, por qué existe una persistente laguna entre observadores sobre el terreno y políticos de la capital? Mientras no pueda hablar por experiencia, me gustaría intentar ofrecer algunas respuestas como asesora externa.

En primer lugar, la política está formada por preconceptos, por prejuicios implantados hace tiempo. Cuando la información se pasa a los políticos, éstos responden con lo que ya tienen en mente y, en consecuencia, hacen una política que responde menos a los hechos que a las nociones e intenciones del bagaje mental que se ha ido acumulando en sus cabezas desde la infancia. Cuando el presidente McKinley tuvo que decidir si anexionarse las Filipinas en 1898, se arrodilló a medianoche, según su propio relato, y «rezó a Dios todopoderoso para que lo iluminara y lo guiara». De esta manera, fue guiado a concluir que «sólo nos quedaba adoptar y educar a todos los filipinos, elevar su espíritu y cristianizarlos, y hacer cuanto pudiéramos por ellos con la ayuda de Dios, como nuestros semejantes por los que Cristo murió».

En realidad, el principal impulso activo era la presión de la escuela del «destino manifiesto» para cruzar el Pacífico con éxito, pero el bagaje mental de un presidente en la década de 1890 requería que actuara en términos de Dios todopoderoso y el Peso del hombre blanco, de la misma manera que la fijación mental de sus sucesores en nuestra época les ha exigido reaccionar en términos de anticomunismo. Observadores más meticulosos que Dios todopoderoso pudieron haber informado a McKinley de que Filipinas no tenía grandes deseos de ser cristianizada o civilizada, o de cambiar el gobierno español por el norteamericano; pero sí de lograr la independencia. No tuvimos esto en cuenta y, para vergüenza nuestra, pronto nos vimos involucrados no en una civilizadora, sino en una cruel y sangrienta guerra de represión. No tener en cuenta la naturaleza de la otra parte suele tener un resultado violento.

El mismo error cometió el presidente Wilson, que tenía una fijación mental opuesta a la de McKinley y en favor del progresismo, la reforma y la Nueva Libertad. Tanta fijación tenía que, cuando el reaccionario general Huerta llevó a cabo un golpe de Estado en México el año 1913, Wilson se obsesionó con la idea de que recaía sobre él la responsabilidad de arran-

car al usurpador de la espalda del pueblo mexicano para que México pudiera ser gobernado con el beneplácito de los gobernados. «Mi pasión es para el 85 % de población sumergida que lucha por la libertad», dijo; pero lo cierto era que el 85 % de población sumergida estaba encogido de miedo en sus chabolas, incapaces de distinguir entre Huerta y su rival Carranza. No obstante, Wilson envió a los marines para que tomaran Vera Cruz, una intervención que no sólo lo consternó al cobrarse vidas norteamericanas, sino que sólo consiguió agravar el caos en México e involucrar a Estados Unidos en más intervenciones dos años más tarde contra el hombre del pueblo, Pancho Villa. La pasión política es algo bueno, pero aún es mejor si se trata de pasión informada.

Roosevelt también se inclinaba en favor del progresismo. George Kennan ha contado que, cuando la Embajada en Moscú empezó a dar parte de las purgas stalinistas de la década de 1930, y puso de manifiesto una tiranía terrible como la de los zares, el presidente descartó los informes como fruto de lo que él consideraba una mentalidad típica de los pantalones a rayas del Departamento de Estado. No sólo era inconveniente, sino también turbador recibir informes que habrían requerido un cambio de actitud hacia la Unión Soviética (la política exterior obedece a la ley newtoniana de la inercia: se mantiene firme y constante, salvo que una fuerza la obligue a cambiar de estado). Más que desconcertarse ante estas revelaciones, que los prejuicios del propio Roosevelt le hicieron creer que eran sesgadas, cerró la División Rusa, dejó la biblioteca patas arriba y redesignó a su encargado. Este deseo de no escuchar tristes verdades —«No me confundan con hechos»— es sólo humano y compartido por jefes de Estado. ¿Acaso los antiguos reyes no mataban a quienes les traían malas noticias? La vengativa reacción de Chiang Kai-shek ante noticias desagradables era tal que sus ministros fueron dejando de dárseles, por lo que acabó viviendo en una fantasía.

Los informes también deben pasar por una pantalla de factores psicológicos en el extremo receptor: temperatura o ambiciones personales, o el temor de no parecer autoritario, o la sensación de que la hombría del gobernador está en juego. (Éste es un problema de hombres que, afortunadamente, no afecta a las mujeres, lo cual podría ser una ventaja tener a una mujer en un alto cargo. Sea cual sea la deficiencia interior que corroe las

entrañas de una mujer, no la lleva a compensarlo aparentando dureza. Se podría citar a Golda Meir como excepción, pero da la impresión de que su dureza es natural más que neurótica, además de venir dictada por las circunstancias.)

Me imagino que demostrar hombría fue uno de los factores que impulsó al presidente Nasser de Egipto a declarar la guerra a Israel en 1967, para que no lo pudieran acusar de debilidad o de parecer menos combativo que los sirios. Se siente como un factor en las personalidades de Johnson y Nixon respecto a la retirada de Vietnam; existía la horrible duda: «¿Pareceré blando?». También condicionaba a Kennedy; en cambio, no parece haber afectado a Eisenhower, Truman o FDR.

Un caso clásico de temperamento humano que oculta las pruebas nos lo presenta John Davies en su reciente libro *Dragon by the Tail*. El mayor error de Stalin, señala, fue subestimar el comunismo chino. «Lo decepcionó su propio cinismo. No pensaba que Mao lo fuera a conseguir, aunque parezca asombroso, por su escasa fe en el poder de una guerra popular».

De todas las barreras que los informes sobre el terreno deben sortear, la más impenetrable de todas es la incredulidad de los políticos sobre lo que no están dispuestos a creer. Ni todas las pruebas de una ofensiva derechista obtenidas por el Estado Mayor de Francia los años inmediatamente anteriores a 1914, que incluían documentos auténticos vendidos por un oficial alemán, podían apartarlos de su propio plan fatal de atacar el centro o persuadirlos para que prepararan una defensa a su izquierda. En 1941, cuando el doble agente Richard Sorge en Tokio informó a Moscú sobre las fechas exactas de la llegada de la invasión, su aviso fue ignorado porque el miedo de los rusos a esta eventualidad hizo que no se lo creyeran. Se archivó bajo el epígrafe «información dudosa y engañosa». El mismo principio dominó la recepción por parte de Washington, en la década de 1940, de los informes procedentes de China. No importa cuántas pruebas aportara el informe según el cual el fracaso de Kuomintang era sólo cuestión de tiempo, nada induciría a Washington a romper el vínculo con Chiang Kai-shek ni a despertar a los políticos de lo que John Service llamaba entonces «indolente conveniencia a corto plazo».

Los mitos nacionales son otro obstáculo en el camino del realismo. El instinto norteamericano del activismo, el mito del «poder hacer», nos ha

llevado últimamente a una maldad que no era necesaria y que emborronaba la trayectoria norteamericana sin dejar que con el tiempo se difuminara. Stewart Alsop expuso el domingo 28 de enero en el *New York Times Book Review* el interesante argumento de que a los presidentes norteamericanos desde Roosevelt no les ha gustado el Departamento de Estado y se han ido apoyando más y más en el ejército, porque el ejército tiende a contar con rápidos solucionadores de problemas mientras que los funcionarios del Servicio Diplomático tienden a ser «escépticos examinadores de las dificultades»; y los presidentes vacilantes preferirían consejo positivo a negativo. Observaréis que esta dependencia del consejo militar coincide con la era del poderío aéreo y tiene mucho que ver, creo yo, con la enorme atracción de la solución fácil —la idea de que un terrible problema puede ser solventado desde el aire, sin contacto, sin mezclarse en un largo y sucio negocio sobre el terreno—. La influencia del poderío aéreo en la política exterior daría para un interesante estudio.

El activismo pasado, el impulso de mejorar una mala situación, de buscar tierras mejores, de desplazarse a una nueva frontera, ha sido una gran fuerza, la gran fuerza motriz en nuestra historia, con resultados positivos cuando opera en una esfera que podemos controlar. No es el caso en Asia, y el resultado ha sido desastroso. Ignorando las realidades locales y la profundidad de la motivación, ignorando una lección como Dien Bien Phu, nos sentimos impelidos a actuar más que a mantenernos al margen de los problemas. Ayudaría que de vez en cuando pudiéramos aprender a dejar que las cosas buscaran una solución indígena.

El mito más costoso de nuestro tiempo ha sido el del monolito comunista. Afortunadamente, ahora sabemos, aunque con retraso, que la supuesta unidad sino-soviética es, en realidad, un amargo antagonismo de dos rivales envuelto en odio, miedo y mutua sospecha. Nuestro juicio original nunca ha tenido mucho que ver con los hechos, sino que más bien era una reflexión sobre miedos y prejuicios. Actos reflejos de este tipo no son la mejor guía para una útil política exterior, que yo definiría como la conducción de relaciones y el ejercicio de influencia para servir mejor al propio interés progresista.

Aún queda la pregunta de qué se puede hacer para reducir la brecha entre la información sobre el terreno y la política de la capital. Primero, re-

sulta esencial conservar la integridad del Servicio Diplomático que informa, no sólo para mantener al corriente de los hechos, sino también para proporcionar la base para un cambio de política cuando así se requiera. Segundo, hay que encontrar los medios para poner periódicamente a prueba nociones preconcebidas y fijaciones emocionales ante la evidencia. Tal vez se podría promulgar una ley que exigiera una pausa regular para reflexionar, para cuestionar la sensatez de nuestras acciones y cortar por lo sano de ser necesario.

Mediante un tortuoso camino, llego a Jack Service, el centro de atención de esta reunión.

El señor Service nació en la provincia china de Sichuan, hijo de padres misioneros que servían a la YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes). Pasó sus años de juventud en China, hasta que regresó a Estados Unidos para estudiar en la Universidad de Oberlin, donde se licenció en 1932. También tomó a una compañera de clase por esposa, y cualquiera que conozca a Caroline Service considerará la elección de Jack uno de los primeros ejemplos de buen criterio. Tras haber aprobado los exámenes del Servicio Diplomático, regresó a China por la inexistencia de oportunidades durante la Depresión, y entró en la profesión gracias a un trabajo de administrativo en Kunming. Nombrado funcionario del Servicio Diplomático en 1935, sirvió en Pekín y Shanghai y en 1941 se incorporó a la Embajada en Chungking. Durante los años de guerra sirvió la mitad del tiempo sobre el terreno, viendo realidades fuera del miasma de la capital. Esta oportunidad culminó cuando, después de haberse vinculado al equipo de Stilwell, sirvió como funcionario político con la misión de los Observadores Militares Norteamericanos en Yenán, el primer contacto norteamericano oficial con los comunistas. Sus conversaciones con Mao, Chou En-lai, Chu Teh, Lin Piao y otros líderes, plasmadas en vívidos informes casi textuales con perspicaces comentarios, son una fuente histórica de primerísima y excepcional importancia. Igual de impresionantes son los ejemplos que muestran a Service intentando apasionadamente persuadir y convencer a los políticos, como en el informe preparado para el vicepresidente Wallace en junio de 1944 y el famoso telegrama colectivo al Departamento, en buena parte redactado por Service —un esfuerzo desesperado por parte del equipo de la Embajada de detener el giro de

Hurley hacia Chiang Kai-shek. Si había pasión en esto, al menos era pasión informada.

Seguidamente a su arresto en 1945 por el caso Amerasia, Service fue exonerado de toda culpa y ascendido en 1948 a funcionario de segunda clase —sólo para ser nuevamente hundido en 1949 acusado de todos los viejos cargos cuando la victoria comunista en China desató nuestra histeria nacional y puso al senador McCarthy, en extraña alianza con el lobby de China, al cargo del espíritu norteamericano. Si Chiang Kai-shek iba a conservar el apoyo norteamericano, era imprescindible que la supuesta «pérdida» de China fuera vista no como un fracaso interno, sino como fruto de alguna subversiva conspiración exterior. Ese fantasma encajaba a la perfección en ciertas necesidades nativas norteamericanas. Service sufrió las consecuencias, junto con otros. Pese a diferentes absoluciones, se dudaba de su lealtad y en 1951 fue destituido del Servicio Diplomático por el secretario Dean Acheson, como luego Davies y Vincent serían también destituidos por el secretario Dulles. Seis años buscando resarcimiento judicial y finalmente, en 1957, obtuvo un veredicto unánime a su favor en el Tribunal Supremo de Estados Unidos. Se reincorporó al Servicio Diplomático, pero lo mantuvieron al margen de cualquier misión que requiriera sus conocimientos y su experiencia de China. Cuando quedó claro que la administración Kennedy no le ofrecería nada mejor, Service dimitió en 1962 y desde entonces ha trabajado en el Centro de Estudios Chinos de la Universidad de California, en Berkeley.

Afortunadamente para la trayectoria y la reputación del Servicio Diplomático, los informes de Service y sus colegas desde China en la década de 1940 están ahora donde cualquiera los puede consultar, en los volúmenes publicados de *U. S. Foreign Relations, China Series*. Bajo el inflexible veredicto de la historia, se mantienen en pie.

## WATERGATE Y LA PRESIDENCIA\*

### ¿DEBEMOS ABOLIR LA PRESIDENCIA?

Debido al constante aumento de poder en el ejecutivo durante los últimos cuarenta años, la institución de la presidencia no funciona actualmente como la Constitución pretendía, y su mal funcionamiento se ha vuelto peligroso para el Estado. Lo que yo creo que debe ser abolido, o fundamentalmente modificado, no es el poder ejecutivo como tal, sino el poder ejecutivo ejercido por un único individuo.

Podríamos sustituir el verdadero gobierno del gabinete por una junta directiva de seis, nominados mediante una lista de candidatos confeccionada por cada partido y elegidos, también como lista, por un único período de seis años con un presidente rotativo; cada uno gobernaría durante un año, como en el sistema suizo. El voto del presidente valdría por dos para evitar el empate. (Aunque un gabinete de cinco hombres parecía preferible cuando propuse el plan por primera vez en 1968, considero que los principales departamentos del gobierno, uno para cada miembro del gabinete, no se pueden repartir de manera racional entre menos de seis, véase más adelante).

La expansión de la presidencia en el siglo xx ha alterado peligrosamente el cuidadoso equilibrio tripartito de poderes gobernantes establecido por la Constitución. El cargo se ha vuelto demasiado complejo, y su alcance, demasiado extenso para ser confiado al falible juicio de cualquier individuo. En el mundo actual ningún hombre es adecuado para disponer de manera responsable de un poder que puede afectar las vidas de millones de personas —y que puede ser también la razón por la cual últimamente

\* *New York Times*, 13 de febrero de 1973.



escasean los grandes hombres—. Rusia ya no confía la política a un solo hombre. En China, el poder del gobierno reside, al menos teóricamente, en el comité ejecutivo central del partido, y cuando Mao se retire es muy posible que el heredero sea un colectivo.

En Estados Unidos, el gobierno unipersonal se ha convertido en un auténtico problema por dos motivos. Primero, el Congreso no ha logrado desempeñar su papel de salvaguarda contra la tendencia natural de un ejecutivo a volverse dictatorial, como tampoco ha logrado mantener o incluso ejercer sus propios derechos a golpe de talonario.

Está claro, además, que no hemos conseguido desarrollar en este país un órgano de democracia representativa que pueda igualar la presidencia en acción positiva y prestigio. Un Congreso que puede renunciar a su derecho de ratificar el acto de guerra, que puede aprobar con obediencia una resolución habilitadora sobre falsa información y luego es incapaz de resolver la situación, tampoco funciona como la Constitución pretendía. Como el fracaso se remite a la cámara baja —el órgano que más directamente representa a la ciudadanía y posee el poder del talón—, hay que poner la responsabilidad en su sitio: en el votante. El fracaso del Congreso es el fracaso del pueblo.

La segunda razón, arraigada tal vez en la era de la televisión, es la creciente tendencia del presidente a hacer política como un reflejo de sus necesidades personales y egotistas. Dado que su imagen puede ser proyectada ante cincuenta o sesenta o cien millones de personas, la imagen lo es todo, se convierte en una obsesión. Debe parecer firme, debe parecer dominante, nunca bajo ningún concepto debe parecer «blando» y, mediante una mágica transformación en la que ha llegado a creer, «debe» pasar a engrosar la histórica lista de «grandes» presidentes.

Mientras que yo no pretendo ser una psicohistoriadora, hasta un ciudadano corriente puede ver los síntomas de esta enfermedad en la Casa Blanca desde 1960, y su último ejemplo es el bombardeo en Navidad de la República Democrática de Vietnam. Ese desproporcionado uso de la fuerza letal resulta menos desconcertante si se ve como un gesto para exhibir al comandante en jefe que pone fin a la guerra con un estrépito, no con un lamento.

El gobierno personal puede escapar al control de Estados Unidos porque el presidente no está sujeto a consejeros que mantienen su cargo inde-

pendientemente de él. Los ministros del gabinete y los jefes de agencia y consejeros de seguridad nacional pueden ser y son —como hemos visto últimamente— contratados y despedidos a capricho, lo cual significa que no tienen poder constitucional. El resultado es que demasiado poder y, por lo tanto, demasiado riesgo, forman ya parte de la idiosincrasia de un solo individuo en la cima, sea quien sea.

Repartir el poder ejecutivo entre seis elimina desafíos peligrosos al ego. Cada uno de los seis sería designado como secretario de un departamento concreto de asuntos del gobierno, a saber:

1. Exterior, incluidos el ejército y la CIA. (Asuntos militares no deberían tener hoy en día una oficina-gabinete, porque el ejército debería ser sólo un instrumento de política, nunca un organismo normativo.)
2. Financiero, incluidos Tesoro, impuestos, presupuesto y aranceles.
3. Judicial, que cubriría prácticamente lo mismo que ahora.
4. Comercial (o de Producción y Comercio), incluidos Comercio, Transporte y Agricultura.
5. Recursos físicos, incluidos Interior, Parques, Bosques, Conservación y Protección ambiental.
6. Asuntos Humanos, incluidos HEW (Departamento de Salud, Educación y Bienestar), Trabajo y donaciones culturales.

Es imperativo que las diversas agencias ejecutivas estén incorporadas bajo la autoridad de uno u otro de estos departamentos.

El gobierno de gabinete es una operación perfectamente factible. Mientras escribía esto, el Gabinete Australiano, que gobierna como los británicos por responsabilidad colectiva, hizo caso omiso del primer ministro en relación con el asunto de exportar ovejas a China y el Gabinete de Alemania Occidental llevó a cabo una acción extraordinaria sobre el control del intercambio exterior.

La objeción que uno acostumbra a oír en este país de que un estado de emergencia necesita que un hombre tome decisiones rápidas no me parece válida. Si se puede convocar a los jefes de Estado Mayor, un presidente también puede convocar a su gabinete. Y la decisión final no tiene por qué

ser unilateral. Como tampoco debería emprenderse una acción beligerante que no despierte claro interés nacional sin una decisión unánime o mayoritaria por parte del Gabinete.

Queda por resolver la complicación de cómo se elegiría la lista de candidatos en las primarias. Y está el inconveniente de que el gobierno del Gabinete no podría satisfacer las ansias norteamericanas de una imagen paterna, un héroe o una superestrella. La única solución que veo a este problema sería instalar una familia dinástica en la Casa Blanca para propósitos ceremoniales, o centrar las ansias totalmente en el mundo del espectáculo, o madurar.

#### MIEDO AL REMEDIO\*

El Partido demócrata, temeroso de la ventaja que el mandato daría al señor Agnew en 1976, se acobarda ante la idea de un proceso de inhabilitación. Lo mismo ocurre con los republicanos, que temen que su partido sufra un duro revés. Todos nosotros nos acobardamos por las tensiones y los antagonismos que un juicio al presidente podría generar. Pero es el único medio que nuestro sistema posee para poner fin a una presidencia fallida.

Si ése es el único medio, debemos estar preparados para utilizarlo, sin importar lo incómodo o inoportuno que nos parezca. En el gobierno, la conveniencia política no debería tener prioridad sobre la decencia.

El miedo al remedio puede ser más peligroso en última instancia que si fuéramos a mostrarnos capaces del nervio y la voluntad para usar un procedimiento constitucional cuando las circunstancias lo piden. El espectáculo en sí mismo, si es realista, bien podría traer consigo la mejor solución: un cese voluntario de la presidencia del señor Nixon. Esto sería un beneficio para el país, porque la Administración Nixon ya es Humpty-Dumpty; no puede recuperar la suficiente credibilidad para gobernar con eficacia.

La actual crisis del gobierno no se resolverá partiendo de la base de si se puede demostrar legalmente o no que el señor Nixon en persona ha sido cómplice de obstrucción a la justicia en el caso Watergate. Se ha probado

\* *New York Times*, 7 de agosto de 1973.

que su Administración estaba plagada de tantas otras irregularidades que el robo de Watergate no es más que un incidente. Confinar el asunto a esa insignificancia me parece un craso error. Olvidemos las cintas. A lo que aquí nos enfrentamos es, fundamentalmente, un caso de inmoralidad.

La Administración Nixon, como cualquier otra, es una entidad, un todo indivisible del que él es responsable. Su personal, incluidos quienes ahora se sientan en el banco de los acusados, fueron seleccionados y nombrados por él; su conducta, determinada por él; sus principios —o la falta de ellos— derivados de él. Bastantes actos ilegales, inconstitucionales e inmorales se han revelado ya e incluso se ha reconocido que constituyen delito. El Programa de Inteligencia Nacional de 1970, autorizado por el presidente y asombroso por su violación de los derechos del ciudadano, bastaría para inhabilitarlo. De hecho, aquí está el meollo del problema, porque indica no sólo indiferencia de la Administración, sino también lo que casi parece su desconocimiento de la Declaración de Derechos.

El Departamento de Actividades Clandestinas con sus falsificaciones y trampas, robos y ataques propuestos con bombas incendiarias operaba fuera de la Casa Blanca bajo la supervisión de los hombres de confianza del presidente. ¿Se puede separar de ellos? Miembros clave del comité para reelegir al presidente, que ya se han declarado culpables de perjurio y conspiración para obstruir la justicia, fueron prestados por o trasladados desde la Casa Blanca. ¿El señor Nixon se puede separar de ellos? Ahora dos de sus antiguos funcionarios del gabinete esperan a ser procesados. ¿Se puede separar de ellos? Sus dos consejeros más cercanos, su director del FBI, su segundo designado fiscal general, todos ellos han dimitido bajo la presión de crecientes revelaciones. Pero ¿se puede separar de ellos? La práctica corrupta con la forma de un gobierno que vende su favor al gran negocio como en el caso de ITT y el lobby lechero ha sido lo normal en su Administración. ¿Se puede separar de ellos, o del dinero del contribuyente para mejorar sus residencias particulares?

Finalmente, y bajo su autorización, el Pentágono llevó a cabo un secreto y falsificado bombardeo de Camboya y mintió sobre ello al Congreso, mientras que el presidente mentía a este país sobre el respeto de la neutralidad camboyana. Las revelaciones de falta de ética profesional no tenían sentido porque era el proceder habitual.

A la luz de este informe, la cuestión de si el señor Nixon se implicó o no verbalmente en el encubrimiento de Watergate no es de fundamental importancia. Los actos que necesitaban encubrimiento y el proceso de encubrimiento fueron llevados a cabo por miembros de su Administración.

La lección dada al país por el senador Ervin y sus colegas es educación. Después de hacerlo saber a la gente, el proceso y el castigo legal de los individuos ya es secundario. No obstante, espero que el comité selecto del Senado amplíe su alcance porque el énfasis en pruebas documentales o grabadas conlleva ciertos peligros. Si, como es imaginable, las pruebas fallan, nos quedará un gobierno demasiado comprometido para que confiemos en él y demasiado dañado para recuperar la autoridad. En este caso, un gobierno impotente o paralizado endurecerá, como el de Chai Kai-shek, sus tendencias monárquicas o dictatoriales, ya bien desarrolladas en el régimen Nixon. O peor aún, habremos demostrado en favor de los sucesores del señor Nixon la medida de cinismo y de privación de sus libertades que están dispuestos a tolerar los norteamericanos. De aquí a la dictadura sólo hay un paso.

En estos momentos de la historia mundial, en que el gobierno totalitario está al frente de las dos mayores potencias, es imperativo que Estados Unidos conserve y recupere los principios originales de nuestra estructura constitucional. El paso que hay que dar es que Congreso y público norteamericano cojan al toro del *impeachment* por los cuernos si hay que hacerlo.

#### CARTA A LA CÁMARA DE REPRESENTANTES\*

«Quienes esperan recoger los frutos de la libertad —escribió Tom Paine— deben padecer como hombres la fatiga de soportarla». En los asuntos de una nación fundada con la premisa de que sus ciudadanos poseen ciertos derechos «inalienables», llega un momento en que esos derechos deben ser defendidos contra el creciente autoritarismo. La libertad y la autoridad existen en eterna tensión, como la orilla y el mar. La autoridad ejecutiva siempre tiene apetito; su naturaleza es expandirse y usurpar.

\* *Washington Post*, 28 de octubre de 1973.

Para protegerse contra esa tendencia, que es tan vieja como la historia, los artífices de nuestra Constitución establecieron tres ramas equivalentes de gobierno. En octubre de 1973 ha llegado la hora de que esa condición se ponga en práctica. A no ser que el ejecutivo se equilibre, las otras dos ramas irán quedando reducidas a inútiles apéndices. El poder judicial ha hecho su parte; al desafiarlo, el presidente desató la crisis. El hecho de que se retracte no quita que lo intentara, como el hecho de que renegara del plan de vigilancia doméstica de 1970 —una invasión fundamental de la Declaración de Derechos— no quita que antes lo autorizara, ni retirarse de Camboya quita el hecho de que mintiera al público sobre la intervención norteamericana.

La causa del *impeachment* sigue ahí, porque el presidente Nixon no puede cambiar —y el pueblo norteamericano no se lo puede permitir— el hábito de la ilegalidad y el abuso del poder ejecutivo que para él ha sido normal. Ahora la responsabilidad del resultado recae sobre la Cámara de Representantes, a la cual los artífices confiaron la tarea de iniciar el proceso correctivo. Si no pide cuentas del abuso del poder ejecutivo, habrá sentado un precedente de consentimiento —lo que los abogados llaman «condonación constructiva»— que acabará destruyendo el sistema político cuyo 200° aniversario estamos a punto de celebrar.

Ningún grupo afrontó una tarea más difícil en un momento más delicado. Estamos en plena crisis internacional; no tenemos vicepresidente; su sucesor nominado se ha visto, de repente, a la sombra de una presidencia vacía, como difícilmente cualificado para ascender; la Administración atraviesa momentos difíciles acusada de escándalo y actos delictivos; la confianza pública está en horas bajas; los partidarios políticos de 1976 están en la mente de todos; y el proceso de *impeachment* se teme que será largo y divisivo y seguramente paralizante. Dadas las circunstancias, la indecisión y la ambivalencia son normales.

Sin embargo, la Cámara no debe eludir el asunto, ya que ahora más que nunca es la bisagra de nuestro destino político. Las fuerzas combinadas del Congreso y del poder judicial son necesarias para dominar al ejecutivo, porque el ejecutivo tiene la ventaja de controlar todas las agencias del gobierno, incluido el ejército. Esto último no debería ser impensable. El hábito del autoritarismo, que el presidente ha hallado tan apropiado, di-

bujará lenta pero firmemente un gobernante, aunque acorralado, que acabará dependiendo del ejército. El instinto ya movió al señor Nixon a llamar al FBI para incautarse de las pruebas.

No creo que los peligros y las dificultades de la situación debieran eximir al Congreso del test. Sin duda, la situación en Oriente Medio está llena de riesgos, incluidos algunos seguramente imprevisibles. Pero dudo que los rusos aprovechen la oportunidad para atacarnos si nos vemos envueltos en el *impeachment*. No es que tenga mucha fe en las naciones que aprenden de la historia; lo que aprenden es la lección de la última guerra. Para un agresor en potencia, la lección de ambas guerras no cuenta, con la teoría sustentada por los alemanes y los japoneses de que Estados Unidos, como gran democracia degenerada, torpe y sensiblera, sería incapaz de movilizarse a tiempo para evitar su victoria. Estoy seguro de que esta lección se imparte con aplicación en cursos de Estado Mayor ruso.

Tampoco deberíamos quedarnos petrificados por el miedo a empeorar las divisiones en este país. En cualquier caso, estamos y siempre hemos estado divididos, como cualquiera que se considere independiente. Hablar de unidad es un fraude piadoso y un cliché político. Nadie que se precie de ser persona cree en la unión política. Una nación consensuada es una nación a punto de morir.

Además, creo que podemos renunciar a un largo y maligno juicio en el Senado. Bastará con que la Cámara vote a favor del *impeachment*. Espero que el señor Nixon dimita antes de hacer frente a una investigación y un juicio que no puede parar. Si la Cámara logra esto, habrá justificado la confianza de los fundadores y dejado claro a cualquier posible presidente que hay límites que no se deben sobrepasar.

#### DESACTIVAR LA PRESIDENCIA\*

La presidencia norteamericana asume ahora demasiados riesgos. Ha llegado el momento de considerar seriamente la sustitución por un gobierno de gabinete o alguna forma de poder ejecutivo compartido.

\* *New York Times*, 20 de septiembre de 1974.

No tiene sentido repetir continuamente que la forma propuesta por los artífices de la Constitución debe seguir siempre inalterada. La monarquía también se calificó en su día de inmutable e incluso teocrática, pero tuvo que ceder al cambio. Las condiciones actuales del poder ejecutivo norteamericano, las agencias de mando, técnicas e instrumentos inimaginables en el siglo XVIII, se parecen más a las condiciones de Hammurabi que a las conocidas por Jefferson y Madison.

Los artífices pueden haber sido los políticos más inteligentes y con visión de futuro que jamás hayan existido en nuestra historia, pero no podían predecir la decadencia del Congreso. En ciega sumisión confirmó como vicepresidente a un hombre designado por el ya desacreditado presidente, y no cabe duda de que lo volverá a hacer en el caso de Nelson A. Rockefeller. Así que el ejecutivo consistirá en un designado y su designado, lo cual no es lo que los artífices concibieron. Los mecanismos de control y equilibrio de poderes que crearon están descompensados.

Por un instante de euforia en que el Comité Judicial de la Cámara de Representantes intervino, parecía que el sistema se hubiera restablecido; pero, cuando la Cámara de Representantes fue incapaz de llevar a cabo una votación sobre el *impeachment* y el Senado no se pronunció al respecto, la «autocastración» fue total. Si la virginidad perdida no se puede restituir, tampoco la virilidad. No creo que se tienda a restaurar el equilibrio.

La presidencia ha ganado un papel de protagonista demasiado importante; ha cautivado al titular, la prensa y el público. Mientras que este proceso ha sido aparente desde John F. Kennedy en adelante, asumió la extraña transformación de la antigua y honrada presidencia de Gerald R. Ford para dejar claro que el villano no era el hombre, sino el cargo.

Nada más instalarse en la Casa Blanca, empezó a hablar como Luis XIV y a comportarse como Richard M. Nixon. Si hubiera una lección que se pudiera aprender del Watergate, sería el peligro de abusar del poder ejecutivo e interferir en el sistema judicial. Al mes de tomar posesión del cargo, el señor Ford había incurrido en lo uno y lo otro a un tiempo. La hinchada sensación de absolutismo personal se deja notar en estas inquietantes observaciones: «El tono ético será el que yo adopte...», «En esta situación, yo soy la última autoridad...», y, al decidir bloquear el despliegue del proceso legal, «Mi conciencia dice que es mi deber...». Nuestro sistema judicial



puede operar perfectamente sin el dictado de la conciencia del señor Ford. Ser presidente no es ser zar.

Pero el señor Ford no es el único responsable. La prensa lo promocionó demasiado como también promocionó a John Kennedy y las absurdas pretensiones de Camelot. El *New York Times* publicó la fotografía del señor Ford doce veces en portada durante los catorce primeros días de presidencia. ¿Por qué? Todos sabemos qué aspecto tiene. Pero si se puede decir que la prensa da al público lo que éste quiere, es que todos nosotros somos responsables. Al proyectar nuestras ansias de veneración de la figura paterna sobre la misma persona que planifica y ejecuta la política —un sistema que ningún otro país usa— hemos concedido demasiada grandeza a la presidencia. Se apodera del ocupante como hemos visto que hacía con el señor Kennedy, Lyndon B. Johnson y el señor Nixon. Ha llevado al señor Ford a una brecha totalmente innecesaria de nuestra última muralla, el proceso judicial, un acto que sólo se puede explicar si es un sinvergüenza —es decir, si ha cerrado algún trato de encubrimiento con su predecesor— o un estúpido. A fecha de hoy, no nos podemos permitir que esté al frente del gobierno norteamericano.

La presidencia tampoco se queda con hombres de primer rango. La elección entre los candidatos en las últimas tres ediciones ha sido deprimente. Las cosas ahora ocurren demasiado rápido para darnos tiempo a esperar hasta que el sistema se reajuste. La única manera de desactivar la presidencia y minimizar el riesgo de que la ocupe un truhán, un simplón o un déspota que ejerza suprema autoridad sin comprobar o consultar es dividir el poder y extender la responsabilidad. El cambio constitucional no está fuera de nuestro alcance.

## NUESTRO ANIVERSARIO: ESTADOS UNIDOS COMO IDEA\*

Estados Unidos es una nación concebida expresamente, que no ha evolucionado lentamente desde un pasado remoto. Fue una idea planificada de democracia, de libertad de conciencia y búsqueda de la felicidad. Era la promesa de igualdad y oportunidad y libertad individual dentro de un orden social justo, en contraposición con las restricciones y represiones del Viejo Mundo. A diferencia del militarismo europeo, renunciaría a ejércitos permanentes y «envainaría la desoladora espada de guerra». Era un experimento en utopía para demostrar la tesis de que, con libertad, independencia y autonomía local, la gente, en palabras de Kossuth, «madurará a su debido tiempo con toda la excelencia y toda la dignidad humana». Era una nueva vida para los oprimidos, era tolerancia, era optimismo.

Independientemente de la hipocresía y la corrupción, de la avaricia, arrogancia, brutalidad y todos los demás malos hábitos que el hombre lleva consigo ya sea en el Nuevo o el Viejo Mundo, la idea fundadora de Estados Unidos se mantuvo, en conjunto, preponderante durante el primer siglo. Los norteamericanos creían en aquello con reservas, como los visitantes que venían a ayudar en nuestra revolución o más tarde a observar nuestros progresos, y los cientos de miles de inmigrantes que huían de una situación insostenible en sus tierras nativas.

La idea dio forma a nuestra política, nuestras instituciones y, hasta cierto punto, también a nuestro carácter nacional; pero nunca fue la única influencia en juego. Circunstancias materiales ejercían una fuerza opuesta. La frontera abierta, las penurias y las tierras de los colonos, la riqueza de recursos naturales, el enorme desafío de un continente que espera a ser ex-

\* *Newsweek*, 12 de julio de 1976.

plotado, se combinaron para dar lugar a un materialismo imperante y la inclinación norteamericana hacia el dinero, la propiedad y el poder inherentes al Viejo Mundo del que procedía. Los recursos humanos que nosotros aportamos fueron significativos: cada oleada de inmigrantes traía hasta aquí a personas con la energía, las agallas o la inquietud necesarias para desarraigarse y cruzar un océano desconocido en busca de mejor vida. Otros dos factores se añadieron al proceso de gestación: la sombra de la esclavitud y la destrucción de los indios americanos.

En su primer centenario, Estados Unidos era un sueño hecho realidad. En el segundo, la idea y el éxito estaban en continuo conflicto. La Estatua de la Libertad, erigida en 1886, sigue simbolizando la promesa para quienes «anhelan la libertad». Para ellos, como dijo un visitante extranjero, la esperanza tenía «domicilio en Norteamérica como el Papa en Roma». Pero, en aquella lucha, la idea pronto empezó a perder terreno, y en un momento dado alrededor de 1900, con la aceptación norteamericana de un imperialismo bastante poco entusiasta, se fue desvaneciendo. Desde entonces, se fue viendo paulatinamente invadida por la duda y la decepción, y hoy sobrevive en el desencanto, maltratada y lisiada pero no vencida.

Lo que le ha ocurrido a Estados Unidos en el siglo xx no es un fenómeno exclusivamente norteamericano, sino una parte de la experiencia occidental. En la Edad Media, la plaga, las guerras y la violencia social eran vistas como un castigo de Dios al hombre por sus pecados. Si el concepto de Dios se puede considerar la conciencia humana, la misma explicación se puede aplicar hoy en día. Nuestros pecados en el siglo xx —avaricia, violencia, crueldad— han sido profundos y, en consecuencia, el orgullo y la confianza propios del siglo xix se han convertido en disgusto y autodesprecio.

En Estados Unidos tenemos una sociedad dominada de la cabeza a los pies por el desacato a la ley. Gobierno —incluidas las agencias del orden público—, negocios, mano de obra, estudiantes, el ejército, los pobres no menos que los ricos, se superan los unos a los otros en infringir las normas y conculcar la ética que la sociedad ha establecido para su protección. El ciudadano medio, que intenta aferrarse a los principios morales y la conducta de antes, se ve cada día azotado por arrebatos de venalidad, vulgaridad, irresponsabilidad, ignorancia, violencia y estupidez. Nuestro gobier-

no colabora en el extranjero con los peores enemigos de la humanidad y la libertad. Despilfarra nuestra riqueza en una inútil proliferación de armamento que no puede comprar la seguridad por muy alta que sea la pila. No aprende lecciones, no echa mano de la sensatez y corrompe a todo aquel que sucumbe a la fiebre del Potomac.

Sin embargo, la idea no muere. Los norteamericanos no nos mostramos pasivos con nuestros defectos. Los exponemos y los combatimos. Cada día, en algún lugar, hay algún grupo luchando contra el abuso público, de manera abierta y, en general, pese al FBI, con confianza en la Quinta Enmienda. Estados Unidos ha recorrido un largo camino desde su idea inicial. No obstante, en algún lugar entre el archipiélago Gulag y la sociedad del bienestar, sigue ofreciendo una mayor oportunidad de felicidad social —es decir, de bienestar combinado con libertad individual e iniciativa— que en cualquier otra parte. La sociedad ideal por la que la humanidad ha luchado durante tanto tiempo siempre quedará fuera de nuestro alcance. Pero si la gran pregunta de si sigue siendo posible conciliar democracia, orden social y libertad individual halla una respuesta positiva, será aquí.